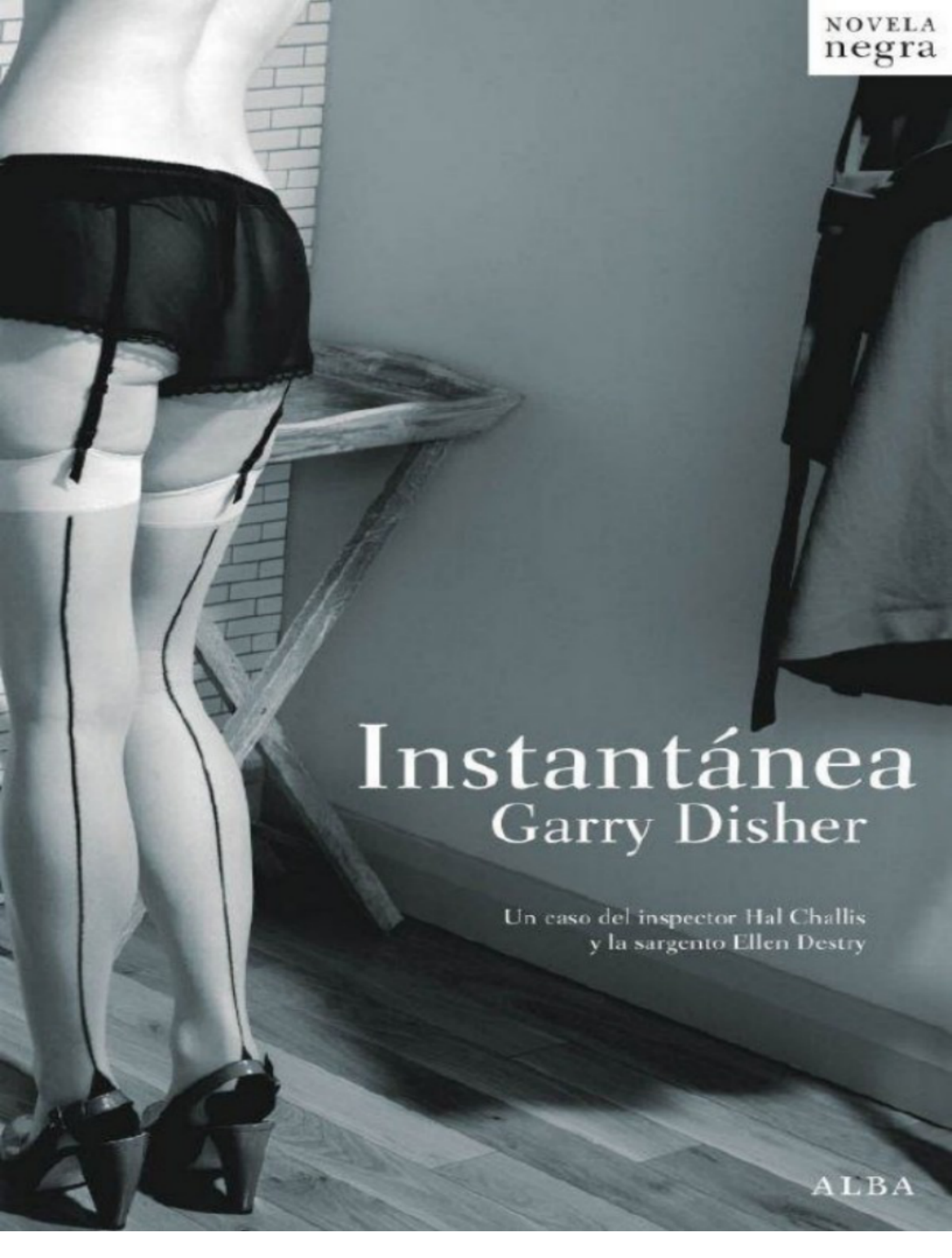
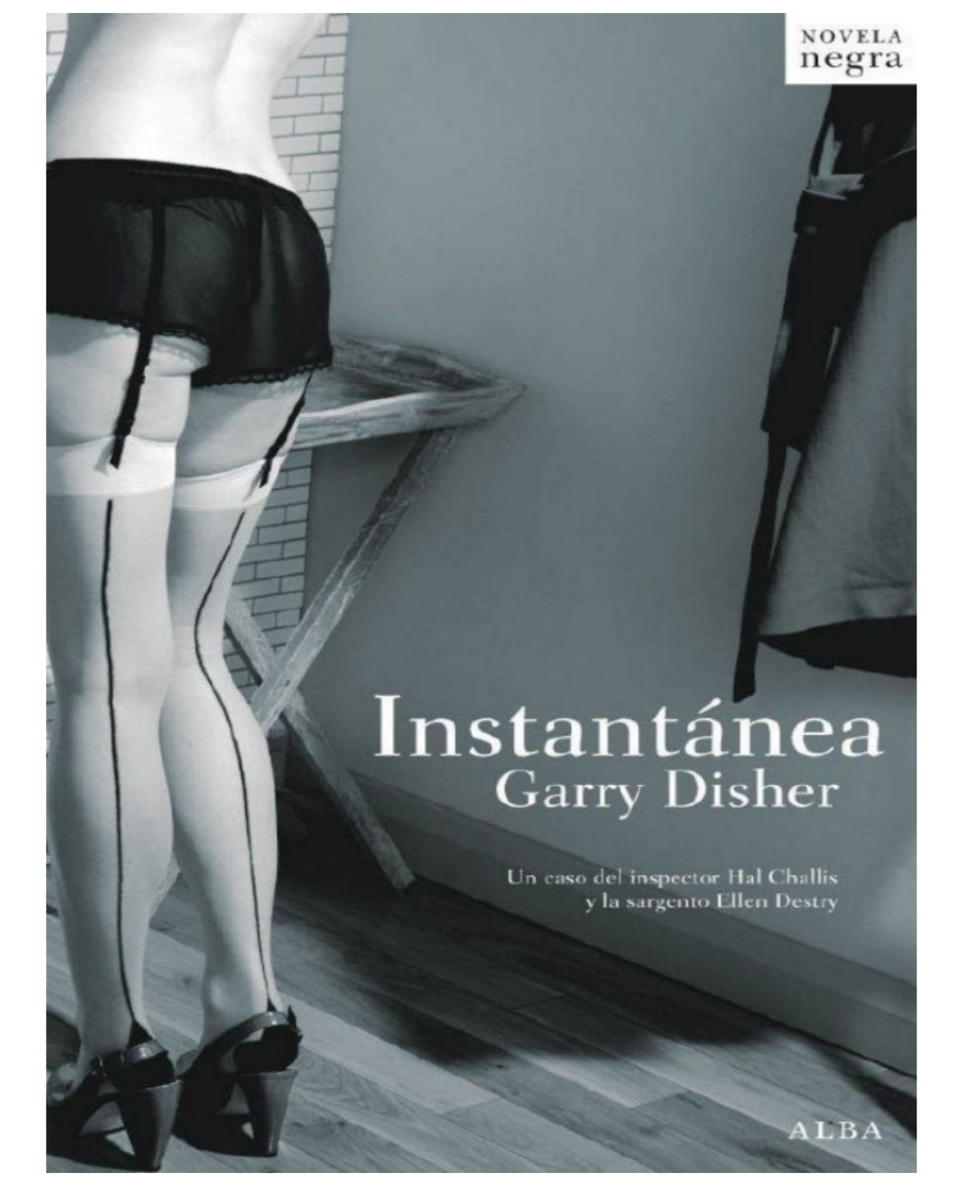

NOVELA
negra
Instantánea
Garry Disher
Un caso del inspector Hal Challis
y la sargento Ellen Destry
ALBA

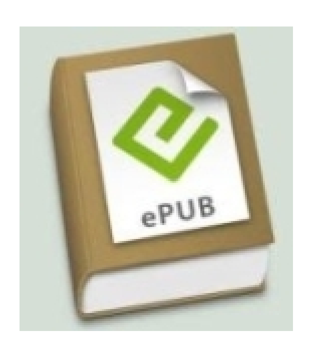


NOVELA
negra
Instantánea
Garry Disher
Un caso del inspector Hal Challis
y la sargento Ellen Destry
ALBA

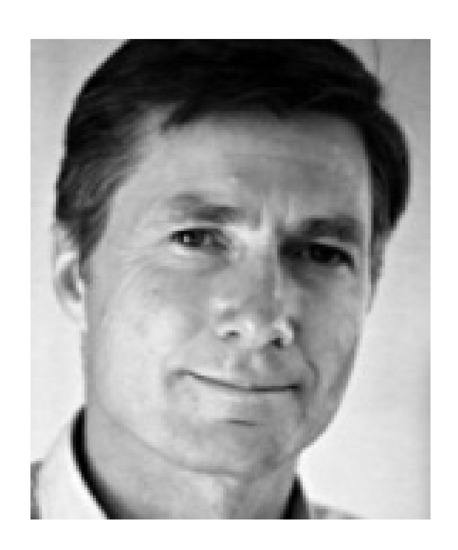
Instantánea

Challis y Destri III

Garry Disher


ePUB

Acerca del Autor



Garry Disher nació en Burra (Australia), el 15 de Agosto de 1949.

Escritor australiano, Garry Disher es conocido por sus libros de novela criminal y también por sus cuentos infantiles.

Disher ha ganado numerosos premios internacionales como el Ned Kelly, el Deutscher Krimi Preis o el Diploma de Honor del IBBY, entre otros muchos galardones.

Instantánea (2010) fue su primera obra publicada en español.

Su sitio web oficial: http://www.garrydisher.com/

Resumen

Janine McQuarrie, nuera del superintendente y jefe del inspector Hal Challis, es asesinada cuando acudía a una cita. La víctima había sido instada por su marido a participar en juegos de intercambio de parejas pero ya no está dispuesta a seguir. Challis se encargará del caso en el que, como único testigo, cuenta con la hija de siete años de la víctima.

Capítulo 1

El sábado vio a Robert hacerlo con cuatro mujeres. Ella lo hizo con dos hombres. Y ahora era martes y estaba conduciendo por la autopista con su hija de siete años. Sexo con extraños un sábado por la noche, conduciendo con su hija en la furgoneta familiar un martes por la mañana. ¿Serían éstos los dos polos de su existencia? Ya no. Janine McQuarrie había tomado medidas al respecto.

—¿Estamos llegando? —preguntó Georgia con su voz chillona.

Otra constante en una vida repleta de ellas.

—Todavía no, cielo. Falta un poco.

Necesitaba concentrarse. El débil sol invernal proyectaba sombras que la confundían pero, sobre todo, necesitaba girar a la derecha varias veces al cabo de un momento. Un giro a la derecha desde la autopista, otro desde la autovía de Península y otro desde la carretera de la playa de Penzance, que la llevaría a un empinado y vertiginoso camino elevándose por encima del nivel del mar. Frenó al aproximarse a un cruce. El semáforo estaba en verde. Debería girar a la derecha ya, pero eso significaba atravesar el tráfico que venía de frente; todos esos coches que rodaban con indiferencia hacia ella, y ¿qué pasaría si algún maníaco no paraba antes de que ella acabara de dar la vuelta?

Intentó tragar saliva. Tenía la boca muy seca. Sonó un claxon. Siguió recto por el cruce sin girar.

Toda esa gente allí, el sábado pasado. Lo más juntos que pueden estar unos cuerpos entre sí. Y, sin embargo, Janine no había esperado, buscado o encontrado ninguna forma de unión. Sabía, por experiencias pasadas, que las otras parejas se buscarían entre ellas. Las mujeres cuidando de sus maridos, siempre con una sonrisa, un beso, una caricia amorosa o reconfortante, del tipo: «Sólo quería saber que estabas bien». Y los maridos comprobando qué tal les iba a sus mujeres, susurrando: «¿Estás bien? Te quiero». Incluso demorándose para hacer el

amor con ellas antes de marcharse a otra zona de juegos. Pero ese no era el estilo de Robert. Él ni siquiera se molestaba en decir «disfruta», sino que se limitaba a perseguir a las solteras o a las casadas más jovencitas, con un destello rapaz en sus ojos. El sábado anterior no había sido una excepción. Y la mantuvo allí hasta las tres de la mañana, mucho después de que la mayoría de la gente se hubiera ido.

—¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Puedo pedir una Cajita Feliz en la comida?

—Ya veremos.

Georgia empezó a cantar.

Su marido había tardado cerca de dos meses en romper sus defensas. Cuando le propuso por primera vez asistir a una de esas fiestas, a finales del año anterior, Janine pensó que estaba bromeando, pero pronto se dio cuenta de que no era una broma. Sintió una vaga desazón, más por la vulgaridad y el riesgo de sentirse vulnerable que implicaba, que por comprender que, probablemente, ya no la deseaba sexualmente.

—¿Por qué quieres acostarte con otras mujeres aparte de mí? —preguntó con cierto temblor en la voz.

—Pero tú también puedes acostarte con otros hombres —argumentó él con lógica—. Con todos los que quieras.

—¿Vas a convertirte en mi chulo, Robert?

—No, claro que no, pero puede servirnos de estímulo.

Debía admitir que entre ellos la cosa había pasado de sosa a inexistente. Y que así seguía. Al menos con Robert.

Durante tres meses le había dejado pensar que su solicitud y sus zalamerías la estaban engatusando.

—Conocerás a gente estupenda —dijo un día—. Muy abierta de miras.

Eso lo confirmaba: ya lo había experimentado. Hizo una pequeña pausa y dijo en un tono muy bajito:

—¿Me estás diciendo que ya has estado en una de esas fiestas?

—Sí —dijo, intentando no sonar avergonzado ni evasivo, sino abierto, sincero, un poco provocador y valiente. Janine sintió una oleada de ira, pero la mantuvo a raya. Era tan plausible, tan pequeño. Simulando una mezcla de timidez y celos preguntó:

—¿Así que dejan entrar a hombres solos?

—En algunas fiestas sí —dijo —. Es más caro, y te expulsan enseguida si eres un guarro.

Robert no era un guarro, al menos en apariencia. Si acaso, anodino. Sus valores, en cambio, sí que eran guarros.

—No tienes por qué sentirte amenazada ni celosa —añadió

suavemente, mientras acariciaba su brazo, su cuello, sus pechos, y ella daba un respingo, dejando que su cuerpo la traicionara—. Crea un lazo muy profundo entre las parejas —prosiguió—. No es sólo físico, es también espiritual. Refuerza la confianza. Eso es muy importante.

Dale que te dale. Durante tres meses.

—No quiero acostarme con un fabricante de cazuelas —le espetó finalmente, sabiendo exactamente lo que tenía que decir.

Él negó con la cabeza, la estampa misma de un auténtico caballero:

—En teoría, puede ir toda clase de gente —dijo—. Pero me aseguraré de que vayamos sólo a las mejores fiestas.

«Sí, las que admiten a los ejecutivos fachas, hijos de superintendentes de policía», pensó ahora, en el siguiente cruce, mientras se le encogía el estómago. Finalmente se atrevió a girar a la derecha atravesando el tráfico. Casi inmediatamente, su coche estaba subiendo por una escarpada cuesta que llevaba de la costa hacia el interior y cruzando la Península por carreteras estrechas bordeadas de pinos y eucaliptos, sombríos, húmedos y empapados, a esa temprana hora de la mañana invernal.

Finalmente le hizo saber a Robert que había podido con ella. Y en febrero dejó que la llevara a sus banales orgías de urbanización. Acudió en parte porque sentía curiosidad, y en parte por tener algo que poder reprocharle. Las tres primeras veces insistió en que quería que fueran sólo de observadores. Con Robert muriéndose de ganas de participar, por supuesto.

Durante la cuarta fiesta bebió mucho, para dar la sensación de que necesitaba el valor que proporciona el alcohol. Sólo para comprobar más tarde con irritación que realmente lo necesitaba. «Muy bien, cariño», dijo Robert.

Ante su gran asombro, todo resultó ser bastante excitante. Una casa en Mornington con una gran profusión de falsos plátanos bordeando la calle y setos altos protegiéndola de paseantes o vecinos ruidosos. Robert se la señaló y aparcó después en la calle siguiente. «Lo que estamos haciendo no es ilegal —dijo—, pero tampoco es bueno llamar la atención.» Caminaron hacia la casa, vestidos como si fueran a una fiesta normal, y alguien los recibió en el vestíbulo. Las diez de la noche, casi todo el mundo había llegado ya. Cerca de veinte parejas y una docena de mujeres solas. Janine reconoció a algunas personas de sus anteriores sesiones de observadora. Pulularon entre la gente, bebida en mano, hablando de fútbol, de la bolsa, de quién cuidaba a los niños esa noche: en el caso de Janine y Robert, Meg, la hermana de Janine.

Alrededor de las diez y media todo el mundo se había relajado. Se quitaron las chaquetas, bajaron las luces, empezaron a besarse, mientras una película pornográfica centelleaba desde una enorme pantalla de televisión en una esquina del salón.

Muy pronto, hombres y mujeres estaban en los «vestuarios»; colgando pantalones, vaqueros, vestidos y camisas. Y saliendo de ellos: los hombres en calzoncillos, las mujeres en combinaciones negras, transparentes, corpiños y bragas. Janine ya estaba acostumbrada a esto, después de sus tres visitas preparatorias. Tenías que «vestir informal» si querías observar.

Bebió otro vodka, después se quedó en bragas y se dirigió con los pechos al aire a uno de los dormitorios, una habitación amplia donde se habían juntado dos camas dobles. Sábanas de raso negro, velas colocadas hábilmente para lograr una luz sugestiva sin tropezarte con ellas, un cuenco lleno de condones y un dispensador de lubricante en la mesilla de noche. Dos parejas estaban practicando sexo, otras miraban desde las sombras, magreándose y aproximándose de vez en cuando para poder escudriñar todos esos coitos húmedos. Deslizándose grácilmente por entre la gente, ahora, después de los vodkas, Janine sintió cómo el deseo, caliente y asqueroso, la golpeaba en la boca del estómago. Se sentó en el extremo de una cama y tocó el pecho de una mujer, el pene de un hombre, diciendo: «¿Os importa?».

Era importante preguntar y no limitarse a irrumpir bruscamente. Sonrieron. No, no les importaba: «Apúntate, claro que sí».

No acababa de estar segura. La mayor parte de ella quería pero otra parte suya no quería. Quizá si se tumbara en la cama... el tiempo pasaba. La gente se paraba a mirar, se dirigía a otras zonas de juego o se unía a ellos. «¿Te gusta esto?», preguntaban, o: «¿Te gusta esto otro?». «¿Aquí o allí?» «¿Qué es lo que quieres que haga?» «¿Te importa si hago esto?» «¿Qué es lo que te excita?» Hacia la medianoche, esa primera vez, Janine se había acostado con tres hombres.

Ése había sido su despertar —aunque no en la forma que pretendía Robert— ya que, unas semanas atrás, había encontrado amor y deseo en los brazos de un hombre que no formaba parte de esas reuniones.

Apartó ese recuerdo de su mente y se concentró en conducir, sintiéndose más segura ahora tras llegar a Penzance Beach Road. Estaba atravesando una región de carreteras en desuso y caminos de barro, entre bodegas, granjas de bayas, tiendas de artesanía y más coches de los que hubiera deseado. Una niebla densa se había cernido desde la zona de Westemport de la

Península. Intentó dibujar el mapa mentalmente pero nunca había conducido por esa carretera. Robert era el conductor de la familia.

Robert y sus tonterías sobre una forma más elevada de libertad sexual. Desde el principio, Janine había sabido que Robert y los otros intentaban adornarlo todo para sentirse mejor con respecto a lo que realmente estaban haciendo. «La suspensión de los celos» lo llamaban. «Auténtica generosidad» y «La forma más elevada de libertad sexual». Janine, mirando un par de páginas web, había encontrado más de lo mismo: «Todo a la vez, diversión y erotismo», decía un sitio que colgaba anuncios personales para juntar parejas que estuvieran en esa sintonía.

El mismo tono permeaba las reglas. Por supuesto, no lo llamaban reglas, sino «etiqueta»: Dúchate antes de ir, practica sexo seguro; prohibido el sexo anal; respeta los deseos ajenos; no significa no; pregunta primero y elige el momento adecuado para ello; puedes mirar siempre que quieras pero, por favor, lleva atuendo erótico en las zonas de juego; por supuesto, puedes tomar una copa para relajarte, pero nadie quiere una pareja de cama borracha.

A pesar de las sandeces, había resultado excitante esa primera vez y lo había seguido siendo durante un tiempo. A veces, todos los elementos —los olores, los sonidos, las imágenes— conspiraban para que se sintiera realmente excitada. Pero nunca se sintió liberada, viva o dulcemente perversa, por citar algunas de las bobadas que los otros mencionaban de vez en cuando. Y nada había servido para mejorar su relación con Robert, aunque eso no fuera algo que ella deseara entonces y mucho menos ahora que tenía a un auténtico hombre, a un auténtico amor, en la trastienda. A Janine todo le parecía muy forzado y sentía desprecio. Todo el mundo tan amable, tan atento a la hora de asegurarse de que todos tuvieran la oportunidad de entrar en aquello, tocar lo otro, chupar esto, acariciar lo otro; haz esto, por favor; haz aquello otra vez, por favor. Su profesión era la de psicóloga pero no hacía falta tener un título universitario para darse cuenta de que todo el rollo de las fiestas sexuales satisfacía las necesidades de los hombres, que no las de las mujeres, y que era un síntoma de ansiedades muy básicas, como el aferrarse desesperadamente a la juventud, la búsqueda de la autoestima o el sentirse deseado.

Se trataba, sobre todo, de la necesidad de ser amado y eso era patético e ilusorio. Robert y sus compañeros necesitaban una buena dosis de realidad. Y los medios para lograrlo habían caído en el regazo de Janine. Hacía una semana exacta, el Progress de

Waterloo había publicado un detallado artículo sobre ese tipo de orgías. Por lo visto, el articulista había asistido a una fiesta en algún lugar de la Península y lo había escrito con la bendición de los organizadores y de los participantes. Causó un gran revuelo entre los buenos y los decentes que secretamente deseaban algo de picante en sus vidas. No había fotos ni se utilizaban nombres reales, y eso le había dado una idea a Janine. El día anterior, Robert y cuatro amigotes habrían abierto su correo y habrían encontrado fotos de ellos en todo su esplendor, practicando sexo con mujeres que no eran sus esposas, delante de otras personas desnudas.

Le hubiera resultado imposible usar una cámara normal, ni siquiera una pequeña de espías. Pero un teléfono móvil con cámara y vídeo era otra historia. Podías tener un móvil a mano en esas fiestas, metido en tu toalla, tus bragas o tu corpiño, para el caso de que hubiera una llamada de emergencia de la canguro.

Unas cuantas instantáneas rápidas, unos pocos segundos de vídeo: médicos de familia, hombres de negocios, maestras, abogados y contables tirándose a extraños en algún sórdido dormitorio de las afueras. Incluso había varias instantáneas de Robert. Janine tembló de júbilo. ¿Qué pasaría si se las enseñara a su padre, el superintendente de policía, el custodio del orden?

No, quizá en otra ocasión.

Envío una foto a cada uno de los cuatro hombres cuyas caras eran lo suficientemente reconocibles como para poder ser identificados. Sin peticiones de dinero ni ninguna clase de nota. Quería infectar el mundo de las orgías con un cuadro agudo de ataque de nervios. Eso era todo. Sonrió ahora como un tiburón. «El miedo a encontrarse colgados en Internet no puede estar muy alejado de la superficie de sus pequeños cerebros», pensó.

Era obvio que el día anterior Robert había abierto su sobre en el trabajo. Se divirtió bastante cuando él llegó a casa y ella se le acercó, se frotó contra él, le acarició la polla y le dijo:

—¿Podemos ir a otra fiesta el próximo fin de semana? No puedo dejar de pensar en ello. Tenías razón, es muy liberador.

Él se apartó bruscamente de ella, con la boca contraída por el pánico y el asco:

—No creo que sea una buena idea —dijo con voz ahogada, antes de volverse muy desagradable y estar a un tris de golpearla. Ella siempre había sospechado que él tenía propensión a la violencia. Robert era el tipo de hombre que podía matar a su mujer y alegar en su defensa que ésta le había provocado. Y Janine sabía que había una enorme cantidad de hombres, jueces y abogados, que le dejarían salirse con la suya. Al final se acabó

encerrando en su estudio toda la velada. Y a las seis de la mañana voló hacia Sídney.

En ese momento la voz de su hija interrumpió sus ensoñaciones:

—¿Puedo poner la calefacción?

—Por supuesto.

Hacía frío para estar a primeros de julio, lo que significaba un largo y miserable invierno, supuso Janine. Observó cómo Georgia ajustaba con mano de experta la calefacción del Volvo y los mandos de los ventiladores, con una intensa concentración dibujada en su rostro dulce enmarcado por una aureola de rizos rubios. «¿Cómo es posible que la fabricáramos entre Robert y yo?», se preguntó.

Siguieron conduciendo a través de la niebla y finalmente Georgia se sentó muy tiesa en el borde de su asiento con expresión alerta mientras preguntaba:

—Mamá, ¿falta mucho?

—No creo —dijo Janine con más seguridad en la voz de la que sentía realmente.

Estaban en una carretera empinada, con buzones para cartones de leche cada doscientos metros, señales de «Abono de caballo», árboles frondosos y helechos ocultando caminos que llevaban hacia casas y terrazas resguardadas por la colina.

—Creo que es ésta —prosiguió Janine, señalando unas columnas de ladrillo y una verja abierta de madera. Frenó con prudencia para no alarmar al conductor que iba detrás de ella. Puso el intermitente, se salió de la carretera y giró suavemente hacia un camino de gravilla que daba a un aparcamiento circular, detrás de una casa de tablones de madera.

—Mira, cielo —dijo señalando el horizonte. La niebla se había levantado por unos instantes ofreciendo una vista maravillosa del imponente valle, el mar, y Phillip Island un poco más lejos. Pero a Georgia no la engatusaba:

—Es siniestra —soltó, refiriéndose a la vieja y desvencijada casa—. ¿Tengo que esperar en el coche?

—Seguro que te dejan ver la tele o algo —dijo Janine.

Estaba comprobando la dirección en el callejero, que se caía a trozos, y se alegró cuando escuchó el sonido del coche que entró detrás de ella con un chirrido de ruedas.

Capítulo 2

Había dos de ellos, el conductor y el matón, y avanzaban por el camino de entrada en un Holden Commodore, un modelo de 1983, que todavía se veía mucho en las carreteras, aunque quizá no de ese color blanco sucio ni con esa puerta amarilla clara.

Una mujer, eso es todo lo que Gent sabía. No sabía lo que había hecho, sólo que Vyner tenía que darle un escarmiento, un aviso, quizá un golpe en las costillas. Ésa era la especialidad de Vyner, no la suya. Él era el conductor, el que tenía que aportar el coche y el dominio de las sinuosas carreteras que iban y salían de esta parte de la Península, una zona de pueblecitos, huertas y viñedos. Una niebla marina se había extendido ocultando las carreteras y los canales, proporcionando así una buena tapadera para el trabajo.

El camino descendía abruptamente desde la carretera principal y los frenos del Commodore se resentían.

—Mierda de coche —dijo Vyner en el asiento del copiloto.

Gent se agitó, incómodo, detrás del volante. Vyner le había pedido que robara un coche en condiciones, que tuviera un buen motor, sin ser lujoso.

—Es lo mejor que encontré —masculló con tono culpable mientras pisaba los frenos del Commodore de su prima.

«Menudo quejica», pensó Vyner en el asiento del copiloto, mientras cogía una pistola con una mano enguantada y le enroscaba el silenciador con la otra. Esperó con simulada paciencia a que Gent parara el coche, luego salió y se dirigió hacia el coche de la mujer; una furgoneta Volvo plateada. La mujer salió, con una gran sonrisa de disculpa dibujada en su cara. Vyner despreciaba ese tipo de actitud. En el lugar del que procedía, primero actuabas y luego hacías las preguntas. El juzgado de menores a los trece años, orfanato a los catorce, condenado a una institución de reeducación juvenil a los quince. Y luego la Marina, donde, durante varios años, canalizó toda esa energía adquiriendo habilidades prácticas como mecanismos de

matar con tecnología de largo alcance. Fue licenciado en 2001 debido a un incidente en el golfo Pérsico, y el psiquiatra que le trató escribió en sus conclusiones: «El marino de primera Vyner posee una aguda inteligencia, pero es un manipulador y un mentiroso compulsivo que ha demostrado ser capaz de una gran crueldad».

Qué se le va a hacer. Como Vyner había escrito en su diario esa mañana: «Ningún cometa ha arrojado chispas de alegría y luz sobre mí». La vida le pisaba los talones incluso cuando buscaba cotas más altas de conocimiento.

Como, por ejemplo, ahora, cuando intentaba dilucidar el significado de matar a tiros a una mujer delante de su hija; porque había una niña en el asiento del copiloto, que tenía que haber estado en el colegio ya que era martes. La cría todavía no estaba asustada, sólo parecía curiosa, pero la mujer sí que lo estaba, la mujer había visto la pistola.

Juntó las manos, suplicando:

—No, por favor, era sólo una broma. No iba a enseñárselas a nadie. No iba a pedir tampoco dinero a nadie. —Luego cerró de golpe la puerta del coche con su hija dentro y empezó a alejarse de Vyner. Dijo también otras cosas como: «Te has equivocado de persona», y: «¿Qué te he hecho yo a ti?», y: «No le hagas daño a mi hija». Pero Vyner iba a cumplir con su trabajo.

Siguió avanzando y, cuando la mujer dio la vuelta precipitadamente para ponerse delante del Volvo, Vyner no alteró su paso, sino que se limitó a alzar la pistola mientras se le acercaba. Ella rodeó el morro del coche y retrocedió hasta el lado opuesto en dirección a la verja de atrás, así que Vyner dio la vuelta pacientemente, volviendo sobre sus pasos para encontrársela. Era como jugar al gato y al ratón, la mujer gimiendo y Vyner registrando el acompasado ritmo de su propio corazón y de sus pulmones. Líneas para su diario: «Hoy me han echado una mano los ángeles».

Nathan Gent, detrás del volante del Commodore, llegó a una terrible conclusión. Sentado allí con la boca abierta, con el Commodore temblando arrítmicamente con cuatro de los seis cilindros que tenía, se dio cuenta al fin de que lo habían contratado para un asesinato. Cerró la boca con un chasquido de dientes podridos y levantó levemente el pie del acelerador, escuchando cómo el motor se sosegaba aún más. «Un pequeño asunto —había dicho Vyner—, no nos llevará mucho tiempo.» Vyner, tan duro, delgado y certero como un látigo, siempre había sido un poco bestia, pero, que Gent supiera, nunca había matado a nadie, si acaso a algunos de esos iraquíes con trapos en la

cabeza. Gent sintió que se le descomponían las tripas.

Levantó la vista, apretando el viejo esfínter, y vio cómo Vyner y la mujer habían llegado al maletero del Volvo al mismo tiempo, cada uno desde lados opuestos del coche. La mujer dio un respingo y volvió corriendo sobre sus pasos medio agachada. Vyner, con todo el tiempo del mundo, la siguió.

Luego dejó de esconderse. Sabía que le había llegado su hora e intentaba alejar a Vyner de la niña allí atrapada, en el asiento posterior. O al menos eso quería pensar Gent, sintiendo cómo una vieja amargura lo envolvía, mientras rememoraba a su propia madre que nunca hubiera sacrificado nada por él. Vio cómo la mujer se alejaba rápidamente del maletero en dirección al pequeño cobertizo del jardín. Hileras de rastrillos, palas, piquetes de valla, podadora y una cortadora de césped. A Nathan Gent le parecía que era una Victa; podría regresar con la furgoneta de un colega, cargarla y venderla por 50 billetes en el bar de atrás del pub Fiddlers Creek.

Quizá no era una buena idea. Escena del crimen, cordón policial alrededor, y los maderos queriendo saber qué pintaba él en ese lugar.

Pero un crimen, Dios santo, cómplice de un crimen. Para reconfortarse, Gent se masajeó el muñón de lo que había sido su dedo anular derecho, el dedo arrancado por la cadena de un barco en algún lugar del golfo Pérsico.

De nuevo recordó lo que Vyner había dicho sobre robar un coche y le dio las gracias a Dios silenciosamente por la niebla que los ocultaba. Y por el lugar: la casa estaba por debajo del nivel de la carretera que rodeaba la cresta de una montaña, con un terreno muy escarpado a cada lado. Los conductores que pasaran por allí tendrían que salir de sus coches, plantarse en el borde de la carretera y mirar hacia abajo, a la pequeña rotonda y al aparcamiento, para poder ver algo. No había vecinos ni nada parecido. Pero, Señor, ¿por qué no había robado un coche como le había pedido Vyner?

Mientras Gent miraba, Vyner apuntó a la mujer, que estaba ahora agazapada junto al cobertizo, y le disparó dos veces, un par de detonaciones, suavizadas por la densa niebla y el silenciador. Luego, Vyner volvió al coche de la mujer, esta vez apresurándose un poco.

La niña lo sabía. Una niña pequeña, quizá de seis o siete años, salió disparada del Volvo con su anorak rojo, corriendo, con los rizos rebotando y Vyner apuntándola con su pistola. Gent lo vio disparar, fallar. Ahora se estaba dirigiendo hacia el Commodore, con Gent pensando: «No, lárgate, yo no puedo ayudarte». Sacó la

mano por la ventanilla para indicarle que se alejara. Ella se quedó mirándolo con la boca abierta durante un momento y luego salió disparada en dirección a una fila de abedules al borde del jardín. Gent vio a Vyner apuntar, apretar el gatillo. Nada. Vyner contempló la pistola con asco y luego se dio la vuelta y se dirigió hacia el cobertizo para buscar los casquillos. Después de unos minutos, se zambulló dentro del Commodore gritando: «¡Vámonos!».

«Ponte en marcha, capullo», pensó Vyner. Gent había estado demasiado tiempo sentado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Menos de dos minutos como mucho? Esperaba que al menos el chico no fuera a ser un estorbo. Gent sólo tenía veintipocos años aunque estaba cayendo en picado con gran rapidez gracias a la cerveza y a las drogas; un chico gordito con los hombros caídos que pretendía conocer todas las carreteras de tierra —«y probablemente también todos los patios traseros y puertas traseras», pensó Vyner— de la Península.

Bueno, Gent iba a cobrar 5.000 dólares por su parte en el asunto y sabía lo que pasaría si no mantenía el pico cerrado.

Se acercaron a la cima de la autovía con Vyner quitándole la pinza a su Browning mientras la maldecía. Uno tendería a pensar que la Marina posee pistolas solventes, con seguro y todo lo demás. Y eso que no pensaba quedársela; uno no va dejando por ahí pruebas incriminatorias. Haría lo que había hecho en otras ocasiones: enterrarla en un bloque de cemento y tirarla en algún contenedor de una obra. Había dos pistolas Browning más en la caja fuerte empotrada de su apartamento de Melbourne y sería mejor que las examinara y las limpiara esa noche. No quería que se le echaran encima, sobre todo, cuando disparaba en defensa propia. Mierda de pistola. Lamentablemente era demasiado tarde para poder recuperar los 500 dólares que había pagado por cada arma, porque el encargado de armas de la Marina que se las había vendido había muerto. Se había pegado un tiro en la cabeza.

Desenroscó el silenciador —al menos eso funcionaba— y lo metió en el bolsillo interior de su chaqueta y luego empujó la Browning dentro de otro bolsillo, y el cañón se enganchó rompiendo la tela. Jodido e inútil trasto. Vyner hubiera deseado obtener en la armería algo más sofisticado como una Glock automática o una Steyr de cañón corto o un rifle apto para disparar en la oscuridad, pero todo lo que consiguió que le vendiera el hombre de la Marina fueron tres añejas Browning, de la partida que se usaba para entrenar cadetes, que estaban

siendo descartadas progresivamente. «Éstas se me pueden traspapelar fácilmente en la burocracia y nadie se inmuta —le había dicho su compañero—, pero las partidas nuevas, ni hablar.»

Vyner se quitó los guantes y bajó la visera del coche para observarse en el espejito. No tenía nada entre los dientes. Su vieja cara de siempre mirándolo de vuelta. Se guardó la gorra y se alisó el pelo.

—¡Mierda! —gritó Gent, frenando a fondo mientras el Commodore alcanzaba el tope de la autovía. Y se paró en seco, traqueteando, en el preciso instante en que un taxi salía de la niebla y volvía a desaparecer en la niebla, esfumándose en un abrir y cerrar de ojos.

Capítulo 3

Normalmente, Hal Challis empezaba el día dando un paseo cerca de su casa; pero quería pescar a Raymond Lowry por sorpresa, para preguntarle sobre las pistolas robadas; así que a las seis y media de la mañana se puso el abrigo, cogió su cartera y su portátil y se acomodó detrás del volante de su Triumph. Cinco minutos después seguía intentando arrancarlo. Cuando al fin se encendió el motor, lo hizo perezosamente echando una enorme cantidad de humo. Se hizo una nota mental de que tenía que llevarlo a revisar al taller.

Se dirigió a Waterloo, tomando la dirección del este a través de las tierras de cultivo, con la calima pisándole los talones, envolviendo los pinos y los eucaliptos que bordeaban la carretera, reduciendo el universo. «Calima»; era como si, en esos momentos, la bahía de Westernport se hubiera esfumado, ya que habitualmente una mancha de agua plateada se agitaba en la distancia. Challis supuso que estaba revuelta; de hecho, la noche anterior se había levantado de pronto un viento helado, que había entrado en contacto con el agua del mar, todavía cálida gracias a un otoño benigno, y el resultado era esa niebla densa que todo lo transfiguraba. Sabía por experiencia que seguiría cubriendo la Península durante horas, un peligro para los barcos, autobuses escolares, taxis y trenes de cercanías. Y un peligro para la policía. Challis trabajaba en la sección de homicidios, pero hoy se compadecía de los agentes de tráfico. Unos locos furiosos lo adelantaron a 100 kilómetros por hora antes de que se los volviera a tragar la niebla; irritados por él, el parsimonioso conductor de un viejo Triumph. Viejo, incomprendido y con la calefacción estropeada.

Pronto llegó a una llanura cerca de una franja de manglares, y, finalmente, a los distribuidores de ruedas, gasolineras y depósitos de coches de segunda mano, que caracterizaban a las afueras de Waterloo. Casas nuevas, baratas y hacinadas se acurrucaban penosamente bajo la niebla. Había un gran índice

de paro en los nuevos territorios; tiendas vacías en la calle principal; un sinfín de problemas para los trabajadores sociales. Y, sin embargo, en una colina baja que se alzaba sobre el pueblo había una zona vallada de casas de un millón de dólares con vistas sobre la bahía de Westernport.

Waterloo era la ciudad más grande de ese lado de la Península, cercada por las tierras de cultivo por un lado, y los pantanos de manglares y la bahía por el otro. Tres supermercados, cuatro bancos, un colegio de secundaria y un par de colegios de primaria públicos y católicos, algo de industria ligera, una refinería de combustible en frente del club náutico, una biblioteca, una piscina municipal, varios pubs, cuatro tiendas de «Todo a cien» y varios locales comerciales vacíos. Una ciudad emergente, de eso no cabía duda, pero que seguía creciendo y a menos de una hora y cuarto de distancia de Melbourne.

Challis aminoró la marcha para rodear una rotonda y luego bajó por la calle principal en dirección a la costa, pasando por la piscina y el club náutico, de camino a la pasarela de madera que atravesaba los manglares. Allí aparcó y paseó durante una hora, sus pisadas silenciosas y huecas sobre las tablas de aglomerado de pino. Debajo de él podía sentir el movimiento de la marea y en una o dos ocasiones hubo un golpe de viento y un apresurado timbre de aviso, al tiempo que un ciclista lo adelantaba a una velocidad excesiva para un camino tan estrecho y bajo una luz tan grisácea y tenue.

Las siete y media. Se paró a contemplar un cisne negro y pensó en su esposa muerta. Ella nunca había entendido su necesidad de levantarse temprano y pasear, o su necesidad de pasear solo. Quizá la carcoma se había instalado en su matrimonio debido a esa diferencia esencial entre ellos. Sus paseos solitarios le centraban: resolvía problemas, diseñaba estrategias, redactaba informes, hacía lo mejor que podía odiando o amando. Otras personas —como su mujer— querían charlar o beber por la zona cuando paseaban, pero Challis paseaba para pensar, poner su sangre en movimiento y buscar respuestas en su interior.

Qué extraño que siempre acabara apareciendo ella en su pensamiento. Qué extraño que ella siguiera siendo la persona a la que mostraba sus argumentos y pasaba información, como si ella todavía le importara más que nadie, como si todavía tuviera la esperanza de brillar ante sus ojos, como si ella no hubiera intentado matarlo y su propia muerte no lo hubiera interrumpido todo.

Las siete cuarenta y cinco. Se apartó del cisne, se dirigió hacia

su coche y condujo de vuelta a la calle principal. Allí, los madrugadores de la panadería, el café y el puesto de periódicos estaban abriendo sus puertas, barriendo la entrada y limpiando sus cajas registradoras. Entró en el café Laconic, compró un solo para llevar y un cruasán, y se los tomó en el coche, vigilando y esperando.

A las ocho menos cinco apareció Lowry, que venía caminando desde el aparcamiento que había detrás de la galería comercial. El hombre llevaba vaqueros, anorak y un gorro de lana. Un tipo alto y fornido a quien le encantaba mostrar un montón de dientes cuando hablaba. Challis observó cómo buscaba sus llaves y abría la puerta de la tienda. Tanto las ventanas como la puerta estaban empapeladas de anuncios de móviles y planes de telefonía. Waterloo Mobile World, se llamaba la tienda.

Challis le dio a Lowry un par de minutos, y luego entró, disparando una alarma.

—No abrimos hasta... —empezó a decir Lowry, y luego algo le hizo parar, algo relacionado con la tranquilidad y decisión que percibió en Challis.

»¿Qué es lo que desea?

—Otra charla, señor Lowry —dijo Challis Raymond Lowry mostró indignación y perplejidad con su boca y con sus hombros:

—¿Acerca de qué?

—De la investigación del jueves —contestó Challis—, Estoy acabando mi informe para el juez.

—Deje que cierre la puerta —dijo Lowry con resignación. La cerró y después le hizo un gesto a Challis para que lo siguiera a una habitación en la trastienda, llena de cachivaches, donde se sentó de inmediato detrás de una mesa de despacho y empezó a tomar notas en un cuaderno. No había ninguna ventilación en ese cuarto diminuto. Un calentador eléctrico azotó los tobillos de Challis, con una ráfaga de aire tórrido. Al poco, Lowry levantó la vista:

»Lo siento, es que hay un montón de papeleo en este trabajo.

Challis miró a su alrededor, a los archivadores de acero gris llenos de cajas de móviles y de accesorios de móviles:

—¿Va bien el negocio?

—No me puedo quejar.

—¿Mejor que la vida en la Marina?

Lowry se encogió de hombros.

La base de la Marina estaba a pocos kilómetros de distancia. Lowry había servido allí durante un tiempo, había conocido a una chica local y finalmente lo había dejado.

—No se pueden criar niños en ese tipo de entorno —dijo—. Te

destinan todo el rato a un montón de sitios. Además, me gano bien la vida con esto.

Lowry, el sólido hombre de negocios y respetable padre de familia. Challis no le respondió y se limitó a esperar: un viejo truco.

—Mira —dijo Lowry con una sonrisa pacificadora, dejando al desnudo sus enormes y gloriosos dientes — , ¿Qué más te puedo decir? Apenas conozco al chico.

Un sábado por la noche en mayo, un armero de la base de la Marina, con un subidón importante de alcohol y drogas, había sido expulsado del pub Fiddlers Creek. Dos horas más tarde había vuelto sin ser visto, con una pistola de la armería y había matado a un traficante. Y más tarde, para acabar, se había pegado un tiro con la misma pistola. Las consecuencias habían sido muy graves: dieciocho cadetes habían sido expulsados tras dar positivo en un test de drogas y la operación de la armería estaba siendo investigada. En las primeras pesquisas se había descubierto que faltaban algunas pistolas: las de una partida antigua que estaba siendo reemplazada. Challis quería saber a toda costa cuál había sido el destino de esas pistolas.

—¿Qué casi no le conocías? Eso no es lo que me han contado — mintió—. He oído que erais bastantes colegas. ¿No eras tú acaso su contacto de fuera? El falsificó los papeles para cubrir el robo de varias pistolas, ¿y tú se las colocaste?

—De ninguna manera. Pistolas no.

Queriendo decir que sí, que era verdad que le habían pescado trapicheando con objetos robados el año anterior, pero que en ningún caso lo haría con pistolas.

—Entonces, ¿quién trapicheaba por él?

Lowry abrió mucho los brazos:

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa?

—¿Qué tal está tu mujer? —dijo Challis.

Lowry titubeó ante ese cambio de tornas. Llevaba el pelo cortado al rape y se pasó una mano por los pinchos como para reunir sus pensamientos:

—Nos hemos separado.

Challis ya lo sabía por el expediente de Lowry. La señora Lowry había conseguido una orden de alejamiento de su marido y luego lo había dejado, obteniendo la custodia de sus tres hijos. Lowry se había unido a un grupo llamado «Padres Primero», donde no había parado de montar broncas.

—Vaya, lo siento.

Larry se ruborizó.

—Bueno, ¿estoy arrestado? ¿Me vas a acusar de algo o qué?

Challis sonrió sin una pizca de humor.

—Ya veremos —dijo, y volvió a su coche deseando que arrancará y que no le dejara colgado mientras Lowry miraba desde el escaparate de su tienda.

La estación de policía tenía dos niveles: oficinas, celdas, cantinas y salas de interrogatorio en el entresuelo, y salas de conferencia, Unidad de Investigación Criminal y un pequeño gimnasio en el primero. Challis entró por la puerta de atrás y se dirigió a su buzón, en el pasillo, detrás de la recepción. Metió la mano dentro, sacó varios memorándums y empezó a hojearlos.

La mayoría los tiró al cubo rebosante de papeles que había cerca, pero se detuvo, con una furia inútil, en uno del superintendente McQuarrie dirigido a todos los inspectores: «El superintendente adjunto va a hacer algunas preguntas muy molestas este año y se espera de vosotros que entreguéis presupuestos equilibrados. La situación presupuestaria se está convirtiendo en el mayor desafío gestor de la región y, por lo tanto, cualquier pedido, cualquier partida de gastos, será analizado exhaustivamente».

Challis ya había vivido recortes de presupuesto en otras ocasiones. El resultado habitual era que el gasto en papel se disparaba para redactar una masa creciente de memorándums, mientras que el dinero para pilas de linternas, intérpretes, plumas, material de limpieza o llamadas de móvil desaparecía. Y lo que era más grave todavía: a cualquier sección se le podía cobrar por utilizar los servicios de otra sección, se había reducido el acceso a los registros de llamadas de víctimas y sospechosos, y había un presupuesto mínimo para pinchar teléfonos. Lucha contra el crimen por comités. Eso es lo que pensaba Challis.

Dio media vuelta para dirigirse a la escalera que llevaba al primer piso.

—Hal —dijo una voz antes de que llegara arriba. Giró la cabeza: el sargento primero Kellock, un hombre muy corpulento que hacía honor a su apellido [1] y que era, asimismo, el oficial uniformado al mando de la comisaría, le estaba haciendo señas. Challis asintió con la cabeza y entró en el despacho de Kellock—. Esto llegó para ti.

Era un paquete del tamaño de una caja de cartón de botellas de vino, envuelto en un grueso papel marrón. A Challis le asediaron sentimientos muy complejos cuando vio los nombres de los remitentes: los padres de su esposa muerta. Él les tenía aprecio y era un sentimiento mutuo, pero, aun así, había estado intentando alejarse de ellos.

—Gracias —masculló.

—Colega, no somos una oficina de correos —dijo Kellock.

Challis sabía que el paquete lo habían entregado en recepción. No había ningún motivo, salvo el del cotilleo, para que Kellock se hubiera hecho cargo de ello. Francamente irritado, Challis llevó la caja escaleras arriba hasta el primer piso.

La Unidad de Investigación Criminal era una sala muy grande llena de mesas de despacho, archivadores, teléfonos, mapas de pared y ordenadores. Ellen Destr y, la sargento de la UIC, tenía ese día media jornada libre; Scobie Sutton, uno de los detectives, pasaba la mañana en los juzgados. Un tercer detective estaba haciendo un cursillo intensivo de una semana en la ciudad, y el cuarto estaba de vacaciones. Hoy iba a reinar la tranquilidad en la UIC.

El despacho asignado a Challis era un cubículo partido por la mitad en una esquina, con una vista deprimente al aparcamiento de detrás del edificio. Una vez dentro dejó la caja en el suelo, encendió su ordenador y miró su correo electrónico. Sólo tenía un mensaje del superintendente McQuarrie pidiéndole que escribiera un informe sobre la actividad policial de la región. Challis lo imprimió e intentó encontrarle algún sentido a las directrices, mientras una furia sorda le calentaba la cabeza. ¿Acaso había alguna diferencia entre una «declaración de intención», «una meta» y «un objetivo»? Palabrería, palabrería hueca: en eso se había convertido la profesión de policía.

Harto, se hizo un café y con la mano buscó detrás de él la polvorienta radio que había en su estantería, repleta de libros de derecho, reglamentos policiales y carpetas desgastadas de papel. Y con el murmullo de fondo de las noticias de las nueve de la mañana, Challis se sentó frente al ordenador, sacó sus notas y empezó a rumiar su informe al juez sobre el tiroteo de la Marina.

Pero, en realidad, estaba retrasando lo inevitable. Rescatando el paquete del suelo, rompió el envoltorio y encontró una caja de cartón sellada con una nota pegada al borde.

Queridísimo, Hal:

Estas cosas de Angie llegaron aquí hace pocos días. Por lo visto estaban almacenadas en la prisión, sin que nadie reparase en ellas. Y hemos pensado que las deberías tener tú para que hagas con ellas lo que creas conveniente. Cuídate, querido Hal, nos acordamos a menudo de ti.

Con cariño,

BOB Y MARG

Challis abrió la caja y miró los tristes restos de la vida de su esposa: novelas de bolsillo, un cepillo y un peine, maquillaje, un pequeño álbum de fotos, un reloj de pulsera, la ropa que llevaba cuando fue arrestada. Tragó saliva y quiso llorar. Luego volvieron a reafirmarse los hábitos e imperativos de sus días y tiró la caja con todo su contenido a la papelera.

Demasiado pronto para saber si ese gesto tenía algún significado.

Volvió a su informe. Sonó el teléfono. Era el superintendente McQuarrie, pero un McQuarrie roto, no el peripuesto golfista ni el pelotillero de la Cámara de Comercio.

Capítulo 4

Según el detective que recibió a Challis en la escena del crimen, la operadora 000 le había asignado el trabajo a la policía de Rosebud. Sospechando que era una broma, un niño que estaba jugando con el móvil de su madre, finalmente enviaron a dos oficiales uniformados en una camioneta de la división. Los oficiales habían echado un vistazo a la escena, la habían acordonado y habían llamado a los detectives de Rosebud. Luego, la niña, asombrosamente tranquila y manchada con la sangre de su madre, les había contado que su abuelo era un policía importante: el superintendente McQuarrie.

—Y claro —dijo el detective de Rosebud—, no tuvimos más remedio que ponernos en contacto con él.

Challis asintió. Le dijo cómo se llamaba al oficial de policía uniformado que tomaba los nombres a la entrada del camino, e hizo una breve pausa para ver la escena con perspectiva. Carretera clausurada con varios vehículos policiales, incluido el suyo, aparcados en los bordes de hierba. Había también un coche fúnebre de la funeraria contratada por el gobierno para entregar casos de defunciones sospechosas a los laboratorios. Eucaliptus afectados por una plaga, pitósporos, pinos y helechos. Un par de buzones lejanos. Y, más cerca, un abrupto camino de gravilla que conducía a una pequeña casa de tablas de madera, donde estaba aparcada una furgoneta Volvo plateada con todas las puertas abiertas.

Varios hombres y mujeres se hallaban allí también, vestidos con trajes desechables azules o blancos y con fundas en los zapatos, de pie al lado y dentro de una tienda de campaña forense hinchable, que protegía al cadáver y a su entorno inmediato del aire o de la lluvia. Un fotógrafo estaba tomando fotos y registrando en vídeo el cadáver, y el cadáver en relación al coche, los parterres ajardinados, la casa y un pequeño cobertizo de uralita. La patóloga de guardia, Freya Berg, estaba arrodillada junto al cuerpo. Challis no veía a McQuarrie por

ningún lado.

Empezó a bajar por el camino acompañado de un detective de Rosebud, un hombre de nariz torcida y traje gris arrugado.

—¿Dónde está el superintendente?

—Se llevó a la niña a su casa.

—Maldita sea —dijo Challis. Una parte de él sabía que la niña necesitaba mucho mimo y consuelo en esos momentos, pero otra parte quería tener su versión de los hechos antes de que se la contara a mucha más gente. McQuarrie era un oficial de policía experimentado, pero también era el abuelo de la niña, y, en consecuencia, tendería a ser protector, tendería a querer interrogarla, tendería incluso a interferir en sus recuerdos metiéndole ideas en la cabeza.

—¿Señor? —respondió el detective de Rosebud.

Challis sonrió al hombre. No quería que pensara que se pasaba por el forro los sentimientos de los niños afligidos.

—Pensé que iba a poder hablar con él, eso es todo.

—Quiere que usted vaya a verle a su casa a última hora de la mañana.

«Cielos», pensó Challis mientras miraba su reloj. Necesitaba hablar con la nieta de McQuarrie de inmediato, no más tarde. Saludó a algunos técnicos de escenas del crimen y luego le gritó un agudo «eh» a un agente uniformado que se había metido un chicle en la boca y estaba tirando el envoltorio plateado debajo de un arbusto. El hombre de Rosebud se acercó a él corriendo mientras le decía:

—Eres un capullo ¿y si hubiéramos seleccionado eso como prueba? Recógelo ahora mismo.

Cuando volvió, Challis le preguntó:

—¿La niña contó algo?

—Se llama Georgia —dijo el hombre de Rosebud un poco molesto —. Nos contó que había dos hombres en un viejo coche blanco con una puerta amarilla. Uno de ellos disparó sobre su madre y el otro se quedó esperando en el coche.

—¿Qué estaban haciendo aquí? ¿Por qué no estaba Georgia en el colegio?

El aire era húmedo y pegajoso, la brisa marina esa mañana había alcanzado el interior de la costa. El detective de Rosebud intentó resguardarse un poco más dentro de su abrigo, tenía la cara rosa y blanca de frío, mientras su calva arrojaba calor corporal al aire.

—Era el día del Programa Escolar, y eso quiere decir que no hay clase. De manera que estaba pasando el día con su madre. No logré sonsacarle más. Tampoco quería presionarla. De hecho, se

negó a hablar conmigo hasta que los chicos uniformados le confirmaron que yo era un poli. Y luego apareció McQuarrie.

«Será mejor que me lleve a Ellen Destry para interrogarla», pensó Challis.

—¿Así que llamó al 000 con el móvil de su madre?

—Sí. Lo encontramos en el coche —dijo el hombre de Rosebud.

—¿Por qué no la recogió su padre?

El hombre de Rosebud comprobó sus anotaciones:

—Se llama Robert McQuarrie, vive con la víctima y la hija de los dos en Mount Eliza... hoy estaba en Sídney de viaje de negocios. Ahora está volando de vuelta.

—Así que él no fue el que disparó.

—Pudo haber contratado a alguien.

—Muy cierto.

Las estadísticas muestran que nueve de cada diez crímenes —asesinato, homicidio— son cometidos por algún conocido de la víctima, y cinco de cada diez son familiares directos. Ese era siempre el punto de partida de Challis. A un hombre en duelo por la muerte de su esposa le diría: «Siento mucho lo sucedido», pero al mismo tiempo lo escudriñaría a fondo y sin contemplaciones, para examinar lo que su cara y sus ojos revelaban en ese instante y lugar, y también comprobaría lo que su vida secreta —extractos bancarios, cartas, créditos y recibos— podía esclarecer a largo plazo. En ciertas ocasiones incluso les diría suavemente a los maridos, mujeres, amantes, amigos: «Lo siento, pero usted es mi primer sospechoso y tengo que descartarlo primero de mi investigación para poder seguir adelante con ella».

Challis miró en dirección a la pequeña casa.

—¿Hay alguien en la casa?

—No.

—¿Sabemos quién vive aquí?

El otro hombre miró sus notas.

—Los uniformados averiguaron un nombre: Joe Humphreys.

—¿Explicó Georgia la razón por la que vinieron aquí?

—No, sólo dijo que no tenía colegio hoy, que falló la canguro, y que por eso estaba pasando el día con su madre.

—¿Sabemos a qué se dedicaba su madre?

—Encontré esto en su cartera.

Una pequeña tarjeta grabada en relieve, con el nombre de Janine McQuarrie en negrita, seguido de «Gabinete de Psicología Bayside» en cursiva, y las palabras «mediación, reconciliación, problemas paterno-filiales, control del estrés, terapia de autoestima y autoafirmación, terapeuta especializada».

—¿Psicóloga? ¿Estaba visitando a un cliente?

—Ni idea.

—¿Hay otros testigos?

—Hemos mandado a los uniformados de puerta en puerta. Hasta el momento no hay más testigos.

Challis examinó la casita. Tenía un aspecto a la vez destartalado y anticuado, como si viviera en ella una persona anciana que hubiera abandonado todo esfuerzo y esperanza.

—Las pudieron haber seguido —dijo—, o quizá sea un caso de persona errónea y lugar erróneo. Quizá debas empezar por localizar a todos los Joe Humphreys.

El detective de Rosebud negó con la cabeza con aire satisfecho.

—No puedo hacerlo. El comisario dice que va a pasártelo todo a ti y a Waterloo. Me dijo que me quedara hasta que llegaras. —Hizo una pausa—. Leí ese artículo del Progress la semana pasada —dijo con una leve entonación de amigote en ascuas.

Challis frunció el ceño. Su historia con la directora, Tessa Kane, era agua pasada. Habían vuelto a convertirse en unos conocidos un tanto incómodos. Sin embargo, desde que salió su artículo sobre fiestas sexuales en el último número de la semana anterior del Progress, había tenido que aguantar muchas sonrisitas y codazos. Era como si la gente diera por supuesto que él siempre la había acompañado a las orgías y que seguía haciéndolo. Miró fijamente a la cara al detective de Rosebud y vio cómo tragaba saliva.

—Bueno, mucha suerte.

Challis hizo un seco gesto de despedida con la cabeza. En ese momento, Freya Berg anunció que había acabado con el cadáver, así que se acercó a ella.

—¿Qué es lo que tenemos?

Era una broma entre ellos. El diálogo de una de las series estadounidenses de escenas de crímenes, que ambos despreciaban, parecía consistir exclusivamente en que el principal investigador dijera: «¿Qué es lo que tenemos?» y «Mantenme informado».

La boca de Freya era serena. Y sus ojos, permanentemente risueños.

—Mujer bien alimentada, bla, bla, bla, con un disparo en la espalda y otro detrás de la cabeza. Lleva menos de dos horas muerta.

Habían encontrado a la mujer muerta tirada boca abajo en el suelo, pero Freya le había dado la vuelta al cuerpo para examinarlo, y ahora la mujer estaba tumbada, con la postura distendida de un cadáver y expresión de angustia en la cara. Llevaba pantalones y tenía los muslos y las rodillas húmedos; su

camiseta color crema estaba ladeada en la cintura, y su chaqueta, desabotonada y manchada de barro.

Challis miró a los técnicos de escenas de crímenes.

—¿Algún casquillo?

—Nada, Hal.

Volvió a mirar a Freya.

—¿Heridas de salida de bala?

Ella zarandeó la cabeza.

—Todavía las tiene dentro.

—¿Cuándo puedes hacer la autopsia?

—A última hora de hoy.

—Mantenme informado.

Al volver al coche, Challis comprobó las llamadas de su móvil. Como era de esperar, tenía varias llamadas de periodistas, incluyendo una de Tessa Kane. Suspiró, sintiéndose asediado. El caso iba a levantar mucho interés mediático. Además, Tessa iba a querer una versión directa de la policía. Challis sintió que era lo mínimo que le debía, aunque también era cierto que ella había sido muy crítica con la policía en numerosas ocasiones. El Progress de Waterloo no se parecía en nada a otros semanarios de pequeñas ciudades —con su noventa por ciento de anuncios por palabras y diez por ciento de historias de buenos sentimientos: héroes deportivos locales, el perro ladrador que salvó a una viuda de un incendio doméstico, el alcalde plantando un árbol—, ya que denunciaba con regularidad temas de injusticias sociales locales, incluyendo el centro de detención de cerca de Waterloo, y la pobreza y desesperación de los estados más nuevos. No era nada sorprendente, por lo tanto, que mucha gente odiará a Tessa Kane, incluyendo al superintendente McQuarrie.

Challis le dio vueltas al asunto. Sentía que no estaba preparado todavía para hablar con ella. Quizá él anduviera agazapado en su cabeza, nunca muy lejos de su conciencia, tan a menudo como ella acechaba la suya, pero la época en la que la telefoneaba inmediata y automáticamente para contarle los detalles de una historia pertenecía ya a un lejano pasado.

Al final hizo dos llamadas: una en la que solicitó los últimos datos sobre coches robados, abandonados o quemados en la Península, y otra a McQuarrie.

—Mi nieta está todavía muy trastornada, inspector —le dijo el superintendente con tono firme—. Ya sé que necesita hablar con ella mientras todo sigue fresco en su cabeza, pero todavía

necesita un poco de tiempo, ¿de acuerdo? Ya veremos cómo se siente a la hora de comer.

—Señor —dijo Challis.

Ahora había que establecer si había alguna conexión entre la víctima y la mujer que vivía en el número 283. Como se sentía reacio a colarse en la casa, arrancó el Triumph y condujo doscientos metros hasta la finca de los vecinos más cercanos: una casa alargada de tapial y ladrillo con un tejado con claraboyas. Allí, una mujer con un mono de trabajo estaba empujando una carretilla de estiércol por el jardín de detrás de la casa. Tenía un rostro suave y juvenil, y dijo que se llamaba Lisa Welch.

—Es usted el segundo policía que llama a mi puerta esta mañana —dijo cansinamente, mientras se quitaba un mechón de pelo de la cara—. Sé que es algo que tiene que ver con la casa de al lado, pero no me ha dicho el qué. Y eso que yo no he visto ni escuchado nada.

—Ya sé que parece un despliegue absurdo de personal —dijo Challis—, pero es que nos urge ponernos en contacto con la mujer que vive allí.

—La señora Humphreys, Joy. Pero está hospitalizada en estos momentos.

La miró con atención.

—¿Sabe por qué?

—Trasplante de cadera. Tiene setenta y muchos años.

Challis intentó asimilar esto: «¿Podría ser una anciana el blanco intencionado? ¿Podría una mujer joven ser confundida con una mayor?».

—¿Qué hospital?

—Waterloo.

Bueno, eso, al menos, le venía bien.

—¿Vive sola?

—Creo que su marido murió hace cinco años.

Challis dijo pacientemente:

—Pero, desde entonces, ¿ha tenido visitas que se quedaran con ella una temporada, realquilados o algo parecido?

La mujer movió la cabeza.

—No sabría decírselo, sinceramente. Soy nueva aquí y no estoy al tanto de todas las idas y venidas.

Challis se metió en el bolsillo su bolígrafo y su bloc de notas.

—Gracias, me ha sido de gran ayuda.

Vio cómo la mujer tragaba saliva. Tenía una postura tensa.

—¿Puede decirme qué pasó exactamente? ¿Asaltaron su casa?

Challis dudaba. Cabía siempre la posibilidad de que esa mujer fuera el blanco intencionado. De ser así, ¿huiría en cuanto

supiese lo que había sucedido en la casa de al lado? Antes que hacer otro viaje para volver a interrogarla, dijo:

—Señorita Welch, ha habido un tiroteo. Una mujer ha muerto. No es la señora Humphreys. —Y levantando la mano añadió—: Es una mujer más joven.

—Oh, Dios mío.

—¿Tiene usted enemigos?

Se apartó de él.

—Todo el mundo tiene enemigos. ¿Piensa realmente que se equivocaron de casa?

—Tenemos que comprobarlo todo.

—Pero ¿qué pasa si vuelven? Yo vivo sola aquí.

—¿Tiene a alguien que la pueda acoger esta noche o algunas noches más?

—Mis padres viven en la ciudad. —Y le dio una dirección y un teléfono en Highett.

Él dijo cariñosamente:

—No creo que haya ningún peligro para usted. Quienquiera que haya hecho esto hace tiempo que huyó. Sin embargo, sería prudente que se quedara con sus padres un par de noches hasta que averigüemos algo.

Aceptó esperarla hasta que hiciera la maleta, cerró la casa y se fue de allí en su coche. Anotó la marca, modelo y matrícula, y se dirigió a Waterloo.

Desafortunadamente, su ruta le hizo pasar por el aeródromo local. Dentro de uno de los hangares había un Dragón Rapide, un biplano de los años treinta que se suponía que estaba restaurando, pero algunas cosas se le habían torcido y el viejo avión sólo estaba restaurado al setenta por ciento. Él ya había perdido todo entusiasmo por completar las tareas que quedaban pendientes, como el ponerse a buscar las ruedas correctas. Además, el hangar le erizaba el cabello. Todavía sentía la presencia de Kitty allí, restaurando su caza Halcón Kitty, de la segunda guerra mundial. Por supuesto, tanto el avión como la mujer habían desaparecido hacía tiempo, pero ella había sido una compañía agradable —casi una amiga— hasta que su marido entró subrepticiamente una noche y la mató de un tiro mientras trabajaba. Challis había arrestado al hombre, pero ese episodio fue el comienzo de un cambio interno, de una pérdida de fe. Y sus visitas al hangar se habían espaciado. Entretanto, había recibido la factura de la renovación del alquiler de un espacio en el hangar. Sintiendo en ese momento que había llegado la hora de deshacerse de todo y vender el Dragón, le había enviado un correo electrónico a un coleccionista californiano, que había

mostrado interés en comprarlo en la última exhibición aérea del marzo anterior.

Llegó al pequeño hospital de Waterloo y aparcó junto a una hilera de cipreses dorados. Los colores del interior eran rosa pastel y gris, el aire desprendía un perfume de limón y las habitaciones y el pasillo estaban inundados de luz natural. A pesar de todo era un lugar triste.

—¿La señora Humphreys? —dijo la recepcionista—. La han operado esta mañana. Hoy no puede recibir visitas hasta mucho más tarde.

Challis volvió al coche y llamó a Ellen Destry. Era su mañana libre pero necesitaba agentes que investigaran la pista del gabinete Bayside lo antes posible.

Capítulo 5

La sargento detective Ellen Destry había empezado su media jornada de asueto con un paseo por la playa de Penzance, con Pam Murphy, una agente de primera que vivía cerca y que también tenía su base en Waterloo. La niebla que las envolvía era húmeda y densa, y sonaban unas sirenas lejanas y sordas, mientras Pam le hablaba a Ellen sobre un grupo ecológico local llamado las Ratas de la Selva, al que se había unido recientemente.

—Pasamos una mañana de domingo al mes limpiando las cunetas y los parques naturales de malas hierbas y pitosporos —dijo—. Es divertido e instructivo, el condado nos ayuda con herramientas y aerosoles, e incluso publicamos un boletín. Además, acabamos con una buena comilona para recuperar fuerzas.

—Suena genial —dijo Ellen con tono neutral.

Superficialmente, había más diferencias que similitudes entre las dos mujeres. Mientras Ellen tenía cuarenta años, estaba casada, y se contentaba con un paseo diario por todo ejercicio; Pam era doce años más joven, soltera y deportista, toda una atleta. Pero Pam estaba cansada de llevar uniforme y trabajar de guardia municipal. Había mostrado dotes para la investigación e iniciativa en un par de casos importantes, así que Ellen había adoptado a la joven con la idea de formarla para un puesto sin uniforme. No eran exactamente amigas —las diferencias resultaban un obstáculo— pero disfrutaban de pasear y charlar juntas cuando sus horarios se lo permitían.

—El próximo día de actividad es dentro de cuatro semanas. Limpiaremos pitosporos en el nordeste de la reserva Myers, si quiere venir.

—No es exactamente lo mío —dijo Ellen—. Lo siento.

No era tan radical como Hal Challis, que en una ocasión le aconsejó: «Nunca te unas a ningún grupo»; pero tampoco acababa de entender a gente como Scobie Sutton y su mujer, que

se apuntaban a todo, desde el consejo escolar hasta el grupo de voluntarios de comedores de beneficencia; o a Pam, que pertenecía a cuatro clubs deportivos y ahora se estaba involucrando con la comunidad. Si alguien la hubiera presionado para unirse a algo, Ellen hubiera dicho que estaba demasiado ocupada, pero en realidad nadie se lo había pedido y a ella nunca se le había ocurrido apuntarse a nada. En cuanto a la comunidad, la mantenía a una saludable distancia.

Siguieron caminando. Ellen cambió de tema.

—¿Qué tal tu nuevo empleo?

Pam zarandeó la cabeza enfáticamente.

—Es un trabajo de mierda, sargento.

Era una iniciativa del sargento de primera Kellock, que implicaba a la Jefatura de Tráfico, a la policía de Victoria, y a algunas empresas con vagas conexiones automovilísticas. Pam y su compañero tenían que pasearse por todos los lados, en un absurdo y pequeño descapotable, durante varias semanas, premiando a los conductores atentos con bolsas llenas de regalos por valor de 150 dólares: un callejero de Melways, un libro de mapas turísticos que abarcaban todo el continente, un bono de gasolina BP, cinco cupones de McDonald's, un aparato para medir el equilibrio y alineamiento de las ruedas, cortesía de Tyrepower, y una pegatina para el parachoques que decía: «Conduce con prudencia y vive».

—Tienes que convencerte a ti misma de que es bueno para reforzar el carácter.

—Pues estoy lista —comentó Pam.

Cuando acabaron el paseo, Ellen dijo:

—¿Nos tomamos un café?

Pam tuvo un breve sobresalto.

—No gracias, sargento —contestó amablemente — . Tengo cosas que hacer antes de que empiece mi turno, ya sabe lo que es esto.

Ellen asintió pensando: «No quiere encontrarse con Alan». El marido de Ellen, siempre que se refería a Pam, solía llamarla «esa trepa uniformada del barrio», y tampoco se había esforzado mucho en disimular su desprecio en las pocas ocasiones en las que habían coincidido. No le gustaba nada que su mujer protegiera a la joven.

Se separaron en la tienda y Ellen volvió andando a su casa. Esta era una casa de playa de cemento y fibra sobre pilastras. Mirando el lado positivo, estaba a dos minutos de paseo desde la playa, y a diez minutos en coche de su oficina de la UIC en Waterloo; pero también estaba sin aislar y era difícil de calentar

y de mantener caliente. Las mañanas y los atardeceres eran el peor momento. Odiaba levantarse en una casa fría o volver a una casa fría. Y Ellen era muy sensible al frío, siempre lo había sido. Al final, no tenía a nadie con quien hablar, exceptuando a su marido, Alan, y él no era ningún consuelo. Las cosas les habían ido mejor cuando su hija, Larrayne, vivía en casa, pero Larrayne estaba estudiando ahora en la ciudad.

Ellen entró en la cocina y encontró a su marido desayunando, sentado a la mesa en uniforme, y en pleno ataque de frustración y resentimiento.

—¿Has visto la factura de la electricidad?

No, no la había visto. La había tirado, olvidada y sin abrir, en el pequeño cesto de mimbre junto al teléfono, al final del banco de la cocina, donde acababan todas las facturas y todo el correo basura. Se preparó muesli con leche de soja en un tazón.

—¿A cuánto asciende?

—Sólo a casi el doble de la que nos pasaron por el mismo período el año pasado —dijo Alan, y echó mano de un montón de facturas y de extractos de tarjetas de crédito y empezó a agitarlas delante de ella—. Con nosotros dos solos viviendo aquí pensé que el coste bajaría —añadió.

Era un hombre fornido, casi entrado en carnes, por todas las horas que se pasaba sentado en el coche patrulla. Le habían transferido a la Sección de Investigación de Accidentes recientemente, pero durante muchos años, antes de eso, había trabajado en Tráfico. Siempre se bronceaba un poco en verano, adquiriendo un aspecto más sano, pero en invierno su tez clara de pelirrojo se volvía demasiado pálida, de una palidez enfermiza. Sin ser la primera vez que lo hacía, Ellen se preguntó por qué seguía con él, dado que su matrimonio no funcionaba desde hacía mucho tiempo. ¿Y qué sacaba en limpio? El sexo era superficial, no se potenciaban mutuamente y siempre andaban a la gresca. Sería muy fácil separarse para ellos, ahora que Larrayne ya no vivía en casa ni dependía de ellos.

Pero si ella lo dejaba, lo destrozaría. No sabría arreglárselas solo y estaría perdido. Ésa no era una razón para quedarse con él, pero hacía que el primer paso para dejarlo fuera muy difícil.

La escudriñó con sus ojos saltones cuando ella se sentó enfrente, con su muesli y su taza de café.

—¿Has dejado el calentador encendido durante todo el día alguna vez?

Sí, lo había dejado, dos o tres o quizá una docena de veces ese invierno.

—No —dijo con énfasis.

—Mentirosa. —Luego empezó a dudar—. Quizá sea el contador, que hace una lectura falsa.

—Hemos tenido un invierno muy frío hasta ahora. —Y como si estuvieran reforzando esta afirmación, las sirenas de la bahía de Westemport empezaron a sonar.

—¿Y?

—Creo que deberíamos instalar una calefacción central.

—Esa es una vieja cantinela entre nosotros.

«¿Nosotros? No hay ningún "nosotros". Y si estoy considerando seriamente dejarlo, ¿por qué estoy pensando en instalar una calefacción? ¿Será porque parto de la base de que yo me quedaría con la casa? Uf —pensó—, me estoy adelantando demasiado.»

—Y otra cosa —dijo Alan—, a veces te quedas sentada ahí, con la calefacción puesta y la ventana abierta. ¿Se ha visto nunca tamaña tontería? Es como si estuvieras intentando calentar la habitación y todo el resto de Australia a la vez.

—Calefacción central.

—No.

Una estúpida, fútil e indigna escaramuza, muy sintomática de los sencillos, y a la vez, peligrosos defectos y rencores de su marido, que podían resumirse en dos apartados: había suspendido su examen de sargento y su esposa había ascendido rápidamente por el hecho de ser una mujer.

Sonó el teléfono y Alan se levantó para cogerlo, escuchó y respondió secamente:

—Hoy es su mañana libre, lo siento. —Y colgó bruscamente el auricular.

—¿Quién era?

—Challis.

—Por Dios, Alan.

Ellen cogió el teléfono y marcó el número del móvil de Challis.

—Hal, perdona...

La interrumpió diciéndole que la nuera del comisario había sido asesinada y describiéndole a grandes rasgos las circunstancias.

—Voy a montar una sala de trabajo y a informar a todo el mundo a la hora de comer. Entretanto, necesito que husmees en el gabinete Bayside: familiarízate con Janine McQuarrie y la gente con la que trabajaba, mira a ver si su agenda o su calendario de citas te aclararan algo sobre sus movimientos de hoy.

—Me llevaré conmigo a Scobie.

—Si ha acabado ya con lo suyo en el juzgado.

Capítulo 6

Scobie Sutton estaba sentado en el juzgado de Frankston y tuvo que ahogar un bostezo. Era un hombre delgado con aspecto de predicador triste. Heather Cobb comparecía esa mañana con cargos de tenencia de drogas y Scobie, que la había arrestado, estaba allí para asegurarse de que no iban a enviarla a prisión.

Todo había empezado dos semanas atrás, cuando le habían llamado para que fuera a un colegio de primaria en Waterloo. Mientras jugaban al juego de la verdad esa mañana, Sherry Cobb, que acababa de cumplir nueve años, le había enseñado a la clase un tiesto de plástico con una planta de marihuana. La entrevista de Scobie con la niña, y posterior visita a su casa, había sacado a la luz la típica historia de pobreza, adicción y abandono. Había cinco niños en la familia Cobb, en una franja de edad de entre tres y dieciocho años; el padre estaba en la cárcel, la madre era una alcohólica. Vivían en una casucha de tablas de chilla, de dos habitaciones, entre las vías de tren y la maderera.

Ahora, en el juzgado de Frankston, Scobie observaba a Natalie Cobb. Ella era la de dieciocho años, curso 12, que hoy se había saltado el colegio para apoyar moralmente a su madre. La primera vez que fue a interrogar a Heather Cobb había estado también Natalie, vestida en chándal y tumbada frente a la tele. Era una joven muy atractiva pero en aquel momento, a las dos de la tarde, tendría que haber estado en el colegio. Aunque hoy no pareciera tener dieciocho, sino veintiocho, y mostraba tanto aplomo como cualquier joven abogada de las que pululaban por el juzgado. Natalie sonrió a su madre y luego le lanzó una mirada oblicua a Scobie.

«Una chica complicada», pensó Scobie.

Los casos fueron desfilando y finalmente le llegó el turno a Heather. Como era de esperar, el juez la dejó en libertad con una advertencia:

—Aunque acepto el hecho de que usted no sembró la planta, señorita Cobb, permitió, sin embargo, que se utilizara su

propiedad para el cultivo de la marihuana.

Heather, vestida con un traje muy ligero de verano y un anorak harapiento, miraba con preocupación a Scobie a través de sus ojos saltones. Él le dedicó una sonrisa, la saludó con la cabeza y le dijo «perdón» con la boca desde el otro lado de la sala.

A Heather se le iluminó el semblante, se apartó una greña grasienta de los ojos, y miró con aplomo al juez. Le dijo cuánto lo sentía, que no iba a volver a pasar, que el hombre que cultivaba las plantas era un maltratador y la había tenido intimidada, pero que ahora estaba en la cárcel de Brisbane y ella nunca iba a permitirle volver.

«Y lo dice en serio», pensó Scobie.

Afuera, un poco más tarde, a Heather Cobbs le entró una temblequera, al soltar toda la tensión acumulada.

—Señor Sutton, no sé cómo darle las gracias.

—No es nada —dijo Scobie—. Ha ido todo muy bien.

—El juez hizo caso de sus recomendaciones —añadió Natalie —. Ha inclinado usted la balanza a nuestro favor. Gracias. —Y le dio un beso en la mejilla.

Él se puso colorado.

—Mi mujer te conoce. ¿El club juvenil del estado?

Natalie adoptó un aire circunspecto.

—¿La señora Sutton, la asistente social? ¿Es su mujer?

«Maldita sea —pensó Scobie—. Tenía que haber cerrado mi bocaza. Si Natalie se niega a trabajar con Beth por esto, habré estropeado las relaciones en la comunidad y todo el excelente trabajo que ha hecho mi mujer.»

Una furgoneta pequeña apareció en la curva, con el conductor tocando el claxon.

—Hasta luego, señor Sutton. Hasta luego, mamá.

—Su novio —dijo Heather Cobb mientras observaba cómo se iba la furgoneta.

Por alguna razón, Scobie pensó que el novio no tenía ninguna intención de llevar a Natalie de vuelta al colegio. Sonó su móvil. Era Ellen Destry.

—¿Has acabado?

—Sí.

—Necesito que vuelvas aquí —dijo, sin darle más explicaciones.

—Vamos —le dijo a Heather—. La acerco a su casa.

Capítulo 7

Tessa Kane se había enterado del asesinato a las nueve y cuarenta y cinco de la mañana, gracias a una llamada di un oficial de ambulancias, uno de sus numerosos contactos. Llamó inmediatamente a Hal Challis, pero por lo visto no estaba en la comisaría y no respondía al móvil, o no le respondía a ella, en cualquier caso. Ellen Destry y Scobie Sutton no se podían poner. Y ninguna otra persona de la comisaría de Waterloo quería hablar con ella. Anduvo frenética media hora y luego se empezó a preguntar de qué servía. Ella publicaba un semanario, los diarios tendrían todas las primicias de esa historia y ella tendría que contentarse con un análisis general en el próximo número del martes. Y para entonces, sin duda, el caso estaría ya cerrado.

Sin embargo, a las once, Challis le devolvió la llamada, sugiriendo que quedaran a tomar café. Cinco minutos después estaba caminando por la calle principal rumbo al café Laconic, donde se sentó junto a una ventana con vistas a las mesas de la calle, vacías y entoldadas, una cabina de teléfonos y un platanero. Durante toda la mañana, la atmósfera había estado envuelta en una niebla densa, pero se había esfumado, en la calle principal, como si la hubiera agotado la actividad humana. Tessa se cerró más el abrigo que llevaba echado sobre los hombros, y miró de soslayo la pizarra de corcho de la pared adyacente: el programa semanal del autocine, un par de mercadillos domésticos —le encantaban esos mercadillos—, varias tarjetas comerciales y un cartel de las elecciones federales, dieciocho meses pasado de fecha.

Luego, un camarero estaba plantado allí, mirando sus piernas apreciativamente —hoy se había puesto medias— delgadas y oscuras bajo una falda. Normalmente solía llevar vaqueros o pantalones, pero también le gustaba ponerse de punta en blanco los martes, que era el día en que salía el semanario.

—¿Qué desea tomar?

Ella le dedicó una sonrisa.

—Nada todavía, gracias. Estoy esperando a un amigo.

—Como quiera —dijo el camarero, y se volvió detrás de la barra, una tabla de caoba australiana rematada con chapa. Había madera y hierro por todas partes, cayó en la cuenta, mientras sus ojos aterrizaban de nuevo en el cartel de las elecciones. Su voto no había logrado cambiar nada en ese momento. Procedía de una familia de votantes del partido laborista, pero el partido laborista hacía tiempo que se había vendido en los temas que a ella le importaban: la justicia social y una política exterior independiente. Cuando los laboristas empezaron a mostrar señales de decaimiento, había votado a los comunistas varias veces, en señal de protesta, pero el comunismo no tenía ya ningún fuelle. Ahora votaba a los verdes, porque los verdes realmente poseían valores y creencias, a diferencia de los laboristas. Probablemente se autocalificaría de Roja-Verde, como el movimiento político de Alemania, promoviendo tanto reformas sociales como reformas verdes. Lamentablemente, los verdes eran considerados por la gran mayoría como abraza-árboles, y, de hecho, había algunos que no iban más allá de eso en sus creencias. Nunca había votado a los liberales ni a los demócratas, y tampoco iba a votar nunca más a los laboristas, el partido cuyos ex primeros ministros eran ahora millonarios, y cuyos ex senadores y ministros evadían impuestos y cortejaban a los hombres más ricos de Australia.

Estaba allí sentada, indignándose en silencio, cuando vio pasar por la ventana la espigada silueta de Hal Challis. La suya era una relación complicada. Habían sido amantes durante un tiempo, algo que se desvaneció poco a poco, en lugar de acabar de una manera convincente. Ahora se limitaba a verlo en las conferencias de prensa y, en ocasiones como ésta, cuando tenían que intercambiar información.

Y aunque ya no importara, no podía dejar de preguntarse si él habría logrado liberarse al fin de su mujer. Ángela Challis estaba muerta, pero eso no significaba que estuviera muerta en el corazón de Challis. La historia había causado sensación en su momento. La mujer de Challis se había liado con otro policía, y los dos amantes citaron a Challis en un lugar perdido de una carretera secundaria con intención de matarlo. La intentona fracasó, y la mujer de Challis fue encarcelada por conspiración de asesinato. Pero en lugar de divorciarse de ella, y dejarla en la estacada, Challis se había sentido vagamente responsable, como si le hubiera fallado a Ángela, y fuera él, por lo tanto, quien la hubiera empujado a hacer algo drástico. Había ido dejando de quererla progresivamente —eso decía él al menos— y, sin

embargo, permitió que le llamara y le escribiera durante años desde la prisión, que verbalizara su culpa y sus remordimientos. «Pasa página, Hal», le decía la gente, y sólo Dios sabe la de veces que la propia Tessa se lo había dicho, pero él no había pasado página, y cada vez que estaban juntos parecía ausente y triste.

Hacía un año que Ángela Challis se había quitado la vida en la enfermería de la prisión. Tessa se había compadecido, y no le había metido prisa a Challis, ni había saltado de alegría, sino que, por el contrario, había sido paciente, tierna y compasiva. ¿Y adonde le había llevado eso? Exactamente a ninguna parte. Challis se había vuelto todavía más autista, como si la culpa que sentía no hubiera desaparecido, sino que se hubiera multiplicado. Finalmente había dejado de verlo, dejado de esperarlo, pero durante un largo período de tiempo había sentido en su interior un dolor constante, un dolor que no era más que pérdida y vacío.

Sabía que él estaba luchando. Cuando todavía se acostaban juntos, Challis, en repetidas ocasiones, se había ido sigilosamente a su casa, justo después o a la mañana siguiente, para aclararse las ideas. Parecía desearla, y luego se sentía agobiado, como si no quisiera hacerle daño ni dejar que se hiciera ilusiones.

En cualquier caso, ése era el análisis de dos dólares de Tessa. Y había logrado pensar todas esas cosas durante el tiempo que tardó él en verla, sonreír, cruzar la sala y besarla en la mejilla. Cogió una silla y se sentó. Sus rodillas se rozaron, y ellos las apartaron educadamente, casi de forma automática.

—Vaya privilegio —dijo ella—. Un café matinal contigo en un sitio de moda.

—Tan de moda como pueda estar algo en Waterloo, al menos.

Observó su semblante.

—Pareces cansado.

—Es un asunto muy desagradable —dijo él, y le contó todo lo que sabía. Ella tomó notas, intentando no distraerse cuando su manga se encogía, revelando una muñeca huesuda y un centímetro de impecable camisa blanca. Por lo general odiaba las camisas blancas, pero a Challis le favorecían, gracias a lo delgado que era y al tono aceitunado de su piel.

—¿Qué pasó luego?

—Hablamos con la niña.

—¿Podría hablar yo con ella?

Challis dijo cansinamente:

—McQuarrie nunca lo permitiría. Es demasiado pequeña y tú no eres precisamente su persona favorita. —Sonrío con tristeza. McQuarrie tenía amigos en el Rotary, hombres de negocios

locales que no querían un periódico local de izquierdas y dirigido para colmo por una mujer.

—Pero no me vas a marginar del asunto, ¿verdad, Hal? —Él lo negó con la cabeza—. Aunque puede que para esta tarde ya esté resuelto —mascullό—, y dentro de una semana ya se haya convertido en agua pasada y no me sirva de nada.

Él le lanzó una sonrisa sarcástica.

—Siempre puedes escribir un artículo parecido al de las fiestas sexuales de las urbanizaciones, tan educadas y bien organizadas, que no tiene fecha de caducidad.

—Sí, sí, claro, tú escarba más en la herida.

—La gente me mira de una manera extraña, con sonrisitas tontas —dijo Challis—. Como si siguiera liado contigo y estuviéramos todo el rato entregados a la perversión.

—Pobrecito. —Y se lo quedó mirando, desafiante—. ¿No vas a preguntarme cómo era todo?

Él movió la cabeza.

—Tu artículo ya lo explicaba a la perfección. No voy a negarte que sentí un ligero morbo, pero por lo demás me dejó frío. Por otra parte, no es asunto de la policía, salvo si alguno de los asistentes fuera menor de edad.

Ella dejó escapar un suspiro.

—He recibido tal cantidad de cartas furibundas que todavía ando un poco mareada. La tirada ha subido pero, a cambio, hemos perdido publicidad.

—¿Cartas furibundas además del otro asunto?

«El otro asunto» al que se refería eran una serie de cartas amenazantes que había estado recibiendo durante los últimos meses, además de llamadas telefónicas anónimas en las que colgaban, mensajes escritos con jabón en el parabrisas y, en una ocasión, una pedrada en el marco de cristal de la puerta de su casa. Todo parecía ser obra de un solo hombre, el mismo que la llamaba puta y le decía que muy pronto recibiría su merecido. Y la policía no podía hacer gran cosa al respecto.

—Tarde o temprano le acabará explotando en la cara —dijo ella.

—¿En qué otra cosa estás trabajando?

—En el Centro de Detención.

—Pero ¿eso no está ya un poco trasnochado?

Tessa se encogió de hombros. Muy pocos de los que pedían asilo eran internados ya en el centro de Waterloo. La mayoría de los presos de allí habían incumplido o se habían quedado más de lo que permitían sus visados, y eran juzgados y expatriados de inmediato. Sin embargo, Tessa, en su papel de directora del

Progress, había sido muy crítica con el centro desde el principio, frente a la apatía general, y quería darle la puntilla a Charlie Mead, el gerente del centro.

—Todavía se siguen cometiendo abusos allí, Hal. —Hizo una pausa—. Lo más probable es que tenga que dejarlo.

La miró, perplejo.

—¿Dejarlo?

—Me están haciendo la vida imposible. El artículo de las fiestas sexuales fue la gota que colmó el vaso.

Y empezó a explicárselo. Challis conocía algunos datos. El dueño del Progress era un hombre rico que tenía conciencia social y toleraba las opiniones de Tessa en la mayoría de las cuestiones. Lo que Challis no sabía es que el hombre también simpatizaba con la derecha cristiana y estaba furioso con ella por haber ido a las orgías y haber escrito sobre ello.

—Me quedan sólo tres meses de contrato.

Challis apretó su mano y la soltó.

—Se te echará de menos —dijo.

—¿Se me echará de menos o tú me echarás de menos? ¿Cuál de los dos, Hal?

—Los dos.

Ella suspiró.

—Pensé en ti el otro día. Estaba en el aeródromo por un artículo y fui a echarle un vistazo a tu Dragón. Esperaba encontrarte trabajando en el motor o algo parecido.

Ni el aeroplano ni su restauración habían significado gran cosa para ella cuando salía con Challis, pero era obvio que para el era importante, y su obsesión por una afición tan arcana había resultado ser algo extrañamente atractivo en su momento.

—Estoy pensando en venderlo.

—¡No! ¿Porqué?

—No he vuelto a trabajar en ello desde que dispararon a Kitty. Me produce escalofríos.

—Hal, nunca te había escuchado hablar así.

—Jugaré al golf con McQuarrie a cambio. —Le sonrió, pero era una falsa sonrisa y ella no se la devolvió. Luego se puso de pie y le plantó un beso detrás de la oreja—. Ya va siendo hora de que vuelva.

Cuando él se hubo ido, ella se quedó un rato en el café Laconic comprobando los mensajes del móvil. Luego tuvo una corazonada e intentó llamar de nuevo al Centro de Detención. Veinte segundos después, contra todo pronóstico, le pasaron a Charlie Mead, quien, durante meses, había estado «reunido».

—¿Cómo consiguió este número? —le preguntó. Ella frunció el

ceño.

—Su secretaria ha pasado la llamada.

—Es una becaria. La muy idiota. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ahora que el centro está reduciendo sus operaciones, he pensado que sería el momento ideal para hacer un artículo de opinión.

—¿La basura habitual? ¿Huelgas, automutilaciones, guardas que maltratan?

—Bueno, en realidad usted nunca estuvo asequible para darme otro punto de vista, señor Mead —dijo Tessa con prudencia.

—Claro. ¿Le viene bien a la una y media de esta tarde?

Increíble. Cuando Tessa volvió a su oficina, se había olvidado por completo de Challis.

Capítulo 8

Ellen y Scobie estaban en Mount Eliza, donde el Gabinete de Psicología Bayside ocupaba un edificio de dos pisos, de aspecto nuevo pero anodino, en la calle principal. El bistrot y el delicatessen, a cada lado del edificio, parecían salidos de una revista de moda, y estaban llenos, por lo poco que Ellen pudo ver, de gente que también parecía salida de una revista de moda. No pudo evitar preguntarse si toda esa gente sería capaz alguna vez de tomar decisiones independientes, y lo dijo en voz alta.

—¿Perdona? —dijo Scobie.

—No, nada —respondió Ellen. A Scobie Sutton siempre le gustaba pensar bien de la gente. No tenía ni una gota de mala uva en el cuerpo.

Entraron, y se encontraron con una mesa de recepción vacía. Ellen cogió un folleto muy lujoso y se lo enseñó a Scobie. Janine McQuarrie era una mujer muy guapa, al menos aparentemente. La cara del folleto era introvertida y seria.

En ese momento, un hombre con aire de furia se acercó a la recepción. Tenía alrededor de unos cincuenta años, se estaba quedando calvo, y vestía de una manera impecable. Ellen sintió por él una aversión instantánea.

—Perdone, señor —empezó a decirle.

—¿Sí? —la interrumpió él. No la miró a los ojos, sino que se dirigió a un punto situado a unos cuantos centímetros por encima de su cabeza.

—Necesitaríamos ver...

—Pues pidan una cita, cuando nuestra querida recepcionista vuelva de adondequiera que haya ido.

—Es importante —dijo Ellen—. Necesitamos ver a algún responsable.

—¿Y usted es...? —Le enseñaron sus órdenes de registro.

—Está bien. Yo soy Dominic O’Brien, uno de los socios fundadores —dijo el hombre, negándose todavía, o sintiéndose incapaz, de mirarla a los ojos.

—Señor O’Brien, lamento comunicarle que traigo malas noticias. Han encontrado a su colega, Janine McQuarry, asesinada, al norte de Penzance, a primera hora de la mañana.

Hubo un momento de silencio, seguido de una tos para aclararse la garganta, y a continuación O’Brien dijo:

—Perdone, ¿quién dijo usted que era? ¿Y qué es lo que me está contando?

Ellen volvió a repetírselo. La voz de O’Brien se volvió más rotunda y apasionada.

—¿Y pensaron en darse un garbeo por aquí para soltarme esta bomba?

Dios mío. Ellen dijo con suavidad:

—No sabe cómo lo siento señor O’Brien. Tiene usted toda la razón, pero nunca es fácil dar este tipo de noticias y necesitamos actuar con rapidez. ¿Sabe por qué la señora McQuarrie estaba en Penzance norte esta mañana?

—Ni idea.

—¿Estaba visitando a un cliente? Tengo entendido que era psicóloga, que hacia terapias.

—En efecto. ¿Está sugiriendo que la mató uno de sus clientes?

—No lo sé. ¿Cree que ésa podría ser una posibilidad?

—Será mejor que me acompañe a mi despacho —dijo O’Brien.

Los llevó al piso de arriba, a una habitación que hacía esquina, inmensa y opresiva. «Que Dios ayude a las pobres almas que buscan solaz aquí», pensó Ellen.

—Necesitamos ver los archivos de la señora McQuarrie —dijo.

O’Brien se encontraba ahora en territorio firme, en territorio de resistencia.

—Janine me encargó que cuidara de sus archivos, si alguna vez le pasaba algo. Es una práctica habitual —explicó, para adelantarse a cualquier objeción que la policía pudiera hacer.

—¿Podríamos ver esos archivos? Necesitamos identificar a aquellos que tengan antecedentes dudosos, y descartar a todos los demás.

—¿Una partida de pesca? Petición denegada. Necesitará una orden, e, incluso entonces, tendrá que aducir una buena razón y nosotros la cuestionaremos.

Ellen suspiró. Sabía que un juez le otorgaría una orden sin problemas, tratándose de una investigación criminal, pero sólo si la policía tenía suficientes pruebas para avalar la tesis de que uno de sus clientes podía ser el asesino, en lugar de cualquier otra persona.

—De acuerdo. Pero entonces quizá usted podría informarme sobre la clase de gente que acudía a la consulta de la señora

McQuarrie.

O’Brien resopló estrepitosamente.

—Niños, niños que mojan la cama y adolescentes con problemas. Gente que acaba de perder a un ser querido. Mujeres que buscan la fortaleza para abandonar un matrimonio desgraciado. Todo tipo de aflicciones normales, y ninguna que impulse a matar, tal y como yo lo veo.

Ellen estuvo de acuerdo en su fuero interno. Según la descripción que había hecho Challis de las circunstancias, el asesinato de Janine McQuarrie era un contrato cuidadosamente planeado, y no el producto de razonamientos impulsivos o retorcidos. Su mente empezó a divagar. «Mujeres que buscan la fortaleza para abandonar matrimonios desgraciados», pensó. ¿Era eso lo que ella necesitaba?

Scobie Sutton intervino.

—Tendríamos que comprobar su calendario de citas y hablar con toda la gente de la clínica antes de que lo haga la prensa.

O’Brien miró al techo.

—Veré lo que puedo hacer.

Los llevó a la sala de reuniones y estuvieron entrevistándose con el personal durante toda la hora siguiente: O’Brien, otros tres terapeutas, el gerente y la recepcionista. Todos ellos tenían sólidas coartadas para las primeras horas de esa mañana. La gerente, una vigorosa y pragmática mujer llamada Iris, fue de gran ayuda, pero su información sólo transmitió, de una forma más clara, lo que había dicho todo el mundo: que Janine McQuarrie había sido una calamidad, que no sólo estaba considerada como una pésima terapeuta, sino que también era muy criticada. Una mujer cuya amarga personalidad había permeado todo el edificio, que tenía secuaces en lugar de amigos. Que era una manipuladora, una chismosa que sembraba rumores en contra de aquellos que pensaba que le habían hecho algo malo. Además, también le gustaba mucho burlarse de los tristes secretos y estrambóticas fobias de sus clientes en las juntas de la oficina. Su motivación no era ayudar, dijo Iris, sino acabar con la gente y con las instituciones, y, para colmo, estaba obsesionada con ganar dinero, sólo para amasarlo, no para gastarlo.

Scobie Sutton se removió en su silla, como si le horrorizara el dinero o toda la basura que estaban echando sobre Janine McQuarrie.

—¿Le gustaba el juego?

—A ella nada. «Jugar es una señal de debilidad», solía decir.

—¿Ha habido irregularidades en la contabilidad de la

empresa?

Iris se erizó.

—La que lleva la contabilidad soy yo.

Scobie dio marcha atrás.

—Lo que quiero decir es si tenía acceso a ella. ¿Se quedaba con ingresos al margen de la empresa? ¿Algo en ese sentido?

—Que yo sepa, no.

—Sus clientes. ¿Había alguno lo suficientemente desequilibrado como para matarla? ¿Ofendió a alguno de ellos?

—Ella se encargaba de acompañarlos cuando entraban y salían, o se citaba con ellos en otra parte. No sabría decirle.

—¿Qué me dice de su vida privada? ¿Alguien en la retaguardia? ¿Amigos? ¿Enemigos?

—Mire usted —dijo Iris—, sentíamos pena por ella más que otra cosa. La solíamos evitar. Lo más probable es que se sintiera sola, pero al mismo tiempo su actitud era muy huraña. Me pregunto cómo pudo encontrar marido y ser madre de una niña, francamente.

—¿Sabe con quién estaba citada esa mañana?

Ellen había examinado la agenda de citas de Janine McQuarry y la anotación del día era típicamente críptica: Norte de Penzance, 9.30.

—No.

Eso fue todo lo que sacaron en limpio. Ellen llamó a Challis al móvil.

—Estamos regresando a Waterloo.

—Estupendo. Quiero un informe rápido antes de que hablemos con la nieta del comisario.

—Estaré ahí en veinte minutos —dijo Ellen.

Capítulo 9

Scobie conducía con las manos apoyadas en el salpicadero y el pie en un pedal de freno fantasma. Ellen iba muy tensa a su lado, en el asiento del copiloto. La manera de conducir de Sutton estaba plagada de empellones, giros de cabeza y gesticulación de manos, aderezados por ocasionales sorbos a una botella de agua mineral. Y mientras hacía todas esas cosas, no paraba de hablar.

—¿Conoces a la familia Cobb? —preguntó Scobie—. ¿De una de las barriadas?

—Uno de los niños llevó una planta de marihuana al colegio para jugar al juego de la verdad —dijo Ellen con el poco aliento que le quedaba.

—Correcto.

—¿Y qué les pasa?

—Mi mujer suele tratarlos mucho.

Ellen sabía que Scobie iba a llegar tarde o temprano al meollo de la cuestión. Había coincidido con Beth Sutton en algunas ocasiones, en picnics de la policía o en fiestas navideñas. Era una buena mujer, anodina y religiosa, que trabajaba en el área de salud de la comunidad, y cuyo trabajo consistía en ayudar a los más desfavorecidos de la Península. No había nada de malo en eso, salvo que la gente que se dedicaba a las buenas obras desprendía a menudo un tufillo de piedad y satisfacción que a veces irritaba a Ellen. Esperó y luego dijo: «¿De verdad»?, para que Scobie siguiera hablando.

—Cuando he estado en el juzgado esta mañana, me he ido un poco de la lengua y he contado que estaba casado con Beth. Ahora, Natalie va a desconfiar de ella.

—Scobie, el desconfiar de la policía es algo innato para la gente de esas barriadas.

—Ya lo sé, pero no tendría que ser así. Beth mantiene su trabajo completamente separado del mío.

Se hizo un silencio. La carretera se había ensanchado y allanado, y Ellen se relajó un poquito. Su mente empezó a

divagar. Había una posibilidad de que uno de los clientes de Janine McQuarrie fuera el asesino, pero el lograr acceder a sus archivos iba a ser un dolor de cabeza. Al mismo tiempo, todas las circunstancias del asesinato indicaban un cierto grado de planificación y de profesionalidad, como si los asesinos hubieran sido contratados.

Las finanzas de la mujer tendrían que ser examinadas al dedillo. «¿Al final se reducía todo a dinero?», se preguntó Ellen, pensando en los fútiles desvaríos económicos de su propio marido. Estaban con el agua al cuello, a pesar de sumar dos salarios —uno de sus coches era digno de un desguace y el alquiler del piso de su hija y las facturas de la universidad los tenían asfixiados—, pero el resentimiento de Alan a veces discurría por extraños vericuetos. Sin ir más lejos, la noche anterior, había dicho con una mirada oblicua:

—¿No crees que es interesante que quienes se ocupan siempre de cargos de robo o corrupción sean los policías sin uniforme?

Policías sin uniforme como ella misma, quería decir.

—¿Adonde quieres llegar?

—Pues que arruinan la reputación de los policías honestos.

Refiriéndose a los hombres como él, claro. Cuando sólo en contadísimas ocasiones el Departamento Anticorrupción de la policía había tenido que investigar a los que trabajan en las secciones de Tráfico e Investigación de Accidentes.

Alan estaba lleno de resentimientos ocultos. Lo más probable es que estuviera deprimido. Pero lo que Ellen temía ante todo era que la descubriera. Alguna que otra vez, a lo largo de los años, ella se había embolsado dinero en las escenas de los crímenes, 50 dólares aquí, 500 dólares allá. Probablemente no habría superado los 2.000 dólares en total, durante un período de diez años, e incluso había metido un botín de 500 dólares en un buzón para pobres de la iglesia. Pero la patología estaba dentro de ella y eso la asustaba. Todo había empezado años atrás, con los chicles de la tienda del barrio, cuando tenía ocho años, y, aunque ahora más o menos había parado, el impulso seguía ahí. Quizá tendría que acudir a un psicólogo. Quizá tendría que pedirle una cita a Dominic O’Brien.

Dios mío, ¿qué pensaría Challis de ella si lo averiguase alguna vez? Se puso mala sólo de pensarlo, y las palmas de las manos se le humedecieron. Empezó a secárselas en los muslos, dejando que Scobie Sutton deambulara por todo el ancho de la carretera mientras hablaba y hablaba.

Cuando llegaron, vieron que Challis se había traído a dos detectives de Mornington y, con su ayuda, había transformado la sala de juntas del primer piso en un taller de incidencias: ordenadores extra, teléfonos, aparatos de fax, pizarras blancas, fotocopiadoras, escáneres y una televisión. Pero lo más importante, desde el punto de vista de Ellen, era que también había preparado café y colocado una bandeja de galletas en el centro de la mesa de conferencias. Bebió y mordisqueó, mientras él les presentaba a los detectives de Mornington y hacía una somera descripción del caso, leyéndolo en su portátil.

Finalmente se volvió hacia ella.

—¿Ellen?

Se sacudió las migas de galletas de sus solapas e hizo un resumen de los resultados de las entrevistas del Gabinete de Psicología Bayside.

—Necesitamos comprobar esos archivos —dijo Challis—. Mientras tanto he buscado al marido a través de Google. Es alguien muy conocido en el mundo de las finanzas y muy duro de pelar. Uno de sus fuertes es despedir a gente y reducir las plantillas, así que lo más seguro es que no le falten enemigos. Cuando Ellen y yo acabemos de hablar con su hija, iremos a la ciudad para ver de qué pie cojea.

Scobie Sutton se había zampado ya las galletas y estaba pelando y partiendo meticulosamente una manzana.

—¿La hija nos servirá como testigo, jefe?

Challis se encogió de hombros.

—No lo sabremos hasta que no hablemos con ella, aunque sí que les dijo a los primeros agentes que aparecieron en la escena del crimen que los asesinos habían llegado en un coche viejo con una puerta amarilla. Ésa será tu misión —le dijo a uno de los detectives de Mornington—. He tramitado ya una solicitud para obtener una lista de coches robados, abandonados o quemados, así que vete poniéndola al día, y comprueba, asimismo, con los de Tráfico las multas por exceso de velocidad, en fin, lo habitual.

—Señor.

—El coche podía ser de fuera —dijo Scobie—, o quizá eran lo suficientemente tontos como para utilizar su propio coche.

—O Georgia se equivocó de medio a medio con el coche. De todas formas les pasaremos los detalles a los periodistas — dijo Challis —. Alguien podría reconocerlo por la descripción.

Todos adoptaron un aire escéptico. Coches con puertas, cubiertas de maleteros, capós o salpicaderos postizos, eran moneda corriente en un país donde los pobres cada vez eran más pobres.

Challis miró al otro detective de Mornington.

—Vuelve a Lofty Ridge Road y habla con cualquier vecino que no estuviera en su casa esta mañana. Averigua quién entrega el correo, los periódicos o la compra, lo de siempre.

—De acuerdo, jefe.

—Scobie, quiero que compruebes los horarios de los vuelos de Robert McQuarrie, y que averigües lo que puedas sobre la señora Humphreys y quienquiera que haya vivido también en esa dirección. Y ve a interrogarla cuando se recupere de su operación de cadera. Tenemos que saber si conoce a Janine McQuarrie o si ella misma tiene enemigos.

—De acuerdo, jefe.

—Ellen, el superintendente nos está esperando.

—Vaya planazo —dijo Ellen, lamentándolo de inmediato, ya que lo más probable era que el comisario estuviera de duelo.

Capítulo 10

Firmaron la entrega de un Falcon sin la enseña policial del parque móvil, y condujeron hasta Mornington con un sol intermitente, brillante, y duro con la humedad que todo lo envolvía. Por encima de ellos, un poderoso viento arrastraba velozmente retazos de nubes por el cielo. Por lo general solían charlar cuantío estaban juntos, instalándose de inmediato en patrones con los que se sentían cómodos mutuamente, pero esta vez Ellen estaba retraída, y su presencia era plomiza en el asiento del copiloto.

—¿Te pasa algo? —dijo Challis.

—No.

Él se preguntó si se trataría otra vez de su marido, recordando la brusquedad con la que le había contestado el teléfono esa mañana. Ellen era leal e introvertida por naturaleza, pero había dejado caer lo suficiente a lo largo de los años como para poder deducir que su matrimonio no iba bien. A Challis nunca le había gustado Alan Destry. Ese hombre era un amargado crónico y con tal grado de contención que cualquier día podría cometer algún acto violento. «Vaya dos —pensó—, yo melancólico por mi mujer esta mañana y ahora Ellen está igual por su marido.»

—¿Va bien todo en casa?

—Genial —dijo Ellen sin despegar los ojos de la carretera.

Qué momento más perfecto para cambiar de tema.

—¿Así que ese personaje, Dominic O'Brien, va a obstaculizarlo todo?

Ellen pareció erizarse en su asiento.

Él sonrío. Siempre le gustaba mirarla porque era una mujer llena de energía contenida, y expresividad en cada uno de los músculos de su cuerpo. Ahora, sus preciosos ojos habían adoptado ese brillo que tan bien conocía de sospecha y cálculo. Estaba lista para trabajar.

—Esto... —dijo ella—. Tenemos compañía.

Habían llegado a una calle empinada detrás de la Explanada

de Mornington. No había niebla a ese lado de la Península, sin embargo, una cortina de lluvia se había colado por la bahía de Port Phillip, provocando una estampida de periodistas y cámaras de televisión que habían acampado en una campiña cercana.

—Sé amable —exclamó Challis.

Preguntas formuladas a gritos les llegaban a través de la ventanilla del coche, pero Ellen no paró, y, con una maniobra, sacó al Falcon de la UIC fuera de la calle y se adentró por el camino de gravilla bordeado de frondosos setos y delgados eucaliptus. Aparcó en batería frente a una barrera ferroviaria. Salieron, cerrando el coche, y Challis siguió a Ellen escaleras abajo hasta la puerta principal, teniendo cuidado de no resbalarse por el verdín.

McQuarrie les salió al encuentro, cogido de la mano de su nieta. La niña había estado llorando, pero eso no le impidió mirarlos con solemnidad. Tímida, y al mismo tiempo consciente de que ella era la protagonista de algo trascendental. Llevaba vaqueros, una camiseta rosa de manga larga, calcetines rosas, y un clip rosa que sujetaba hacia atrás una desordenada cabellera rubia. Su abuelo parecía un poco perdido, un policía veterano más bien menudo, que siempre había contemplado los bajos fondos desde la mesa de su despacho. No hizo las presentaciones, sólo se quedó allí plantado, diciendo:

—Adelante, adelante —antes de echarles una ojeada a los pies —, os importaría...

Había zapatos y katiuskas alineados a cada lado de la puerta. Challis y Ellen se quitaron los zapatos, curvando los dedos de los pies en el cemento frío de la terraza, esperando a que McQuarrie saliera de su estupor y los dejara entrar.

Finalmente, se encontraron en un vestíbulo con una exquisita alfombra verde pálido bajo sus pies, y un teléfono descolgado sobre una mesa de época. McQuarry los condujo a un salón: sofá y butacas de cuero rojo, voluminosos aparadores antiguos, dos pequeñas alfombras turcas. Un gran ventanal daba a una barbacoa, un patio de ladrillo, un rosal, y varios arbustos en abultadas macetas de barro. La mujer de McQuarrie, Bárbara —a la que llamaban habitualmente señora Súper—, estaba de pie junto a la chimenea, con un aspecto tan impecable como el de su marido pero un grado más altiva y, en consecuencia, más susceptible. Challis intentó hacer un gesto de pésame y luego le sonrío, y lo único que recibió a cambio fue una mirada torva. Le presentó a Ellen, a la que apenas se dignó saludar.

—¿Han averiguado quién ha sido el que ha hecho esto?

McQuarrie se apresuró a decir:

—Es todavía muy pronto, querida. Hal está aquí para recabar información.

Bárbara McQuarrie se acercó unos pocos centímetros, la tensión a la que estaba sometida se reflejaba en su cara.

—No quiero que agobien a Georgia.

—Trae un poco de té, cariño. A todos nos vendría bien una taza de té.

—Yo puedo ayudarla —dijo Ellen, guiando con una experta maniobra a la mujer de McQuarrie fuera del cuarto, mientras iba intercalando comentarios lisonjeros sobre la decoración, la casa y el paisaje. Challis y McQuarrie las observaron marcharse. Y Challis no pudo por menos que valorar el tacto y el instinto de Ellen.

McQuarrie dijo:

—Hal, ésta es Georgia. Georgia, éste es el inspector Challis.

Challis extendió la mano y la niña le dio un apretón con aire grave, tenía la palma húmeda, y sus huesos parecían los de un pajarillo dentro de su puño.

—Encantada de conocerte.

—El gusto es mío.

Challis no sabía lo que McQuarrie le había contado a su nieta. Esperaba haberse podido informar antes de reunirse con ella para interrogarla. ¿Sabía Georgia que su madre estaba muerta? Y en caso afirmativo: ¿qué es lo que ella, una niña de seis años, entendía de lo que eso podía significar?

—Quizá deberíamos sentarnos todos.

—Abuelo, ¿puedo tomar un chocolate caliente?

—Por supuesto que puedes. Corre a pedírselo a la yaya.

Aliviado, Challis la observó marcharse de la habitación y luego se volvió hacia McQuarrie.

—Señor, ¿le parece bien esto? ¿Que le haga unas preguntas?

—A mí sí me parece bien. A mi mujer, en absoluto.

—¿Sabe Georgia que su madre está muerta?

Algo del enérgico estilo de superintendente de McQuarrie había vuelto a hacer su aparición.

—Sí. Muerta y en el cielo.

—Tiene un aplomo impresionante.

—Es una niña increíble. Ya ha dejado de llorar por el momento. Aun así, nos aseguraremos de que reciba una buena terapia. —Hizo una pausa—. Si empieza a alterarse con tus preguntas, interrumpiré la sesión, Hal.

—Bien, señor.

McQuarrie era el único súper que esperaba el tratamiento de «señor» hasta de sus oficiales más veteranos. La mayoría prefería

que los llamaran «jefe» o incluso por su nombre o con algún apodo cariñoso. McQuarrie insistía en lo de «señor» y Challis creía que eso era debido a un sentimiento de inseguridad, agravado ese día por el hecho de estar en pleno duelo.

Se oyó un «ping» lejano del horno microondas, y unos minutos después apareció Georgia con una humeante taza de chocolate y un bigote de espuma en su labio superior. Ellen Destry apareció detrás, con una tetera y un azucarero en una bandeja. Bárbara McQuarrie entró seguidamente, con sencillos tazones de Ikea, galletas de mantequilla en un bol y sin disimular su desaprobación. Quería que Challis y su sargento se fueran de su casa.

Cuando estuvieron instalados —con Georgia sentada encima de las rodillas de su abuelo—, Challis le dirigió una mirada a Ellen y ésta se inclinó hacia delante y dijo:

—Georgia, queremos atrapar a los hombres malos que hicieron daño a tu madre.

Georgia, pequeña y aleonada, se acurrucó en el regazo de su abuelo, salpicando su corbata de chocolate caliente.

—Quiero que venga papá. ¿Dónde está mi papá?

—Está de camino, cariño —dijo McQuarrie mientras la mecía —. Su avión ya ha aterrizado.

—¿Y qué pasa si le disparan a él también?

—Tranquila, mi niña, tranquila —le dijo McQuarrie desde el fondo de su corazón.

—Hay que parar esto ahora mismo —intervino su mujer.

Challis le hizo una seña a Ellen y se levantaron los dos, pero a Georgia esto pareció asustarla.

—¿Adonde vais?

—A atrapar a los hombres malos —dijo Ellen ¿Dónde?

—Los buscaremos por todas partes.

Challis se estaba preguntando si la respuesta de Ellen iba a agravar el miedo de Georgia, y conseguir que no quisiera salir de su casa, cuando Georgia les dijo:

—Pero no sabéis cómo son.

Bárbara McQuarrie dijo:

—No pasa nada, Georgia. Deja que el hombre y la señora se vayan a cumplir con su trabajo.

—Yo sé cómo son —insistió Georgia, habiéndose recuperado ahora. Se bajó del regazo de su abuelo y abandonó la habitación para volver unos instantes después con varios dibujos. Alisó los bordes torpemente y se los entregó a Challis.

—Aquí tiene.

Challis miró inquisitivamente a McQuarrie, y éste dijo:

—Los de criminalística llegaron antes que yo y Georgia vio cómo dibujaban todo. Nada más llegar a casa, quiso hacer sus propios dibujos.

Challis tragó saliva.

—Gracias, Georgia, esto nos ayudará mucho.

Examinó el dibujo que estaba encima: una panorámica de la zona que mostraba los dos coches y el cuerpo de su madre. Había una hilera de árboles y una curiosa mancha entre ellos.

—¿Esto es...? —preguntó, mientras se lo señalaba.

—Ésa soy yo escondiéndome del hombre que me quería disparar.

—Vaya, vaya.

Ellen se acercó y se colocó detrás de ella. Había tres dibujos más y Georgia los fue identificando uno por uno.

—Ese es el hombre que disparó a mamá, ése es el otro hombre en el coche, ésa es mamá.

Mamá antes del asesinato, una mujer con el pelo largo y una amplia sonrisa.

—Son fantásticos —dijo Ellen—. ¿Puedes recordar algún detalle más del coche? Quizá te acuerdes de las letras y los números de la matrícula.

—No era más que un coche viejo.

—Bueno, eso ya nos ayuda. Y ahora ¿por qué no nos sentamos y hablamos un poco más sobre lo que pasó esta mañana?

—Muy bien.

Ellen llevó a Georgia al sofá y se sentó con ella. Challis se sentó en la butaca de al lado para observar y escuchar.

—No tenías colegio hoy —dijo Ellen—, ¿No es cierto? ¿No había clase?

—Mamá tuvo que llevarme con ella al trabajo.

—¿Estaba citada con alguien antes de ir a la clínica?

—Creo que sí.

—¿Sabes con quién?

Georgia se encogió de hombros, con un rápido y brusco gesto infantil.

—¿Notó tu madre que alguien la seguía en algún momento del viaje?

Nuevo encogimiento de hombros.

—¿Te dijo en algún momento que se había perdido?

Movió la cabeza.

—Llegasteis a una casa y tu madre paró el coche —dijo Ellen, acariciando suavemente el antebrazo de Georgia—, y, luego, ¿qué pasó?

Más tarde, Challis haría hincapié en la intensidad de la

concentración de la que hizo gala Georgia. Había dos hombres, dijo, uno se quedó en el coche y a ése no le había podido ver bien, salvo que llevaba gafas negras y tenía la cara redonda. El hombre que disparó a su madre llevaba una gorra y una chaqueta con el cuello subido, de forma que no podía describirlo con claridad, salvo que creía que tenía una cara angulosa. La chaqueta era azul, no, negra, no, azul. El coche era de una especie de color blanco.

El arma era pequeña, no era un rifle pero tenía algo ajustado al cañón, y el hombre que la empuñaba había perseguido a su madre dando vueltas y más vueltas alrededor del coche. Ella, para entonces, ya se había quitado el cinturón de seguridad, para buscar algo en su mochila Hi-5, así que pudo moverse por dentro del coche para observar la escena. Luego su madre había intentado escapar de allí y vio cómo el hombre la apuntaba y cómo su madre caía al suelo.

—¿Escuchaste el sonido del disparo?

—Sonaba a algo parecido a un phht.

Challis cruzó una mirada con Ellen: lo más probable era que fuera una automática con un silenciador ajustado.

—Quería ir con ella pero tenía miedo y él se volvió y me miró.

Ése fue el momento en el que salió disparada del coche y corrió hacia el otro coche.

—Pensé que iba a ayudarme, pero no lo hizo.

—¿Te refieres al conductor del coche?

—Sí. Sólo me hizo señas para que me alejara, así que corrí hacia los árboles. Intenté esconderme, pero no era un buen lugar para esconderse, y el hombre con la pistola me podía ver, pero cuando intentó dispararme no pasó nada, entonces dijo una palabrota, miró su pistola y volvió al coche.

McQuarrie murmuró:

—¿Sabemos algo de las balas?

—Todavía no.

—¿Piensas que fue una pistola automática? ¿Se le pudo estropear?

—Es posible. ¿Qué hiciste entonces, Georgia?

Cuando oyó arrancar al coche blanco, levantó la cabeza y observó cómo se iba. Echaba mucha humareda. Sí, un coche blanco. Una especie de antigualla, creía, con una extraña puerta.

—¿Extraña puerta?

—No era del mismo color. Parecía amarilla. Mira —dijo, señalando uno de sus dibujos. Un coche blanco sucio con una puerta amarillo pálido y un conductor dentro con el brazo sacado por la ventanilla. Presumiblemente haciéndole señas para que se

fuera.

—Si la puerta original estaba oxidada o rota —le murmuró Ellen a Challis—, pudo ser reemplazada en algún desguace.

Challis asintió. Eso era tarea de Scobie.

—¿Crees que podrías mirar algunas fotos para ayudarnos, Georgia?

De nuevo, ese brusco encogimiento de hombros.

—No lo sé.

—Fotos de caras de hombres, cariño —le dijo su abuelo—, podrías reconocer a los hombres que hicieron daño a mamá.

—De acuerdo.

—Si lo haces, los cogeremos y organizaremos un desfile de identificación. ¿Sabes lo que es eso?

Challis dejó que el súper siguiera parloteando. Los desfiles de identificación sólo eran útiles para reforzar pruebas sólidas. Un desfile fracasado era como el maná del cielo para un abogado. Y la idea de someter a Georgia a algo así le repelía. Había intentado, sin conseguirlo, guardar las distancias con respecto a la niña. El trabajo acababa asfixiándote si no aprendías a ver la sangre, la carne desgarrada y las vidas como resultados o problemas que resolver. Pero no podías seguir pensando de esa manera sin darle alguna salida a toda esa presión. El humor —el más negro posible— era una salida habitual; la priva, una afición, la compañía exclusiva de otros policías. Sin algún tipo de salida, tu corazón saltaría en mil pedazos. Esa niña pequeña con su cara de invierno... Challis no tenía niños pero Ellen y Scobie sí los tenían. ¿Qué pasaba por su cabeza a lo largo del día? ¿Se paraban alguna vez para preocuparse por sus hijos? Niños víctimas de abusos sexuales, niños ensangrentados, niños huérfanos.

—¿Recuerdas algo más de esos hombres, Georgia?

—¿De qué color era su piel? —Bárbara McQuarrie quería saberlo.

—Por favor, querida.

—Igual que la mía —dijo Georgia.

Challis apoyó los codos en las rodillas.

—No pudiste ver bien sus caras.

—No, el hombre de la pistola llevaba una gorra. Tenía la visera echada hacia delante y el cuello, levantado.

—¿Era gordo? ¿Delgado?

—Mediano.

—Y ¿qué me dices de la forma en la que hablaban? —preguntó Bárbara McQuarrie—. ¿Hablaban en inglés?

—Cielo, por favor.

—Es una pregunta muy pertinente.

Ellen intervino.

—¿Qué hay del otro hombre, Georgia, el que conducía el coche? ¿También llevaba una gorra?

—No.

—¿De qué color tenía el pelo?

—Parecía calvo.

—¿Calvo o se había rapado el pelo?

—Creo que rapado.

—¿Dijo algo?

—Sólo me hizo señas para que me fuera.

—¿Puedes recordar algo más de su cara?

—Parecía más joven que el otro.

—¿De la edad de tu padre?

Georgia arrugó la cara mientras lo valoraba.

—Más joven.

—¿Algo más?

—Parecía tener la cara redonda, un poco gorda —dijo Georgia.

Luego se quedó muy quieta y alerta en los brazos de McQuarrie, mientras una puerta se abría en el vestíbulo y una voz llamaba:

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Georgia?

Salió como una tromba del cuarto.

Capítulo 11

Robert McQuarrie entró con semblante pálido, pero sereno, frunciendo un poco el ceño, mientras las agitadas manos de su hija tiraban de su traje y se lo deformaban. Luego, su madre corrió hacia él con un grito sordo e incoherente, que pareció desbaratar su contención. Entrecerró los ojos. Finalmente, el superintendente le dio un torpe abrazo, pasándole un brazo por encima del hombro.

Challis observó toda la escena, impávido. Robert McQuarrie pareció darse cuenta de su presencia, mirando por encima de los hombros de sus padres. Tenía una cara franca, tan suave y cuidada como sus manos. Una nariz pequeña y redonda, heredada de su madre, le daba el aspecto de un anodino y corpulento colegial vestido con un traje caro.

Se zafó del abrazo y se le acercó con la mano extendida.

—Robert McQuarrie —dijo—, ¿Y usted es?

Challis hizo las presentaciones, y McQuarrie apenas miró a Ellen.

—Estaré a su disposición un poco más tarde, pero ahora debo consolar a mi hija.

—Lo entiendo perfectamente. —Miró a Ellen y sin necesidad de mediar palabra los dos se dirigieron hacia la puerta. El superintendente los acompañó al vestíbulo.

—¿Os marcháis?

Challis asintió con la cabeza.

—No creo que Georgia pueda ayudarnos mucho más por el momento. Quizá tengamos que enseñarle fotos de coches más adelante. Y también de delincuentes.

McQuarrie agitó una mano como para decir: «Por supuesto, por supuesto».

—Y necesitaremos hablar con su hijo.

McQuarrie miró al suelo y luego levantó los ojos hacia Challis.

—Mi hijo está destrozado por todo esto.

—Me lo puedo imaginar.

—Ya sé que sólo estáis cumpliendo con vuestro trabajo. Yo también soy policía, ¿recuerdas? Y soy consciente de que necesitáis descartarlo de vuestra investigación. Pero hacedlo con cuidado, ¿de acuerdo? Está agotado y ha sufrido un shock tremendo, acaba de perder a su mujer. Y su hija ha perdido a su madre.

Challis asintió, esperando a que McQuarrie se calmara.

—Y no pudo haberle disparado a Janine. Estaba en Sídney.

«Tarde o temprano —pensó Challis— dará el salto necesario: "¿Contrató mi hijo a alguien para asesinar a Janine?".»

—Entiendo.

—Debe de haber también un montón de testigos. Estaba invitado como ponente en un seminario. —McQuarrie suspiró entrecortadamente.

»Escucha, Hal. Todos los medios que puedas necesitar los tendrás. Personal extra, horas extras, lo que quieras. Pero, por el amor de Dios, mantén apartados a los periodistas.

—Algo tendremos que decirles.

—La policía y la prensa son una unión espuria en algunas ocasiones. Pero esta vez se trata de mi hijo, de su mujer y de su hija, así que no le susurres nada al oído a esa novia tuya.

Challis se puso rojo de furia. Ellen lo salvó:

—Señor, antes de que nos vayamos, ¿podría decirnos algo sobre su nuera?

McQuarrie miró su reloj, miró de nuevo por encima de su hombro hacia el salón, desde donde les llegaban sonidos de dolor y de perplejidad.

—¿No puede esperar?

—Sólo lo básico, señor, para que tengamos algo por dónde empezar.

—Oh, está bien. Venid conmigo.

Los llevó a un estudio. Un cuarto sombrío y lleno de trastos, que había detrás de la casa. En las paredes colgaban diplomas enmarcados y fotografías de graduación. Palos de golf en una esquina, una estantería de trofeos, un barco en una botella, muy pocos libros, ropa de golf doblada encima de una lúgubre butaca de cuero, ordenador, impresora y fax en una mesa de madera y cuero. A Challis le pareció que McQuarrie se había autoadjudicado ese territorio y que su mujer se podía ir al infierno.

—¿Queréis más té? —preguntó McQuarrie, sin que la intención acompañara a sus palabras.

—Estamos bien, gracias, señor —contestó Ellen mientras miraba de soslayo a Challis para ver si había recuperado la

compostura.

—Bueno, ¿y qué es lo que necesitáis saber?

Challis observó cómo Ellen sacaba su bloc de notas y se apartaba discretamente a un lado. El haría las preguntas y ella las anotaría.

—Empezaremos por su personalidad. ¿Cómo era?

—Una chica estupenda. De buena familia.

—¿Es psicóloga?

—Tiene... tenía su propia clínica en Monte Eliza —dijo McQuarrie—. Una chica muy inteligente.

—Hemos empezado a interrogar a sus subordinados y a sus colegas.

—Por supuesto.

—¿Veía a sus clientes en la clínica o se desplazaba para verlos?

—Las dos cosas, supongo. A decir verdad, no lo sé.

—¿Y hoy?

McQuarrie se impacientaba.

—Era el día del Programa Escolar en el colegio de Georgia, que es otra forma de decir que sus profesores se otorgan a sí mismos un día de vacaciones; y cuando a Janine le falló la canguro no tuvo más remedio que llevarse a Georgia con ella.

—¿Iba a volver Janine a la clínica después o iba a visitar a otros clientes?

—Hal, por Dios, eso es el ABC de la policía. Habla con su secretaria. Comprueba su calendario de citas.

—Sí, señor. —Challis se quedó reflexionando un momento sobre su siguiente pregunta. No había una manera fácil de hacerla.

»¿Piensa usted que el matrimonio de Robert y Janine era un matrimonio feliz?

El súper dijo a través de unos labios apretados y pálidos:

—¿Lo ves? Ese es el tipo de insinuación que adora la prensa. Que Janine tenía un amante y Robert la asesinó. O que Robert tenía una amante y quería deshacerse de Janine...

—Tenemos que examinar todos los posibles escenarios —dijo Challis, odiando la palabreja; pero era una palabra útil y ya estaba firmemente instalada en el léxico policial.

—Al diablo con eso. Espero que no le hagas a mi hijo la misma pregunta.

A Challis le tembló un poco la barbilla.

—Mucho me temo que tendré que hacerlo, señor.

«Y usted también lo sabe», era la parte que se calló de su respuesta.

McQuarrie se puso rojo.

—Sólo quiero recordarte quién soy yo y quién es mi hijo y quién eres tú, chico.

—Volviendo a Janine... —se apresuró a decir Ellen.

—Una chica estupenda.

Challis llegó a la conclusión de que no iba a sacarle más de eso a McQuarrie, que parecía incapaz de distinguir rasgos individuales en la gente. Janine venía de una buena familia, tenía éxito en su trabajo y la había elegido su hijo, luego no era necesario un análisis más profundo. Había pasado las únicas pruebas que importaban.

Pobre mujer. ¿Habría luchado para que la vieran y la escucharan en esta familia?

—¿Mencionó alguna vez Janine a clientes concretos que la amenazaran o trataran mal? —Challis observó cómo el superintendente absorbía las implicaciones...

—No, pero ése es un ángulo muy prometedor, Hal, persiste en ello.

Challis asintió, a pesar de sus reservas al respecto.

—¿Tendría la señora McQuarrie algo que añadir? Ahora no, pero ¿quizá mañana?

—Deja a mi mujer fuera de esto.

—Señor, no tengo ningún deseo de molestar a nadie. Sin embargo, ¿no sería posible que ella sepa cosas que usted desconoce? Usted está muy ocupado después de todo. ¿Estaban muy unidas?

—Janine era como una hija para nosotros.

—Sí, señor. Y ¿qué hay de sus padres? ¿Han sido informados?

—Lamentablemente, han fallecido los dos. Murieron en un accidente hace años. Pero hay una hermana, Meg. ¿Eso va a ser todo?

—Gracias, señor —dijo Ellen.

Estaban a medio camino del coche cuando McQuarrie los alcanzó, agarró el brazo de Challis y dijo:

—Ya es hora de que hable con los periodistas.

Challis intercambió una mirada con Ellen y los dos siguieron al superintendente camino arriba hasta la calle y los periodistas, que seguían allí, con los hombros encogidos por la ventolera que se había levantado. McQuarrie levantó una mano y dijo:

—Quiero hacer una breve declaración. —Y les confirmó que su nuera había sido asesinada a las nueve y media de esa mañana. Challis y Ellen aguantaron el tipo; las cámaras no paraban de dispararles flashes. Entretanto, McQuarrie se había desecho de la tensión y el sufrimiento, al menos en apariencia; éste era el McQuarrie que vestía un traje muy caro y adoptaba el porte

enérgico y la mirada audaz de un militar, como un impasible oficial del ejército británico en una película de los años cincuenta. Era evidente que impresionaba a las cámaras, pero a Challis le parecía que el tipo sabía más de golf que de crímenes, más sobre millonarios del Rotary Club que de criminales u oficiales de policía bajo su mando. Tessa Kane llegó a la mitad, ganándose una mueca de desaprobación por parte de McQuarrie. A pesar de todo, no titubeó en ningún momento, habló por los codos, respondió a las preguntas y finalmente dio una palmada en la espalda de Challis y dijo:

—Éste es el hombre que va a encontrar al asesino de mi nuera.

Las cámaras y los micrófonos se giraron buscando a Challis pero él declinó educadamente hacer ninguna declaración y regresó al coche con Ellen. Y mientras ella conducía rumbo a la autopista de Nepean, Challis se acurrucaba como podía contra la puerta del copiloto, con un sinfín de pensamientos en la cabeza y los dibujos de Georgia atrapados en sus rodillas.

Ellen rompió el silencio.

—Ya he visto que no le has contado al súper que pensábamos ir al lugar de trabajo de su hijo.

Él se removió en su asiento y sonrío.

—No lo he mencionado, ¿verdad?

—¿Cuáles son tus primeras impresiones del hijo?

—Suave, encantador, tiene esa clase de simpatía propia de los colegios caros.

—Profesionalmente encantador, que no personalmente encantador. ¿Te fijaste que no me miró ni me habló en ningún momento?

—Sí, sí que me di cuenta.

—Y no tiene nada que ver con la graduación. Soy una mujer, ergo no tengo cerebro. —Hizo una pausa—. Sería interesante averiguar cómo era su relación con Janine.

—Desde luego.

Después de otra pausa dijo:

—Hal, ¿qué opinas sobre el súper y su mujer?

Challis levantó una ceja en su dirección.

—Que no estaban exactamente tristes.

Ellen asintió:

—Esa es la misma impresión que yo tuve.

—Y si lo que me estás preguntando es si debemos considerar al súper, o incluso a su mujer, como sospechosos, la respuesta es afirmativa.

Ahí estaban las cartas, sobre la mesa. Con cualquiera que no

hubiera sido Ellen, se habría guardado sus sospechas para sí. Vio cómo ella le hacía un gesto de asentimiento.

—¿Y te basas en...?

—Pequeños detalles: que no siente ninguna pena, su actitud protectora con su hijo y con su nieta, que trate de obstaculizar todo un poco y se empeñe en dirigir la investigación. Todo ello es fácilmente comprensible, pero no lo podemos descartar, o no del todo, en cualquier caso, y tampoco podemos descartar la posibilidad de que sospeche de su hijo y lo quiera proteger.

—Sí —se limitó a decir Ellen, confirmando que sus conclusiones eran las mismas — . Pero él no puede hacerse cargo de la investigación ¿Verdad?

Challis movió la cabeza.

—Las normas no lo permiten.

—Aunque tratará por todos los medios de inmiscuirse.

—Sí.

Unos minutos después, un pequeño Mazda descapotable se colocó juntó a ellos dando bocinazos. Ellen les respondió con otro golpe de bocina y el Mazda se alejó velozmente por la lluviosa autopista. Challis se removió en su asiento.

—¿Quiénes eran ésos?

—Pam Murphy y John Tankard.

Challis frunció el ceño y luego cayó en la cuenta:

—La campaña de Kellock’s de seguridad vial.

Capítulo 12

A los agentes Pam Murphy y John Tankard —vestidos como si pertenecieran al Grupo de Operaciones Especiales del FBI, con gorras de visera, chaquetas ajustadas y pantalones metidos por dentro de la botas— les faltó tiempo para empezar a hacer comentarios sobre Challis y Destry. Tankard pensaba que estaban liados.

—Ni de guasa.

—Pero siempre andan juntos.

—Tank, nosotros siempre andamos juntos.

Abandonó el tema, refunfuñando, pero le duró poco.

—¿Y qué hay de la tía del periódico?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Se la sigue tirando?

—Ni lo sé, ni me importa. No es asunto mío.

Él empezó entonces con su típica secuencia de codazo, codazo, guiño, guiño.

—¿Y ya se lo ha hecho contigo?

—Tank, madura un poco, ¿vale?

Lo de estar enjaulada con John Tankard en el pequeño descapotable no era ninguna broma; bastante cruz era ya que fuera un hombre tan grandullón, pero desde que había vuelto de sus seis meses de descanso, por el estrés que había sufrido tras matar a un granjero desequilibrado y armado, su carácter era un poco inestable. Su estado de ánimo de hoy era bastante típico del Tankard que ella recordaba, el matón y el racista, apodado «el soldado de la tormenta» por los locales, el compañero que estaba más interesado por sus tetas que por el trabajo policial, aunque, todo hay que decirlo, también tenía sus momentos de ensoñación ensimismada e inseguridad, que ella atribuía a una terapia mal digerida.

Tuvo la sensación de que estaba observándola y lo confirmó con una rápida mirada de reojo; inquieta al ver y sentir cómo emanaba de él un fuego extraño y furioso, mientras le

preguntaba:

—¿Podrías hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Lo que hizo la tía del periódico, acostarte con un montón de tíos delante de todo el mundo. —Movió la cabeza como si la estuviera evaluando—. No, no te imagino haciendo eso.

Parecía querer llevarla al límite, como si estuviera esperando a que ella aceptara el desafío y le sacara de dudas.

—No se acostó con nadie. Estaba allí como reportera.

—Ya, ya. Lo que tú digas. Me apuesto lo que quieras a que Challis se cabreó, pero si no puedes mantener a raya a tu chica, ¿qué puedes esperar?

Ella le ignoró.

—Lo que quiero decir —prosiguió él— es que ni siquiera podía controlar a su mujer. Ella primero le puso los cuernos y luego intentó que lo mataran.

—Tank —saltó Pam—, sólo los Neandertales sienten la necesidad de controlar a sus mujeres.

Soltó una risita tonta para sacarla de quicio. Ella siguió conduciendo, enfadada consigo misma. Era temprano por la tarde y la niebla persistía. Mientras se acercaban a una rotonda ella dijo:

—¿Mornington, Tyabb o todo recto?

Tankard estaba inmerso en su mundo y no le contestó. Quizá estaba mirando en su interior de nuevo, examinando sus penas. Pam desconfiaba de la recién adquirida introspección de Tank; se preguntaba si iba a ralentizar su reflejo de respuesta, anulando su instinto de supervivencia. Bueno, a ella no la habían traído a la Tierra para curarlo. Sin embargo, siempre había sabido cuál era su posición respecto al bueno de Tankard. Él siempre había desconfiado de todo el mundo, era peleón, pero no inseguro, y tenía el instinto de un policía que valoraba la supervivencia por encima de la ambición. De hecho, siempre había carecido de toda ambición, y se apoyaba en la gente de la comisaría buscando compañerismo y seguridad, a pesar del desprecio y la desconfianza que le inspiraban sus colegas policías.

Eligió seguir recto, lo que les llevaría a la playa de Penzance y a Waterloo.

Él se removió en su asiento.

—¿Habías dicho algo?

—Olvídalo.

Tankard se debatió como un oscuro colegial al que habían pescado mirando por la ventana. Finalmente, dijo con el tono susurrante y perdido del nuevo John Tankard:

—¿Tú le ves sentido a todo esto? El que nos pasemos cuatro horas al día en la carretera, dándole las gracias a gente que, por una vez en su vida, decide ser atenta con otro automovilista, o que pone el intermitente antes de girar. Vaya chorrada.

—Muy cierto —dijo Pam.

Estaban pasando por delante del Centro de Detención de Waterloo, cuando un Subaru la forzó a echarse a la cuneta, y cruzó a toda velocidad por delante suyo, para adentrarse en el camino que llevaba al centro, evitando por los pelos estrellarse contra un Passat plateado que había aparecido de repente, y estaba esperando a que hubiera un hueco en el tráfico para salir. Era Tessa Kane, que desde luego no se merecía una de sus bolsas de regalos. Pam le tocó el claxon y lo mismo hizo el Passat.

Capítulo 13

Vaya, les había cortado el paso a esos polis del descapotable y casi se lleva por delante a un Passat. Tessa Kane sonrío avergonzada a Pam Murphy y a John Tankard mientras se encogía de hombros para excusarse. Pam le devolvió la sonrisa, con la gorra completamente ladeada. «Una jovencita con agallas», pensó Tessa, mientras se dirigía hacia la puerta principal.

El Centro de Detención era un conjunto de siniestros barracones de cemento rodeados de una alambrada. Diseñado en principio para 350 reclusos, había llegado a albergar a casi quinientos solicitantes de asilo en una época, convirtiéndose en un auténtico aglutinador de desgracias. Ahora la «inundación» de solicitantes de asilo se había secado, la mayoría de los detenidos habían sido repatriados y a unos cuantos se les había concedido el permiso de residencia. Quedaban ochenta: un puñado de solicitantes de asilo del Oriente Medio y gente que había incumplido las condiciones de sus visados de turista o se había quedado más tiempo de lo estipulado. En breve, todos iban a ser deportados.

El centro no había supuesto ningún beneficio para Waterloo que Tessa hubiera podido comprobar. A la mayoría de la gente local le era indiferente, había un reducido grupo que estaba enfadado y avergonzado, y el resto se frotaba las manos ante esa oportunidad que les otorgaba la Providencia para poder refocilarse en sus prejuicios. Parecían aplaudir al guarda de los barracones que le había gritado a un recluso: «Eres un jodido y feo árabe». Se habían recibido un montón de cartas al director después de que Tessa publicara esa frase, criticando la palabra «jodido» pero sin criticar, por supuesto, la causa de las detenciones, el centro, o la mentalidad del guarda. Había sido —y todavía lo era— un lugar muy desgraciado.

La semana anterior había tenido lugar una revuelta —que el personal responsable había calificado de «molestias» — y hoy Tessa podía ver a hombres y a niños encaramados en el tejado

plano del gimnasio desplegando pancartas que rezaban: «Somos Seres Humanos, no Animales».

En los primeros seis meses de funcionamiento, dos hombres habían quedado atrapados en el alambre de espinos; a lo largo de un período de diez meses, en el segundo año, siete reclusos se cosieron los labios; casi todos se habían declarado en huelga de hambre en algún momento; se habían prendido fuegos, tirado piedras, usado gases lacrimógenos.

Ése había sido el perfil público de casi todos los centros de detención australianos, el que podías ver en los programas de actualidad de las cadenas privadas. A Tessa le habían interesado las historias que no contaban: enfermedades mentales, tratamiento denegado a los niños que eran víctimas de abusos sexuales; el oscuro pasado y la dudosa titulación de los guardas; la actitud de los funcionarios del Tribunal de Revisión de Refugiados y del Departamento de Inmigración. Sin hablar de los rumores de corrupción. Por lo visto, Charlie Mead y los jefes de su sección habían defraudado rutinariamente a los gobiernos federales, estatales y locales, inflando artificialmente los precios de las reparaciones, provisiones, servicios y sueldos. El beneficio sobrante se lo embolsaba directamente la empresa que los contrataba, ANZCOR, una compañía americana que gestionaba las prisiones y los centros de detención, contratada por los gobiernos de Australia y Nueva Zelanda. Su base de operaciones estaba en Utah y tenían sucursales en Canadá y en el Reino Unido.

En poco tiempo, el Centro de Detención iba a cerrar sus puertas. Tessa quería una última oportunidad para poner al propio centro y al papel que Charlie Mead había jugado allí contra las cuerdas.

¿Por qué Mead habría aceptado verla? Durante los últimos tres años había despreciado olímpicamente tanto a los periodistas que pedían entrevistas, como a las almas caritativas que iban allí a hacer amistad con los presos. Quizá se había hartado de la forma en que ella siempre acababa sus artículos con las palabras: «La dirección del centro no quiso hacer ningún comentario», o simplemente ya le daba igual, puesto que se iba. Tessa repasó las notas mentales que tenía sobre él. Nacido en Durban, Sudáfrica, cincuenta y cinco años atrás; sirvió en el ejército durante diez años, antes de licenciarse en Derecho en Johannesburgo y doctorarse en Londres. Trabajó en la dirección de prisiones en el Reino Unido, y luego aplicó y obtuvo la plaza de director adjunto —y más tarde de director— de una prisión de máxima seguridad en Brisbane. Allí, por su dureza, se había ganado la antipatía de

guardianes y presos por igual, pero eso no había impedido que le contrataran para dirigir el Centro de Detención de Waterloo. Llegó a Waterloo en enero de 2002. Casado con Lottie, de la que Tessa no había encontrado ninguna información. Sin hijos.

Se vio obligada a esperar fuera de la verja, mientras el guarda confirmaba su visita por teléfono con el edificio de la administración, y posteriormente fue guiada a un aparcamiento adyacente. Salió del coche, lo cerró, y estaba volviéndose hacia la puerta, mientras metía las llaves en su maletín, cuando un guarda se materializó delante de ella. No lo había oído acercarse. Le hizo un gesto con la cabeza, y ella lo siguió: una sólida figura que iba contoneándose entre las vallas con alambradas, externas e internas, hasta llegar a una zona asfaltada que conducía al edificio de la administración. Éste estaba separado de los otros edificios por una verja muy alta de barrotes de acero. Un niño le sonrió a través de los barrotes; dos mujeres parecían estar pintando las puertas que daban a un dormitorio; varios hombres se quedaron mirándola, con un cigarrillo en la mano, mientras otros chutaban una pelota de fútbol desde una punta de la extensión de asfalto craquelado hasta la otra.

Tessa se cerró aún más el abrigo alrededor del cuello, como si quisiera dispersar la niebla densa y la atmósfera general de desesperanza. Nadie la miraba con curiosidad o con expectativa: ella, sin duda, representaba a otra sección del mismo gobierno sin sentimientos. Había visitado muchas prisiones a lo largo de los años en calidad de reportera y de directora del periódico. Esto era peor que cualquier prisión, porque a muchos de esos reclusos los esperaban más maltratos —o incluso la muerte— cuando fueran repatriados a sus países.

Su maletín fue escaneado electrónicamente primero, y luego registrado a mano, y tanto su móvil como su micrograbadora fueron confiscados. «Se los devolveremos cuando se vaya», dijo el hombre que la registró. La obligaron a pasar por un detector de metales, y, no contentos con eso, le quitaron el abrigo, palpando minuciosamente con la mano costuras, mangas y cuello. Tessa miró a la pared, que estaba desnuda y pintada de un color blanco brillante muy poco reconfortante.

Finalmente, la guiaron hasta una silla de respaldo recto que había en el pasillo y le dijeron que esperara. Paredes blancas, fotografías del presidente de Estados Unidos y del primer ministro australiano. Después de quince minutos, una mujer joven sacó la cabeza por la rendija de una puerta que había cerca y le dijo a Tessa: «El señor Mead la puede ver ahora». Su expresión de fascinación y horror era una señal certera de que

había leído el Progress y estaba medio esperando a que Tessa se quitara la ropa y practicara sexo en grupo con los guardianes.

Tessa entró en un despacho dominado por una mesa y por el hombre que había detrás de ella. Como era de esperar, la habitación estaba amueblada con archivadores, estanterías de libros e informes encuadernados, y una ventana con barrotes que daba al patio de hacer ejercicio. La mesa, en cambio, estaba montada como un centro de seguridad y comunicaciones: varios teléfonos, un sistema de intercom, monitores de seguridad, dos ordenadores, un portátil y una máquina de fax. Las paredes estaban desnudas, salvo por un par de diplomas enmarcados, y una fotografía tomada en la ceremonia de apertura del centro con el alcalde y los concejales sonriendo, mientras les daban palmaditas en la espalda a Charlie Mead y a otros dignatarios de ANZCOR. Cretinos. Si uno se acercara lo suficiente, podría incluso ver los billetes de 100 dólares cambiando de manos. Y más que iban a cambiar de manos, una vez que se aprobara la reforma del Centro de Detención, para convertirlo en algún otro tipo de entidad pública.

«¿Un campamento para niños marginados? —pensó Tessa con amargura—. ¿El Centro Comunitario para la gente de las viviendas protegidas?»

Pilló a Mead mirándola. Era un hombre espigado, todo hueso, fibra y nervios; con un cráneo protuberante y duro, y ojos rápidos, agudos y sarcásticos. Se levantó —era muy alto— de detrás de su mesa, tendió el brazo por encima, estrujó su mano en la suya y le señaló la silla que tenía enfrente:

—Siéntese.

Una voz gruñona. Se quedó mirándola mientras ella sacaba su cuaderno y comprobaba el flujo de tinta de la pluma. Luego le lanzó una sonrisa breve y automática. Ella estaba a punto de darle las gracias por su tiempo, cuando él dijo:

—Kane ¿es un nombre judío?

«Bueno, hola», pensó ella. ¿Tendría derecho al tratamiento completo? ¿Cachondeo irónico, cejas levantadas, evaluación sin tapujos de sus piernas, franco antifeminismo, franco antisemitismo, y un arsenal completo de otras tácticas de shock, gestos y actitudes que la sacaran de sus casillas?

Así que dijo de inmediato:

—Podría argumentarse que sus guardianes se han deshumanizado por el trabajo que realizan aquí, una actitud muy fomentada por la dirección. ¿Querría hablarme de eso?

De repente, parecía estar muy aburrido. Se echó atrás contra el respaldo de su silla, cruzó sus largas piernas y miró al techo.

Desplegó los dedos de su mano izquierda, examinando sus uñas.

—¿Deshumanizados? Otra palabra sin sentido como tantas otras.

—Según un empleado de...

—¿Quién?

—No puedo divulgar mis fuentes, pero según ese empleado, sus guardas despiertan a los reclusos a horas aleatorias, a lo largo de la noche, pidiéndoles que enumeren sus números de detención. ¿Eso es un sin sentido?

Mead encogió los hombros.

—Seguridad —dijo.

Lo miró fijamente y prosiguió:

—Los reclusos han declarado que el Tribunal de Revisión de Refugiados consiste sólo en un individuo, en lugar de un panel, y que algunos de esos individuos tienen por lema el denegar todas las peticiones.

—Pues cuénteselo al TRR —dijo Mead inclinándose hacia delante con sus dedos sobrevolando el teclado. Luego, con un gruñido suave e impaciente, se volvió a echar para atrás— ¿Siguiente pregunta?

Mead estaba ahora dándose golpecitos en los dientes con la pluma, mientras miraba por la ventana. Podía ver la piel dura y bronceada de su cogote. Había una fotografía en el alféizar de la ventana, y Mead la cogió para volver a posarla enseguida: una mujer morena y alerta, ofreciéndole a la cámara una sonrisa desganada, Lottie Mead, probablemente, y cayó en la cuenta Tessa: la conductora del Passat.

—¿Le gustaría dar una vuelta por el centro? —dijo Mead.

Capítulo 14

-Deja que conduzca yo —dijo John Tankard, después de haber estado a punto de estrellarse contra el Subaru.

No esperaba que Murph accediera, y no lo hizo. El incidente no la había alterado, y además tampoco había sido culpa suya, pero él sintió unas ganas repentinas de hacerse con la situación, como reacción a su actitud de superioridad, la solidaridad femenina implícita en el saludo que había intercambiado con esa mujer Kane, su incómodo asiento, y el propio trabajo. Sintió cómo le estaba invadiendo una ira, sana y liberadora. A veces se preocupaba pensando que su terapia antiestrés, de seis meses, no había funcionado; y a veces estaba encantado de que no lo hubiera hecho.

Y ahora algún imbécil se les había pegado por detrás, poniéndoles las luces y tocando el claxon. Se dio la vuelta y vio al Passat que había estado esperando a incorporarse al tráfico que pasaba por delante del Centro de Detención. Iba conduciendo una mujer y él se sintió oscuramente satisfecho por eso.

—¿Cuál es su problema? —saltó.

—No te quites la camiseta Tank —dijo Murphy mientras aparcaba en el arcén.

—Quédate aquí —dijo él mientras salía.

Se ajustó el cinto de su pistola, la chaqueta y la gorra, y avanzó severamente hacia el Passat. La conductora, al ver su uniforme, palideció; luego pareció enfadarse, y empezó a abrir la puerta.

—Señora, vuelva al coche —dijo él.

Ella obedeció. Él se colocó delante de su puerta, le hizo señas para que bajara la ventanilla, y luego se quedó ahí plantado, invadiendo su espacio. Era una sensación estupenda. Estaban cerca del pub Fiddlers Creek, y la clientela entraba a raudales para la comida bufé de «todo lo que puedas zampar» que se acababa a las dos.

—¿Tiene algún problema?—dijo.
—No sabía que fueran ustedes policías.
—Bueno, pues ahora ya lo sabe.
Ella recobró un poco su compostura, una mujer en la cuarentena, de pelo oscuro y cara delgada.
—Me gustaría salir del coche —dijo ella.
—No.
—¿Sabe quién soy?
—Ni lo sé ni me importa.
—Pues va a necesitar saber mi nombre si quiere darme un aviso o ponerme una multa —señaló la mujer.
Ése no era el significado de la pregunta que ella le había hecho y los dos lo sabían. Tankard decidió que era un farol y sacó su bloc de multas.
—Dispare —dijo.
—Me llamo Lottie Mead.
—¿Y?
—Mi marido es el director del Centro de Detención.
A Tankard le invadieron todo tipo de emociones: una obediencia natural a las figuras de autoridad, miedo y resentimiento para con las mujeres chulas, y respeto hacia aquellos que, como Charlie Mead, ponían su granito de arena en la lucha contra el terror. Quería acusar a Lottie Mead de algo, pero temía el montón de problemas que eso podía acarrearle.
Para acabar de arreglar las cosas, Pam Murphy se les unió.
—¿Tiene algún problema señora?
Lottie Mead interpretó eso como un permiso para salir del Passat y cruzar hasta la parte delantera del coche. Era una figura delgada y nerviosa, con pantalones entallados y chaqueta negra de lana.
—Ahí —dijo, señalando.
Un faro roto.
—Su coche me hizo eso —dijo ella—. Pude verlo y también escucharlo.
—¿Cómo? —preguntó Tank, deseando que Murph volviera al Mazda y le dejara a él lidiar con ello. Para acabar de estropear las cosas, ella parecía saber de qué estaba hablando la buena mujer.
—Una piedra —dijo Murphy con tono contrito.
—No puede probar que fuimos nosotros —dijo Tank, peleando para recuperar algo de terreno—. Pudo haber sucedido ayer o el año pasado.
Sintió la mano de Murph en su brazo.
—Déjalo ya, Tank, ¿vale? Señora, si desea dar un parte formal estoy segura de que podemos...

La mujer dio marcha atrás y Tank se alegró mucho al verlo.

—No es necesario —dijo — . Es el coche de mi marido y su empresa se hará cargo de los gastos.

—Entonces —se burló Tank—, ¿por qué ha armado tanto lío?

—No podía tolerar que se fueran tan panchos, sin reconocer que había pasado algo —dijo Lottie Mead como si hubiera muchas cosas que ella no podía tolerar.

—Reconocido está —dijo John Tankard, apretando los dientes.

—Tank —advirtió Murphy, y él volvió a meterse en el Mazda, pensando que también le gustaría darle a ella un pequeño repaso.

Capítulo 15

Challis y Ellen pararon en Frankston para comer y echar gasolina. Challis miró el reloj cuando se iban. Les llevaría una hora llegar a la ciudad; luego, un cuarto de hora aparcar, y más tarde les tocaría hacer el viaje más largo hasta el otro lado de la Península: casi dos horas y media de esa tarde las emplearían viajando. Encendió la radio. Alguien la había sintonizado en una emisora que emitía música de los ochenta. Se apresuró a cambiarla a Radio Nacional.

—Hal, enróllate, hombre, es música de los ochenta.

Él replicó con brusquedad:

—No había música en los ochenta.

Ella pensó: «Duran, Duran».

—Me retiro por falta de argumentos.

Sonrió, la diversión la transformaba, y él sintió un impulso repentino de acariciarle la mejilla. ¿Por qué? ¿Porque el maltratador de su marido la hacía desgraciada? ¿Porque era una amiga y simplemente quería reconfortarla y mostrarle cariño? ¿Y hasta qué punto era simple ese cariño? Challis pensaba que en casi todas las amistades existía un elemento de atracción física. Si no le atrajera, ¿podría ser su amigo? Se sintió muy aliviado cuando ella dijo:

—Cuéntame más sobre el hijo del súper.

Él, rápidamente, le parafraseó los resultados de su búsqueda en Google. Robert McQuarrie dirigía una empresa de inversión y correduría, pero también pertenecía al Instituto de Empresa Australiano, un gabinete estratégico neoconservador, que asesoraba en materia política al gobierno federal y orquestaba campañas sucias contra las instituciones benéficas, los servicios sociales y las agencias de cooperación, acusándolas de tomar partido públicamente en temas de derechos humanos, responsabilidad social de las corporaciones y protección del medio ambiente. De hecho, Robert McQuarrie había liderado una investigación sobre el papel que jugaban las organizaciones no

gubernamentales, y había salido en el periódico declarando que las ONG, en vez de realizar un trabajo directo en su comunidad como antes, ahora se dedicaban a formar camarillas políticas y al activismo. Recomendando que se les asignaran menos fondos a ciertas ONG, que perdieran también su derecho a la exención de impuestos, y que se sometieran a un estricto protocolo de conducta. El tono de sus discursos era mezquino y soberbio, la voz de un matón sin sentido del humor.

Ellen suspiró.

—Podría tener entonces un montón de enemigos potenciales.

—¿Crees que alguien mató a Janine para vengarse de su marido?

Ellen se encogió de hombros:

—Es una explicación tan buena como cualquier otra en estos momentos.

A las dos y media de la tarde estaban delante de la mesa de mármol, fría y brillante, de la recepción de Servicios Financieros McQuarrie, con una alfombra gruesa bajo sus pies, y entre paredes con grabados enmarcados de discreto diseño. La recepcionista, una mujer joven de nariz respingona, que lucía un impecable traje sastre, dijo:

—¿En qué puedo ayudarles?

Challis explicó las circunstancias de su visita y vio cómo palidecía y tragaba saliva.

—¿La señora McQuarrie? —susurró.

Challis pidió una sala, utilizando un tono muy suave:

—Me temo que vamos a tener que entrevistarnos con todos.

—Tendría que pedirle permiso al señor McQuarrie para eso —dijo la recepcionista recuperando su color.

—Mejor no le molestemos ahora —respondió Challis — . Está consolando a su hija. En cualquier caso, ésta es una investigación criminal y no necesito realmente ese permiso.

—Él acaba de entrar en la oficina. Espere un momento, por favor.

Challis y Ellen contemplaron alucinados cómo ella hacía la llamada. Luego, Robert McQuarrie se estaba dirigiendo hacia ellos a grandes pasos, con aspecto más atildado que sufriente.

—Este no es un buen momento.

Varios pensamientos cruzaron velozmente la mente de Challis. Robert McQuarrie había pasado poquísimo tiempo con su hija. Aparentemente, su trabajo tenía más valor que ella, o que la memoria de su difunta esposa. Además, todavía no había

informado a sus colegas o a sus empleados. El asesinato había aparecido en las noticias del mediodía, pero no habían nombrado a Janine. Challis sintió un nudo de aversión aguda, pero lo disimuló diciendo suavemente:

—Esto no llevará mucho tiempo, ¿podríamos ir tal vez a su despacho?

McQuarrie parecía haber recuperado la sensatez.

—Si insiste.

Challis estaba perplejo: «El súper y su mujer no parecían muy afectados por lo de su nuera, y ahora el marido de esa mujer se apresura a ir a la oficina en vez de quedarse con su hija». Challis sabía muy bien lo que era el duelo —lo había sentido, lo había observado, y era consciente de que adquiría muchas formas— pero nunca hasta ahora lo había visto manifestarse como una molestia. «¿Qué clase de personas son éstas?», se preguntó.

Ellen claramente estaba pensando lo mismo. Cuando estuvieron instalados en una inmensa oficina en ángulo, con vistas sobre la ciudad y la bahía, dijo:

—Debo decirle que no esperaba verlo aquí, Robert.

La utilización del nombre de pila era una ofensa deliberada, una señal de que estaba en un estado de ánimo peligroso. Sin embargo, no pareció afectar al hijo del superintendente.

—¿Qué está insinuando? ¿Que no estoy respetando un período decente de luto? ¿Que tendría que estar en casa con mi hija?

Challis intervino:

—Alguna gente podría pensar eso, señor McQuarrie.

—Escuche —estaba diciendo Robert McQuarrie — , tengo muchas responsabilidades. Me quedaré dos horas en la oficina y luego voy a ir directamente allí para estar con ella. ¿Cómo se atreven a cuestionar mis sentimientos o mi manera de hacer las cosas? Georgia está ahora al cuidado de mis padres, que no pueden ser más cariñosos, y mañana nos vamos a quedar en casa de la hermana de mi mujer. No quiero llevarla a casa todavía. —Sus ojos se llenaron de lágrimas — . Eso sólo conseguiría trastornarnos y estaríamos rodeados de demasiados recuerdos. Georgia necesita cuidados maternales y muchas distracciones, ¿estamos? Y mientras tanto, soy el director de una empresa que tiene cien empleados repartidos por toda Australia.

Con una mirada de advertencia a Ellen, Challis dijo:

—Entonces vamos a procurar ser lo más eficientes que podamos, pero necesitamos interrogar a todo el mundo.

—De acuerdo —dijo Robert McQuarrie.

Así fue como Challis y Ellen empezaron a hacer sus preguntas. McQuarrie contestó con una ferocidad apenas contenida. No, no

podía pensar en nadie que odiara lo bastante a su mujer como para matarla. Podía responder de todos los que trabajaban en su empresa, en cuanto al Instituto de Empresa Australiano, se componía de hombres escogidos entre el mundo del Derecho, de los negocios, los deportes, la agricultura y las universidades, hombres que estaban por encima de cualquier reproche, y que se reunían de vez en cuando, en distintas localidades, patrocinados por empresas afines de todo el país. No había nada siniestro ni nada oculto en todo ello. El instituto no alquilaba un espacio en ninguna parte, ni empleaba personal. No era ese tipo de organización.

—¿Recibe cartas hostiles?

Algo, una vacilación, en el rostro del hombre.

—Naturalmente —contestó, retomando su actitud anterior—, nosotros en el instituto no nos andamos por las ramas a la hora de hacer observaciones y, claro, esto ofende a ciertos individuos tristes y locos de la izquierda delirante.

—Izquierda delirante —masculló Ellen.

—¿Ha conservado alguna de esas cartas? —dijo Challis apresuradamente.

—Odio genérico —dijo Robert McQuarrie —. No vale la pena conservarlas. ¿Han acabado ya?

—Necesitamos hablar con sus empleados y sus colegas.

Un suspiro de cansancio.

—Si realmente es necesario.

Les asignaron una pequeña sala de reuniones. Una docena de hombres y mujeres pasaron por allí, de uno en uno, y muy pronto quedó claro que nadie podía imaginar una razón por la que alguien quisiera dañar al señor McQuarrie —Mack, Robert, el viejo Rob— matando a su mujer. Era alguien muy exigente en tanto que jefe o socio, pero justo. No se corría juergas. En cuanto a su mujer, parecía bastante encantadora. Qué pena lo de Georgia. Una niña tan mona.

Estaban tan planchados y tan limpios, esos empleados y colegas ejecutivos. Pulidos, relucientes y vestidos con ropas muy caras. Sin embargo, Challis podía sentir un miedo terrible carcomiéndoles por dentro, y podía incluso escuchar sus pensamientos: «¿Soy un ganador? ¿Estoy destacando? ¿Este traje tiene el corte adecuado o la corbata el color adecuado? ¿Recibiré una prima este año? ¿Me ascenderán? ¿Se adoptarán mis ideas?».

¿Hay alguien que me escuche?

En el camino de regreso pararon en una casa en Sandringham,

que tenía vistas sobre las aguas picadas de la bahía. La hermana de Janine, Meg, les abrió la puerta y su parecido con Janine McQuarrie era sorprendente. Había estado llorando; tenía la cara devastada por el dolor.

—Tienen suerte de haberme encontrado. Iba a salir ahora mismo para ir a la casa de Robert y Janine, Georgia me necesita.

Challis cruzó una mirada con Ellen. ¿«Georgia me necesita» era un código para decir «Robert me necesita»? ¿Había matado a su esposa para quedarse con la hermana?

Los guió a un salón abigarradamente acogedor. Ellen tomó la palabra, animando a Meg a que hablara de sí misma. Casada pero sin hijos; la hermana menor de Janine. («Somos tres»); profesora de secundaria actualmente de permiso por estrés.

Challis la estudió mientras hablaba. «Una buena mujer», decidió. Maternal. Sencilla. Quizá una mujer que deseaba tener hijos pero no podía. Sin duda, nadie que pudiera matar o inspirar un crimen. Llevaba todas sus emociones escritas en la cara: pena por Georgia y por Robert; espanto y aprensión de que su hermana pudiera ser asesinada.

—En cierto modo me alegro de que mis padres no estén vivos. Esto los hubiera destrozado.

—¿Tenía Janine enemigos? ¿Algún altercado reciente con alguien? ¿Algo en ese sentido?

—No, nada. No se me ocurre nadie que hubiera querido matarla. Estoy segura de que se trata de un error.

Challis la miró durante unos segundos, y luego decidió saltarse esas educadas fórmulas de conversación pensadas para consolar a los que están de luto, pero que desperdician tiempo policial.

—Su hermana era una mujer de carácter fuerte.

Meg intentó que no se le saltaran las lágrimas.

—Janine tenía un trabajo muy exigente —dijo con tono firme —. Con muchas responsabilidades.

Ellen comprendió adonde quería llegar Challis, y también la presionó en ese sentido.

—¿Podría decir que estaba felizmente casada?

Meg se estiró las medias como para secarse las palmas húmedas de sudor.

—¡Por supuesto!

—Tengo entendido que se estaba viendo con alguien —mintió Challis.

Una vacilación apenas disimulada, con los ojos moviéndose de un lado para otro.

—Ella no haría eso.

Quizá Meg quería decir que ella no haría eso, pero que no podría responder de su hermana, pensó Challis. Meg se levantó entonces, visiblemente afectada, y ambos se marcharon sintiéndose muy mezquinos.

Capítulo 16

Scobie Sutton había sido informado de que la señora Humphreys ya podía recibirlo, pero cuando llegó al hospital lo primero que vio fue el coche de su mujer aparcado en una de las plazas del aparcamiento. Entró, mostró su carné de identidad en la recepción y explicó el motivo de su visita.

—Pero primero —dijo, ruborizándose un poco—, ¿podrían llamar a mi mujer? ¿Beth Sutton?

La llamaron por el megáfono. Instantes después, Beth apareció, radiante, y se dieron un casto beso.

—Quería avisarte —dijo Scobie mientras la guiaba a un banco de vinilo que había junto a un arbusto de caucho en un inmenso tiesto de bronce.

Su mujer era redondita, rosa y muy excitable. Se llevó la mano a la garganta.

—¿Acerca de qué?

Le contó lo que había sucedido en el juzgado esa mañana.

—Ahora que Natalie sabe que estás casada con un policía se volverá más desconfiada.

Beth parpadeó para deshacerse de unas lágrimas repentinas, movió la cabeza y apretó los puños en señal de frustración y dolor.

—Estoy metida en una batalla perdida, Scobie —dijo.

Ésa era una historia vieja entre ellos, la de los problemas sociales en los barrios más desfavorecidos de Waterloo, Rosebud y Mornington. Conocía a la familia Cobb y a una docena más de familias parecidas. Y había veces en que era demasiado: demasiada miseria, ignorancia e indiferencia, más de la que ella podía soportar.

—Vamos, vamos —dijo Scobie, meciéndola dulcemente, mientras la escuchaba hablar del estado Seaview, donde vivían los Cobb, con sus vistas sobre los cañones de la refinería y su agobiante atmósfera de fracaso.

—Está el pequeño edificio de la comunidad —dijo—, pero

nadie lo utiliza jamás en ese barrio. No me malinterpretes, todos los días está reservado, pero por gente de fuera, como los actores de Gilbert y Sullivan, los scouts y cachorros del club de la playa de Penzance, o el club de yoga. Estoy intentando que los niños locales lo adopten como club, pero necesitaríamos fondos para emplear un asistente social para jóvenes, y, cada vez que me dirijo al condado para pedirles dinero, el director de finanzas y el director de marketing me dicen que no. Su razonamiento de fondo siempre es el coste, yo intento lograr que se compadezcan pero no tienen sentimientos. Oh, son una auténtica cruz.

Eso era lo más cercano a un juramento a lo que podía llegar su mujer.

—El único rayo de esperanza que hay entre los niños de ese barrio es Natalie Cobb.

—Perdona si te lo he fastidiado.

—Oh, Scobe, tú no me has fastidiado nada. —Y se le iluminó la cara—. ¿Qué te trae por aquí?

Le contó lo de Janine McQuarrie y la conexión con la señora Humphreys. Se quedó horrorizada.

—¿Janine McQuarrie?

—¿La conoces?

—Todas las agencias de servicios sociales la conocen —dijo Beth, e hizo una pausa—. No quiero hablar mal de los muertos.

—No te preocupes —dijo él con tono enérgico—. Es importante que recabemos toda la información que nos sea posible. Lo bueno y lo malo. Así luego podremos separar lo relevante de lo irrelevante.

Las manos de Beth estaban frotándose una contra la otra, seca e impacientemente.

—Esto podría ser relevante.

—Pues será mejor que me lo cuentes —dijo él.

La observó mientras sus ojos se perdían en la distancia y ordenaba sus pensamientos.

—Verás, daba la impresión de querer enemistar a la gente de forma deliberada, poner a los unos contra los otros —dijo lentamente—. Era una autócrata, tenía que salirse siempre con la suya.

Para animar a su mujer, Scobie dijo:

—Eso mismo nos han contado esta mañana, la gente que trabajaba con ella.

Beth asintió.

—En un caso que conozco bien, le enviaron a una niña de quince años de una de las barriadas porque tenía problemas en su casa. Le dijo a la niña que se fuera de su casa inmediatamente,

pero no hizo ningún seguimiento, y la niña se unió a una pandilla de rateros para poder comprarse drogas. Al final resultó que los problemas en casa no eran tales: a la niña no le gustaba que su madre la controlara, eso era todo. Si hubiera implementado una mediación en toda regla, con la niña y su familia, habría ahorrado mucho sufrimiento a todos.

Scobie asintió para darle ánimos.

—Su trabajo consistía en escuchar y aconsejar, y en caso necesario enviar a la gente a otros especialistas o colocarla en albergues o lo que fuera, pero a menudo era abiertamente antagónica, actuaba como juez y jurado.

—¿Como, por ejemplo?

—Bueno, digamos que una mujer iba a pedirle consejo porque su matrimonio era desgraciado o conflictivo. Janine entonces se dedicaba a atacar al marido, le desafiaba directamente.

—¡Ah! —dijo Scobie, pensativo.

—En otro caso del que oí hablar, un hombre le consultó porque su mujer le pegaba. Janine pensó que estaba mintiendo para encubrir sus propios actos violentos y lo denunció a la policía. No hacía ninguna comprobación, Scobie, ni llevaba ningún asunto hasta el final.

Él suspiró.

—Bueno, no cabe duda de que alguien la llevó a ella hasta el final...

—¿Quién podría hacer algo así?

Es lo que la gente buena, la gente inocente, dice en ocasiones como éstas. El propio Scobie lo seguía diciendo incluso después de haber pasado muchos años en la profesión. Él sospechaba que Challis y Ellen ya no lo decían: o bien conocían las razones, o bien habían superado la perplejidad hacía tiempo.

Pero Scobie era un hombre paciente. Esperó y su mujer siguió hablando.

—Nadie merece morir así, pero ella era horrible a veces, muy horrible. Era la psicóloga de apoyo del servicio de prisiones, pero rara vez la volvían a llamar. Los servicios infantiles dejaron de mandarle niños. Los insultaba, ya sabes, culpando a la víctima, y también nos insultaba a nosotros.

—¿Podrías darme algunos nombres? ¿Asistentes sociales? ¿Niños?

—Oh, Scobie, no creo que ninguno de los asistentes sociales fuera capaz de pegarle un tiro. Y ¿de dónde sacaría un niño una pistola?

«Te sorprenderías», pensó Scobie.

—De todas formas está claro que tenía enemigos, Beth.

—No eran más que rumores. Incluso yo no debería estar contándote esto —dijo su mujer mientras recogía sus cosas para marcharse.

—¿Y qué me dices de los amantes?

—Oh, Scobie, ¿Cómo iba a saber yo algo así?

—Pregunta por ahí. ¿Lo harás, cariño? ¿Discretamente? Con quién salía. Si había recibido amenazas de alguien, o si a alguien le habían perjudicado sus decisiones... necesitamos sus nombres, aunque sólo sea para tacharlos de la lista.

A Beth se le contrajo la cara de pura angustia, pero, aun así, le dio un veloz beso de despedida.

—Será mejor que vaya a visitar a Cobb —dijo. Y unos instantes después estaba dirigiéndose apresuradamente hacia su coche.

Scobie suspiró y volvió a la recepción. Un minuto más tarde le condujeron a una habitación en ángulo, donde la luz de la tarde luchaba por alcanzar su máxima intensidad. Una cama estrecha y la mujer dentro de ella, observándolo con un buen humor muy socarrón, como si en toda su vida no la hubieran tenido que operar nunca.

—Policía, ¿eh?

Era una mujer muy terrenal, de grandes huesos y más de setenta años. Scobie aborrecía la idea de que esos huesos le estuvieran fallando. Se sentó y adoptó una expresión peleona que se correspondiera con la expresión astuta y expectante de ella.

—Señora Humphreys, ¿tengo entendido que vive en el 283 de Lofty Ridge Road en el norte de Penzance?

—Llámame Joy. Y escúpelo ya, no te andes por las ramas.

El se lo contó.

—Dios mío, ¿y crees que esos payasos iban a por mí?

—¿Lo hacían?

—Sin tacha, hijo, una vida sin tacha —dijo, con los ojos brillantes—. Todos mis enemigos son demasiado viejos y están demasiado cansados para acabar conmigo o los he sobrevivido. ¿Quién es la fallecida?

—Su nombre es Janine McQuarrie.

—Nunca he oído hablar de ella.

—¿No esperaba ninguna visita en la casa hoy?

—No.

Scobie le enseñó la foto de Janine McQuarrie que venía en el folleto del Gabinete de Psicología Bayside.

—¿Había visto antes a esta mujer?

—No.

El suspiró.

—Es posible que estuviera perdida y fuera a su casa por

equivocación.

—La siguieron —dijo la señora Humphreys—, o le tendieron una emboscada. Y si le tendieron una emboscada, ¿por qué en mi casa?

Scobie sonrío.

—Está intentando hacer mi trabajo por mí. —Hizo una pausa —. Los periodistas querrán hablar con usted.

—Que lo hagan —dijo la señora Humphreys.

Se estaba empezando a cansar e hizo una mueca de dolor mientras seguía luchando por lograr devolverle la sonrisa.

—No tengo a nadie en el mundo salvo a mi ahijada.

Scobie se puso rígido.

—¿Su ahijada?

—Estuvo viviendo conmigo hace dos meses, pero ahora está en Londres.

Scobie le quitó el capuchón a su pluma.

—Será mejor que me hable de ella.

Capítulo 17

Mead le dio una vuelta a Tessa por el Centro de Detención, un recorrido que evitaba todo contacto con los reclusos, y la llevó de vuelta por un camino sin vallar, al edificio de la administración.

—¿Quiere tomar un café antes de marcharse? ¿Un té?

—No hemos acabado todavía, señor Mead.

—Llámeme Charlie —dijo él automáticamente—. ¿Qué más necesita?

Un viento gélido soplaba desde el suroeste, procedente de la bahía. La mezcla del viento y la indiferencia de Mead le provocó a Tess escalofríos.

—Se han hecho acusaciones muy graves.

—Siempre hay acusaciones. Siempre las habrá. Pero suéltelas de una vez. ¿A qué acusaciones se refiere?

—Según una enfermera, un guarda, y un director de departamento que trabajó para usted en una ocasión, ANZCOR estafó sistemáticamente al Departamento de Inmigración millones de dólares.

—Pruébelo.

—Por ejemplo, usted y sus empleados crearon situaciones artificiales de disturbios, en las que el equipo y el edificio fueron dañados, con el fin de entregar facturas de reparaciones infladas. ¿Eso es una pregunta o una opinión?

—Si alguno de los directores de departamento protestaba, amenazaban con despedirle, y sus informes se censuraban o se perdían para conveniencia de todos.

—Señora —dijo Mead, inclinándose hacia ella con aire amenazador—, demuéstrelo o cierre el pico.

—¿Querría hacer algún comentario sobre estas acusaciones, señor Mead?

—Llámeme Charlie —dijo Mead girándose para ponerse frente a ella de nuevo—. ¿Eso será todo? Muy bien —dijo mientras abría una puerta lateral—. Alguien la acompañará a la salida.

Mientras Tessa abandonaba el edificio principal, un guarda,

aburrido y ceñudo, iba pasando perezosamente su detector de metales por una puerta de acero, escuchando sus chirridos. Lo hacía una y otra vez. Nadie parecía darse cuenta. De hecho, una especie de indiferencia perversa permeaba la atmósfera del lugar. Tessa se preguntó si el origen de todo no estaba en Charlie Mead: en lo que era y en lo que había sido.

Se quedó de repente paralizada. ¿Por qué seguir investigando en lo que era ahora? El iba a marcharse muy pronto y ella seguía estrellándose contra paredes de ladrillos. ¿Por qué no investigar quién había sido y de dónde venía?

Andy Asche conducía en su coche a Natalie Cobb de vuelta de la ciudad. Estaba maravillado de lo guapa que seguía estando a pesar de haberse tenido que quedar toda la mañana en el juzgado, dándole la mano a su desastre de madre, y de haberse pasado luego toda la tarde mangando cosas en South Yarra. Así se lo dijo.

—Gracias, es usted muy amable señor.

—Formal —prosiguió Andy—, pero sexy.

Dieciocho años, todavía en el colegio, pero podía hacerse pasar por una chica yuppie que estaba comprando cosas para su piso de Southgate —donde vivían todos los yuppies— y eso era lo que les importaba a Andy y a Natalie.

Funcionaba de esta forma: la gente para la que trabajaban tenía casas de empeño en la ciudad y un hangar de artículos para la casa rebajados en la Península, y eso significaba un flujo en dos direcciones de mercancía robada. A Andy le gustaba especialmente la nitidez del montaje: la mercancía de la ciudad acababa en la Península y la mercancía de la Península acababa en la ciudad. La sartén Chasseur que él y Natalie habían mangado en South Yarra iba directamente a la tienda Savoury Seconds en Somerville. No era probable que los policías salieran de la ciudad en busca de sartenes robadas aunque éstas costasen 300 dólares. Mientras tanto, las tiendas de segunda mano de la ciudad vendían material robado de casas de la Península. Una jubilada en la playa de Penzance no va a toparse por casualidad con su VCR en un escaparate con reja de Footscray. A las personas para las que trabajaban Andy y Natalie no les preocupaban mucho ni las inspecciones fiscales ni las investigaciones de la UIC. Tenían «documentos» que demostraban que la nueva sartén Chasseur en Savoury Seconds venía de una tienda en quiebra de Cairns y que el VCR en Footscray fue empeñado por una camarera en Abbotsford.

Hoy, Andy y Natalie habían dado su primer golpe en Perfecto Coffee, de Chapel Street, cuyas estanterías estaban llenas de cafeteras y máquinas de hacer café, filtros, gomas, espumadores de leche y todo lo que uno pueda imaginar: Gialetti, Gaggia y otras marcas importantes —café en grano también— pero les habían encargado máquinas de hacer espresso, cafeteras normales y cafeteras de filtro. Natalie, con su voluminoso abrigo largo de lana, pantalones pitillo, bandolera de cuero y pelo artísticamente despeinado, iba revisando las estanterías mientras Andy charlaba con la dependienta. No parecía que hubiera cámaras de seguridad. Luego, Nat estaba detrás de él, con su mohín enfurruñado —«¿Podemos irnos ya?»— como si ir de compras y Andy le pusieran de un mal humor peligroso, algo inadmisible para una mujer tan guapa. Andy le guiñaba el ojo a la dependienta —ella simpatizaba— y seguía a Natalie fuera de la tienda, con el abrigo de Natalie disimulando los espaciosos bolsillos ocultos, repletos ahora de máquinas de hacer café de gama alta.

Dieron un par de golpes más en otros sitios, comieron en un bistrot, y, a media tarde, estaban casi llegando a casa, a Waterloo, libre de niebla al fin. Andy dejó a Natalie en la puerta del salón de tatuajes, cerca de las vías del tren. Tenía un montón de dinero en el bolsillo: la mayor parte se la entregaría a su madre, pero también quería un tatuaje nuevo, una mariposa, en la parte superior de la cara interna de su muslo derecho. Luego, quería procurarse algo de droga. Andy no estaba en el rollo de las drogas, ni de la priva, ni de nada parecido. Había ahorrado doce de los grandes hasta la fecha, el depósito para un BMW descapotable.

—¿Mañana, vale? ¿Te apuntas?

—Sí —dijo ella.

Condujo hasta el MacDonald’s de la rotonda para tomarse un cuarto de libra de hamburguesa y se puso a leer el periódico local mientras esperaba. Fue directamente a la sección de «La Policía informa» de la página 10. Le encantaba la ironía: ahí estaba él, un caco profesional, leyendo sobre el trabajo de otros cacos, sentado justo en frente de la calle del garito de los maderos. Pero eran crímenes sin imaginación: una cortadora de césped con asiento robada en la playa de Penzance; una mujer que robó blandiendo una jeringuilla en un cajero de Mornington; un bolso robado aquí en Waterloo.

Andy Asche levantó la vista de su periódico. Los policías del turno de doce a cuatro, que habían acabado el trabajo y estaban cruzando la calle para hacerse con sus Big Macs. Y que me jodan,

allí estaba también John Tankard, su entrenador de fútbol, saliendo de un Mazda descapotable con una poli.

John Tankard y Pam Murphy acabaron su jornada de trabajo, seriamente agotados el uno del otro; su encuentro con Lottie Mead era la única distracción que habían tenido durante esa interminable tarde. Se separaron, se dieron una ducha y se cambiaron de ropa, y luego volvieron a encontrarse, por casualidad, en el aparcamiento del personal, Tankard fijándose en la ropa que Pam llevaba: pantalones cortos de lycra, sudadera y zapatillas de deporte. Fantásticas piernas, si se obviaba la carne de gallina por el viento gélido. Fantástico cuerpo.

De repente, los elementos de su personalidad, fracturados después de haber matado a ese granjero, empezaron a entrechocarse en su interior. Había hecho terapia diciéndose a sí mismo que se había convertido en una persona mejor gracias a ese trabajo, pero antes de que pudiera controlarse, sintió un impulso muy carnal en lo más profundo de su ser y estaba tocándole su suave trasero, atrayéndola hacia él. Luego, se echó a llorar desesperadamente.

—Lo siento, lo siento —murmuró.

Ella se apartó furiosa.

—Pero ¿cómo se te ocurre?

—Lo siento. Por favor, no me denuncies.

—Te mereces que haga un informe.

—Lo sé. Perdóname. Siento que todo... todo...

Ella se cruzó de brazos y dijo con una racionalidad perversa:

—Sí, ya sé cómo puedes salirte fácilmente con la tuya: me das un tiento rápido y si protesto le echas la culpa al estrés. —Descruzó los brazos—. Eres patético, John.

—Pam, lo siento. No sé qué es lo que me ha pasado. —Se apretó las mejillas con las manos—. La he fastidiado bien, ¿no?

La mirada que ella le lanzó era de cansancio y de asco pero sin una pizca de enfado o de venganza.

—Volviste al trabajo demasiado pronto —dijo ella.

—Colega, estaba perdiendo la chaveta encerrado en casa.

—Si me vuelves a tocar, te machaco y luego redacto un informe.

—Lo sé, lo sé. Lo siento de veras. —Hizo un esfuerzo y dijo sin mirar a sus muslos, tan suaves en su funda de lycra—: ¿A dónde vas?

—A entrenar.

—¿Para qué?

—Triatlón.
—¿Cuándo?
—Enero.
—Eso es dentro de seis meses.
—Exacto.
El nuevo Tankard se debatió, acordándose finalmente de que ella había sufrido un terrible accidente de coche en su último puesto, y quizá por eso estaba intentando volverse a poner en forma.
—¿Y tú qué haces? —preguntó ella más por educación que por interés real.
Tankard dijo con timidez:
—Soy el entrenador de fútbol de esta temporada.
Pam se quedó boquiabierta:
—¿Estás de broma?
—En absoluto.
—Bien por ti.
«Bien por mí y bien por los chicos.» Era un poli y eso le daba cierta ascendencia de entrada, pero estaba intentando ser algo más que un poli o un entrenador de fútbol. Y por eso había intervenido en la disputa que sostenía el club con el pub Fiddlers Creek. Algunos chicos se ponían ciegos de alcohol después del entrenamiento o del partido de los sábados y cruzaban la calle hasta el pub donde todavía se emborrachaban más y armaban bronca, decían palabrotas y destrozaban el bar o el cuarto de baño de los hombres. La situación se había degradado tanto que el pub dejó de apadrinar al equipo y prohibió que sus jugadores bebieran allí. John Tankard fue a hablar discretamente con la dirección del pub y luego con los jugadores y ahora todo estaba arreglado.
—Bueno, tengo que darme prisa —dijo él—. Hasta luego.
Ella se encogió de hombros y se dirigió a su coche. Él se metió en su vieja furgoneta —elegida a propósito porque tenía cabida para muchos chicos y mucha parafernalia— y condujo hasta la sede del club donde se puso el equipo antes de correr unas cuantas vueltas hasta quedar sin aliento alrededor del óvalo para calentarse.
Enseguida llegaron los chicos, algunos directamente desde el colegio; otros, conducidos por sus padres; y algunos, por sus novias. Y Andy Asche; eso sí que era un cambio. La mitad de las veces no aparecía. Tankard esperó hasta que todos se hubieran puesto el equipo y luego los llamó para que corrieran unas cuentas vueltas alrededor del óvalo.

Nathan Gent se había pasado el día fumando porros y bebiendo latas de Melbourne Bitter, pero su ansiedad no desaparecía. Sí, esa mañana, todo estaba cubierto por una niebla intensa, y no pasaban coches, sólo ese maldito taxi, pero ¿vio algo ese conductor? ¿Aparecería cuando el asesinato saliera en los telediarios y en los periódicos del día siguiente?

A Nathan ya le habían pagado y tenía la intención de estar lo más alejado posible de Vyner, pero había cruzado una raya esa mañana. Cómplice de un asesinato. Además, la niña lo había visto. Esa carita, quizá de seis años, había visto cómo asesinaban a su madre a sangre fría.

Nathan quería desvanecerse: «¡Eh! parad el mundo, quiero bajarme».

Pero había cruzado la raya. Ya no era el mismo hombre: un tío tirando a simple, al que le gustaba beberse unas cuantas cervezas en el pub, ver el fútbol, ver si podía utilizar el dedo que le faltaba para ligarse a una tía en el Krypton Klub de Frankston, y fumarse algo de hierba en ocasiones.

Tres cosas lo atormentaban: el asesinato, la expresión en la cara de la niña y el coche. En especial el coche. «No hay que preocuparse —le había asegurado a Vyner—. Es un coche robado, no nos pueden identificar por ello.» En realidad, robar un coche había sido algo mucho más difícil de lo que Nathan creía, y lo había ido dejando hasta que ya era demasiado tarde, así que había llevado el Commodore de su prima. Salvo que no era realmente de Nora: cuando había conseguido ese trabajo en Nueva Zelanda, le había vendido el coche por 975 dólares, dejando que él se ocupara de los papeles, la ITV, el registro, el seguro y todo ese rollo. Y todavía no se había puesto con ello.

No pasaba nada, lo malo es que cuando había dejado a Vyner esa mañana después del asesinato, Vyner había dado unos golpecitos al Commodore y había dicho: «Quémalo, hijo de puta».

Nathan había arrancado diciendo: «No te preocupes», mientras sus pensamientos corrían velozmente.

Aunque quemara el Commodore, ¿acaso los polis no tenían un método de identificación de los dueños? Aunque le quitara las placas de la matrícula y las quemara, ¿acaso no había algún número en el bloque del motor o algo parecido? Y ¿qué pasaría si aparecía alguien mientras él estaba intentando prenderle fuego? Tendría que deshacerse de él de alguna otra manera. Además, tenía una especie de relación sentimental con el Commodore. Lo había tomado prestado de Nora en un montón de ocasiones y Nora era buena gente y odiaba pensar en el coche de ella —y en

el suyo— convertido en una ruina negruzca en alguna carretera perdida. Obviamente no podía seguir conduciéndolo por ahí —Vyner podría verlo, el muy gilipollas—, así que sacó todo lo que había en el coche, lo limpió y lo condujo hasta un desguace que había en Baxter, sin quitarse los guantes (algo que no le había chocado a nadie porque seguía haciendo un tiempo asqueroso). Lo que hizo fue conducir el coche unos metros más allá del desguace, quitarle el filtro del aceite y tirarlo a un contenedor del arcén, luego volvió a conducirlo hasta allí, y para entonces el motor ya había muerto. Empujó el coche dentro, le quitó las dos placas y salió caminando con sus 120 dólares en el bolsillo, comentando de la puerta amarilla: «Esa es una puerta estupenda, no está oxidada».

Pero la niña, su carita...

Asesinato.

Nathan Gent se fue al pub con sus últimos diez dólares, se bebió dos pintas de cerveza, y puso en marcha la máquina de discos que estaba junto al servicio de caballeros, intentando decidir cuál debía ser su siguiente movimiento.

Capítulo 18

La sala de reuniones, cinco de la tarde.

McQuarrie estaba allí, dejando claro que él iba a dirigir la sesión informativa. Challis estuvo de acuerdo, prometiéndose iniciar otra sesión en cuanto McQuarrie se fuera, para deshacer cualquier perjuicio o interferencia que el hombre pudiera causar, fuera éste intencionado o no. Volvió a meditar sobre los motivos del súper. ¿Estaba protegiendo instintivamente a su hijo? ¿A su nuera? ¿Su propia reputación? ¿O era un tipo de obstrucción más calculada? Challis esperó a que McQuarrie se sentara en la presidencia de la mesa, y luego se dirigió a la pizarra y la levantó morosamente. Ellen le lanzó una sonrisa.

El sol poniente iluminó la mesa rayada y los nudillos nerviosos de McQuarrie.

—Inspector, oigámosle a usted primero.

Challis hizo un resumen de su día. Y luego, como cabía esperar, McQuarrie fue comprobando cada paso de su relato.

—Habló con mi hijo —dijo casi con tono acusatorio.

—No esperaba verlo allí —respondió Challis.

—Tiene compromisos muy importantes que atender —dijo McQuarrie—. Hizo una veloz escapada a la ciudad y luego volvió directamente para quedarse con Georgia.

«No tienes que excusarte por él», pensó Challis.

—Y no pudo sacar nada —dijo McQuarrie—. Es muy respetado y apreciado. No tiene enemigos.

—Señor.

—Y no hay testigos.

—No.

—Esa mujer, Lisa Welch, ¿no vio ni escuchó nada?

—No.

—Pero ¿cree que es posible que ella fuera el objetivo?

Challis dio una rápida e impaciente sacudida de cabeza.

—No, señor, en ningún caso... Es sólo una precaución. Pensé que era mejor advertirla del peligro y, después de hablar con ella,

comprendí que no estaba implicada en este asunto.

—De todas formas me gustaría que escarbara un poco más. Nunca se sabe.

—Señor.

—Bien —dijo McQuarrie enérgicamente—. Ahora, hablemos de mi nuera. ¿Sargento Destry?

Ellen le dedicó a McQuarrie una sonrisa alerta y seria:

—¿Señor?

—Tengo entendido que usted habló con los colegas de la oficina de Janine esta mañana.

—Señor.

—¿Y?

Challis, sin que lo viera McQuarrie, le hizo una veloz mueca de Jack Nicholson en El Resplandor a Ellen; ésta mantuvo la compostura e informó de que tanto los empleados como los otros terapeutas del Gabinete de Psicología Bayside tenían coartada y estaban genuinamente perplejos ante el asesinato de Janine.

—Entretanto, todavía no sabemos con quién estaba citada esta mañana o por qué estaba en Lofty Ridge Road. Una nota garabateada en el calendario de su despacho sólo decía: «Penzance North, 9.30».

—Siga buscando. ¿Ha averiguado si tenía clientes desequilibrados? ¿Clientes raros?

—Todavía seguimos investigando en esa línea, señor. Pero nos lo obstaculiza todo el asunto de la confidencialidad de la clientela.

—¿Hasta qué punto fue exhaustivo su análisis de los colegas? No puede descartar resentimientos ocultos, envidias, ese tipo de cosas.

—No pudimos observar nada en una visita preliminar.

—Siga investigando. Estaba en la cresta de la ola de su carrera, ya sabe. Una chica muy brillante.

—Señor —dijo Ellen queriéndole contar al súper lo que le había dicho a Challis esa tarde en el coche: que ese marido y esa mujer estaban hechos el uno para el otro.

—Agente Sutton, ¿algo que añadir?

Scobie asintió:

—Hablé con la señora Humphreys y...

—¿Quién?

—Es la dueña de la casa donde mataron a Janine.

—¿Y?

—Es mayor, y está ahora mismo en el hospital recuperándose de una operación de cadera.

McQuarrie levantó los brazos en señal de alerta.

—¿Y qué pasa con ella?

—Tiene una ahijada, Christina Traynor, que estuvo de visita tres semanas en abril.

La sala se quedó muy quieta. McQuarrie movió la cabeza.

—¿Sabemos algo de ella?

—Todavía no.

—Póngase a ello.

—Señor.

Challis se apartó de la pared y se sentó a la mesa al lado de Ellen. Sabía que McQuarrie se iba a marchar pronto:

—Señor, hace treinta minutos recibí una llamada de la hermana de Janine, Meg, y dijo algo que podría ser relevante en esta investigación.

McQuarrie parecía estar molesto:

—¿Como qué?

—¿Era usted consciente de que Janine odiaba conducir?

McQuarrie adoptó una expresión de perplejidad.

—No veo la conexión...

—En concreto tenía un miedo patológico a girar a la derecha, a girar en la dirección de donde viene el tráfico, así que cada vez que tenía que conducir a cualquier parte, se marcaba itinerarios que, en su mayoría, tuvieran giros a la izquierda, lo que significa que a veces se alejaba mucho de su ruta para hacer distancias cortas. ¿No lo sabía? ¿No se lo dijo Robert?

—Creo que mencionó algo al respecto —dijo McQuarrie evasivamente, y luego se iluminó — : Pero ¿no lo ven? Todo apunta a lo mismo: Janine era la persona equivocada, en el lugar equivocado, a la hora equivocada.

—Pero no hay nada que indique que la señora Humphreys sea la persona adecuada o que su casa fuera la casa adecuada —dijo Challis.

—Y a Janine la pudieron seguir —intervino Ellen.

McQuarrie dijo:

—Estén abiertos a cualquier posibilidad, eso es todo lo que os pido. ¿Alguna buena noticia sobre el arma?

—No se encontraron cartuchos tirados —explicó Challis—, pero los de balística confirman que se utilizó una automática de 9 mm.

Acababan de entregar el informe. El tipo de detalle habitual: dos balas de 9 mm, los recorridos y grados de quiebro que posiblemente sugerían una Browning.

—Si nuestro tirador era un profesional —prosiguió—, y todo apunta a que lo era, usaría guantes y se desharía de la pistola, los guantes y la ropa de encima tan pronto como pudiera.

—No necesariamente —dijo McQuarrie enérgicamente—. Aquí no nos estamos ocupando de científicos espaciales.

Challis se quedó mirando a su jefe durante un par de segundos.

—Muy cierto, señor.

—¿Han hablado ya con todo el mundo?

«Nunca se llega a todo el mundo», pensó Challis.

—Lo acabaremos haciendo.

—No hay tiempo que perder —dijo McQuarrie, mientras se ponía de pie y se dirigía a la puerta envuelto en un leve aroma de loción para después del afeitado—. Quiero estar informado de todo lo que sea importante en el mismo momento en que suceda. Mientras tanto, creo que la línea de acción más prometedora es investigar a fondo a la mujer de la casa de al lado y a su ahijada.

Cuando se fue McQuarrie, Challis se quedó de pie junto a la ventana para mirar y esperar. Transcurridos un par de minutos, McQuarrie estaba cruzando el aparcamiento a grandes zancadas, dirigiéndose hacia su coche personal, un Mercedes, y echándoles una reprimenda, de paso, a dos agentes que se encaminaban a la furgoneta de su sección. Challis vio cómo uno de ellos le hacía después un corte de mangas a McQuarrie.

Sintiendo que el mundo se había reequilibrado un poco, volvió a la mesa de reuniones y dijo:

—Ese hombre ha sido como un padre para mí.

Luego esperó. ¿Pensarían que su comentario era de mal gusto? Ellos, por el contrario, sonrieron.

—Este trabajo está complicándose delante de nuestras narices, jefe —dijo Scobie.

Challis asintió:

—Y vamos a pisar callos muy sensibles y poderosos, así que tendremos que seguir las reglas al pie de la letra. El súper no se va a bajar del burro en ninguna etapa, va a querer desviar la investigación y va a querer proteger a su familia. En principio, vamos a dejarle hacer eso. Vamos a escucharle, y vamos a seguir las líneas de investigación que sugiera, ya que, probablemente, sean las que ya habíamos pensado; y en general vamos a dejarle que piense que él dirige todo. Por el momento no ha pedido una unidad operativa completa. Si las cosas se vuelven difíciles de manejar, yo ya me ocuparé. Sólo tenéis que procurar que no os haga perder el tiempo. ¿De acuerdo?

Ellen guardó sus notas en una carpeta:

—¿Estamos descartando que Janine McQuarrie fuera la víctima intencionada?

—No —dijo Challis bruscamente—. Piense lo que piense el

súper.

Y vio cómo Ellen miraba su reloj de reojo.

—Vete a casa —dijo—. Yo investigaré a Christina Traynor en la base de datos; Scobie, quiero que sigas comprobando los robos de coches, especialmente los antiguos, de color pálido, pero tus pesquisas tienen que abarcar todo el estado.

—Jefe.

Ellen siguió recogiendo sus notas.

—¿Dijo algo más la hermana de Janine?

Challis a estas alturas de curso era capaz de leer el pensamiento de Ellen. Se la quedó mirando fijamente.

—Tú crees que está intentando desviar nuestra atención de la vida amorosa de Janine —dijo.

Ellen se encogió de hombros.

—Lo que creo es que no nos ha contado toda la historia esta tarde.

Challis asintió, y en ese momento sonó uno de los teléfonos. Era la operadora de la centralita que lo estaba buscando. Tenían a un hombre al teléfono que pretendía poseer información sobre el asesinato de Janine McQuarrie. Challis les pidió que grabaran y localizaran la llamada y cogió el teléfono. Apretó el botón del altavoz y dijo:

—Inspector Challis al habla.

La voz sonaba como la de un ratón en su madriguera.

—¿Es usted el hombre que está al mando de la investigación del asesinato de Janine McQuarrie? ¿El que salió en las noticias?

Challis se inclinó hacia delante, prestando mucha atención a la voz, al ruido de fondo y a todo lo que se filtraba por la línea. Era difícil distinguir la edad. El tono era farragoso, lo que quería decir que había estado bebiendo o estaba drogado, y era, asimismo, desconfiado y precavido. ¿Por la situación o porque se las había tenido que ver con la policía con anterioridad? No había tráfico exterior de fondo ni ningún otro sonido.

Challis dijo con mucha prudencia:

—¿Tiene algo que contarle a la policía?

Era importante mantener completamente el temple, sin intimidar, presionar o mandar. Era también necesario establecer si el que llamaba era un bromista o un pobre hombre intentando conseguir un poco de protagonismo.

El hombre dijo a toda prisa:

—¿Qué es lo que pasa si acaba sucediendo algo que uno no pensaba que fuera a suceder?

Challis dijo con suavidad:

—Nuestro cometido no es culpar a gente por cosas que no ha

hecho.

—Nunca pensé que él se atrevería a tanto.

—¿Es amigo de esa persona? ¿Le tiene miedo? Podemos ofrecerle protección.

Se hizo un silencio mientras los segundos iban pasando hasta que su interlocutor dijo, como si se sintiera traicionado:

—Me apuesto lo que quiera a que están intentando localizar esto. —Y colgó el teléfono.

—¿Y bien? —dijo Challis mirándolos a todos.

—No ha durado lo suficiente como para localizarla —dijo Scobie.

—¿Qué impresión os ha dado él?

—Es auténtico, jefe.

—¿Ellen?

—Auténtico.

Challis dijo:

—Muy bien. Tenemos que sacarlo en el telediario de la noche y en los periódicos de mañana. Los periodistas ya están revoloteando alrededor del caso, así que no tendremos que convencerlos de nada. Lo de siempre: La policía está ansiosa por hablar de nuevo con el que hizo la llamada anónima para informar sobre el asesinato de Janine McQuarrie. Quién sabe si esto no va a arrastrar consigo otras cosas.

Capítulo 19

En la experiencia de Challis, muy pocos criminales volvían a la escena del crimen, a menos que fueran estúpidos o fueran a retirar pruebas incriminatorias o estuvieran buscando activamente que los apresaran y los castigaran. Por el contrario, los oficiales de policía lo hacían a menudo. Así que, de regreso a casa ese martes por la noche, Challis se paró en el 283 de Lofty Ridge Road y se quedó allí un rato bajo la luz macilenta.

El cielo encapotado y con niebla baja goteaba y lo envolvía. El cordón de la escena del crimen rasgueaba el viento, y los ruidos de los motores y de las ruedas de la calle de arriba tenían una cualidad distorsionada y fantasmagórica. Su propio Triumph ronroneaba mientras se enfriaba el motor. Había tardado siglos en arrancarlo, atrayendo miradas socarronas en el aparcamiento de Waterloo, pero ya había pedido hora para el día siguiente en el taller, para que lo revisaran y le cambiaran algunas piezas.

Apartó ese pensamiento y empezó a meterse en la cabeza y en el cuerpo de las víctimas y de los asesinos de esa mañana. Ésa era una tendencia natural: Challis lo hacía automáticamente en todas las escenas del crimen. De esa manera, era capaz de entender el impulso y las circunstancias. Apenas le sorprendía nada ya, lo que no quería decir necesariamente que lo aprobara o lo perdonara.

Pero esta vez su piel se erizaba. Todos sus sentidos se hacían eco de otro tiroteo, en otro lugar, con otros culpables y otras víctimas. Él era mucho más joven entonces, un sargento detective destinado en un pueblo grande, en los interminables campos de trigo del oeste del estado. Estaba casado, y pensaba que el suyo era un matrimonio feliz, lo que no sabía es que su mujer era profundamente desgraciada. Ella empezó a acostarse con uno de sus colegas, un agente de primera casado. Su aventura creció en un entorno de invernadero, y se convirtió en una obsesión. En sus mentes, la única salida posible era asesinar a Challis; así que lo atrajeron hasta un lugar solitario y lo acorralaron bajo un cielo

nocturno sin luna. Pero el instinto de Challis había empezado a decirle que algo iba mal, y se dio media vuelta para coger su 38 de servicio, un gesto que le salvó la vida. La bala le dio en la manga, agujereó su chaqueta, y fue a alojarse en la carne de su antebrazo. Alertado, dio un giro completo, disparó en el hombro al amante de su mujer y lo desarmó. Ahora, éste estaba cumpliendo una condena de doce años; a Ángela Challis le cayeron otros diez años, pero la cárcel rompió su equilibrio, y se acabó suicidando en la enfermería de la prisión el año anterior.

Challis sabía que, de haber conocido a Janine McQuarrie, no le hubiera gustado. Aun así... ¿Le habían tendido también una trampa a ella? ¿Quería su marido quitársela de encima? Ellen y Scobie tenían pruebas de que ella era una mala terapeuta y una persona muy difícil en el trabajo; quizá su dudoso criterio, su altivez y su secretismo eran síntomas de una profunda infelicidad, fruto de su matrimonio con Robert McQuarrie y del escrutinio de su horrible familia.

Se quedó ahí plantado, sabiendo que algo se le estaba escapando y esperando que el lugar le dijera lo que era. Vio, con los ojos de su mente, al conductor y al pistolero. ¿Por qué había necesitado el pistolero un conductor? ¿Habían trabajado juntos antes? Desde el punto de vista de Georgia McQuarrie, los dos hombres no se habían comportado con el mismo grado de profesionalidad en el trabajo. Podía verla llamar al 000 e hizo una nota mental de comprobar los registros del teléfono del coche de Janine. Y hablando de teléfonos, ¿cómo había recibido el asesino sus instrucciones?, partiendo de la base de que había sido contratado y no le iba nada personal en el resultado.

Esto llevó a Challis gradualmente hasta el hombre que había realizado la llamada anónima. ¿Era él el conductor? ¿Un conocido que había aportado la pistola o el coche? ¿Alguien que había contratado a otros para asustar a Janine y al que luego se le torcieron las cosas?

Empezaron a dolerle los huesos, la humedad fría estaba calándole hasta lo más profundo de sí mismo. Se puso a patear el suelo con los pies, luego se alejó de allí, cruzando el aparcamiento hasta un camino de barro que salía de un lateral de la casa. Miró hacia arriba y vio manchas pardas de moho porque el sol nunca llegaba hasta allí, e imaginó la vida solitaria, pobre y desabrida de Joy Humphreys.

Dio la vuelta a la casa, preguntándose si el amor o el deseo y sus pervertidas variaciones habían jugado algún papel en el asesinato de Janine McQuarrie.

¿Había sido ella un obstáculo para el amor o el deseo o los

había inspirado? Challis pensó en las mujeres con matrimonios sin amor: muchas aguantaban, otras se iban, y un puñado de ellas buscaban soluciones drásticas.

Al igual que los maridos.

Intentó entonces pensar en el marido de Janine McQuarrie, pero apareció el de Ellen Destry en el centro de su mente. El hombre era paranoico, obsesivo y autoritario. Estaba tan contenido y albergaba tantos resentimientos que un día explotaría y quizá le haría daño.

Le sorprendió, como un puñetazo en ese instante, una imagen involuntaria de Ellen al volante del Falcon de la UIC, con su bonita mandíbula erguida con determinación y el deseo que sintió de tocarla. Examinó ese deseo metódicamente como era habitual en él. Era más que amistad y menos que romanticismo. Era deseo, pura y simplemente, y probablemente no funcionaría.

Rodeó la última esquina y volvió al círculo del aparcamiento, donde Janine había intentado esquivar a su asesino. Imaginar eso era suficiente para conseguir erizar el cabello y acelerar el pulso de una persona normal, pero los hombres McQuarrie, hijo y padre, habían reaccionado con una extraña frialdad. Challis no pensaba que fueran insensibles, pero si no estaban implicados en el asesinato, ¿qué ocultaban?

La luz se había desvanecido en esa pequeña hondonada convirtiéndose en un batiburrillo de sombras. Volvió a su coche. Y estaba todavía sentado ahí, congelado y deprimido, cinco fútiles minutos después. Además, como casi se había quedado sin batería, no pudo ni siquiera escuchar las noticias.

Vyner, en cambio, se había pasado el día escuchando las noticias. Le gustaba ser la noticia principal; con el plus añadido de enterarse de que se había fundido a la nuera de un policía de alta graduación. «No hay pistas —decían los últimos partes—, no hay pistas.»

Se había apresurado a volver a su piso de la ciudad después del asesinato, feliz por haberse librado de las carreteras de barro, de las vacas y de Nathan Gent; y ahora, reconfortado al saber que los polis se movían en círculos, estaba trabajando en su otro empleo.

—Sammy era un héroe —dijo sentado en el borde del sofá de un salón de Templestowe; hizo una pausa—. ¿No le importa que lo llame así? Todos lo conocíamos como Sammy.

La señora Plowman, la madre de Sammy, le dedicó una sonrisa húmeda.

—Todo el mundo lo llamaba Sammy y yo era la única persona que siempre lo llamó Sam, o Samuel cuando estaba enfadada con

él por algo.

Las lágrimas empezaron a aflorar de nuevo, sólo de pensar que había podido estar enfadada con su hijo, cuya vida había sido bruscamente truncada en un yacimiento de petróleo en el desierto iraquí.

Vyner se inclinó hacia ella, cogió con ternura sus manos inertes y les instiló vida y esperanza.

—Sammy siempre miraba el lado positivo de la vida. De alguna manera, él era el que mantenía a la sección unida. Si alguno de los chicos más jóvenes parecía desmadejarse, ahí estaba Sammy para ayudarlo. El ejército ha perdido a un héroe, señora Plowman.

La señora Plowman se secó los ojos.

—A veces me intento imaginar su rostro y no puedo. Eso me asusta. Pero gracias a ti vuelve a estar vivo para mí.

Vyner se quedó muy quieto. No quería ir demasiado lejos. Quería que ella rememorara todo, pero no hasta el punto de que se olvidara de él, y de lo que él necesitaba.

La casa era una pesadilla arquitectónica, situada junto a otras pesadillas arquitectónicas. Pesadillas arquitectónicas que valían tres cuartos de millón de dólares, ojo, y, sin duda, repletas de mujeres vulgares, nuevas ricas y desocupadas. Sin embargo, la señora Plowman era del tipo hogareño, y estaba en duelo por la muerte de su único hijo, el soldado de primera Samuel Plowman. El duelo del marido consistía en trabajar más y más horas en un edificio de oficinas, o asistir a conferencias interestatales, dejando a la señora Plowman a solas con sus recuerdos, que Vyner había ido sonsacando con unas cuantas lágrimas propias, haciendo manitas en el sofá de 4.000 dólares frente a la puerta de la terraza, y rastreando en Internet y en varias reseñas de periódicos el mes anterior.

—Era increíblemente valiente, señora Plowman, no era temerario, mantenía siempre la cabeza fría. Me sacó una vez de un buen apuro. Yo estaba acorralado por un francotirador y Sammy se arrastró por un campo abierto y me sacó de allí. Yo había perdido el control, estaba paralizado. Su hijo me salvó la vida.

Ella lo miró, hambrienta de imágenes sonoras.

—No mencionaron eso en su informe.

Vyner agitó la mano para quitarle importancia.

—Típico de Sammy. Desde su punto de vista, él sólo estaba cumpliendo con su deber. Eso era todo. Yo quise dar su nombre para una mención, quizá incluso una medalla, pero él no quiso saber nada: «Compañero, no me lo pensé dos veces —me dijo—,

tú y los otros chicos sois mi familia cuando estoy fuera de casa».

La mano de la señora Plowman estaba caliente, húmeda, y triste, en la palma de Vyner.

—Lo que más me duele es que, la última vez que estuvo en casa de permiso, tuvo unas palabras con su padre. Acabaron por dejarse de hablar y ahora a mi marido se le está rompiendo el corazón silenciosamente a causa de eso.

«Cuidado», se dijo Vyner a sí mismo. Lo último que quería es que esa gorda estúpida metiera a su marido en esto. Era mucho más difícil vender historias reconfortantes a maridos y padres que a mujeres y madres. Acarició su muñeca gordezuela.

—Sammy tenía a su padre en un pedestal; a ustedes dos en realidad. Hablaba de ustedes todo el rato. Les tenía mucha admiración. Jamás le oí decir nada negativo acerca de ninguno.

Una alegría húmeda invadió el rostro de la señora Plowman.

—Me has hecho muy feliz estos últimos días.

—Me alegro.

—Todavía no me puedo creer lo del ejército —dijo—. Es una vergüenza.

—No pueden permitirse ninguna publicidad negativa —dijo Vyner—. Está claro que Sammy murió como un héroe, pero no querían darle demasiada relevancia. El setenta por ciento de la población opina que Australia no debía haber mandado nunca tropas a Iraq.

Tal y como venía reseñado en el Herald Sun del día anterior. Pero la señora Plowman dijo con severidad:

—No me refería a eso. Lo que es una vergüenza es la forma en que el ejército te ha tratado a ti, Richard.

Durante una milésima de segundo en ese momento, Trevor Vyner se preguntó quién era Richard. Se inclinó para coger una galleta, no una porquería genérica de supermercado, sino biscotti italianos, además del té Earl Grey, aunque lo odiara, pero iba acorde con el estilo de vida de esa opulenta esquina del extrarradio del noroeste.

—Así son las cosas —dijo él.

Lo habían licenciado del ejército deshonrosamente por pegar a un oficial, o al menos eso pensaba la señora Plowman. Pero no quedaba ahí la cosa, resulta que el oficial era un matón y estaba atizando a Sammy, que a su vez había salido a defender a uno de los soldados más jóvenes, a quien el oficial había estado incordiando. Sammy, el héroe altruista; Sammy un hermano mayor protector para el nuevo recluta; Sammy vivo, allí en ese salón de Templestowe.

—No todo el mundo es capaz de soportar esa presión —dijo

Vyner—. El calor era indescriptible, tormentas de arena, y fanáticos árabes tiroteándote al azar todo el tiempo, no me extraña que algunos chicos perdieran la cabeza. Pero Sammy siempre estaba ahí para apoyarnos. Hasta que un día ese absoluto —aquí estuvo a punto de decir soplapollas y luego acabó por decirlo— soplapollas de teniente le arranca barras del uniforme por consolar a un chico que se había refugiado en un hoyo para llorar. Fue totalmente injusto, así que le pegué un puñetazo.

La señora Plowman zarandeó la cabeza:

—¿Y te expulsaron? Es una vergüenza, de verdad.

Vyner suspiró.

—Yo me siento bien conmigo mismo porque sé que hice lo correcto, aunque fuera un acto violento, pero ahora mi nombre tiene una marca negra al lado y algo así siempre te persigue a todas partes, hace más difícil poder conseguir un trabajo, obtener referencias...

La señora Plowman dijo con firmeza:

—No te muevas. —Y abandonó la habitación. Vyner se permitió a sí mismo una pequeña sonrisa y luego se concentró para intentar escuchar el telediario de las siete, en el aparato de televisión de la vieja bruja, que estaba murmurando en sordina en un pequeño hueco, al otro lado de la arcada de la habitación diáfana. Pescó al vuelo la frase «llamada anónima» y «la policía está ansiosa por hablar con...» y se le heló la sangre. Al mismo tiempo su móvil empezó a sonar. Tenía un mensaje de texto, pero antes de que pudiera leerlo, la señora Plowman estaba de vuelta con su bolso, ruborizada, y dispuesta a hacer lo correcto por un amigo de su hijo que había sido arrojado a la basura por un sistema implacable. Y la cantidad ascendía a —Vyner intentó contar los billetes encerrados en su pequeño puño— cerca de 500 dólares.

Bueno, después de todo, un chico tiene que buscarse la vida. Todavía le debían 10.000 dólares por el golpe de esa mañana, pero no era como si le pagaran por fundirse a alguien todas las semanas —o incluso cada año— así que, entretanto, había que pillar lo que se podía. Cinco minutos más tarde, estaba en su coche leyendo su SMS. Decía simplemente: «eliminR soplón».

Tenía que haber sido Gent, el muy jodido.

Vyner abrió la guantera para coger su cuaderno. Y le cayó encima un guante de látex, seguido de una caja de cerillas, una bombilla de faro de frenos extra, y finalmente su bolígrafo Bic mordido.

«Soy el diente mellado de un peñasco solitario», escribió.

Pensó un poco más.

«Soy el hacedor del juicio final.»

Era un fastidio tener que volver a la Península.

Era un fastidio que no le fueran a pagar por ese golpe.

Challis recibió dos llamadas mientras esperaba a la grúa que iba a llevarse a su coche de Lofty Ridge Road y a un taxi que le devolviera a casa.

Tessa Kane fue la primera:

—¿Te parece bien que tenga que escucharlo en el telediario de las siete, Hal?

—Si te digo la verdad, se me ha pasado por completo —dijo sinceramente.

Estaba encantado de escuchar una voz amiga en la oscuridad, pero la conversación se torció de forma sutil y extraña.

—¿Qué es lo que te dijo esa persona exactamente? —preguntó Tessa.

—Muy poco.

—¿Hombre o mujer?

—¿Es esto confidencial?

—En los últimos meses no me has considerado lo suficiente como para decirme algo no confidencial. Y tengo la impresión de que soy yo la que te llama siempre. Tú nunca lo haces.

Challis sintió una comezón de futilidad e ira. Una parte de él quería aplacarla, una parte de él quería ayudarla, y una parte más pequeña de él quería verla de nuevo. Intentó ponerse cómodo en el pequeño espacio de su Triumph:

—Me dijo literalmente: «Nunca pensé que fuera a llegar tan lejos».

Tessa digirió eso.

—¿Y qué más?

—Nada.

Esperó. Pero Tessa era capaz de esperar mucho más y siempre le ganaba.

—Me preguntó si yo estaba al mando del caso. Dije que sí. Luego flipó y cortó la llamada.

Tessa no dijo nada.

—Se empezó a poner nervioso y me preguntó si estaba localizando la llamada. Claro que lo estaba haciendo y también la estaba grabando. Pero al final no pudimos localizarla.

—¿No lo habéis identificado?

—Llamé al número y al final alguien respondió. Era una cabina de un supermercado.

—¿Cuál?

—Escucha, Tess. No puedo decirte nada más.

Escuchó, y en su imaginación vio cómo se alteraba, pero al final la explosión no fue tal.

—De acuerdo —dijo, y cortó la llamada.

Challis suspiró y enseguida volvió a sonar el teléfono.

—Challis —dijo la voz—. McQuarrie al aparato.

—Sí, señor.

El superintendente estaba tenso.

—¿Por qué no me informaron?

—¿Señor?

—El soplón anónimo.

—Señor, yo...

—He tenido que enterarme por el telediario de la noche.

—No fue exactamente un soplo. Llamó un hombre. Parecía alterado, como si un asesinato no formara parte del plan de esta mañana, pero colgó antes de que pudiera interrogarlo.

—¿Y no se te ocurrió pensar que al divulgarlo en todos los telediarios podrías asustar al asesino y que además él podría empezar a matar a sus cómplices para cerrarles la boca?

Challis dijo en tono monocorde:

—Es un riesgo calculado.

—Pues que recaiga sobre tu cabeza, inspector, que recaiga sobre tu cabeza. ¿Hay algo más?

—No por el momento.

—Bueno, pues sigue excavando.

—Señor —dijo Challis, pero la comunicación ya se había cortado.

A continuación, él hizo su propia llamada.

Capítulo 20

Ellen cocinó una lasaña para cenar sabiendo que eso iba a complacer a su marido. Ella reconocía el impulso, que era muy familiar entre los trabajadores sociales, los terapeutas y la policía, por su experiencia en innumerables casos de violencia doméstica, por el que las mujeres —y a veces los hombres— intentaban fútilmente complacer a sus cónyuges, ponían parches a las disputas, tapaban los agujeros, mantenían la concordia, hasta que todo estallaba de nuevo.

Y se odiaba a sí misma por hacerlo.

Pero ¿podían arrojarse por la ventana veinte años de matrimonio sin intentarlo? Conocía la presión a la que Alan estaba sometido. El hombre con el que se había casado —grandullón, bocazas, competente y alegre— había ido siendo aplastado gradualmente por las decepciones. Y se sentía postergado por sus colegas y por su mujer al no haber encontrado la estrategia para adaptarse o estar por encima de la situación.

Él era hijo único y eso era parte del problema. Porque sus padres lo habían mimado y él nunca había decepcionado sus modestas expectativas ni experimentado fracasos importantes o desafíos cuando era muy joven, pasando sin complicaciones por el colegio y luego por la academia de policía. La vida para él era fácil, predecible y no excesivamente seria.

Pero luego habían surgido las responsabilidades rutinarias, mundanas y exigentes de un trabajo a tiempo completo, un matrimonio, un bebé y una hipoteca. El mundo ya no era pequeño como antes, sino grande y lleno de hombres y mujeres ambiciosos con talento y muy trabajadores. No estaba preparado para ello y su talento era más bien moderado. Sin embargo, no se dio a la bebida o a las drogas ni se volvió promiscuo para sentirse mejor, sino que, a cambio, desarrolló una desconfianza aguda y un resentimiento que apenas podía ocultar. Echaba humo y su expresión estaba siempre ensombrecida. Odiaba al mundo y —

Ellen sospechaba— se odiaba a sí mismo.

Había una foto amarillenta de él en la nevera y ella se quedó contemplándola mientras cocinaba. Se la habían hecho cuando tenía veintidós años. Era un hombre muy apuesto con una amplia sonrisa el día de su graduación de la academia de policía. Le dolía pensar que un hombre tan alegre e invencible podía ser reducido a la amargura y a la futilidad.

De manera que le estaba cocinando una lasaña para hacer que se sintiera mejor, para expiar su conducta de la mañana, para que el mundo volviera a ser un lugar apacible.

Y se odiaba a sí misma por hacerlo. Hacía tiempo, ella cocinaba lasaña por amor y ahora la cocinaba porque el amor se había esfumado. ¿Podía alguna vez una lasaña devolver el amor? Pensó entonces en Janine McQuarrie y se preguntó sobre las estrategias que habría utilizado para soportar un matrimonio sin amor. Ellen y Alan cenaban pronto, una costumbre que habían instaurado años atrás cuando vivía una niña en la casa.

—¿Te gusta?

—Está deliciosa —dijo mientras la devoraba. Ella entonces pensó que él cada vez comía más y hacía menos ejercicio. «Quizá esté deprimido», pensó, pero no tenía ni idea de cómo iba a poder abordar ese tema con él.

Mientras tanto, la comida que se estaba zampando lo reconfortaba, así que ella empezó a hablarle de su día: de las circunstancias del asesinato, del poco atractivo de los principales implicados, de la llamada anónima.

—Hal piensa... —dijo ella.

La cortó en seco:

—Hal piensa, Hal piensa. Siempre estás hablando de lo que piensa tu amante.

La cabeza de Alan estaba llena de amargas fantasías y creía a medias que ella se sentía atraída o que incluso se había acostado con Challis. Harta de repente, Ellen soltó:

—Sigue así, Alan, y conseguirás lo que estás pidiendo a gritos...

Se puso rojo como un tomate, frunció el ceño y desvío la mirada con impotencia; luego giró la cabeza hacia ella otra vez.

—¿Quieres saber cómo ha sido mi día?

—¿Por qué no me lo cuentas? —dijo ella con una voz sin inflexión.

—Mientras tú y tu amante os estabais pavoneando por la Península y codeándoos con los ricos y los poderosos, yo he estado midiendo marcas de patinazos y recogiendo trozos de cristal y de pintura donde los accidentes; chapoteando en la sangre y en el aceite de los motores y ensuciándome las manos.

Bienvenida al mundo real, Ellen.

Ésta era otra de sus viejas cantinelas: la vida como competición. No cayó en la trampa y se limitó a llenar el lavaplatos y a instalarse en el sofá de delante de la tele, sintiéndose pequeña y sola. Alan se sentó con ella. Ellen se levantó de un salto, volvió a la cocina y llamó a Larrayne que estaba distraída y muy poco comunicativa. La conversación decayó y entonces apareció Alan dando golpecitos en la esfera de su reloj para decirle que aquello se estaba convirtiendo en una llamada muy cara.

—Tengo que dejarte, cielo —dijo ella—. ¿Quieres hablar con papá?

Era una pequeña victoria y no pudo por menos que saborearla. Alan le cogió el teléfono y habló durante unos pocos y tensos minutos, contando, mientras lo hacía, el montante de los dólares y los céntimos. Finalmente, colgó y dijo con ferocidad:

—¿Por qué las mujeres dicen en treinta minutos lo que se puede decir en cinco?

—Es nuestra hija, por el amor de Dios —protestó Ellen.

Se quedó con él remoloneando unos instantes y luego volvió al salón donde en el programa El informe de las 7:30 estaban discutiendo sobre las definiciones legales de las alegaciones de provocación en casos de violencia doméstica y homicidio.

—Pobre capullo —dijo Alan con sentimiento respecto de uno de los invitados al programa, un futbolista de la liga que era un notorio maltratador de mujeres.

—¡Qué sabrás tú! —masculló Ellen, consciente de que sonaba como una niña de quince años.

Alan se encogió de hombros, mientras en su cara se reflejaban emociones extrañas y contrapuestas, como si quisiera pegarle y sintiera que estaba en su derecho, aunque le asustara pensar que no sería capaz de controlarse; y como si tuviera acceso a un conocimiento secreto que implicara posibles líneas de actuación. Harta y desconfiando de sí misma, Ellen se dirigió a la despensa, sacó un tarro de galletas de chocolate y empezó a comérselas de pie junto al fregadero mientras miraba por la ventana la noche que hacía fuera.

—¿No me das una? —dijo el marido.

Le acercó el bote sin mediar palabra.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

A Ellen la salvó el teléfono de pared de encima del banco.

—Hal —dijo mirando fijamente a su marido.

Challis le explicó en su suave y agradable tono ronco que su coche se había roto y que si podía acercarlo al trabajo por la

mañana.

—¿Acercarte al trabajo? Por supuesto que sí, Hal, te recojo a las ocho, — dijo ella, con voz animada por mor de su marido y de ella misma.

Capítulo 21

Las seis y media de la mañana siguiente, Challis paseaba por los caminos de barro cercanos a su casa intentando engrasar sus rígidas articulaciones. Pasó por delante de un jardín, una granja de bayas y unos viñedos de recreo, propiedad de un agente de bolsa de Melbourne. Challis era el raro del lugar. Tenía un sueldo y no hacía nada con sus dos hectáreas más que contemplar cómo crecía la hierba y convertir en mermelada todos los veranos la fruta que daba su viejo ciruelo.

Otra niebla esa mañana, y, aparentemente, nada ni nadie alrededor, sólo los sonidos de las sirenas, que llegaban lúgubremente desde la bahía, para recordarle que no estaba solo en este mundo. Aceleró el paso, y su cuerpo lo seguía sin problemas, hasta que llegó a una curva del camino y se encontró cara a cara con un canguro que estaba tan sorprendido de verlo como él mismo. Se quedaron mirándose durante unos tensos instantes; era un espécimen muy grande, al menos medía dos metros y pertenecía probablemente al pequeño grupo del que se rumoreaba que vivía en tierras sin desbrozar cerca de la vieja reserva. Luego, el animal se dio la vuelta enérgicamente, saltó una valla y fue engullido por la niebla.

Challis prosiguió —con el corazón martilleándole el pecho— hasta lo alto de la colina pasando por delante de la granja donde, como siempre, lo persiguieron cuatro perros indignados. La niebla no cedía. Retrocedió y volvió a bajar otra vez por la colina, mientras las sirenas seguían llamando y la condensación de la humedad salpicaba de gruesas gotas las hojas caídas alrededor. Pensó en la niña, Georgia, huyendo de los asesinos, escondiéndose, y luego emergiendo de nuevo para pedir ayuda con el teléfono móvil de su madre muerta, marcando el 000 con la lengua fuera. Había escuchado la cinta el día anterior: una voz muy precisa, muy clara a la hora de decir su nombre, el nombre de la calle, Lofty Ridge Road, y el número, mientras le aseguraba a la operadora que era cierto, que a su madre la habían matado.

Empezó a hacerse preguntas sobre el arma. ¿Pertenecerían los asesinos a esa localidad? ¿Habría comprado el asesino el arma por allí cerca?

¿Y quién habría hecho la llamada anónima? ¿Alguien relacionado con Christina Traynor? ¿Con Janine?

Al final, alguien tendría que entrevistarse con la señora súper en algún momento de ese mismo día.

Se paró en su buzón de correo, sacó el Age y un litro de leche y caminó por la entrada de coches, esquivando el césped húmedo. Cuando llegó a la puerta trasera se quitó las botas y se adentró en la casa para ducharse, vestirse y hacerse un café con tostadas.

Desayunó en el ángulo de la mesa de cocina donde daba el sol, hojeando el Age, que había sacado la noticia del asesinato de Janine McQuarrie en la portada con un par de artículos adicionales, uno sobre él y otro sobre el soplón anónimo. Acabó de leerlo y cuando estaba secando la taza y el plato escuchó el ruido de un vehículo y miró por la ventana de su cocina que daba a la pequeña rotonda de gravilla donde aparcaban los coches de las visitas. Ellen Destry. Llegaba con antelación.

Llamó a la puerta de atrás y él se apartó para dejarla entrar.

—Tienes pitosporos en la verja de la entrada —anunció—, y moras.

—¿De verdad?

—Necesitas a Pam Murphy. Pertenece a un grupo llamado las Ratas de la Selva que va por ahí limpiando de hierbas los terrenos públicos.

Ellen estaba de buen humor, pero arrastraba con ella el viento gélido, dejando huellas frías y húmedas a su paso.

—¿Quieres un café?

—Gracias. Me encanta el café. Perdona si he llegado un poco pronto.

—Has llegado más temprano porque tenías la esperanza de que te ofreciera café.

—No tengo nada que objetar a tu capacidad de deducción.

Se dirigió por delante de él hacia la cocina, desabotonándose la chaqueta; ese pequeño gesto unido a su relajada familiaridad con él en su casa desconcertó a Challis. Una vez más, sintió el deseo de tocarla. ¿Qué le estaba pasando?

En la cocina la cosa no fue más fácil. Ella colgó su chaqueta en el respaldo de la silla que él solía utilizar, y se sentó, relajada y segura de sí misma, preguntando con una especie de brillo en la mirada:

—¿Puedes hacerlo con espuma?

—Desde luego.

Challis se puso manos a la obra, limpiando la cafetera y llenándola de agua y de café nuevo.

—¿Quieres comer algo?

Por el rabillo del ojo vio cómo tocaba su vientre liso; tenía un aspecto muy pulcro y muy fresco: pantalones entallados, top de manga larga y el pelo a capas, rubias y ordenadas, flotándole sobre los hombros.

—Más vale que no.

—Tengo cruasanes en el congelador.

—Oh, Dios mío.

Él soltó una carcajada, metió un cruasán congelado en el microondas y se lo sirvió en un plato junto con un tarro de mermelada de ciruelas casera. Ella alargó la mano con aire desafiante.

—No te cortes —dijo él—. Ponte a gusto de azúcar.

—Creo que voy a hacerlo.

Ella partió el cruasán en trozos, untó la mermelada y empezó a comer, persiguiendo las migas con la lengua. Luego se quedó paralizada. Un coche avanzaba por el camino. Miró por la ventana, muy nerviosa.

—¿Esperas a alguien?

En ese momento, él adivinó lo que ella estaba pensando: tenía miedo de que su marido la hubiera seguido. Y daba igual que su presencia en aquella casa estuviera más que justificada. Alan Destry era un hombre muy receloso y no le extrañaría que actuara en consecuencia. Challis le tocó la muñeca brevemente, se levantó y se acercó a la ventana. No conocía el coche.

Mientras tanto, quienquiera que fuera estaba golpeando la puerta.

—Probablemente son los predicadores de la Biblia —murmuró. Y mientras abandonaba la habitación, vio cómo ella se ponía de pie y se dirigía a la ventana.

Cuando abrió la puerta se encontró con dos hombres que parecían intercambiables, con sus aburridos trajes grises y pelo rapado casi al cero, aunque uno era delgado y el otro, fornido. Y los dos tenían el aspecto de llevar levantados muchas horas. Le enseñaron la placa de policía federal y uno de ellos dijo:

—¿Christina Traynor? —Mientras el otro lo miraba.

«¿Federales? —pensó Challis—. ¿Me he metido de por medio en una disputa jurisdiccional?» Sentía cada vez con mayor intensidad que estaba viviendo todos los tópicos de las series policíacas de la tele.

—Podíamos haber hecho esto en la oficina —dijo con amabilidad.

—No, no podíamos —explicó el hombre delgado.

Challis se encogió de hombros y preguntó:

—¿Por qué les interesa Christina Traynor?

—Pregunta equivocada —dijo el hombre delgado—. ¿Por qué le interesa a usted?

—Mejor lo hablamos dentro —dijo Challis, y los condujo hasta la cocina. Ellen se levantó de un salto y les lanzó una mirada de desconfianza.

Los hombres se pararon y miraron con aire inquisitivo a Challis, que pensó que lo mejor era aclararlo todo:

—Ésta es la sargento Ellen Destry, de Waterloo. Mi coche se ha roto y ella ha venido a recogerme para llevarme al trabajo. De hecho, deberíamos estar saliendo ya.

—Ni lo piensen —dijo el hombre delgado.

Challis les dedicó una sonrisa vacía.

—En ese caso, ¿puedo ofrecerles café? Café de verdad, no de sobre.

—No pensamos que estuviese acompañado.

—¿Se trata de Christina Traynor? —dijo Challis con énfasis—. Entonces la sargento Destry se queda. Ella forma parte de la investigación y sabe tanto como yo. ¿Café, entonces?

Ellos se encogieron de hombros y esperaron sin mediar palabra mientras él hacía el café.

—Siéntense —dijo, manteniendo una actitud desenfadada.

El hombre fornido se sentó; el hombre delgado no lo hizo y procedió de inmediato a enzarzarse en el concurso de ver quién fastidiaba más a quién. Cruzó la habitación y señaló una fotografía que Challis había pinchado en la pizarra de corcho de su cocina.

—Dragón Rapide —dijo—. Ha estado restaurando uno igual que éste en el hangar de la pista de aterrizaje local durante los últimos cinco años.

«Así que has hecho los deberes —pensó Challis—. Has leído mi ficha y has hablado con gente y me conoces de cabo a rabo. Yo, por el contrario, no sé nada de ti, lo que me sitúa en clara desventaja.» Se sentó a la mesa y esperó.

Pasados unos minutos, el hombre delgado se sentó y dijo:

—Accedió al programa nacional informatizado ayer por la tarde a las cinco y media.

—Sí, más o menos.

—Se lo preguntaré de nuevo: ¿qué es lo que le interesa de Christina Traynor?

Challis observó al hombre. Estaba claro que al teclear el nombre de Christina Traynor había encendido una alarma roja

en el sistema federal. Se preguntó perezosamente por qué no habían barrido del todo el nombre de Traynor, permitiendo así que indocumentados como él llegaran lo suficientemente lejos como para leer «Acceso denegado», y luego pensó que no lo hacían precisamente para poder pescar a gente como él. Christina Traynor era aparentemente alguien a la que sólo se podía acceder si estabas en el ajo. Y él no lo estaba.

Le dio un trago a su café. Ellos bebieron el suyo y el hombre fornido asintió con la cabeza en señal de aprobación, diciendo:

—Muy buena calidad.

—Inspector —saltó el otro hombre.

Ellen eligió ese momento para actuar empujando la copia del Age por encima de la mesa en su dirección.

—¿Sabían que hubo un asesinato aquí ayer?

No hubo respuesta.

—Un lugar en el campo —dijo Challis—, con las casas separadas por unos cuantos metros. La dueña, una anciana llamada Joy Humphreys, estaba en el hospital en ese momento. La víctima es mucho más joven y aparentemente no tiene ninguna conexión con la casa o con la señora Humphreys. No sabemos lo que estaba haciendo allí. Pero hace alrededor de un mes, la señora Humphreys tuvo una invitada durante tres semanas, su ahijada, Christina Traynor.

—Y nos preguntamos si, en realidad, era ella la víctima intencionada —dijo Ellen, interrumpiéndolo bruscamente.

—Parecía un poco rebuscado —dijo Challis —, pero, obviamente, ahora ya no estamos tan seguros.

Hacían esto a menudo cuando interrogaban a los sospechosos: fijar un ritmo cadencioso, una actuación doble, pero los dos hombres esperaban impávidos, así que siguió hablando:

—La señora Humphreys estaba cansada y muy dolorida ayer. Todavía no hemos podido interrogarla debidamente. Pero sí dijo que Christina se quedó en su casa tres semanas en abril y luego cogió un avión para Londres. Eso es todo lo que sabemos hasta ahora. Naturalmente tuve que investigar su nombre en el sistema. Acceso denegado. ¿Quién es? ¿Es una prófuga?

Ignoraron las dos preguntas. El hombre delgado dijo:

—¿Qué dicen los vecinos? ¿Ha habido desconocidos o coches raros pululando por allí?

—No que nosotros sepamos —explicó Ellen—. Hemos solicitado los registros telefónicos de la señora Humphreys.

—Nosotros también necesitaríamos echarles un vistazo —dijo el hombre fornido.

El hombre delgado preguntó:

—¿Confía en sus hombres, inspector?

Ellen se puso en guardia. Challis gesticuló con irritación:

—¿Por qué no me cuentan qué es lo que está pasando?

Parecían estar sopesando cuánto debían revelar, o hasta qué punto podían confiar en él y en Ellen, o cuál era su grado de obediencia. Harto de tanta estulticia, cogió su teléfono y dijo:

—Voy a llamar al superintendente. La mujer asesinada a la entrada de la casa de la señora Humphreys era su nuera.

Vio cómo la sorpresa se dibujaba en sus caras. Quizá no fueran de allí sino que habían cogido un avión desde Sídney o Gamberra la noche anterior. Marcó el número. McQuarrie contestó abruptamente:

—¿Sí?

—Señor, tengo aquí conmigo a dos oficiales de la policía federal. Creo que pisé algunos callos cuando pasé por el sistema el nombre de Christina Traynor ayer por la noche. Y todavía estoy esperando a que me cuenten qué es lo que pasa.

McQuarrie se puso contentísimo.

—¿No lo ve? —preguntó—. Janine se había perdido. La persona equivocada en el lugar equivocado a la hora equivocada.

Durante todo ese tiempo, el muy capullo, había tenido miedo de que algo dudoso saliera a la luz en las vidas de su hijo o de su nuera y de que él quedara marcado por asociación. Challis meditó amargamente sobre la escala de valores del súper: una Janine asesinada por error era mejor que una Janine asesinada por un amante secreto o por un rival.

—Señor, ¿podría usted hablar con ellos?

Challis le pasó el auricular al hombre delgado y oyó los arañazos enlatados de la estruendosa voz de McQuarrie. El hombre delgado fue escrupulosamente correcto, y no se dejó impresionar por la explosión de McQuarrie; para cuando colgó, era evidente que algo se le había aclarado.

—Déjenme que les explique —dijo.

Capítulo 22

Una hora más tarde, Ellen ocupó su sitio a la mesa de la sala de incidencias y contempló a Challis mientras éste se ponía de pie y anunciaba:

—Antes de venir al trabajo esta mañana, me visitaron dos oficiales del Witsec.

Witsec era el programa de protección de testigos federal. Ella observó cómo Scobie Sutton y los otros aguzaban el oído muy intrigados. Intentó imitar sus expresiones, divertida por el hecho de que Challis no dijera que ella había estado con él, pero comprendiendo al mismo tiempo su punto de vista: las lenguas se desatarían.

—El año pasado —prosiguió— le otorgaron protección y más tarde una nueva identidad a esta mujer, Christina Traynor.

Dio unos golpecitos a una fotografía pinchada en la pizarra que tenía detrás.

—Christina Traynor resulta también ser la ahijada de la señora Humphreys, que vive en el 283 de Lofty Ridge Road, donde asesinaron a Janine McQuarrie. De hecho estuvo visitando a la señora Humphreys durante tres semanas en abril.

Se oyó una exclamación por toda la sala.

—Así que hemos vuelto al punto de partida —dijo uno de los detectives prestados de Mornington.

—¿Dónde está ahora Traynor? —preguntó Scobie.

—En Londres, según la señora Humphreys. Se tuvo que ir a toda prisa, por lo visto.

Todo el mundo miró otra vez la foto de la pizarra. La imagen de Christina Traynor que los agentes del Witsec les habían entregado mostraba sólo un parecido lejano con Janine McQuarrie. Las dos mujeres tenían el pelo claro cortado a la altura de los hombros, pero el de Christina era rizado y abundante, mientras que el de Janine era liso, fino y brillante. La figura de Christina era corpulenta; la de Janine, delgada. La cara de Christina era vivaracha y risueña; la de Janine, cerrada, casi

recelosa.

—No se parecen mucho —dijo Challis, como si estuviera leyendo sus pensamientos — , pero lo suficiente si actúas en base a una descripción. Lo que probablemente le cuadró al asesino es que él esperaba ver a Traynor, así que asumió que cualquiera que se le pareciese era ella.

—Pero se plantó allí con dos meses de retraso —dijo Scobie—. Eso es estirar un poco el tiempo, jefe.

Challis se encogió de hombros.

—Hay que recordar que estamos hablando del programa de protección de testigos federal, así que nuestro hombre fue bastante eficiente al localizar a Traynor tan lejos. Y en cuanto a la razón por la que alguien quisiera matarla —prosiguió—, por lo visto se codeó con la gente equivocada y luego la delató, por lo que necesitaba protección y una nueva identidad.

—Debe de ser alguien importante si los agentes del Witsec aparecen sin avisar.

—Lo es, o lo era. —Challis echó un vistazo a sus notas y después las parafraseó—: Christina Traynor se crio en Melbourne y se trasladó a Sídney con sus padres cuando tenía dieciséis años. Estudió Derecho en la Universidad de Sídney. Sus padres viven ahora en Gold Coast. Entretanto, a Cristina le iba muy bien, trabajaba de pasante en un bufete que se ocupaba de muchos casos criminales, era dueña de un piso y de un coche, no bebía ni se drogaba, y tampoco tenía deudas, sólo un par de multas por exceso de velocidad. Pero entonces se lió con Avery Blight.

Blight [2] de nombre y de naturaleza. Ellen ya había escuchado todo esto antes en la cocina de Challis así que se entretuvo mirándolos a todos. Y vio cómo caían en la cuenta por la expresión de sus caras. Avery Blight tenía su base en Sídney, pero las fuerzas policiales de cada estado —y de Nueva Zelanda— sabían quién era. Blight estaba especializado en robos a mano armada, y con violencia, a bancos y a furgonetas de nóminas, y estaba implicado en dos asesinatos, incluyendo el de un policía de tráfico en la autopista entre Sídney y Newcastle.

—Blight está casado —dijo Challis—, pero pasaba mucho tiempo en el piso de Christina, que utilizaba como una especie de cuartel general cada vez que tenía un trabajo: planificación, encuentros con otros delincuentes, almacenaje de armas, e incluso utilizaba las dos plazas que Christina tenía asignadas en el aparcamiento para esconder los coches robados con los que escapaban. A Blight normalmente no se le escapa una, pero se volvió vanidoso, asumiendo que Christina estaba colgada por él y que, por lo tanto, nunca iba a delatarle.

Ellen sabía que no era nada inhabitual que jóvenes abogadas se enamoraran de criminales guapos. Miró a su alrededor y vio una expresión agria reflejada en todas las caras: los abogados eran, a menudo, el enemigo y las acciones de Christina Traynor confirmaban viejos prejuicios.

—Luego, Blight fue demasiado lejos —continuó Challis —. Mataron a tiros a un guardia de seguridad cuando estaban robando una furgoneta de nóminas. Según Christina, fue Blight el que lo hizo, mofándose y pavoneándose luego a costa del incidente. De manera que ella avisó a la policía y él fue arrestado.

—Pero ya era demasiado tarde para el pobre vigilante de seguridad —murmuró el detective de Mornington.

—A Christina la colocaron en protección de testigos de inmediato —prosiguió Challis—, y se mudó a una casa de Melbourne donde tenía guardas armados las veinticuatro horas del día. A Blight lo juzgaron y condenaron, casi gracias a su testimonio, y, una vez que fue encarcelado, a ella se le asignó una nueva identidad y se trasladó a un lugar secreto. Luego, en abril, vino a visitar a su madrina y más tarde voló a Londres.

Se quedó mirándolos.

—Ni siquiera sus padres sabían dónde estaba. Ella los llamaba de vez en cuando y sonaba desesperada, en palabras de su madre, pero no pensaban que nada fuera mal hasta que hace poco la notaron especialmente nerviosa.

Ellen pensó que sería mejor decir algo:

—¿Así que Christina se enteró de que Blight iba a por ella?

—Eso parece. Ha huido presa del pánico.

—¿Y cómo es que los del Witsec no la vigilaron mejor?

—Una vez condenado Blight y con Christina poseyendo una nueva identidad, bajaron por completo la guardia. La contactaban regularmente y le dieron números para llamar en caso de emergencia, pero no había una vigilancia propiamente dicha.

Todas las cabezas de la sala empezaron a moverse. Christina Traynor había cometido una inmensa tontería al liarse con un criminal como Blight, pero luego hizo lo correcto y ahora tenía que pasarse el resto de su vida vigilando la retaguardia por encima de su hombro.

—Si el Witsec le había dado ya el carpetazo —dijo Scobie—, ¿por qué andan husmeando por aquí?

Challis se encogió de hombros.

—Supongo que no quieren perder a una testigo, aunque sea, en realidad, una ex testigo. Quizá pensaran también que Blight tenía policías en su nómina dispuestos a hacer el trabajo sucio

por él en el exterior. Y también reconocieron que había muchas meteduras de pata que querían enmendar. La fecha de nacimiento del pasaporte nuevo de Christina no se corresponde con la de su carné de conducir, por ejemplo, lo que significa que tuvo problemas a la hora de presentar sus documentos para identificarse en los bancos y en otros organismos. Se quejó en numerosas ocasiones, pero no se hizo nada.

Ellen se removió en su asiento:

—No necesita su carné de conducir para volar fuera del país.

—Han dado ya la voz de alerta para buscarla.

—¿Nos sería útil hablar con Blight?

Challis la miró con aire cansado y sardónico.

—Asumiendo que el súper nos diera permiso y asignara fondos que cubrieran el coste del viaje a Sídney, es obvio que Blight lo iba a negar todo. —Movió la cabeza—. Por ahora vamos a mantener la investigación local, y vamos a mantener también la mente muy abierta. Para empezar, si Janine era la víctima que buscaban, necesitamos saber con quién había quedado.

Scobie Sutton dudaba.

—Si a mí me gustara hacer apuestas —anunció—, apostaría mi dinero por Christina Traynor, y eso significa que necesitamos averiguar todo lo que podamos sobre Blight: a quién ha podido contactar en el exterior, quién lo visitó en prisión, con quién ha compartido celda, cualquier cosa en ese sentido.

—Sí, guay —dijo Ellen, dándose cuenta demasiado tarde de que estaba imitando la expresión favorita de su hija—, la policía y el servicio de prisiones de Nueva Gales del Sur van a dejar todo de lado para ayudarnos.

Challis sonrió.

—En un mundo ideal.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Qué es lo que hay que hacer ahora? —preguntó Scobie.

—Ellen y yo vamos a visitar a la señora Humphreys. Vosotros seguid rastreando todo lo que concierne a Janine McQuarrie. Scobie, me gustaría que hablases con la mujer del súper si puedes.

Capítulo 23

«La soledad otorga pureza y fuerza — escribió Vyner—. Soy el guardián de los códigos.»

Cerró su cuaderno y se hundió más en el asiento del conductor del Falcon que había robado del aparcamiento del aeropuerto de Moorabbin. Era media mañana, un aire gélido, con el débil sol invernal lo alcanzaba apenas a través del cristal de la ventanilla. Podría encender la calefacción pero no quería llamar la atención. Uno no se fija normalmente en un coche aparcado, pero sí lo hace si hay alguien que arranca el motor cada cinco o diez minutos.

Había ido a toda prisa a la Península desde el aeropuerto, pero no había nadie en la miserable y destartalada casa de tablones de madera que Nathan Gent había alquilado en los últimos meses. Bayview Grove, Dromana, una colección de casas con aire desgastado, hacinadas, y sin ninguna vista a la bahía por ninguna parte. Vyner, cuidando del negocio, había estado esperando durante una hora. ¿Habría hecho un seguimiento Gent a su llamada anónima visitando el garito de los maderos? Bayview Grove estaba muerto; cuatro vehículos durante la última hora: el cartero con un Suzuki 100 cc, saltando a muy poca velocidad bordillos y caminos de entrada, un par de mujeres poniéndoles el cinturón de seguridad a sus bebés en modelos baratos de importación coreana, un maromo distribuyendo octavillas y pasando de los carteles de «Abstenerse Correo Basura».

Vyner volvió a mirar la casa de Gent. Unas pocas plantas descuidadas en el porche de entrada, malas hierbas en el césped sin podar, y ningún vehículo en el camino, aunque había señales de uno: huellas embarradas de ruedas, hierba aplastada, fugas de aceite. Había llamado a la puerta en cuanto llegó, comprobado el contador, escuchado puertas y ventanas, pero estaba claro que

Gent no estaba. Y no había querido quedarse mucho tiempo husmeando por allí porque la casa estaba muy expuesta. La calle parecía estar muerta, pero probablemente era una especie de juego del escondite y había jóvenes madres detrás de las puertas cerradas. Quizá con todo ese rollo de la depresión posparto no serían capaces de identificarlo pero no quería correr riesgos.

¿Y qué es lo que impulsaría a Gent a contactar con la policía? ¿Dinero? ¿Liberarse de la culpa? Pequeño capullo traidor. El tiempo pasaba. Vyner se quedó traspuesto.

Gent apareció en una bici, una jodida bici, con las bolsas de la compra colgando de los manillares. Vyner se hundió en su asiento, convencido de que el cristal ahumado lo ocultaría. Vio a Gent tomando la curva del camino de entrada con una floritura, desmontar y aparcar la bici contra la pared desconchada. Luego Gent desapareció por el lateral de la casa. Vyner comprobó los retrovisores, comprobó las calles que tenía delante y detrás y giró el Falcon para entrar en el camino a muy baja velocidad y revoluciones. Salió como una tromba del coche, corrió hasta la parte posterior de la casa y entró bruscamente por la puerta trasera del porche, justo cuando Gent iba a cerrarla con el codo. La compra se desparramó por todo el linóleo gastado, Gent tropezó al retroceder y Vyner le disparó en el corazón con su segunda Browning automática con silenciador.

Capítulo 24

Ellen estaba sentada en su Falcon de la UIC, en el aparcamiento de detrás de la comisaría, esperando a que Challis abandonara el edificio. Todavía se sentía eufórica por los acontecimientos de la mañana. Podría haber jurado que Challis había estado a punto de besarla en un momento dado, antes de que llegaran esos memos del Witsec.

Vio cómo se abría la puerta trasera y Challis apareció. Llevaba abrigo en una época, y un lugar, en la que los hombres no llevaban ya abrigos, sino chaquetas de colores chillones acolchadas o de forro polar. Estaba levemente cubierto de barro, pero eso le gustaba de él. La había estado buscando con la mirada por el aparcamiento y, en el segundo o dos segundos que tardó en localizar el coche de la UIC y a ella, su semblante estaba en reposo, mostrando al hombre auténtico que escondía: cansado, un poco triste y descuidado, y una leve expresión arisca en su cara angulosa y ojos ensombrecidos. Luego sonrió y se transformó del todo.

—¿Todo listo? —preguntó ella, mientras él se instalaba en el asiento del pasajero.

—Llamaron de Waterloo Motors mientras me iba —dijo abrochándose el cinturón.

—¿Y?

—Van a tardar unos días en conseguir las piezas que necesitan.

—Cómprate un coche nuevo, Hal.

—A mi coche no le pasa nada. El motor está cansado, eso es todo —dijo Challis—. Igualito que el del dueño.

Lo escudriñó para comprobar si había algún matiz obsceno, pero, para variar, Challis era inescrutable. Intentando no sonar muy intensa, dijo:

—Estaré encantada de llevarte y traerte del trabajo hasta que lo recuperes.

Zarandeó la cabeza.

—Van a prestarme un coche y me lo entregan a última hora de hoy.

Su estado de ánimo desenfadado empezaba a evaporarse. Para distraerlo, Ellen dijo:

—Alan quería saber por qué no cogiste un taxi para ir al trabajo. —Y esperó a ver cómo reaccionaba. Por alguna razón que no había acabado de elaborar, quería que Challis supiera que su marido sentía celos de él.

—Esto... —musitó Challis.

Se dio por vencida y condujeron en silencio hasta el hospital, con Ellen sintiéndose oscuramente decepcionada. Cuando entraron en el hospital se sintieron invadidos por un calor asfixiante y seco. Algo que garantizaba agravar cualquier enfermedad, pensó Ellen. Una enfermera los guió por un pasillo de tonos pastel, y encontraron a la dueña del 283 de Lofty Ridge Road mirando programas matinales en la tele mientras su cara reflejaba una especie de furia.

—No ponen más que basura —dijo ella—. ¿Quiénes son ustedes? —les preguntó, lanzándoles una mirada feroz.

Challis dijo:

—Señora Humphreys, necesito hacerle algunas preguntas sobre su ahijada.

La señora Humphreys apuntó con el mando al aparato de televisión y la pantalla dio un suspiro y se quedó en blanco.

—No fui de gran ayuda ayer para su hombre y no creo que lo vaya a ser ahora.

Challis sonrió.

—¿Cómo se siente hoy?

—Dolorida pero más lúcida mentalmente.

—Le dijo al detective Sutton que Christina se quedó con usted unos días el pasado abril.

—Correcto. Alrededor de tres semanas.

—¿Era raro que viniese a visitarla?

—Sí y no. Yo la veía a menudo cuando era pequeña, antes de que la familia se mudase a Sídney, pero en estos últimos años apenas la veía. Oiga, ¿está metida en algún tipo de lío?

Challis se preguntó cuánto debía contarle.

—Con la policía no, desde luego. No ha hecho nada malo.

La señora Humphreys lo miró con astucia, mientras sus manos venosas doblaban la manta azul pálida del hospital.

—La mujer que fue asesinada en mi casa... ¿Cree que era Chris a la que perseguían en su lugar?

—No lo sabemos con certeza. Tenemos que examinar todas las posibilidades. ¿Está segura de que Christina se fue a Londres?

—Me escribió una postal y reconocí la letra. ¿Cree que estará a salvo allí?

—Sí.

La señora Humphreys no estaba convencida.

—¿Cómo describiría el estado de ánimo de Christina?

—¿Cuando estuvo conmigo? Lo he estado cavilando toda la noche. En ese momento pensé que estaba convaleciente de un mal de amores; ya sabe, algún hombre la había plantado y ella quería alejarse por un tiempo. Estaba triste e irritable. Nunca salía de casa. Pero ahora pienso que podía haber estado más asustada que triste.

—¿Recibió llamadas extrañas? ¿Hizo algunas? ¿Tuvo alguna visita?

—No, nada de eso.

—¿Y se fue de repente?

—Sí.

—¿Cómo estaba cuando se despidió?

—Eufórica. Como si se le hubiera quitado un peso de los hombros. Me compró un aparato nuevo de televisión para darme las gracias, la muy tonta.

—Así que tuvo que salir de su casa en algún momento para comprarle el aparato de televisión y organizar el viaje.

La señora Humphreys lo negó con la cabeza.

—Lo hizo todo por teléfono.

—Nos acaba de decir que no hizo ninguna llamada.

—Ninguna llamada rara —aclaró la señora Humphreys.

No pudieron sonsacarle nada más a la anciana, así que Challis le pidió las llaves de su casa.

—Me temo que tendremos que investigar cualquier cosa que Christina haya podido dejarse o cualquier cosa que tenga que ver con usted —dijo él.

—Están locos.

Ellen, que estaba sentada en la cama, agarró su muñeca venosa.

—No meteremos las narices donde no haga falta, ni desordenaremos nada. Podemos obtener una orden judicial, pero si usted nos diera permiso...

La señora Humphreys gesticuló con impaciencia. De repente, parecía cansada.

—Hagan lo que quieran pero no van a encontrar nada.

Estaban en el aparcamiento del hospital, abrochándose el cinturón, cuando apareció Tessa Kane y golpeó la ventanilla de

Challis.

—Hal, Ellen —dijo ella.

Ellen contestó con un rápido gesto de la cabeza, mientras sentía una punzada en el estómago de sospecha y resentimiento. Empezó a jugar con su teléfono móvil, necesitaba mantener ocupadas sus manos mientras los otros dos hablaban.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Challis.

—Trabajo.

—¿La señora Humphreys?

—Sí.

—La han operado hace muy poco.

—Iré suave, Hal. —Una pausa—. Bueno, no os entretengo más. Nos hablamos.

Esa fue la señal para que Ellen arrancara el motor abruptamente y condujera fuera del aparcamiento. Diciéndose a sí misma que debería madurar, respiró profundamente y dijo como quien no quiere la cosa:

—Hal, ¿no te cuesta a veces distinguir qué careta llevas puesta?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, entre la del poli que informa y la del poli que está íntimamente involucrado.

No era capaz de mirarlo pero sentía que él la estaba escudriñando intensamente.

—Estuve liado con Tessa Kane. Pero ya no lo estoy.

Lo dijo tranquilamente, así que ella gesticuló comuna mano diciendo:

—Lo siento. No quería meterme donde no me llaman.

Ella pensó que Challis lo dejaría estar pero él se tomó en serio su pregunta.

—A veces era complicado. Hubo problemas de confidencialidad y yo sabía que la mitad de la comisaría estaba en contra, pero ésa no fue la razón por la que rompimos.

«Rompimos.» Había pronunciado la palabra mágica.

—Hal, no sigas. Yo no soy quién...

—Olvídalo —dijo Challis, haciendo un esfuerzo—. Y corramos a poner patas arriba la casa de la anciana.

Llegaron a la casa de Lofty Ridge y se encontraron con que los técnicos de escenas del crimen todavía seguían trabajando, ampliando su radio de investigación, tomando nuevas fotografías, haciendo más dibujos.

—Demonios —dijo Challis, saliendo a toda prisa del coche y acercándose a uno de los técnicos. Un minuto después, estaba de vuelta, con una sonrisa avergonzada.

—¿Ves esa mancha de aceite? Ahí es donde aparqué el Triumph anoche.

Ellen lo miró, intuyendo repentinamente su soledad. Y sin darse muy bien cuenta le apretó la mano. El soltó una carcajada y una especie de corriente pasó entre ellos, abriendo muchas posibilidades. Ellen lo siguió hasta la casa, un poco mareada.

Él, entonces, estuvo a punto de estropearlo diciendo:

—Si hay algo aquí, no dudes de que vas a encontrarlo.

Ella se alarmó. ¿Qué quería decir con eso? ¿Quería decir que era consciente de que ella tenía las manos un poco largas o que, por el contrario, valoraba su capacidad de encontrar escondites? Intentó escrutarlo. Y después de un rato llegó a la conclusión de que no había ningún sentido oculto en su afirmación.

Empezaron la búsqueda. Un recorrido preliminar por la casa dio por todo resultado una postal pegada con un imán a la nevera. Tenía el sello de correos de Londres y salían retratados el Big Ben, el Parlamento y una barcaza en el río Támesis. La firmaba «Chris» al final de un par de frases cortas que no revelaban nada sobre el estado de ánimo, el paradero o las intenciones de Christina Traynor.

Ellen iba haciéndolo todo meticulosamente pero al mismo tiempo era intensamente consciente de la presencia de Challis. Parecían estar improvisando algún tipo de danza, en la que casi se tocaban y se chocaban, apartando la mirada el uno del otro, sólo para volver a juntarse de nuevo irresistiblemente. Los dos estaban dándose cuenta, pero no decían nada. No podía ser. Ella intentó ahogar esos sentimientos por mucho que se alegrara de tenerlos.

—¿Has encontrado algo? —preguntó él en algún momento con voz ronca.

Ella tampoco confiaba en su propia voz:

—Nada —contestó.

Se volvieron a separar y ella entonces realizó una búsqueda más concienzuda, levantando cuadros para ver si había cajas fuertes debajo, golpeando rodapiés por si escondían algo, abriendo cajones, armarios, álbumes de fotos, cómodas y la cesta de la ropa sucia. Fue en vano: no había ninguna pista sobre el actual paradero de la ahijada de la anciana o que indicara que ella era la víctima intencionada o incluso que hubiera vivido allí.

Se volvieron a encontrar en la cocina. Para entonces, Ellen ya estaba deprimida por el efecto de la casa, enmohecida y levemente mugrienta, de una anciana a la que le empezaba a fallar la vista. Se volvió hacia Challis.

—Hal...

—Oh, Dios mío —murmuró él mirando por encima suyo hacia la ventana.

Ella siguió la dirección de su mirada. El Mercedes del superintendente estaba parado ante la cinta amarilla. El súper salió, acompañado de Georgia McQuarrie, que llevaba un ramito de flores, y los dos se acercaron a la cinta, agachándose para pasar por debajo, y se dirigieron a la zona marcada con tiza donde había muerto Janine. Ellen los observó con curiosidad. El oficial que estaba al mando de la policía científica parecía estar discutiendo con McQuarrie antes de encogerse de hombros y apartarse para dejar que Georgia posara las flores en el suelo. Entonces, McQuarrie y su nieta volvieron a agacharse de nuevo bajo la cinta y se quedaron mirando durante un rato, con una Georgia fascinada por los técnicos que estaban dibujando.

De repente, Challis estaba yéndose de la cocina. Ellen lo observó y escuchó su llamada:

—Señor, un momento.

—Ahora no, inspector —dijo McQuarrie mientras empaquetaba a Georgia en el Mercedes y arrancaba de allí.

Ellen cerró la casa y se reunió con Challis en el coche de la UIC. Su estado de ánimo anterior se había desvanecido, y ya no podían recuperar la magia, de manera que viajaron en silencio. Entonces sonó el móvil de Challis. Escuchó con atención, colgó y miró a Ellen.

—Era Scobie. Una mujer de la parte alta de Penzance, llamada Connie Rinehart, acaba de telefonear a la comisaría. Estaba citada con Janine McQuarrie a las nueve y media de la mañana de ayer, más o menos a la hora en la que fue asesinada Janine.

Capítulo 25

Al otro lado de la Península, John Tankard estaba diciendo:

—Escucha, sobre lo que pasó ayer... No debí haberte tocado, perdona.

Pam Murphy, profundamente aburrida, contestó:

—Olvídalo.

Estaban dentro del pequeño Mazda, patrullando la zona que había entre Mount Martha y Rosebud. Era la «Semana Dos» de la campaña «Conduzca con Seguridad», y eso quería decir una eternidad. Pam había agotado ya todos los temas de conversación con Tankard, el coche deportivo de última generación tampoco era especialmente emocionante a la hora de conducirlo, y los automovilistas prudentes y corteses eran muy escasos y muy espaciados. Le hubiera gustado infinitamente más andar por ahí atrapando malos. Entretanto, después del incidente de la víspera, tenía que ponerse en alerta roja por si a Tank le daba por magrearla de nuevo o, peor todavía, quería un abrazo cariñoso en señal de perdón. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Podría confiar en él en caso de que se encontraran a un malo de verdad? Lo miró por el rabillo del ojo mientras él retorcía su corpulento tronco y rollizas piernas para acomodarse en el asiento del copiloto. Era demasiado corpulento para un coche tan pequeño, y esa mañana todavía más porque tenía agujetas y rigidez en los músculos tras su entrenamiento futbolístico.

No zanjaba el tema:

—Se me fue la olla. De verdad que lo siento.

—¿Tank? Cierra la boca —soltó ella con un gruñido.

—Sólo quería decir...

—Pues no lo digas.

Afortunadamente, unos instantes después pasaron por delante de unas obras, un complejo urbanístico frente al mar, donde un puñado de hombres formaba un piquete contra los esquiroles. Tankard pareció sacudirse su apatía y empezaron a aflorar retazos de su antigua intolerancia, cuando, removiéndose en su

estrechísimo asiento, dijo:

—Mira a esos gilipollas.

Pam no pudo por menos que reírse. Tanto su empleo y estatus como su origen eran de clase trabajadora pura y dura y, sin embargo, él siempre votaba a la coalición conservadora, aprobando su severidad tanto en los temas jurídicos como en los de inmigración y terrorismo o cualquier otro tema que amenazara a la Australia blanca de clase media. Quizá el primer ministro, el fiscal general o el ministro de Inmigración representaran al padre estricto que nunca tuvo.

Su propia posición era más complicada. Su padre, al igual que sus hermanos, era profesor de universidad, intelectual, lo que significaba que las conversaciones en la comida de Navidad de la familia de Pam eran ingeniosas, elípticas, cultas y de amplio espectro, dejándola a ella en la cuneta. Ella era la pequeña de la casa, muy buena para los deportes, con aprobados raspados en los exámenes y se había alistado en la policía, de manera que...

—Haz los deberes de matemáticas —murmuró ella ahora, dejando la autopista para adentrarse en Rosebud.

—¿Qué?

—Nada. —No tenía ninguna intención de explicarle a John Tankard el amor lejano y condescendiente que su padre y sus hermanos le profesaban.

Transcurrieron dos horas de tedio. Decidieron cruzar al otro lado de la Península donde estaba Waterloo, pero en la avenida Dunns Creek se encontraron a un Falcon blanco circulando pesadamente a 80 cuando era una zona de 100. La sinuosa carretera le daba a Pam muy pocas oportunidades de adelantarlo y soltó una palabrota.

—Deberían quitar puntos por conducir lentamente —dijo ella.

Tankard, manteniendo aparentemente su humor festivo, soltó:

—Hagas lo que hagas, ponte bragas.

Lo dejó pasar. La palabra «bragas» siempre había disparado la imaginación del antiguo John Tankard, así que no quería arriesgarse más de la cuenta.

—Anota la matrícula.

—¿Por qué? No está cometiendo ninguna falta de tráfico.

—Olvídalo —dijo Pam, y siguió al Falcon durante toda la trayectoria hasta Waterloo, decidiendo cuando llegaron que el conductor se había ganado una bolsa de premio.

Tankard estuvo de acuerdo, colocó el faro portátil en el capó e hizo sonar la sirena.

—Mira que eres bobo —dijo Pam, mientras intentaba silenciarla a toda prisa.

Vyner, al ver a policías uniformados en el pequeño Mazda deportivo que iba detrás, se concentró mentalmente en el último par de horas preguntándose dónde y cuándo se había equivocado.

No había registrado nada en su radar personal cuando había abandonado su piso para dirigirse a su cita con la señora Plowman. Vivía en una urbanización de yuppies solteros en Southbank, y, aunque estuviera rodeado de estudiantes asiáticos y mujeres con vaqueros tan bajos por delante que podías verles la línea de vello, el lugar era anónimo y estaba cerca de todo. Cada vez que dejaba la ciudad, se sentía fuera de su elemento. Por eso contrató la víspera a Gent. Pero ya había aprendido la lección, no iba a cometer ese error de nuevo.

Nadie lo había seguido desde casa de la señora Plowman, o cuando fue o volvió del aeropuerto, o cuando bajó a la Península a la puta casa del puto Gent en Dromana. Nadie lo vio cuando entró por la puerta trasera, mató a ese capullo y lo metió luego en el maletero del coche. Entonces, ¿por qué lo perseguían los maderos? Y ¿por qué coño estaban conduciendo un coche deportivo? Y ¿por qué coño llevaban uniforme si querían pasar desapercibidos?

Había estado dudando entre deshacerse del cadáver primero o montar unas pistas falsas. Eligió esto último y quizá ésa fuera su equivocación. Se había pasado treinta minutos cruciales en la casa de Gent, arrojando el ordenador del muy cretino en el maletero junto con el cuerpo, vaciando la nevera y dejando la puerta abierta; llenando una bolsa de basura con comida que se podía poner mala y tirándola a un contenedor de la calle; haciendo una maleta, como si Gent fuera a ausentarse durante un mes; cerrando las persianas y las cortinas y apagando los pilotos del horno y de la calefacción, abandonando finalmente la ratonera de Gent y rellenando un impreso de solicitud para que le guardaran las cartas en la oficina de correos local.

Luego se deshizo de la pistola. Dos excelentes Browning automáticas. En dos días. Enterró la que había empleado el día anterior con la mujer en un bloque de cemento húmedo, marcando la punta del bloque cuando estaba seco, y desmontó en cambio la que usó con Gent —echando mano convenientemente de su entrenamiento en la Marina— aserrando las piezas y arrojando los trozos junto con el ordenador y la maleta de Gent en contenedores de obras a lo largo de un área que iba desde Rosebud a Mount Martha.

Y ahora tocaba deshacerse del cadáver y estaba dirigiéndose al nordeste cruzando la Península hasta Waterloo, respetando

todas las señales y límites de velocidad, y de repente tenía a unos maderos detrás. La carretera de Dunns Creek iba serpenteando alrededor de un bonito barranco antes de volverse recta y recorrer una elevada cadena de montañas llena de granjas de caballos e invernaderos situados detrás de avenidas bordeadas por inmensos pinos viejos. Había más tráfico del que esperaba, en Penzance Beach Road y de nuevo en Waterloo Road, había tenido que ceder el paso al tráfico del cruce, pararse ante un koala perplejo e intentar no llevarse por delante un autobús de la comunidad lleno de ancianos pensionistas.

El pequeño MX5 iba detrás suyo todo el rato.

Y cuando llegó a Myers Reserve, densamente poblado de pitosporos, helechos y eucaliptus moribundos, el Mazda seguía ahí, así que empezó a bajar en dirección a Waterloo. Paró en el ceda el paso de Coolan Road, aminoró la marcha a 70, y luego a 60 al pasar por el siguiente pueblo, puso el intermitente a la izquierda en el cruce en forma de T, hizo todo lo correcto que había que hacer, y el Mazda se quedó tras él, sin variar nunca la velocidad ni la posición relativa y eso, junto con las gorras de visera que llevaban el conductor y el pasajero, hizo que Vyner empezara a cavilar muy en serio.

De manera que paró el Falcon robado en la calle principal de Waterloo y salió del coche, procurando que su lenguaje corporal dijera «chico inocente y apañado comprando un paquete de clavos y una lata de pintura». Pero entonces se puso a sonar la sirena y el Mazda ronroneó al lado suyo, con los polis saliendo de dentro, un maromo y una mujer, vestidos como si pertenecieran a un comando del SWAT, con botas, chaquetas de cuero con cinturón y gorras de visera.

—Perdone, señor.

Vyner se quedó congelado con los ojos fuera de las órbitas. Qué espanto de lugar. Salón de tatuajes al otro lado de la calle; MacDonald's en un lateral del aparcamiento; vías de tren en el otro. Y más arriba, una rotonda y la comisaría de Waterloo. Dijo inocentemente:

—¿Iba demasiado rápido?

La mujer movió la cabeza.

—Todo lo contrario, en realidad. Soy la agente de primera Murphy y éste es el agente Tankard.

«Tankard»,[3] pensó Vyner. El hombre tenía la figura de un tonel, redondo y rechoncho.

—No pudimos por menos que darnos cuenta, señor.

«¿Darse cuenta de qué? ¿De que tengo un cadáver y una pala en el maletero de mi coche?»

Murphy abrió su cuaderno.

—Se topó con límites de velocidad que variaban constantemente en los últimos kilómetros y los respetó todos. Respetó también las señales de stop y los ceda el paso, fue cortés con los otros automovilistas y tomó decisiones prudentes cuando tuvo que enfrentarse con obstáculos inesperados como el de ese koala que intentaba cruzar la carretera.

Vyner movió la cabeza. Estaba esperando el «Sin embargo...».

—En nombre de la policía de Victoria y de la DGT, nos gustaría recompensarlo —dijo la mujer.

Vyner tuvo ganas de reírse a carcajadas. Les regaló una sonrisa franca y abierta.

—Bueno, pues muchas gracias.

La poli se metió dentro del Mazda y volvió a salir con una bolsa de plástico muy abultada.

—En señal de nuestro reconocimiento, señor.

Vyner ojeó el contenido.

—Fantástico. Muchas gracias.

Durante unos instantes se lo creyó de verdad. Siempre había conducido con prudencia. Nunca le habían puesto una multa y ahora estaba siendo recompensado.

—De nada, señor. Que tenga un buen día —murmuró el maromo Tankard.

Vaya muermo de tío. ¿Quién dijo que los gordos eran alegres?

Vyner se metió en Mitre 10 y compró hojas de sierra para reemplazar las que había roto o desafilado mientras aserraba la Browning.

De nuevo en el aparcamiento vio que el Mazda se había esfumado. Respetó todos los límites de velocidad y reglas de tráfico desde Waterloo hasta Myers Reserve, donde cometió varias fechorías empezando por romper el candado de la verja en la que ponía: «Aparcamiento exclusivo para vehículos de Victoria».

Capítulo 26

Tessa Kane se hizo pasar por una agente de seguros que vendía pólizas de vida, utilizando el teléfono del edifico del Progress. Una vez que se hubo cerciorado de que Charlie Mead estaba en el trabajo, condujo desde la Península hasta Rosebud y llamó a la puerta principal de su casa:

—¿La señora Mead? ¿Lottie Mead?

Un apático «Sí».

—Mi nombre es Tessa Kane y trabajo para el Progress.

Tessa esperó, preguntándose si ella la reconocería. Lottie Mead era delgada y seria, y su mirada se posó impávida en la cara de Tessa antes de examinar la calle.

—¿Qué es lo que quiere?

—No voy a engañarla, señora Mead. Mi periódico ha estado publicando una serie de artículos sobre las personas que solicitan asilo y la manera en que su marido dirige el Centro de Detención de Waterloo. Me parece que ya es hora de ofrecer un punto de vista más personal y por eso me gustaría entrevistarla. Quizá podríamos empezar con la época en que vivieron juntos en Sudáfrica y continuar a partir de ahí. ¿Piensa usted que eso podría ser factible?

Se quedó esperando. La casa era una lúgubre fortaleza gris situada en una colina con vistas a la bahía. Finalmente, Lottie Mead contestó:

—No tengo nada que decirle. —Y empezó a cerrar la puerta.

—¡Espere! ¿Le dijo su marido que no hablara con periodistas? ¿Cree usted que él tiene algo que esconder?

—Quizá no me ha oído bien —soltó la mujer nítidamente mientras daba un portazo.

Ellen estaba en la zona alta de Penzance, medio aliviada y medio triste por estar trabajando con Scobie Sutton en lugar de con Challis. Y una vez finalizada la entrevista que le habían

hecho a Connie Rinehart, se sentó detrás del volante del Falcon de la UIC, abrió su teléfono móvil y dio el parte:

—¿Hal? Rinehart nunca llegó a encontrarse con Janine. Su médico es el que lo había organizado todo.

—¿Qué puedes decirme de ella?

—Treinta y cuatro años, padece agorafobia, apenas ha salido de su casa en los últimos cinco años. Cuando Janine no apareció, asumió que se había equivocado de fecha o de hora, pero nunca lo comprobó con la clínica o con su médico. Es muy tímida e introvertida.

—¿Su casa está cerca de la de la señora Humphreys?

—Varios kilómetros más lejos.

—¿La conoce?

—No.

—¿Conoce a Christina Traynor?

—No.

Hubo una pausa y Challis dijo:

—Esto nos remite a la fobia que tenía Janine de girar a la derecha. Ayer se vio obligada a visitar a Rinehart en su casa así que se trazó una ruta que evitase los giros a la derecha y apareció en una zona desconocida donde se paró para echar un vistazo a su callejero. He estado mirando el mapa: alguien que conduzca desde Mount Eliza hasta la zona alta de Penzance sin hacer giros a la derecha lo más probable es que tenga que pasar por el norte de Penzance. Era la persona equivocada en el lugar equivocado a la hora equivocada y por eso la asesinaron.

—Es una teoría —dijo Ellen—. Te veo de vuelta en el rancho.

Ella arrancó el coche. Y Scobie empezó enseguida a hablar por los codos:

—¿Te acuerdas de que ayer te estuve hablando de Natalie Cobb?

Ellen había estado encerrada con él durante horas y se forzó a mascullar:

—Sí.

—Bueno, pues, Beth ayer, cuando salió del trabajo, fue a visitar a los Cobb. Y me ha contado algo muy interesante. Llegó justo cuando Natalie le estaba pasando algún dinero a su madre. Dijo que era evidente que Natalie no había pisado el colegio en todo el día. Yo mismo vi cómo la recogía su novio a la salida del juzgado y supongo que pasaría el día con él.

—Vaya —dijo Ellen, y luego pensó que debería hacer un esfuerzo—. Y ¿qué hizo con el novio?

—Bueno, pues ésa es la cuestión.

—¿Conocemos nosotros al novio?

—No lo sé. No tengo ni idea de quién es.

—Sería útil averiguarlo.

—Cierto.

Se hizo un bendito silencio y luego él añadió:

—Hoy ha sido el día del peinado loco.

La mente de Ellen empezó a rastrear, pero no por mucho tiempo. Está hablando otra vez de la pesada de su hija.

—Cuando es el día del peinado loco, o el día de ponte-lo-que-quieras, tenemos que despertar a Ros al menos media hora antes. Y se agobia mucho con todo el tema, la pobrecita. «¿Parezco tonta con esto?» «¿Estáis seguros de que es el día del peinado loco?» «Lo estáis haciendo fatal», y así sin parar.

La hija única de los Sutton era una niña pálida y esmirriada de ocho años.

—Vaya —dijo Ellen.

—Las matemáticas también la sacan de quicio.

«Vaya chollo que me ha tocado», pensó Ellen. Y para interrumpir la letanía dijo:

—¿Llegaste a hablar con la mujer del súper?

Scobie soltó un gemido:

—Oh, Dios mío.

—Terrible, ¿no?

—Tenía mucho que decir pero nada que decir, tú ya me entiendes.

Ellen asintió:

—Janine estaba casada con su hijo y era, por lo tanto, un dechado de virtudes.

—Eso lo resume muy bien —dijo Scobie.

Entretanto, Andy Asche estaba pasando con el coche por delante del colegio de secundaria de Waterloo. La hora de comer, y Natalie, que estaba merodeando cerca de la verja de entrada, hizo un gesto con la cabeza. Era la señal que tenían acordada para indicar que ella seguía teniendo la intención de escaparse del colegio en el recreo de la tarde y reunirse con él a la vuelta de la esquina.

Esa tarde iban a dar un golpe en una casa de la playa de Penzance. Andy tenía la cabeza repleta de posibles objetivos. Trabajaba a media jornada para el condado con un empleo que lo obligaba a recorrerse toda la Península. El mes anterior, por ejemplo, se había pasado dos días repartiendo los nuevos cubos de basura de reciclaje por todas las casas de la playa de Penzance. En otras ocasiones acompañaba al inspector de

tasaciones inmobiliarias, recorriendo todas las propiedades, apuntando las mejoras y tomando medidas para la siguiente subida de precios en el condado. O conducía por carreteras secundarias, marcando las zanjas y las alcantarillas que estaban atascadas con arena, paja o agujas de pino.

En cualquier caso, tenía un montón de datos en la punta de los dedos. Esa casa o la otra siempre están vacías durante el día. Otra está habitada sólo durante los fines de semana. Esa calle no sirve: siempre hay alguna chismosa en el jardín o mirando por la ventana. Esa calle está llena de perros que ladran. Hay un sistema de seguridad muy sofisticado en esa casa; no hay sistema de seguridad en la otra, aunque lo ponga en la puerta.

La playa de Penzance siempre era un buen negocio. Algunos vecinos vivían allí en permanencia, sin embargo, predominaban las cabañas de playa que, aunque parecían humildes, pertenecían a gente rica de la ciudad, que solía bajar allí los fines de semana o durante las vacaciones del colegio y mantenía el nivel de comodidad al que se había acostumbrado en la ciudad: televisores, vídeos, DVD, microondas, equipos deportivos, ropa, incluso teléfonos móviles, dinero en efectivo y walkmans tirados de cualquier manera en las habitaciones de los niños. La riqueza lograba que los adolescentes se volvieran indiferentes a la riqueza. La madre de Andy Asche le hubiera calentado a gusto el trasero si a él se le hubiera ocurrido ser tan descuidado con sus posesiones.

Capítulo 27

Challis había rellenado unos impresos solicitando la ayuda de la policía y el servicio de prisiones de Nueva Gales del Sur después de la sesión informativa de la mañana, pero cuando llegó la hora de la comida y seguía sin respuesta, se hizo con un sándwich en la cantina y comprobó su buzón. La circular que estaba encima decía: «Cuando tanto las circunstancias como el protocolo lo permitan, la policía de Victoria y el personal civil deberán utilizar las dos caras de una hoja de papel en lugar de dos hojas». Estuvo a punto de convertirlo en una bola y tirarlo a la papelera, pero la otra cara de la circular estaba en blanco, así que hizo lo correcto y se la llevó arriba con él para usarla como borrador de notas.

Luego llamaron del taller de Waterloo para decirle que el coche que le prestaban estaba listo. Se embutió en el abrigo y abandonó la comisaría por la puerta de atrás para evitar a los periodistas que estaban acampados delante de la puerta principal. El taller de Waterloo estaba hasta arriba de coches que necesitaban ser revisados, reparados o recogidos por sus dueños. Localizó a toda prisa su coche prestado, un Toyota medio oxidado con ruedas de magnesio, un volante de peluche y las palabras «Waterloo Motors» pegadas por todos lados. Recogió las llaves y lo condujo de vuelta a la comisaría, soportando estoicamente las burlas de varios agentes fanáticos de los coches.

A media tarde había entrado alguna información preliminar de Nueva Gales del Sur. Los visitantes de Blight en la cárcel eran sus padres, su mujer, sus hermanos, y dos hombres que habían conducido vehículos para él. Sólo había compartido la celda en una ocasión con un hombre que seguía encarcelado. Desde entonces tenía una celda propia en un bloque separado.

¿Cuál era el siguiente paso? ¿Volar a Sídney e interrogar a cada uno de los visitantes de Blight, a cada presidiario de esa cárcel? Una absoluta pérdida de tiempo y, además, Challis tampoco se imaginaba a McQuarrie aprobando ese presupuesto.

Entretanto, él seguía sin descartar que Janine McQuarrie fuera

la víctima elegida —o no del todo por lo menos— pero fue incitado a cerrar ciertas vías de investigación relacionadas con su caso gracias a una furibunda llamada de Robert McQuarrie.

—¿Cuándo me va a entregar la policía el cadáver de mi esposa?

—Supongo que mañana o pasado mañana —dijo Challis mientras hacía una nota para que no se le olvidase comprobarlo con el patólogo.

—También están el coche y los teléfonos móviles. Supongo que ya habrán acabado de investigarlos.

Un pequeño escalofrío recorrió la piel de Challis. ¿A qué venía tanta prisa? ¿Qué importancia tenían esas posesiones comparadas con el bienestar de su hija?

—Estas cosas llevan su tiempo en una investigación criminal, señor —dijo.

McQuarrie no añadió nada, pero Challis podía percibir la impaciencia y la irritación del hombre.

—¿Ha dicho teléfonos? Tenía entendido que sólo había un teléfono —dijo mientras buscaba el inventario de la escena del crimen entre las carpetas de la mesa de su despacho.

—Dos teléfonos: uno que utiliza, utilizaba, de manos libres en el coche y el que se llevaba con ella a todas partes.

Challis encontró el inventario. Había listado sólo un móvil, prendido en la visera del coche. Supuso que ése era el teléfono que había usado Georgia para llamar al 000. ¿Había utilizado el segundo teléfono en su lugar? Y de ser así, ¿dónde estaba?

—Estará todavía en el almacén de objetos —dijo con seguridad —. Daré orden de que se lo devuelvan a primera hora de la mañana. Lo siento.

—Sólo espero que las manos largas no hayan estado muy ocupadas, señor Challis.

«Que te jodan», pensó Challis ferozmente. E hizo de inmediato dos llamadas telefónicas. Con la primera averiguó que habían analizado las huellas del coche de Janine, pero que ninguna se correspondía con las que había almacenadas en el programa informático nacional. Luego llamó a un número de la sede regional de Frankston y el superintendente McQuarrie lo cogió al primer ring y dijo con irritación:

—Estoy saliendo para una reunión.

—Lo siento, señor. Sólo una pregunta muy rápida. Cuando se llevó a Georgia a casa desde la escena del crimen, ¿tenía un teléfono móvil con ella?

—No que yo recuerde.

—Según su hijo, Janine tenía dos teléfonos y nosotros sólo

hemos recuperado uno.

—No te preocupes —dijo McQuarrie—. He visto los registros telefónicos de su oficina, casa y móvil, y no hay nada en ninguno de ellos de lo que tengamos que preocuparnos. Nada raro, sólo llamadas de negocios y llamadas al móvil de mi hijo y a números del trabajo. Voy a mandártelos por fax si todavía no los tienes, aunque debo decir que quedaría muy decepcionado si fuera así, Hal. En una investigación criminal los registros telefónicos son algo básico.

En realidad, Challis había solicitado ya los registros telefónicos de Janine, salvo los de ese segundo móvil cuya existencia desconocía. Le entraron ganas de coger el coche y plantarse en Frankston y abofetear a su jefe en la cara, preguntándole al hombre si se consideraba a sí mismo o no un policía de verdad o incluso sólo un policía o incluso un hombre normal decente y con sentido común.

Se obligó a sí mismo a mantener la calma pero su cabeza se había disparado. McQuarrie no habría perdido un minuto en conseguir esos registros telefónicos y como era un superintendente tenía el triple de recursos que un humilde inspector. Pero ¿a qué estaba jugando? ¿Estaba intentando enterrar pruebas que podían dañar la reputación de su hijo o su propia reputación? ¿Y si hubiera descubierto que Janine había estado llamando veinte veces al día a personajes del crimen organizado o a chicos de alquiler? ¿Les habría contado eso a los oficiales que estaban a cargo de la investigación?

«¿Será él —pensó Challis — nuestro asesino?»—Señor, necesitamos ese segundo teléfono.

—¿Por qué? Tengo el registro de todas las llamadas que ella hizo. Y son todas inocentes.

—Necesito ver el banco de mensajes —insistió Challis con paciencia—, los números listados en la memoria y la lista de llamadas para poder comprobar las llamadas más recientes y las llamadas perdidas.

—Bueno, pues yo no tengo ese maldito chisme —dijo McQuarrie con muy mal humor—, y Georgia no lo tenía. Estoy seguro de eso. Quizá se lo diera a Robert.

—Fue Robert el que me advirtió de su existencia —dijo Challis, intentando insinuar que él pensaba que McQuarrie debía haber hecho lo mismo.

—Pues ahí lo tienes. Lo debieron de recoger en la escena del crimen y ha sido robado o se ha perdido desde entonces. Los oficiales de Rosebud fueron los primeros en llegar. ¿Se lo has preguntado a ellos?

«Vete a la mierda», pensó Challis. Y volvió a comprobar el registro que tenía de las llamadas efectuadas desde el teléfono del coche de Janine McQuarrie. No había registrada ninguna llamada a la policía en la mañana de su asesinato, así que Georgia debió de utilizar un teléfono distinto. Luego se pasó una hora estéril localizando y llamando a los de la UIC y a los policías uniformados de Rosebud. No sabían nada de un teléfono móvil encontrado con o cerca del cadáver.

Finalmente habló con Georgia.

—Utilicé el móvil de mamá —le dijo.

—¿No el que usa en su coche?

La voz de Georgia se volvió débil, incluso asustada:

—No, el que tenía en el bolso. Se supone que no debo hacerlo, pero lo cogí cuando el hombre empezó a perseguirla. Perdón.

—No hay nada que perdonar —dijo Challis suavemente—, ¿Recuerdas lo que hiciste con él después?

Oyó un grito entrecortado y él se la imaginó tapándose la boca aceleradamente con la mano.

—Lo dejé en el suelo.

—¿Dónde?

—En los árboles donde me escondí.

Challis pensó en todas las cosas que habían podido dañar el teléfono desde el asesinato: la lluvia, el rocío, el viento helado, ratas hambrientas, urracas curiosas. En ese momento empezó a sonar la máquina de fax: McQuarrie le estaba enviando, como había prometido, los registros telefónicos de Janine. Challis agarró las hojas y ahí estaba la llamada de Georgia al 000. Apuntó el número del móvil extraviado y luego condujo hasta la casa de la señora Humphreys bajo la luz mortecina del atardecer. El equipo especialista en escenas del crimen lo había recogido todo y se había marchado, así que bajó sin obstáculos por el camino de entrada. Tras comprobar el nivel de cobertura de su propio teléfono, marcó el número de Janine. Unos segundos después y muy en sordina, lo oyó sonar. Una voz que lo invitaba a dejar un mensaje lo interrumpió antes de que pudiera comprobar desde dónde sonaba.

Se acercó a la hilera de chopos, que estaban desnudos y asfixiados por los pitosporos. Estos últimos, supuso, le hubieran proporcionado un grado razonable de protección a Georgia. Apretó «rellamada» y esta vez encontró el teléfono, muy protegido dentro de una bolsa de vinilo y enterrado debajo de una maraña de hierbajos y hojas caídas. Abrió el cierre de velero y dejó que el teléfono se deslizara en la palma de su mano. Era un chisme sofisticado de aspecto muy caro y no tenía ni idea de

cómo manejarlo.

Se encontró con Ellen Destry en el aparcamiento de la policía sacando carpetas del asiento trasero de su Falcon de la UIC.

—Nuestro apreciado jefe vuelve —dijo, y giró la cabeza para mirar su coche prestado—. Vaya ruedas más chulas.

—Es una porquería.

Ella se rió y luego dijo con un leve tono de insinuación:

—Deduzco, entonces, que no necesitarás que te lleve a casa.

Challis contempló con ojo crítico el Toyota descuajeringado.

—Es un poco pronto para poderlo asegurar.

Subieron arriba a la UIC.

—¿Estás ocupada, Ells?

—Sabes de sobra que estoy muy ocupada. Más bien lo que quieres decir es: abandona todo inmediatamente y ayúdame con algo tremendamente aburrido.

—No hay nada como una listilla. Mira a ver si puedes arreglártelas para averiguar los números y los mensajes almacenados en este móvil.

—¿De quién es?

—De Janine McQuarrie.

—¿Y qué te hace pensar que yo soy más ducha que tú?

El estado de ánimo de ella era risueño y atractivo.

—Que tienes una hija adolescente —dijo él mientras blandía el móvil delante de sus narices—. Yo renuncio.

—No hay nada como un listillo —soltó Ellen cogiéndole el móvil. Lo giró, pulsó algunos botones y dio su diagnóstico—: Lo último de lo último, se puede usar para llamadas, SMS, correo electrónico, vídeo, fotografía...

Challis vio cómo apretaba más botones y observó el cambio en la expresión de su cara mientras decía:

—La vida secreta de Robert y de Janine McQuarrie.

En lugar de enseñarle la diminuta pantalla, conectó el teléfono con el puerto USB de su ordenador, descargó el contenido en su disco duro e hizo copias en CD.

—Aquí tienes —dijo mientras le daba uno de los CD.

—¿Y qué quieres que haga con esto?

—Vaya dinosaurio estás hecho. No tienes más que copiar el contenido en tu disco duro y luego imprimirlo.

Le mostró cómo debía hacerlo. Lo que vio arrojaba una luz completamente distinta sobre el asesinato de Janine: diez fotografías, de baja resolución, que mostraban a hombres y mujeres copulando; a las mujeres apenas se las distinguía, en cambio, cuatro de los hombres estaban lo suficientemente nítidos como para poder ser identificados. Dos de ellos tenían la cara

congestionada y deformada por el esfuerzo, el otro hombre parecía no inmutarse y el cuarto, Robert McQuarrie, enseñaba los dientes en una especie de mueca extasiada.

—Oh, Dios —dijo Challis removiéndose en su silla. Eran un estímulo muy poderoso, las instantáneas, la inaudita eficiencia de Ellen y su proximidad física.

—Probablemente, Janine las descargó en el ordenador de su casa o de su oficina —supuso Ellen—, o se las envió a sí misma por correo electrónico.

Challis se encogió de hombros. La tecnología sobraba en esos momentos. Le dijo que estaba más interesado en averiguar lo que había impulsado a Janine McQuarrie a disparar esas fotos y qué es lo que había hecho con ellas y si habían contribuido o no a su asesinato.

Ellen lo acompañó en cada uno de sus pasos.

—¿Chantaje?

—Es posible. —Dio unos golpecitos a las fotos—. Pero ¿qué es lo que estamos mirando aquí?

Ellen resopló mientras nombraba y describía algunas partes del cuerpo.

—Muy graciosa —dijo él fingiendo severidad. De hecho, la atmósfera entre ellos era eléctrica y primaria.

Volvió a ponerse seria e hizo un esfuerzo.

—Poca iluminación —dijo ella.

—Sí.

—La casa de una urbanización.

—¿Así que no es un estudio fotográfico ni el plato de una película pornográfica?

Ella negó con la cabeza.

—Es la casa de alguien y nadie está haciendo una película ni posando para la cámara.

—Bien, pero ¿es la casa de una urbanización que también hace las veces de burdel?

—Los dos hemos trabajado en la brigada de vicios. Esto no es un burdel.

—¿Por qué no? —preguntó Challis, queriendo que Ellen lo razonase para él.

—El lenguaje corporal —dijo ella—. Estas personas no parecen ser un grupo de profesionales con sus clientes. Parecen estar todos muy conscientes de sí mismos. Mira ahí al fondo: la gente está alrededor mirando y eso parece un bol de condones y eso otro, un bote de lubricante. Los cuadros de la pared, las chucherías, los muebles, todo ello indica que es una casa normal.

—Pienso lo mismo.

—¿Crees que el súper sabía que Robert y Janine iban a orgías?
Challis se encogió de hombros.
—Eso podría explicar el porqué ha actuado de forma tan obtusa e intervencionista.
Hubo una pausa.
—Hal —dijo Ellen—. ¿Te imaginas que esté mirándote un montón de gente mientras te acuestas con alguien?
Challis no podía imaginarse a sí mismo en ningún tipo de situación gregaria.
—No.
—¿No te excita?
—No.
—¿Y sólo mirar?
—¿Sin que nadie me vea?
—No, junto con las otras personas de la habitación.
—No, aun así, me sentiría observado.
Ella pareció balancearse para acercarse más a él.
—Eso se aproxima mucho a lo que yo siento con todo este tema.
Y luego ella misma destruyó el momento.
—Sabes perfectamente lo que tenemos que hacer, ¿no?
Se volvió para mirarla.
—Hablar con Robert.
Ella movió la cabeza con determinación.
—Ir a hablar con Tessa Kane, y yo te acompaño.
—Esa no es una buena idea.
—¿No confías en ella?
Challis no lo hacía, o no del todo.
—Robert puede decirnos dónde pasó esto.
—Y Tessa Kane puede decirnos si se trata de la misma fiesta a la que asistió ella. Por supuesto que no le enseñaremos la cara de nadie, sólo las fotos que identifican el lugar. Si reconoce el sitio, empezamos a escarbar, dejándole claro que la demandaremos por obstrucción a la justicia si escribe un artículo sobre las fotos o intenta contactar a alguien.
—No te gusta mucho ella, ¿verdad?
—No excesivamente.
Se quedaron mirándose.
—Si yo voy, se va a dar cuenta de que esto guarda relación con la investigación McQuarrie —dijo Challis.
—Entonces, deja que la interrogue yo. Diré que alguien encontró en Internet una foto de sí mismo y que estamos investigándolo.
Challis suspiró.


—De acuerdo.

Capítulo 28

-No esperaba a ningún peso pesado —dijo Tessa Kane, perpleja al ver cómo alguien guiaba a Ellen Destry hasta su oficina.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? —preguntó Ellen secamente.

«Vaya —pensó Tessa—, ya hemos sacado las garras.» Se había preguntado muchas veces si la otra mujer había sentido celos de su relación con Hal Challis o si le había molestado por razones profesionales. Muchos polis sentían aversión y desconfianza por los periodistas. Sería divertido dejar que Ellen se cociera en su propio jugo un rato, pensó, y dijo:

—Dele recuerdos a Hal de mi parte, ¿vale?

—Es posible que tengamos nuestros cables cruzados, señorita Kane —dijo Destry con frialdad.

Manteniendo una actitud desenfadada, Tessa, con un gesto de la mano, invitó a la otra mujer a sentarse y luego volvió a su silla giratoria y dio varias vueltas en ella, sonriendo por encima de su mesa repleta de cosas.

—Supongo que ha venido por el asunto de mis ruedas.

—Sus ruedas.

—Alguien las rajó esta tarde.

Destry levantó la cabeza, alerta. Tessa, irritada por ser ella la interrogada en una sesión de la UIC, soltó:

—Corte el rollo, sargento. ¿De qué se trata?

Ellen Destry se inclinó hacia delante, con aire satisfecho.

—Puede que tenga mucho que ver con ruedas rajadas.

Tessa no dijo nada.

—Hemos estado haciendo cosas, ¿no es así? —prosiguió Destry —. ¿Pisando callos?

—Cuéntemelo usted.

—Tengo entendido que ha estado recibiendo cartas hostiles y llamadas anónimas, que le rompieron la ventana de una pedrada

y ahora esto. Quizá haya ofendido a algún aficionado a las fiestas.

Tessa se quedó muy quieta, su cabeza empezó a acelerarse y le picaba la piel. Su artículo sobre la fiesta sexual se había centrado en la atmósfera, el estado de ánimo y el interés humano, sin describir en ningún momento a las personas o al lugar. Era imposible que alguien hubiera podido reconocerse. Esperó. Destry tarde o temprano pondría las cartas sobre la mesa.

Así lo hizo, desplegando una docena de granulosas ampliaciones en su mesa.

—¿Reconoce algo?

Tessa las miró. La calidad era muy mala: poca iluminación, formas amorfas, ninguna cara.

—No.

—Mire el fondo —insistió Destry con brusquedad—, los muebles, las lámparas, cortinas, colchas, cuadros de la pared. —Hizo una pausa—. O quizá puede que reconozca alguna espalda peluda o pecho caído.

Tessa sabía a dónde quería ir a parar. Las fotografías se habían tomado en una orgía. Había escrito recientemente sobre esa clase de fiestas. Ergo había una conexión entre las dos.

—No tengo ni idea de dónde se tomaron éstas; desde luego no en la fiesta a la que yo asistí. ¿Me está diciendo que yo, o uno de mis fotógrafos, tomaron estas fotos para el Progress?

—No decimos nada de eso.

—Entonces, ¿qué es lo que tienen que ver conmigo?

—¿A cuántas fiestas asistió?

—A una.

—¿Dónde?

—En Rye. A muchos kilómetros de aquí.

—¿Reconoció a alguien?

—¿Como a quién?

—Limítese a contestar la pregunta, por favor, Tess.

Odió que la llamaran Tess justo en ese momento.

—No reconocí a nadie. ¿Me está diciendo que alguien me reconoció y por eso me persiguen ahora? Pero ¿qué tiene que ver eso con estas fotos?

—No sabemos si lo de las ruedas rajadas tiene que ver con estas fotos —aseguró Ellen Destry—. Pero alguien encontró una foto suya en la red, que formaba parte de una serie de fotos que incluye éstas, y estamos considerando la posibilidad de un chantaje. Usted es obviamente nuestro primer contacto. Necesitamos saber los nombres de la gente con la que habló en la fiesta, y los nombres de los que la organizaron.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Por cuestiones de

confidencialidad —dijo Tessa automáticamente con una sonrisa dulce y vacía.

—Podemos conseguir una orden judicial.

—Estupendo, no se corte un pelo, sargento.

Le encantaba contemplar la frustración de Destry. A pesar de ello, olfateó un posible artículo.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—¿Cómo?

—Cuénteme más y yo me pondré en contacto con mi gente de las orgías para ver si están dispuestos a hablar con usted.

—Si no asistió a esta fiesta —dijo Destry recogiendo las fotografías y metiéndolas en su maletín—, no hay razón alguna para hablar con ellos. Por lo que yo sé, se están celebrando muchas fiestas de esa clase.

Tessa esperó a que la otra mujer fuera a salir por la puerta.

—Dígame, sargento, ¿estaba Janine McQuarrie involucrada en la movida ésta de las fiestas?

Destry no dijo nada, ni siquiera se volvió, pero tanto sus hombros como su columna vertebral fueron muy locuaces.

Y el instinto rastreador de Tessa Kane empezó a apoderarse de ella.

Capítulo 29

Challis estaba esperando de pie junto a la puerta de la sala de reuniones, con una sonrisa cansina, a que se acabasen las bromas, mientras Scobie y los demás iban entrando uno por uno y se topaban con las ampliaciones de las fotos que había tomado Janine McQuarrie y que él había pinchado en la pizarra. Ellen llegó la última, con pasos tensos y rápidos.

—Siento haberos hecho esperar —dijo, volviéndose hacia la pizarra—. Éste —señaló— es el hijo del superintendente McQuarrie, Robert, marido de nuestra víctima de asesinato.

Hubo miradas sardónicas y murmullos, la mayoría jocosos y Scobie preguntó entonces quién había tomado las fotos y dónde.

—Ellen y yo las encontramos almacenadas en el móvil de Janine McQuarrie. No sabemos cuál es el lugar. ¿Alguien reconoce a los otros hombres?

Movieron la cabeza.

—Probablemente, el hijo del súper lo sabrá —dijo Scobie—. ¿Se lo va a decir, jefe?

—Decírselo al hijo sí —dijo Challis — . ¿Decírselo al súper? Todavía no. No quiero hacer daño ni avergonzar a nadie innecesariamente y, por favor, no quiero que circulen copias de estas fotos y no quiero que nadie fuera de este cuarto sepa que las tenemos.

Ellen lo interrumpió y por el tono de su voz se notaba que seguía un poco picada con él.

—Pero le hemos enseñado algunas copias seleccionadas a Tessa Kane para ver si reconocía el sitio y no lo ha reconocido. Ni que decir tiene que el inspector y yo vamos a ir a hablar con Robert McQuarrie esta noche.

—¿Así que es una coincidencia? —preguntó Scobie.

—Eso todavía hay que investigarlo —dijo Ellen mientras miraba a Challis.

—¿Creéis que Janine McQuarrie estaba chantajeando a gente? —preguntó el detective de Mornington—. ¿Chantajeando a la

persona equivocada?

—Es posible —asintió Challis — . Sabemos que podía ser muy crítica y vengativa.

—¿Chantajeando a su propio marido?

—Puede ser.

—Quizá una de las víctimas de su chantaje la siguiese ayer —sugirió Scobie. Llevaba una bufanda alrededor de su escuálido cuello; se estaba yendo a casa cuando le informaron de la reunión.

—Sí.

—Quizá lo había estado haciendo durante un tiempo —prosiguió Scobie—, y su marido, o quien fuera, finalmente explotó o descubrió su identidad.

—También es posible —dijo Ellen acaloradamente— que cada día se sintiera más desgraciada por estar casada con un hombre que la arrastraba a fiestas sexuales. Quizá la obligaba a acostarse con sus amigos y a ella no le gustaba. Luego leyó el artículo de Tessa Kane y decidió aprovecharse de que todo el mundo estuviera hablando de ello.

Uno de los detectives de Mornington le lanzó una mirada sardónica, como diciendo que era de esperar que una detective mujer se pusiera a especular así con los sentimientos.

—O sintió celos de Robert por acostarse con otras mujeres —dijo, y Ellen se ruborizó.

—Quizá alguien la viera tomando las fotografías —señaló Scobie.

—Todas esas fotografías son espontáneas —replicó Ellen—. Nadie sabe que lo están fotografiando.

Challis asintió.

—No creo que las cámaras estén permitidas en este tipo de fiestas. Janine McQuarrie se llevó con ella su teléfono móvil y, o bien nadie le prestó atención, o bien lo llevaba muy bien escondido. Como podéis ver, la gente lleva toallas y prendas de ropa sueltas. Es como si Janine fuera allí con la intención expresa de fotografiar a ciertos hombres en posturas comprometidas. ¿Quería dinero? ¿Arruinar reputaciones? ¿Destrozar relaciones?

Todos siguieron especulando mientras Challis los observaba, empujándolos en algunas ocasiones y objetando en otras. La noche había caído al otro lado de la ventana, las negras y húmedas calles proyectaban reflejos rojos y amarillos procedentes de los faros de los coches y silbaban, por las idas y venidas de las ruedas, de camino a la cena y al programa nocturno de televisión en habitaciones calientes. Pensó en su gélida casa y lo recorrió un escalofrío.

—Necesitamos averiguar quién dio esta fiesta en concreto y dónde y con qué frecuencia las celebran y si tienen o no una lista de invitados. Y, sobre todo, necesitamos identificar a estos otros tres hombres y preguntarles si alguien ha intentado chantajearlos.

—¿A qué te refieres con «alguien»? —dijo Scobie.

—Quizá Janine tuviera un cómplice.

Ese pensamiento los deprimió pero siguieron rumiando acerca de las fotos y de los motivos.

—Asumiendo que alguien haya sido chantajeado —dijo Scobie —, todavía seguiría por aquí. Los asesinos a los que contrató quizá no, pero él sí.

—Eso asumiendo que él, o ella, contratara a los asesinos —señaló Challis—. Pero, aun así, necesitamos enseñarle a Georgia instantáneas de algunos de los hombres para ver si reconoce al conductor o al asesino.

Y estiró el cuello para mirar las fotografías.

Ellen estaba observando a Challis.

—Pero primero hablemos con Robert.

Challis asintió con melancolía.

—Esta noche.

—Mejor tú que yo —dijo Scobie. El caso podía potencialmente arruinar una carrera y todos lo sabían.

Challis lo ignoró.

—Con mucha suerte, Robert nos dirá quiénes son los otros tres y mañana a primera hora podemos ir a visitarlos.

Todo el mundo estaba cansado, un cansancio inducido por lo que allí se había revelado, la pesadez del aire de la calefacción y la oscuridad creciente. Ellen bostezó disparando una secuencia de bostezos en los demás. Después de un rato se estiraron, se empezaron a mover, ordenaron sus papeles y cogieron sus abrigos. Challis les dio las gracias y empezó a despegar las fotos.

—Quiero volver a insistir en que seáis muy discretos. Esta gente puede ser patética o culpable de tener mal gusto, pero que yo sepa no ha infringido ninguna ley. Suponemos que el sexo era consentido y no había menores. Puede que el asesinato de Janine McQuarrie no haya tenido nada que ver con esta gente o con el hecho de que tomara estas fotos. Puede que lo hiciera para excitarse a sí misma o a sí misma y a Robert. En otras palabras, no deseo una situación en la que los ricos y los poderosos se encuentren a sí mismos de repente en Internet o expuestos a todo color en la portada de los periódicos.

—De acuerdo —murmuraron, mientras salían en fila con muy buena disposición.

Capítulo 30

A las ocho en punto de la noche de ese miércoles, casi treinta y seis horas después del asesinato de Janine McQuarrie, Challis y Ellen aparcaron el Falcon sin identificación policial en la calle, dijeron «Sin comentarios» a un puñado de reporteros, y subieron por el camino que llevaba a una casa eduardiana situada en la cresta de una cala pedregosa en Mount Eliza. La casa estaba orientada a unas vistas de un millón de dólares hasta Sorrento desde una hilera de ventanas y, atravesando la bahía, hasta las torres irregulares de la ciudad desde otra, pero en aquel momento el mar estaba negro, los pueblos costeros formaban un cinturón de lucecitas brillantes y la ciudad distante era un reflejo amarillento que se tragaba a las estrellas.

Meg abrió la puerta, recibiéndolos con una sonrisa cansada a modo de saludo y guiándolos hasta un salón con las cortinas cerradas y un fuego de leños apiñados que ardía velozmente.

—Pónganse cómodos —dijo—, Robert está en su estudio. Voy a decirle que ya han llegado.

Volvió unos minutos después.

—No tardará mucho.

Empezó a charlar y Challis la escuchaba a medias mientras se preguntaba por qué estaba tardando tanto Robert McQuarrie. ¿Estaría llamando a su padre para protestar? ¿O el hacerles esperar era sólo un típico e inconsciente ejercicio de poder? ¿Un insulto quizá? Esta habitación necesita colores y muebles que la alegren, decidió, mirando a su alrededor. Era un cuarto inmenso pintado de un blanco reluciente y repleto de cromo, cristal y madera pulida por todos lados, formando ángulos pronunciados.

—Ya no necesitáis hablar con Georgia, ¿no? —preguntó Meg ansiosamente—. Me ha costado siglos que se durmiera.

Challis movió la cabeza.

—No.

Entonces apareció Robert McQuarrie con el aspecto de un hombre acosado por idiotas, llevando todavía los pantalones del

traje, zapatos negros y una corbata medio desanudada sobre una camisa azul pálida de trabajo. Allí estaba el atareado tiburón que nunca descansa, ni siquiera en casa, ni siquiera cuando acaban de asesinar a su mujer.

—Espero que traigan buenas noticias —dijo él.

Challis miró a Meg, que cogió la indirecta y sin mediar palabra, dirigiéndoles una mirada entre tímida y aliviada, salió a toda prisa. Un minuto después oyeron el sonido de un televisor en otro cuarto, la sintonía de la serie de policías estadounidenses donde el protagonista siempre mascullaba: «Mantenme informado».

—¿Y bien?

—Señor McQuarrie, ésta es una foto de usted acostándose con una mujer que no es su esposa.

McQuarrie cogió la fotografía, cerró los ojos con fuerza y se levantó de golpe. Cuando por fin le salió la voz, estaba ronca y llena de tensión:

—Esto no es lo que piensan ustedes.

—¿Oh? —preguntó Ellen—. ¿Y qué es lo que nosotros pensamos?

—Que soy una especie de..., bueno, ya sabe.

No pudo acabar la frase y esperaron a ver qué otras reacciones aparecían. Finalmente Challis le entregó las fotos.

—La docena aproximada de fotos que hemos obtenido parecen concentrarse en cuatro hombres. Aquí están los otros tres.

—Tengo que sentarme.

—¿Necesita beber algo?

McQuarrie dirigió su mirada hacia un armarito con cristalera, titubeó, y se sirvió un whisky.

—¿Es necesario que mi padre sepa esto?

Challis y Ellen no dijeron nada.

McQuarrie se sentó muy erguido en el borde de un sillón.

—Por favor, eso lo destrozaría, destrozaría a mi madre.

Challis se encogió de hombros y ese gesto envalentonó a McQuarrie.

—Tienen esto gracias a esa mujer, Kane —soltó venenosamente.

—¿Cómo? —dijo Challis — . ¿Por qué dice eso?

McQuarrie dobló su labio superior.

—No soy un imbécil. Ella publica ese artículo y, hop, aparecen estas fotos. Su relación con usted la conoce todo el mundo. ¿Está usted haciendo su trabajo sucio o es ella la que hace el de usted?

Su actitud parecía implicar que Tessa era una basura y que,

por lo tanto, Challis también lo era por tratar con ella. Challis se puso muy tenso, tenía ganas de borrar de un plumazo la expresión de la cara del hombre.

McQuarrie notó algo en él, palideció un poco y le dio un trago a su vaso de whisky. Lo reanimó.

—Tessa Kane está en caída libre, ya sabe. Está acabada. No tiene ni la más remota idea de cuál es el sentir de una comunidad y nunca debería haber dirigido un periódico local.

Esa jactancia podría significar dos cosas, pensó Challis: «que Robert McQuarrie piensa honestamente que Tessa tomó las fotos y que éstas no están relacionadas con el asesinato de su mujer, o que es un hombre culpable intentando confundirnos».

—¿Sabe dónde fueron tomadas las fotos?

McQuarrie, incómodo, cambió de postura.

—No creo que deba decírselo. El lugar es lo de menos. Pero puedo hablar con ellos. Abrir tu casa a un periodista es una cosa, el permitir que se tomen fotos es otra muy distinta.

—Señor —dijo Ellen con un desprecio apenas disimulado—, cuanto más tarde en confiarse a nosotros, mayor probabilidad habrá de que esas fotos pasen de mano en mano y encuentren su camino hasta la red, los medios y sus padres. Por el momento es algo estrictamente restringido a la gente que debe saberlo, un puñado de oficiales de confianza. Y no puedo prometerle que siga siendo así indefinidamente.

—Usted no puede acosarme —dijo McQuarrie. Y se humedeció los labios.

Challis exigió con tono neutro:

—Quiero que nos diga, inmediatamente, quiénes son esos otros hombres y dónde fueron tomadas las fotos.

—Tienen derecho a su privacidad... adultos de mutuo acuerdo... estaré encantando de interponerles una demanda y también a esa mujer, Kane —murmuró Robert McQuarrie saltando de pensamiento en pensamiento, mientras su mirada iba de un objeto a otro de la habitación—. No es ilegal, no estábamos haciendo nada malo.

Ellen lo escudriñó.

—¿Y no le molesta saber que alguien en quien" confiaba ha estado tomando fotografías ocultas de usted acostándose con una extraña?

—¿Confiaba? ¿Tessa Kane? Esa sí que es buena.

—No fue Tessa Kane. Obtuvimos estas fotos a través de alguien bastante más cercano a usted que eso.

La cara de McQuarrie se entristeció durante unos instantes mientras examinaba una trayectoria de vida vacía y sin

compromisos.

—¿Quién?

—Pensamos que usted sabe quién.

—No lo sé. Les juro que no lo sé.

—Pensamos que lo sabe.

—¿No deberían estar buscando a quienquiera que haya matado a mi mujer en vez de molestarme con asuntos de mi vida privada?

—Señor McQuarrie —dijo Ellen sin compasión—. ¿Qué cree que estamos haciendo, enseñándole estas fotografías, interrogándole de esta manera, si no es investigar el asesinato de su mujer?

Hizo una pausa para digerirlo.

—Una coincidencia —dijo.

—¿Cree usted realmente que lo es?

—No pueden pensar realmente que fue asesinada por participar en algo tan inocuo como... —Había desparramado las fotos en una mesita baja pero ahora las cogió y empezó a examinarlas—. Ni siquiera sale Janine.

—Piense un poco, señor.

—No lo sé —gimió—. Quizá la mujer o la novia de alguien planeó su asesinato por celos. Pero ¿qué tiene eso que ver con las fotos?

—O quizá su propio marido sintió celos y planeó su asesinato.

—¡No! Eso nunca sucedió.

—Entonces, ¿qué es lo que pasó? —preguntó Challis con una voz muy agresiva; estaba empezando a cansarse de Robert McQuarrie.

En una habitación lejana, el televisor seguía murmurando y el viento soplaba alrededor de la casa.

—Mire. Yo no sé nada de estas fotos. No vi a nadie con una cámara y Janine ni siquiera sale. —Se quedó congelado y Ellen vio el espanto dibujado en su cara cuando cayó en la cuenta.

—Oh, Dios —murmuró.

—Exacto, Robert —asintió Challis, y esa familiaridad era una ofensa para el hijo del superintendente—. Estas fotografías las encontramos almacenadas en el móvil de su mujer, en el teléfono que usted estaba tan impaciente por recuperar.

McQuarrie pareció abrumado.

—¡Yo no sabía eso! ¿Cómo iba a saberlo? Mi padre me dijo simplemente que me asegurara de recuperar todas las cosas de Janine.

—¿Le dijo eso?

Ellen intervino:

—¿Janine disfrutaba con las orgías, Rob?

McQuarrie le lanzó una mirada llena de odio pero no dijo nada.

—No disfrutaba, ¿verdad que no?

McQuarrie tragó saliva y fijó su mirada en la habitación.

—Ella realmente no disfrutaba con esa faceta de nuestro matrimonio.

—¿Así que pensó en darle un buen empujón a la vida sexual de ella?

—La está rebajando y me está rebajando a mí.

—¿O quizá así podía usted acostarse con cuantas mujeres quisiera sin sentirse culpable porque era todo abierto y su mujer se estaba acostando con otros hombres?

—No creo que usted lo pueda entender. Si tienes la libido muy alta, tú...

—Todavía estoy por conocer a alguien que tenga la libido menos alta que usted —soltó Ellen—. Con estas fotos, Janine tenía poder sobre usted. Usted estaría acabado de hacerse públicas. Sería el hazmerreír de todo el mundo. Una decepción para sus padres, especialmente para su padre amante de la ley y el orden. Janine se las enseñó, le dijo que fuera fiel o que lo arruinaría, pero no supo juzgarlo bien y perdió la vida por esa razón.

—¡Yo estaba en Sídney!

—Entonces, ¿a quién contrató Rob? —preguntó Ellen.

Challis la miró con cautela. Estaba tensa con una mezcla de enfado, asco y decepción. La intimidad entre ellos de las primeras horas del día había desaparecido casi por completo. No era ninguna puritana, pero odiaba la falsedad y la taimada hipocresía de las fiestas sexuales, las fotografías y los actos de maridos como Robert McQuarrie. Y él se preguntó si ella estaría pensando en engaños, amores ilícitos y matrimonios vacíos.

Entretanto, McQuarrie estaba francamente ofendido.

—¿Usted de veras cree que yo conozco a gente así, asesinos de alquiler, matones, o comoquiera que se llamen?

«Una pregunta muy razonable», pensó Challis. No la respondió. Entonces, McQuarrie la enlazó con otra pregunta razonable:

—Además, ¿cómo se puede planear algo así en unas pocas horas?

Ellen rebotó la pelota.

—¿Y eso significa...?

McQuarrie se dio cuenta de la trampa en la que se estaba metiendo y echó marcha atrás.

—Lo que quiero decir es que obviamente los asesinos

necesitaban tiempo para investigar sus movimientos, dónde vivía, dónde trabajaba, ese tipo de cosas.

—Robert, usted dijo «unas pocas horas». Janine le enseñó las fotos, ¿no es así? Y usted hizo unas cuantas llamadas telefónicas y...

—¡No! —Les lanzó una mirada de animal atrapado y se hundió en su silla—. Ella no me las enseñó. Llegaron por correo.

—¿Por correo?

—En un sobre de papel manila. Estaba convencido de que Tessa Kane o alguien de su oficina las había enviado.

—¿Cuándo sucedió eso?

—El lunes.

—¿Había algo en el sobre aparte de las fotos?

—No.

—¿Ninguna petición de chantaje?

—No.

—¿Conserva usted el sobre y las fotos?

—Sí. Lo escondí. Quería conservarlo todo en el caso de que hubiera un intento de chantaje.

—Hombre prudente —dijo Challis con un tono de incredulidad.

—Si hubiera sabido que Janine había tomado las fotos y me las había enviado, hubiera intentado hablar con ella, lo juro.

Se quedaron mirándolo.

—¿Ha hablado con alguno de los otros tres hombres? —preguntó Ellen.

—No.

—Pero ¿los conoce?

—Sí.

Y les dio los nombres de un cirujano, un contable y un director financiero.

—No quiero que alerte a estos personajes.

—Por supuesto que no —dijo Robert McQuarrie, aliviado ahora al pensar que Challis se había desentendido de él aunque fuera sólo por un tiempo.

Capítulo 31

Tessa Kane se quedó trabajando hasta tarde rumiando el tono de su entrevista con Ellen Destry. ¿Entrevista? Interrogatorio era la palabra adecuada. Destry había sido abiertamente hostil. Ahora eran más de las diez en punto; estaba cerrando la puerta con llave para la noche y justo estaba volviendo a meter las llaves en su bolso cuando una voz refunfuñó:

—Deje de meterse en mi vida privada.

Tuvo un sobresalto, convencida de que su atacante la había esperado. De que estaba yendo más allá, buscando el contacto personal, sin limitarse ya a las cartas amenazadoras, ni a tirar piedras contra su ventana. Tragando saliva, se forzó a darse la vuelta.

—Señor Mead —dijo, extrañamente aliviada.

Le duró poco.

—Visitó a mi mujer sin previo aviso.

Llevaba un abrigo muy grueso, sus zapatos relucían y su cara estaba punteada de gotitas de lluvia, otorgándole un aire de emociones poderosas apenas dominadas. Dio un paso en su dirección, quedando fuera del haz de luz de la farola más cercana. Miró por encima de él, buscando peatones útiles o vías de escape, pero la entrada del edificio del Progress no estaba en la fachada, sino en un lateral y tapada por unos matorrales. Tampoco podía encontrar refugio en la constante riada de tráfico de la calle principal, y en ese momento no había peatones en las aceras.

—No voy a atacarla, vaca estúpida —soltó Mead—. Simplemente la estoy avisando de que se mantenga lejos de mi mujer.

—Yo sólo...

—Pues no lo haga, ¿vale?

Su cara estaba contraída por algo que no era ira, sino duda, y eso le devolvió la valentía a Tessa.

—Lo único que deseo es otra perspectiva.

—Pues pregúnteme a mí si está tan deseosa de saber.

—Ya se lo pregunté y no saqué nada en limpio.

Ahora, Mead volvía a ser el de siempre otra vez. Su labio se dobló hacia arriba.

—No suelo hacer favores especiales. La información que le di es la misma que le había proporcionado a los medios de Melbourne y a los de ámbito nacional.

—Son bobadas para dar una buena imagen, nada más. Yo escribo mis propios artículos, no un refrito de notas de prensa. Usted todavía no ha respondido a los alegatos concretos que hice respecto a las falsificaciones del número de empleados y a las falsificaciones de informes efectuadas por sus jefes de departamento. Hay muchas irregularidades que pienso seguir investigando.

—No se corte un pelo.

—¿Y qué piensa hacer sobre las automutilaciones?

Charlie Mead enseñó sus afilados dientes mientras se daba la vuelta y se iba.

—A todos mis oficiales se les ha ofrecido terapia por posibles traumas.

Ésa fue la gota que colmó el vaso para Tessa. Cuando llegó a casa, encendió el portátil, con una copa de vino tinto a mano, y empezó a navegar por la red en busca de información acerca de Charlie Mead.

Vyner había conducido de vuelta a Melbourne después de enterrar a Gent y de meter la pala y la ropa que llevaba encima en contenedores de obra de la autopista de Nepean. Se duchó, alquiló una película, comió pasta en una terraza de Southbank, y ahora estaba viendo el último telediario de la noche. Gracias a Dios, no había habido más novedades, no más pistas encontradas o llamadas anónimas que le dieran dolor de cabeza. Apagó la tele y se acercó a mirar la noche a través de una rendija en las cortinas que siempre mantenía cerradas. El piso décimo, pero no tenía las vistas sobre el río y las grandes avenidas de la ciudad, sino sólo vistas sobre las calles y los edificios húmedos que reflejaban la luz como paneles de cristal o hielo. Sintió un escalofrío. No había nadie ahí fuera pero podía sentir cómo se le cerraba un poco el mundo. Sacó su diario y escribió: «Cantad los nombres de las edades perdidas. Descubrid los códigos de los guerreros del universo».

Ése era todo el ánimo que necesitaba. Y estaba listo cuando en su móvil entró un mensaje de texto.

«¿Solucionado?»

Vyner le envió la confirmación de vuelta. Sí, el que hacía las llamadas anónimas estaba muerto y enterrado.

Andy Ascher se bebió unas cuantas cervezas en la barra principal del pub de Fiddlers Creek después del entrenamiento de fútbol y volvió a su casa tarde por la noche, sólo para encontrar a Natalie Cobb recorriéndose el salón de punta a punta, mientras Jet sonaba a todo trapo en el CD. Pobre del pensionista que vivía en el piso de al lado. Debía de haber encontrado su otra llave —encima de la caja de electricidad, tendría que pensar otro lugar — y haberse colado. Seguía llevando algo remotamente similar a lo que se supone que es el uniforme del colegio de secundaria de Waterloo y Andy se dio cuenta enseguida de que debía de haber estado fumando hierba o tomándose unas dosis de éxtasis o nieve o coca desde el palo que habían dado esa tarde, y que estaba con un pasote importante allí en su salón.

Y también paranoica.

—Creo que la mujer del poli me está espiando.

—¿Quién?

—Sutton, un detective de Waterloo. ¿Lo conoces?

Andy no conocía a ningún detective ni a ninguno de los policías uniformados salvo a John Tankard, su entrenador de fútbol. Se acercó a la ventana y miró afuera. Salmón Street estaba silenciosa y la bahía, oscura y tranquila más allá de los edificios de pisos de los manglares.

—¿Qué pasa con él?

—Su mujer trabaja para el Departamento de Sanidad de la Comunidad, se ocupa de mí, de mi hermana y de mi madre, pero sé que es una espía. La muy jodida gorda.

Caminando sin parar de arriba abajo, guapa, de los nervios, y con un colocón de narices.

—Escucha —prosiguió—, necesito sin falta algo de pasta.

—¿Tan pronto? ¿Y qué hay del dinero que te di antes?

Como si no lo supiera.

Se agachó y luego se volvió a incorporar, con los puños apretados contra los pechos, implorándole:

—Andy, por favor, ¿no podríamos dar el palo en otra casa?

—No, esta noche es imposible —dijo él con firmeza—. La gente está mirando la tele, metiendo a los niños en la cama. Y, además, es demasiado pronto.

—Por favor, Andy. Te lo voy a devolver.

Al final se estiró con 100 dólares y ella se aplacó lo suficiente como para ofrecerle hacérselo con la boca, con las manos, incluso

con los pies si era eso lo que él quería. Sonrió con tristeza.

—Está bien, Nat. No me debes nada. Escucha, mañana hacemos otro trabajito, ¿vale?

—¿Dónde has estado? —preguntó su marido en cuanto ella entró en casa.

Ellen se quitó la bufanda y la chaqueta sin ninguna prisa y las colgó en un gancho junto a la puerta de atrás. Comprobó la hora en su reloj, repasando todavía sus movimientos: eran casi las nueve y media. El interrogatorio de Robert McQuarrie le había llevado una hora y el viaje de vuelta a Waterloo —donde había depositado a Challis— y luego a casa, unos veinte minutos. De todas formas ya tenía un estado de ánimo lo suficientemente inestable como para que su marido encima lo disparara más. Quería castigar a toda costa a Robert McQuarrie y no se fiaba de sus sentimientos cuando estaba cerca de Challis, algo que la ponía de los nervios. Y ahora ahí estaba Alan tocándole las narices.

—Interrogando a un sujeto —explicó, mientras se movía alrededor suyo.

—Apuesto a que sí.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —dijo ella, caminando con impaciencia junto a él hasta la cocina.

—Acompañaste a quien-te-dije hasta su casa, ¿no es cierto? ¿Y qué? ¿Te invitó a beber algo? ¿O te preparó algo de comer? ¿O quizá parasteis en algún sitio primero?

—Déjalo ya.

Su cena, una lata de curry thai congelado vertida encima de un arroz estaba sobre la mesa, silenciosa y malquerida. La cocina —mesa, bancos, fregadero— estaba impecable. Ellen supo al instante que lo que se esperaba de ella era que se deshiciese en alabanzas y agradecimientos. En lugar de eso, deslizó su plato en el microondas sin mediar palabra, fijó el temporizador y se sirvió una copa de vino.

—¿Así que estuviste?

—¿Estuve qué?

—Saliendo por ahí, con Challis.

—Sí.

—¿Y qué hicisteis?

—Ya te lo he dicho, interrogamos a un individuo. En Mount Eliza, ya que te interesa tanto.

Hubo una pausa y la rompió Alan diciendo:

—¿Tuviste que llevarlo a casa luego?

Ella disfrutaba siendo obtusa.

—¿A quién, al individuo?

Su mandíbula y sus puños se tensaron y ella pensó que, si lo llevaba lo suficientemente lejos, acabaría por pegarle. Y sintió, en esos momentos, una curiosa neutralidad al respecto, como si fuera una hipótesis poco importante que debería probar un día.

—Challis —dijo con la voz ahogada.

Decidió darle una tregua.

—Tiene un coche prestado.

«Lamentablemente», le dieron ganas de añadir.

El microondas pitó y ella recogió su plato, borboteante y al rojo vivo. Alan la miró mientras comía. Ella hubiera preferido que no lo hiciera.

—¿Te gusta?

—No está mal.

—Te estuve esperando pero me entró hambre —explicó con inocencia. Y ella recordó que debería forzarse a verlo, en su imaginación, como alguien infantil, vulnerable y sencillo, como el chico con el que se casó. Siguió comiendo. Tenía un apetito feroz.

—He visto las noticias. ¿Sigues trabajando en el caso McQuarrie?

—Sí.

—¿Algún sospechoso?

—Unos cuantos.

—Así que no vas a tener tiempo libre en un futuro cercano. —No.

—Había pensado —dijo él— que podríamos ir a la ciudad, dormir una noche en el Windsor, ver cómo anda Larrayne.

A Ellen le parecía una idea estupenda en sí misma, pero su instinto le decía que Alan estaba proponiéndoselo exclusivamente para alejarla de Challis y recordarle, asimismo, sus responsabilidades familiares. Responsabilidades de esposa. Y como no la conocía, o había dejado de conocerla, había pensado que un gesto romántico la desarmaría.

—Por el momento me es imposible —dijo, apurando su vino.

—Te deben horas libres por el día de ayer. Y yo libro todo el viernes.

—Alan, estamos en medio de una investigación muy importante.

—Tú y Challis.

—Y los otros, bastantes personas más.

Le cogió la mano para apaciguarla.

—Sólo quiero que te cuides, eso es todo, que no acabes por destrozarte la salud.

«Sí, seguro», pensó Ellen.

—Por ejemplo, ¿era realmente necesario que salieras a toda prisa esta mañana para recoger a Su Alteza? ¿Por qué no llamó un taxi? En vez de eso te obliga a dar un largo rodeo para ir a buscarlo. ¿Dónde me dijiste que vive?

Ellen se lo dijo sin pensar, luego se dio cuenta de lo que había hecho y lo observó detenidamente. Pero su marido era un hombre de apariencias, un buen actor, y estaba repasando, con aire distraído, las cuentas domésticas que había en una cesta de mimbre. Sólo Dios sabía qué nuevos motivos de hacerle la vida imposible podía encontrar allí. Se sirvió un vino que realmente no deseaba pero que al menos le mantendría ocupadas las manos y la boca durante un tiempo.

Capítulo 32

Organizaron tres equipos y el jueves por la mañana abordaron al cirujano, al contable y al director financiero. Las seis en punto, ninguna luz que se filtrara por el cielo todavía, las casas durmiendo o empezando justo a desperezarse. Una hora en la que las cabezas todavía seguían nubladas y las bocas, flojas.

Challis y Ellen supieron más tarde gracias a Scobie Sutton y a los detectives de Mornington que el cirujano y el director financiero habían desplegado todo un abanico de emociones, que iban desde el shock genuino hasta el espanto y el ultraje, por lo que era evidente que Robert McQuarrie no los había alertado. Después de sentirse ofendidos se habían sentido avergonzados y amedrentados. Y les habían pedido que los entendieran y que por favor les ahorraran a sus mujeres ese trago. El cirujano había ido a esas fiestas con su cuñada y el director financiero, con su secretaria. Sus coartadas eran muy sólidas y les habían confirmado que, en efecto, habían recibido por correo fotos suyas el lunes sin ninguna nota adjunta, pero, al igual que Robert McQuarrie, supusieron que alguien del Progress se las habían enviado y tenían miedo de que les hicieran chantaje o de salir en los medios.

El contable, en cambio, era harina de otro costal y no podía parecerse menos a Robert McQuarrie, al cirujano o al director financiero. Se llamaba Hayden Coulter y vivía solo en una casa loft de adobe en la colina que se alzaba sobre la playa de Penzance. El camino de entrada era muy estrecho y la pequeña rotonda, un poco extraña, así que Challis hizo lo que siempre hacía en lugares desconocidos: aparcar el coche mirando a la carretera para que él y Ellen pudieran escaparse sin impedimento alguno.

Coulter los recibió en la puerta vestido con camisa, corbata, pantalones y zapatillas de felpa. Tenía la cara limpia y lisa, al estar recién afeitado, y había huellas de peine en su pelo húmedo recién salido de la ducha. Debía de andar por los cuarenta —

estimó Challis — y estaba acostumbrado a jugar sus cartas apretándolas bien contra el pecho. Los miró impávido y los invitó adentro, fuera del frío.

Lo siguieron hasta la cocina, y se sumergieron en el aroma de café y tostadas.

—¿Puedo ofrecerles algo?

Ellen miró a Challis y respondió por los dos:

—No nos vendría mal un café.

—Acérquense una banqueta.

Coulter sirvió el café y se sentó frente a ellos, preciso, contenido, alerta, con sus ojos grises claros y tranquilos. No dijo nada, ni mostró curiosidad o aprensión. «Nos va a ganar a base de paciencia», pensó Challis mientras le pasaba una foto por encima de la mesa.

—¿Es usted, señor Coulter?

—Sí.

—¿Qué puede decirnos sobre ello?

—Estoy acostándome con una mujer, en una cama, mientras otros hombres y mujeres nos miran.

—¿Recibió una copia de esta foto en el correo del lunes?

—Sí.

—¿Y qué es lo que pensó?

—No pensé nada. No tengo nada que ocultar. No me pueden chantajear y no voy a permitir que lo hagan.

—¿Le chantajearon con algo?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe que es chantaje?

—Supongo que me están preparando para ello —dijo Coulter, y sopló la superficie humeante de su café.

—Dice que no pueden chantajearle y que no lo van a chantajear —dijo Ellen—. ¿Eso es pura presunción?

—No pueden ni me van a chantajear porque no puede importarme menos —explicó Coulter—. ¿Y qué si voy a fiestas sexuales? No tengo ninguna familia que pueda avergonzarse si esto sale a la luz y a mis clientes les daría igual. Represento intereses en la industria de las carreras de caballos y mi reputación se basa exclusivamente en mi habilidad en ganar y ahorrar dinero para ellos, cosa que hago con mucho éxito.

A Challis le disgustaban tanto la vanidad como la frialdad del hombre.

—¿Construyó usted mismo esta casa? —preguntó al observar que las manos de Coulter estaban endurecidas por el trabajo y no casaban bien con la tela suave y cara de su camisa.

—Sí, la hice yo.

—Impresionante.

Coulter no dijo nada, pretendiendo instaurar un silencio disuasorio.

Ellen acabó su café.

—¿Tiene idea de quién le envió las fotos?

—Janine McQuarrie. Por eso están ustedes aquí. ¿No es cierto? ¿Creen que yo la maté?

—¿Lo hizo?

Coulter parecía estar aburrido.

—¿Por qué? ¿Qué razón habría?

—Ella suponía una amenaza para su reputación:

—Quizá no me hayan escuchado bien: me importa un bledo mi reputación.

—Las fotos, o la propia Janine, ¿eran una amenaza en otro sentido?

—Nunca conocí a esa mujer.

—La asesinaron por aquí cerca. ¿Había venido a verlo?

—No, y de todas formas yo no estaba aquí, sino en mi oficina de Mornington y huelga decir que puedo probarlo. Pero quizá se estaba dirigiendo hacia aquí con más fotos.

Challis pensó entonces que, si a Janine la mataron porque estaba intentando chantajear a alguien, ¿no hubiera querido ese alguien rebuscar las copias de esas fotos en la casa y la oficina de ella? Sin embargo, nadie había allanado ninguno de esos lugares. Por otro lado, era de suponer que Robert tenía acceso a las llaves.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Coulter dijo:

—¿Llevaba copias con ella cuando la mataron?

«Nunca dejes que ellos hagan las preguntas.»

—¿Cómo sabe que fue Janine McQuarrie la que le hizo la foto?

—Vi cómo lo hacía.

—¿Con qué?

—Con su teléfono móvil. Verá, yo voy a esas fiestas para observar caras y reacciones. Todo el resto de la gente mira la parte sexual. La vi, vi lo que estaba haciendo. Me pareció divertido, aunque me sorprendió recibir fotos en el correo. Creí que estaba haciéndolas para satisfacer alguna pulsión erótica muy básica y aburrida.

—¿La vio alguien más? —preguntó Ellen. Challis se dio cuenta de que ella tenía la mandíbula muy tensa, señal de que detestaba a Coulter.

—Posiblemente, pero en eso consiste su trabajo, ¿no es así? Me lo puedo imaginar: la policía entrando en tromba, golpeando cuarenta o cincuenta puertas, asustando a personas que hasta entonces pensaban que su cutre secreto estaba a salvo de

cualquier escrutinio, y, por supuesto, todos van a negar que sabían algo de Janine McQuarrie y de sus patéticas fotografías.

—Usted sí que es patético —dijo Ellen.

Coulter sonrió satisfecho por haberla provocado y Challis percibió al fin, detrás de esa tranquila fachada, a un hombre vacío.

—Señor Coulter, usted nos ha dicho que sus clientes están en el negocio de las carreras de caballos.

—Sí, y puedo asegurarles que algunos de ellos no son trigo limpio y un puñado de entre ellos conocen al tipo de hombre que mataría a alguien por unos pocos miles de dólares.

—¿Y usted conoce a hombres así?

—Si los conozco, no me lo han anunciado.

—¿Le llegan rumores?

—Toda mi vida he estado rodeado de rumores. ¿Significa eso que vaya a informar? No.

—Pero ¿sabría a quién dirigirse si quisiera matar a alguien?

—Puede que lo supiera, pero no lo haría. No me importa nada lo suficiente como para desearle la muerte a nadie. Soy incapaz de subir la temperatura emocional. No hay nada que quiera preservar, nada que desee ganar. Esa mujer podría haber sacado mi foto en Internet y me habría dado exactamente igual. Y ahora, si ya han acabado, tengo una cita en un establo de Mornington dentro de treinta minutos.

—Muy temprano —observó Challis.

—La gente de las carreras de caballos es muy madrugadora.

«Así van a ser las cosas entre nosotros —pensó Challis—. Ninguna confesión, ninguna clara señal de culpabilidad. Tan sólo un trabajoso recorrido a través del pasado y el presente de Coulter.»

Capítulo 33

Robert McQuarrie y los otros hombres habían identificado la decoración de las fotos de Janine McQuarrie como perteneciente a dos habitaciones de una casa de la parte vieja de Mornington, donde se asentaban sólidas construcciones en calles frondosas, que estaba tan sólo a un pequeño paseo de distancia del parque, las playas y la calle principal. Ellen condujo, aminorando la velocidad sólo en una ocasión para señalar un edificio bajo, largo y moderno que estaba en un estado lamentable: tiras de papel y celofán atrapadas en la valla, césped descuidado, pintura desconchada, equipamiento de parque infantil cubierto de óxido y moho.

—Eso fue terrible —dijo ella.

No necesitaba dar más explicaciones. Una guardería: al marido y a la mujer que la llevaban los acusaron de abusos sexuales. Al final no se presentaron cargos tras una investigación que no condujo a nada. Pero el caso seguía abierto.

—Y cien metros más allá, tenemos a los Wavell con sus saludables orgías —continuó ella.

Antón y Laura Wavell, los dos de cuarenta y pocos años y los dos en casa a las ocho y cuarenta y cinco un jueves por la mañana.

—Trabajamos en casa —explicó Antón mientras los guiaba hasta el salón. Era un hombre delgado, pelirrojo y anodino, con largos y pálidos dedos que se agitaban desde el cinturón hasta la boca para ir a morir al cuello.

—Facilitamos servicios informáticos —explicó Laura—. Mejora de sistemas, recuperación de datos, diseño de páginas web, eliminación de virus. De manera que si alguna vez tienen problemas...

«Está promocionando el negocio —pensó Challis—, aunque sospeche la razón que nos ha traído hasta aquí.» Examinó a los Wavell. Hacía tiempo que había dejado de sorprenderse ante el parecido que los maridos y las mujeres desarrollan entre sí. Al

igual que su marido, Laura Wavell era pelirroja. Tenía un montón de pecas en una cara muy ancha y una estropajosa cabellera roja domesticada por grandes hebillas de pelo.

—¿Les gustaría verlo? —preguntó mientras señalaba una puerta cerrada situada al fondo de la habitación.

Había una nota de desesperación en la pregunta, como si Challis y Ellen fueran a formarse una mejor opinión de los Wavell si se les enseñaba un cuarto lleno de tecnología de última generación y la evidencia de un trabajo normal y cotidiano. Según la experiencia de Challis, la culpa nunca andaba muy alejada de la superficie cuando se trataba de las tendencias sexuales de la gente normal. Los únicos que nunca demostraban tener conciencia o remordimientos eran los pederastas empedernidos. Los Wavell seguro que estaban a un tris de alegar suave y temerosamente que lo único que hacían era ayudar a los demás a divertirse un poco. Challis no tenía ninguna opinión moral en un sentido o en otro sobre las fiestas sexuales. No le importaba lo que hacían los participantes: lo único que le importaba era cuando alguien dejaba de jugar a ese juego.

—En otra ocasión —dijo y se sentó en un sofá muy blando, obligando así a los otros a sentarse. Había una gran pantalla de televisión de plasma en una esquina de la habitación, un pequeño bar, un puñado de sillas ligeras de Ikea, alfombras y almohadones de colores, luminarias en paredes y techos. El sol invernal mostraba las motas de polvo y las huellas de dedos, logrando que la carga erótica de la habitación no llegara a ser ni tibia. Colocó las fotos de Janine McQuarrie sobre la superficie de la mesa, fabricada a partir de tablas de tarima recicladas, en forma de caja amplia y baja con un par de cajones correderos.

—Estas fueron tomadas en dos de sus dormitorios la noche del pasado sábado.

Se hizo un silencio durante unos instantes. Antón tragó saliva y mantuvo sus manos ocupadas. Laura estiró la espalda, inclinó las rodillas hacia un lado y recogió las manos en su estrecho regazo.

—No hicimos nada malo —explicó ella.

—Y desde luego nosotros no tomamos esas fotos —dijo Antón. Registre la casa si quiere. No hay cámaras ocultas.

—Las cámaras están rigurosamente prohibidas.

—Van en contra de la etiqueta.

—Oh, etiqueta —dijo Ellen, y Challis percibió algo peligroso en su cara y en su voz. Cuando Ellen se desmelenaba era todo un espectáculo. Y de vez en cuando incluso daba sus frutos.

—Tenemos un código ético —dijo Antón.

—Código ético —repitió Ellen en tono monocorde.

—Sí.

—¿Conoce a estos hombres?

—Asisten a nuestros eventos.

—Eventos. Ésa sí que es buena —dijo Ellen—. Voy a ver si puedo «eventar» a mi marido esta noche si es que no está muy cansado.

Antón se enardeció:

—Puedo leerla como si fuera un libro abierto. Cree que nuestras fiestas son un poco guarras porque en el fondo usted piensa que el sexo es sucio. Y no lo es.

—A mí siempre me ha gustado ser un poquito guarra —dijo Ellen—. ¿Hal?

—A mí también —asintió Challis cautelosamente mientras se preguntaba si esa furia era debida a su decepción con él. La había deseado la víspera, y el día anterior, y ella lo había notado. Pero no había hecho nada al respecto. ¿Habría querido ella que lo hiciese?

Colocó una fotografía de Janine McQuarrie en la mesa baja: el retrato que le hicieron en un estudio fotográfico para el Gabinete de Psicología Bayside.

—¿Conoce a esta mujer?

Se acercaron a mirarla con expresión obediente.

—Ha estado aquí.

—¿Ha asistido a las fiestas sexuales?

—Sí — dijo Antón tensamente.

—Es una de las esposas —dijo Laura como para subrayar la legitimidad de todo ello.

Ellen se inclinó hacia delante y con gran precisión y concentración dijo:

—La mataron hace dos días casi a esta misma hora.

Ya lo sabían. El rostro de Janine había aparecido profusamente en todos los telediarios y periódicos.

—Todavía sigo sin ver qué es lo que tiene que ver todo esto con nosotros.

—¿Seguro que no lo ve?

—No.

—Hizo estas fotos en una de sus fiestas y ahora está muerta.

Una pausa.

—¿Ella las hizo? ¿Cómo?

—Con el teléfono móvil.

Los Wavell empezaron a removerse en sus asientos como si estuvieran dándose de tortas por no haber pensado en eso antes, por no haberlo controlado.

—Pero ¿porqué? —preguntó Laura.

Ellen la ignoró.

—Cuénteme más sobre esas orgías suyas —dijo en su acostumbrada forma imprudente y peligrosa.

—No son orgías. Explícaselo tú, Antón.

—No son orgías.

—De acuerdo, sexo en grupo, pandillas rijosas. Cuénteme más acerca de eso.

—Nos ha estado provocando deliberadamente. Ha estado rebajando todo lo que hacemos deliberadamente —protestó Laura.

—No estamos haciendo nada malo, nada ilegal —dijo Antón—. No hay drogas, ni coerción, ni chicas menores de edad, ni enfermedades de transmisión sexual, sólo sexo sano y seguro entre adultos que están de acuerdo.

—Actos múltiples sexuales entre adultos desesperados —rezongó Ellen.

—No están desesperados. Explícaselo, Antón.

—Parejas que ya tienen con quien acostarse y quieren explorar y ampliar sus horizontes.

—A mí me suena a miedo y a desesperación —apuntó Ellen—. Sabían que Janine McQuarrie estaba tomando estas fotos, ¿verdad?

—No. Nada más lejos.

—Ustedes la animaron a hacerlo.

—En ningún caso.

—Ustedes se lo encargaron —intervino Challis —. Dirigen una pequeña red de chantajistas muy apañada y Janine era socia suya. Ustedes enviaron estas fotos a cuatro de sus víctimas potenciales para que se fueran ablandando antes de pedirles el dinero.

—No sea idiota. ¿Por qué íbamos a hacer eso? Nuestras fiestas, como a ustedes les gusta llamarlas, se acabarían enseguida.

—Poder. Dinero. Venganza.

—No nos interesa. Somos personas decentes. No somos criminales.

En medio del silencio que siguió a esto, Antón dijo mansamente:

—¿Necesitamos contratar a un abogado?

Ellen señaló un trasero pálido, granujiento y globular. —Aquí tiene uno.

Él enrojeció de furia.

—¿Nos van a clausurar las fiestas?

—¿Clausurarlas? —dijo Ellen, sorprendida—. Pero ¿por quién



nos toma?

Capítulo 34

Eso pasó a primera hora del jueves. Se había levantado un viento descarnado para cuando Challis y Ellen regresaron a la UIC. Challis tenía un mensaje diciendo que telefonease a su anciano vecino de la casa de al lado.

—Ha caído un inmenso eucaliptus y se ha quedado atravesado en tu camino de entrada, Hal. Sobresale hasta el borde de la carretera. Intenté cortarlo pero no pude poner en marcha mi motosierra.

—Prueba con los del condado —dijo Challis mientras se quitaba el abrigo.

—Ya lo he hecho. Hay árboles y ramas caídas por todas partes y no pueden asegurarme que lo hagan hoy.

Challis soltó una palabrota. Las diez en punto. Tenía que asistir a la investigación judicial de la Marina a las once.

—Estaré ahí dentro de un cuarto de hora.

Se puso otra vez el abrigo de mala manera, agarró su portátil y las notas de la investigación y se pasó un momento por el despacho de Ellen.

—Estaré fuera dos o tres horas. Quiero que llames a la hermana de Janine. Dudo mucho de que a Janine le gustara hacer confidencias, pero estoy seguro de que Meg intuyó algo sobre sus actividades más recientes.

Ellen se apoyó en el respaldo de su silla mientras se golpeaba los dientes con un bolígrafo.

—Todo lo que atañe a este caso es un rastro de un resquicio de una leve probabilidad de una posibilidad.

Se sintió muy aliviado cuando la vio sonreír.

—Y descrito de una manera muy elocuente.

Challis condujo hasta su casa por carreteras festoneadas de ramales, ramas y largas tiras de corteza. Y para cuando logró que su motosierra funcionara a base de palabrotas, taló el árbol, apartó rodando los segmentos del tronco de la carretera, se duchó y volvió a vestirse. Era evidente que ya no iba a llegar

puntual a su investigación judicial.

Las conclusiones fueron las que cabía esperar: el encargado de las armas de la Marina había matado al gorila del Hotel Fiddlers Creek y luego se había suicidado. Había estado emborrachándose en el bar del hotel pero también estaba bajo los efectos de una mezcla de drogas que le había comprado al cadete de la Marina, y esto, sumado a su indignación por haber sido expulsado del hotel, le había hecho perder la cabeza.

Pero el juez de primera instancia fue un paso más allá, basándose en el propio informe de Challis, subrayó que el encargado había utilizado una pistola Browning automática de la armería y recomendó que se abriera una investigación para averiguar cómo había podido sacarse de allí a pesar de la vigilancia electrónica y de los controles bisemanales del inventario, y si se habían sacado de allí o no otras armas, y, en caso afirmativo, quién las tenía.

El proceso continuó a buen ritmo y a primera hora de la tarde Challis ya estaba saliendo, luchando contra un viento racheado, claros esporádicos, y oscuros nubarrones. Se apresuró a meterse en el coche, comprobó la pantalla de su móvil y vio que el superintendente McQuarrie le había llamado. Dos veces.

—Soy Challis, señor.

—Al fin. ¿Tenía apagado el móvil, inspector?

—La investigación judicial, señor, el tiroteo de la Marina.

—¿Y?

—Suicidio por asesinato.

Interrumpiendo la pausa que siguió, el superintendente dijo tensamente:

—Tengo entendido que volvió a visitar a mi hijo.

—Señor.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Cabos sueltos —contestó Challis.

Estaba seguro de que Robert no le había contado a su padre la visita de la noche anterior. ¿La cuñada? No. Decidió que lo más probable era que hubiera sido uno de los espías de McQuarrie.

—¿Como por ejemplo?

Challis empezó a debatirse en su interior. ¿Podía él razonablemente lograr impedir que el súper se enterase de lo de las fotos? En cualquier caso estaba listo: iba a cargársela si se lo contaba y también si no lo hacía.

—Era en parte una visita de cortesía, señor, y volvimos a repasar cosas para ver si podía recordar algún detalle adicional sobre su mujer.

—¿Repasar? ¿Y qué hay de las novedades, inspector?

Como si estuviera sugiriendo que Challis no había sido lo suficientemente exhaustivo la primera vez y que además le encantaba molestar a la gente importante e influyente.

—Al carecer de pistas necesitamos comprobar los registros telefónicos de nuevo —dijo Challis—, leer la correspondencia, buscar lagunas e incongruencias en las declaraciones de los testigos y hablar con nuevos testigos que puedan presentarse.

«Jesús.»

McQuarrie se quedó en silencio. Y luego dijo:

—Creí que ya habíamos decidido que éste era un caso de persona equivocada en el lugar equivocado a la hora equivocada.

«Usted lo decidió», pensó Challis.

—Es importante mantenerse abierto a cualquier posibilidad, señor.

—Investigue más a fondo a la mujer del programa de protección de testigos.

Se hizo otro silencio y luego McQuarrie pareció andar de puntillas sobre sus palabras:

—¿Hay algo acerca de Janine que yo deba saber? ¿Un amante secreto? ¿Estaba sustrayendo fondos de la clínica? ¿Chantajeando a sus clientes?

«¿McQuarrie está simplemente esperando a que se le diga lo peor? —se preguntó Challis— ¿O es que sabe algo que nosotros no sabemos?»

—Sea lo que sea, lo averiguaremos —dijo Challis.

Era necesario decir ese tipo de cosas tanto a tu jefe como a un público timorato. Lo sentía de verdad pero en esos momentos lo estaba diciendo para callarle la boca a McQuarrie. Deseoso de seguir con lo suyo, acabó la conversación y regresó a su despacho de la UIC y a una montaña de papeles atrasados que tenían mucho que ver con las medidas de ahorro del superintendente. «El presupuesto acaba con los recursos —pensó Challis—, el papeleo acaba con el tiempo y la jerga acaba con la lógica.»

Harto, se fue a buscar a Ellen.

—¿Te dijo algo Meg?

—Sí y no. No estaban muy unidas pero sí que se dio cuenta de que Janine parecía mucho más feliz en las últimas semanas.

Challis se pasó las manos por las mejillas con gesto cansado.

—¿Una aventura? ¿Alguien que conoció en las fiestas?

Ellen se encogió de hombros.

—No hay nada que sugiera un amante en su correo electrónico, registros telefónicos o correspondencia. No le hizo confidencias a nadie. Si hay un amante, borró muy bien las pistas. ¿Quieres que siga investigando?

Movió la cabeza distraídamente, volvió a su oficina y atacó de nuevo su bandeja de papeles pendientes. En un momento dado necesitó su ordenador. No estaba allí. Tampoco estaba en su coche. Luego se acordó: lo había dejado encima de la mesa de la cocina. Se había ido a su casa, enfundado en su mono de trabajo, había talado el árbol caído y volado hasta la investigación judicial. Challis siempre se fiaba de su instinto y ésa era una sensación insidiosa que lo instaba a no perder ni un minuto.

Corrió escaleras abajo hasta el aparcamiento, se subió en su coche prestado y se dirigió a la ciudad. En la segunda rotonda giró en dirección noroeste, echándole un breve vistazo a Waterloo Mowers, donde las luces tenían un color amarillento bajo una fina película de gotitas de lluvia, y un hombre con un impermeable estaba comprobando melancólicamente las filas de cortadoras de césped aparcadas afuera en la hierba. Sus ruedas chirriaron y otros coches le salpicaron con agua sucia el parabrisas.

Muy pronto estaba conduciendo a través de una penosa hilera de viviendas protegidas y un par de encharcados establos de caballos. Luego empezaba la zona de curvas donde las casas de un estilo de vida caro tenían exiguas vistas sobre la bahía de Westenport. Aparte de éstas, las casas ahí eran más viejas: granjas de fibra de vidrio un poco desgastada, tablas de chilla y capas de ladrillo entre cobertizos oxidados, pinos despeluchados, Huertos y embalses. Ese invierno había resultado ser muy húmedo, incluso en los comienzos de la estación: los embalses estaban llenos, las carreteras secundarias de arcilla, grasientas, en las zanjas el agua corría furiosamente y las inundaciones arrastraban barro y gravilla desde los caminos de tierra que cruzaban las carreteras clausuradas.

Así es como Challis reconocía su propio camino, la mancha sucia marrón y amarilla atravesada en la superficie de betún. Salió de la carretera, chapoteando por los charcos de barro mientras escuchaba cómo se apagaba la calefacción del coche con un estertor. Llegó a su entrada de coches, giró para enfilarla, bordeando los troncos cortados y las ramas del agapanto muerto, y se dirigió a la casa, que tenía un aire mohoso y vacío, casi como si estuviera abandonada, pero familiar en todas sus manifestaciones y un auténtico hogar, un refugio ahora y a lo largo de todos esos años.

Y fue entonces cuando vio las marcas en el césped. Pequeñas hendiduras de barro marrón oscuro recortadas contra el verde. Su primer pensamiento fue: «Se quedaron empantanados». Su segundo y tercero fueron: «¿Quiénes?» y «¿Cómo lograron salir?».



su cuarto cuando se encontró con la puerta trasera hecha trizas: «¿Se han llevado el portátil?».

Capítulo 35

Challis se preparó un café mientras esperaba, teniendo mucho cuidado en cómo tocaba las cosas, usando incluso el codo para manejar la puerta de la nevera y sacando el cartón de leche con el reverso de su pulgar. En cuanto a la jarra, cafetera y taza, con la leyenda de «los viejos polis nunca mueren», todavía estaba por conocer a un ladrón que hiciera una pausa para prepararse un café. No se le pasó en ningún momento por la cabeza que la policía científica fuera a sacar en limpio otras huellas que las suyas —y algunas antiguas de Tessa Kane— pero conocía el procedimiento y lo irónico del caso era que, al ser él un policía, su casa iba a ser examinada más a fondo que ninguna.

Hacía demasiado frío como para sentarse en su solárium y de todas formas no hacía sol, sólo la luz grisácea de una tarde de invierno, así que ajustó la temperatura de la calefacción central a tope, se sentó a la mesa de la cocina e hizo listas para su compañía de seguros y para la UIC. Daños: puerta trasera desmontada, un frutero roto (italiano, pintado a mano, regalo de Tessa), fundas de CD rotas. Después de unos instantes añadió las gubias gemelas del césped. Robados: un tarro de monedas, valor aproximado, 15 dólares; cámara digital, 499 dólares; DVD, 250 dólares; televisión portátil, 399 dólares; contestador automático, 70 dólares; teléfono inalámbrico, 79 dólares; ordenador portátil, 2.500 dólares; funda de portátil, 60 dólares. Se paseó por la casa de nuevo y volvió a la cocina: zapatos de andar Rockport (nuevos), 299 dólares; navaja suiza (de diez años de antigüedad, sin tener ya recibo que presentar); Walkman (roto); cinturón de cuero, 45 dólares. De un tercer paseo sacó el despertador de la mesilla de noche, 25 dólares; y varias joyas (propiedad de su esposa fallecida), valor aproximado 2.000 dólares.

Ángela había querido llevarse algunos anillos / pendientes a la cárcel pero él le dijo que se convertirían en el blanco de las otras reclusas, y que, por lo tanto, ella también lo sería. «Te las arrancaran de encima —le había dicho—, o te odiaran por eso.

Todo se quedará aquí esperándote.» Y ella había contestado: «Pero ¿tú también me estarás esperando?». Y él no había sabido qué decir. En cuanto a las joyas, él le había comprado la mayoría: un reloj, un collar de oro blanco, pendientes de esmeraldas. El anillo de compromiso había pertenecido a su abuela, que gracias a Dios se había muerto antes de enterarse de que Ángela había intentado asesinarlo.

Oyó el ruido de un coche más allá de la ventana de la cocina y vio cómo llegaba Ellen. El siguiente paso sería pura rutina: ella valoraría la situación y luego llamaría a los técnicos de escenas del crimen. Esperó. Hubo un golpe de nudillos y luego ella estaba de pie en el quicio de la puerta de la cocina con cara de preocupación.

—Pobrecito —dijo, haciendo un amago de cruzar la habitación para acercarse a la ventana donde él estaba. Él deseaba que lo hiciera y quería también acercarse a ella, pero había algo que los paralizaba.

Miró alrededor de la cocina y luego también examinó el salón a través de la rendija de la puerta.

—Cuando dijiste daños, esperaba encontrármelo todo patas arriba —dijo ella.

Se quedó perplejo.

—Daños menores —especificó—, más o menos lo que se puede esperar de un robo.

—¿Así que es simplemente un robo?

—Eso parece.

—Pero pediste que viniera yo especialmente. Yo pensé...

—¿El qué?

Ella dijo aceleradamente:

—Pensé que podía haber sido algo personal, ya sabes, alguien que te tenía ojeriza y quería hacerte un gran estropicio.

El frunció el ceño y movió la cabeza.

—Bueno, siempre hay alguien pero no parece que sea así, esto es un simple robo, más o menos. —Notó entonces el alivio en la cara de ella, mientras se desprendía de su abrigo y lo doblaba en el respaldo de una silla. Dijo cautelosamente:

—¿Pensaste que había sido Alan?

Se ruborizó.

—¿Alan? No... bueno, también es cierto que él puede volverse muy celoso.

Challis decidió dejarlo estar, pero ella parecía llenarlo todo, tanto la habitación como sus sentidos, y curiosamente también lograba que se sintiera menos violado por el robo. Se acercó una silla para sentarse y le indicó a ella que se sentara.

Cuando estuvo instalada, sacó su bloc y encabezó la página vacía con la fecha, la hora y el lugar. Pero entonces, y aparentemente sin tener ninguna prisa, dejó el bloc a un lado.

—Me encantaría tomarme uno de tus cafés.

Aliviado, empezó a afanarse en el fregadero y la alacena pasando a veces muy cerca de ella. Luego sirvió el café, puso unas galletas en un plato y se sentó con ella de nuevo.

—Así que han robado a Hal.

—Ajá.

Le hizo una descripción de los daños y de lo que habían robado.

—Unos moldes de escayola de las huellas de las ruedas en mi césped podrían sernos de gran ayuda.

—Los haremos —dijo ella.

Le cogió la mano sin pensárselo dos veces.

—Hay una razón por la que te hice llamar.

Ella arqueó las cejas pero no retiró la mano y él la sintió tensa, huesuda y cálida al mismo tiempo, dentro de la suya. De repente volvió a ser consciente de sí mismo y se apartó bruscamente. ¿Su necesidad era demasiado aparente? ¿Era el objeto de sonrisas cómplices y cejas levantadas entre las oficiales y las civiles de la comisaría de Waterloo? Él se percibía a sí mismo como un hombre torpe.

—Esto tiene que ser algo muy discreto —dijo él—. Estoy en un apuro.

Él notó que la había trastornado. Para arreglarlo, ella tiró de su bloc, pura eficiencia ahora.

—¿De qué forma?

Le contó lo de su portátil.

—Dios mío.

—Lo sé.

Lo miró a través de la humareda de su taza.

—¿No tienes una contraseña de protección?

Él movió la cabeza.

—No sabía cómo configurarla.

—Dinosaurio —dijo ella—. ¿Se lo has comunicado a alguien más?

—A mi compañía de seguros.

—¿No les dijiste lo que había en el portátil?

—No.

—Se lo tendrás que contar al súper.

Challis apartó su café como si tuviera un mal sabor.

—¿Cómo voy a hacer eso? No sabe nada de las fotos.

—Pero también tenías almacenadas notas del caso.

—Sí.

—No va a ponerse muy contento.

—Ya está furioso conmigo y esto lo va a estropear aún más.

Ellen suspiró. Era un suspiro que decía que se compadecía de Challis, que ella no era tan distinta de él, que también había metido la pata en algunas ocasiones.

—Limitación de daños. Querrá limitación de daños.

Challis asintió y los dos se quedaron callados durante un tiempo, imaginándose a McQuarrie, la melindrosa boca del hombre, sus amigos del Rotary Club y del golf y su aspecto satisfecho.

—¿Se lo dices tú o lo hago yo?

Challis se quedó de piedra.

—Se lo digo 70, por supuesto.

—Metido hasta las cejas en la boca del lobo.

Él asintió.

—¿Cómo lo manejo en la comisaría? —preguntó ella.

—Robo puro y simple de momento. No menciones que el portátil tenía información confidencial hasta que lo arregle con el súper.

—Pero él querrá tenerlo en mi informe. Tengo que...

—Pues lo corriges, no te preocupes. Yo te cubriré las espaldas.

Tras una pausa, Challis prosiguió:

—¿Ha habido más denuncias de robos en esta misma zona hoy?

Ella negó con la cabeza.

—Hubo uno ayer en la playa de Penzance. Una casa de vacaciones vacía, pero el vecino de la casa de al lado observó que una ventana estaba rota.

—Uno de tantos.

Lo miró con un poco de frialdad.

—Recibirás el tratamiento completo de los técnicos de la escena del crimen, Hal. No te preocupes.

—Gracias.

Sabía que los robos corrientes normalmente no tenían un nivel concertado de investigación.

—¿Tienes alguna idea? ¿Esto encaja en algún patrón habitual?

Ella se encogió de hombros.

—No paran de asaltar casas, Hal, ya lo sabes. Tanto en la ciudad como en el campo.

Challis asintió lúgubremente.

—Lo sé.

—Fíjate en lo que han robado. Cosas pequeñas, fáciles de transportar y de almacenar. No sabemos si es el mismo grupo

organizado o el mismo individuo. Un patrón sólo se vuelve aparente cuando roban objetos especializados y podemos seguirles la pista hasta su paradero. —Acabó su café—. Será mejor que me ponga en marcha.

Juntos fueron de habitación en habitación y, mientras Challis señalaba el lugar de cada objeto robado, Ellen tomaba notas para la policía científica que sacaría las huellas.

Quizá fuera una combinación de sensaciones, recuerdos e imágenes y la conjunción de lo doméstico con lo erótico —un dormitorio, la luz tenue, una mujer guapa mirando y escuchando, la disposición concreta de huesos y tendones en su garganta y en su cuello, sus propios meses de austeridad—, el caso es que Challis se sorprendió a sí mismo alargando el brazo para agarrar a Ellen. Ella también lo agarró a él. Y de su torpe colisión salió un beso muy prolongado, separándose luego lo suficiente para mirarse mutuamente a los ojos un poco intimidados.

—Te deseo —dijo Ellen simplemente.

—Yo también.

—¿Te deseas a ti mismo?

Era el tipo de tontería que uno decía cuando el terreno era un poco resbaladizo. Challis encontró la piel desnuda en la cintura y en la espina dorsal de ella, mientras seguían mirándose.

—Tienes las manos frías —dijo Ellen. Su piel parecía hormiguear cuando él la tocaba y al mismo tiempo le absorbía. Se inclinó hacia ella de nuevo y en ese momento un coche gruñó sobre la gravilla afuera de la ventana. Ellen dijo:

—La policía científica.

Con un suspiro entrecortado, Challis preguntó:

—¿Les avisaste antes de venir hacia aquí?

—El error más grande de mi vida.

Le estampó un beso hambriento y pesaroso y miró su reloj. —Será mejor que pase por el aro y me lo quite de encima.

—¿Al súper?

—Si tengo suerte, puede que hasta interrumpa su partida de golf.

Capítulo 36

«Vaya putada —pensó Andy—, lo de quedarnos empantanados esta mañana.»

Con el agravante de que podía haberlo evitado si hubiera intuido antes que el día se les iba a torcer. En primer lugar, Nat no tenía la cabeza en su sitio. Había llegado puntual gracias a un raro impulso de eficacia por parte de su madre y estaba incluso vestida con el uniforme del colegio y llevando una tartera para la comida, pero había aparecido colocada.

Y luego, cuando era importante cumplir bien el horario y ser eficientes, no había sido precisamente una gran ayuda.

Andy tenía un remolque especial para los robos en la Península, arrastrado cada vez por un utilitario o una furgoneta, robados en cada ocasión para un trabajo determinado. «Segadoras Andy» igual que «Segadoras Jim», esa franquicia que aparecía en todos los lados últimamente. Bordes altos de malla de acero con los mangos de los rastrillos, palas, tijeras de podar y cortacéspedes sobresaliendo. Y unas cuantas cajas de aluminio cerradas en el fondo del tráiler, que cualquiera pensaría que contenían secadoras, cabezas de aspersores, mangueras enrolladas, pesticidas, bolsas de fertilizantes. No se les ocurriría, en cambio, que había televisiones portátiles, DVD, abrigos de cuero, joyeros, colecciones de CD.

Con todo ese peso dentro, tenía que haberlo pensado dos veces antes de dejar conducir a Natalie, especialmente si tenía en cuenta todo lo que había estado lloviendo durante los últimos días. Y antes de que pudiera pararla, había cruzado el césped para salir y empantanado la furgoneta.

Luego, hubo un momento muy tenso cuando un chico que repartía octavillas en un inmenso cuatro por cuatro se había parado en la puerta principal para meter una octavilla en el buzón y se había dado cuenta del apuro en el que estaban.

—¿Necesitáis que os eche una mano para poder salir?

—Sí, gracias —había dicho Andy, mientras charlaba nerviosamente sobre el poco trabajo que había en invierno para un jardinero y el cuidado que había que tener en esas casas de campo, ya iba tres veces que se había atascado en los últimos meses, teniendo que volver al día siguiente para hacer lo correcto y parchear el césped de los dueños.

—Qué me vas a contar —le dijo el chico mientras le daba una octavilla y anudaba una cuerda en el parachoques de la furgoneta robada de Andy. Andy echó un vistazo a la octavilla mientras el chico lo arrastraba fuera del barro. «Desagües La Granja de Dave», con un móvil al final.

—Gracias, Dave.

—No tiene importancia —dijo Dave, y se marchó, olvidándose de Andy y de Natalie con un poco de suerte.

Después de eso, Andy se hizo cargo de la situación, repescando la octavilla del buzón que había fuera de la puerta y luego sacando las copias de todos los buzones que había en esa calle y finalmente conduciendo hasta su casa. Con la «ayuda» de Natalie mudó todos los objetos robados a la parte trasera de la furgoneta, desenganchó y guardó el remolque. Luego hizo lo que siempre solía hacer con los ordenadores portátiles: transfirió el contenido a su PC de 120 gigas de disco duro. Ya examinaría los archivos más tarde. Te encontrabas todo tipo de cosas: pornografía, datos de cuentas bancarias, documentos reveladores. Nunca se sabía cuándo podían llegar a ser útiles.

Y ahora ya era media tarde y estaban dirigiéndose a las casas de empeño de la ciudad. Nat estaba aburrida e inquieta, así que la dejó jugar con el ordenador robado. A ella siempre le daba un subidón cotillear los aspectos íntimos de algún extraño.

—Aburrido —dijo, mientras sus estilizados dedos apretaban las teclas y movían el ratón—. Espera un momento ¿Qué?

—Qué perversión la nuestra —dijo ella.

—¿Cuál?

Natalie se quedó silenciosa, sus dedos estaban muy atareados.

—Creo —dijo ella con una voz alegre, astuta y cantarina— que le hemos dado el palo a un poli esta mañana.

—¡Joder!

—Un caso en el que está trabajando.

Natalie siguió examinando el contenido del portátil.

—Caray, fotos guarras.

Andy era de la opinión de que un poli tenía tanto derecho a visitar páginas porno como cualquiera.

—¿Y?

—No es lo que tú piensas. Parecen más bien pruebas.

—Pruebas. Mierda, Nat. Esto no me gusta nada.

Andy se puso muy tenso de repente. Si le habían dado el palo a un poli y poseían pruebas relacionadas con un caso, estaban fritos. Quería poner una distancia razonable entre la furgoneta y la Península, y deprisa. Estaban en la calle Stumpy Gully acercándose a la calle Eramosa que los bajaría a la autopista. Podrían estar fuera del distrito y bastante cerca de la subida a la ciudad en menos de treinta minutos. Pero ¿debían conservar los objetos? Giró en la calle Eramosa y bajó en dirección a los Coolstores.

Aminoró la marcha para dejar paso a un tractor con un remolque lleno de heno. No podía pasar, había demasiados coches que venían en dirección opuesta.

—Nat, no me gusta. Tirémoslo todo. Presiento que trae mala suerte.

Lo miró llena de esa clase de empatía que producen las drogas, alargó la mano y le acarició entre las piernas.

—Pobre tesoro —dijo ella.

—Hay un basurero en los Coolstores.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, me da igual —dijo con su voz risueña mientras la droga cantaba todavía en su interior.

De manera que Andy se metió en el aparcamiento y un minuto después había un absurdo y pequeño descapotable aparcando al lado de ellos con un policía diciendo:

—Un momento, señor.

Capítulo 37

El jueves por la tarde le tocaba a Tank conducir. Mientras él maniobraba el pequeño Mazda por las calles de Somerville y bajaba por Eramosa hacia los Coolstores, Pam miraba los márgenes de la carretera remarcando la cantidad de pitosporos que había en la Península. Había empezado a observar la zona con otros ojos desde que pertenecía a las Ratas de la Selva.

—¿Sabías —dijo— que los pitosporos están considerados como malas hierbas?

Eso pareció sacarle de su modorra.

—¿Cómo?

—Nada.

Miró con el ceño fruncido la carretera ante él.

—Esa mujer del Passat. ¿Sabes si nos ha puesto una reclamación?

Así que era eso lo que estaba rumiando.

—¿Lottie Mead? No, yo en tu lugar no me preocuparía demasiado.

Se aproximaron a la rotonda de la autopista, parándose detrás de un atasco de tráfico. Pam miró su reloj: quedaban dos horas antes de mandar a la porra el trabajo. Luego miró enfrente hacia el aparcamiento de los Coolstores donde una furgoneta Toyota con cristales ahumados estaba a punto de meterse en una plaza vacía. Tenía preferencia pero se paró en el último segundo, y el conductor, cortésmente, le hizo señas a una anciana con cara de pánico que conducía un destartalado Morris Minor. Con un saludo de agradecimiento y una sonrisa de alivio, la anciana maniobró a trompicones y se metió en la plaza vacía. La furgoneta, a su vez, se quedó quieta un instante holgazaneando, mientras el conductor oteaba el panorama en busca de otra plaza vacía.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó a Tankard—. No hemos estado precisamente desbordados de conductores corteses esta semana. ¿Le damos una bolsa de regalo al chico?

Tankard se estaba masajeando la rodilla, desprendiendo un poderoso olor a linimento de atleta. Se había hecho daño mientras entrenaba al fútbol y parecía estar obsesionado con ello.

—¿A quién? No lo he visto.

El Tankard de antes, aquel que hubiera deseado restregarse contra sus pechos y comentar las cualidades respingonas de sus sujetadores, era casi preferible a esa babosa derrotada.

—Despierta, Tank, tienes el resto de tu vida por delante —dijo Pam, alargando la mano y dando unos amables golpecitos en el volante.

—Hagas lo que hagas ponte bragas —soltó él, poniendo el intermitente y metiéndose en el aparcamiento.

—Aparca al lado de la furgoneta —dijo Pam señalando hacia donde había aparcado el Toyota cerca de la caravana, propiedad de la emisora FM de radio de la comunidad. Los otros edificios albergaban un museo de cine, música y teatro, una tienda de artesanía, un restaurante y un café. El conductor estaba abriendo su puerta, cuando la puerta de copiloto de Pam se descorrió delante de él.

«Un chico joven, de aspecto limpio, con gafas de sol y apenas salido del colegio», pensó Pam con rapidez, mientras lo evaluaba, meditando al mismo tiempo que era casi cómico que la primera reacción de todo el mundo cuando se topaba con la policía fuese de aprensión, con un tinte de pánico y resignación, como si todos hubieran infringido la ley y la policía los hubiera pescado finalmente.

—Perdone, señor —dijo mientras bajaba su ventanilla.

El joven dio un portazo, arrancó a toda prisa el motor y dio marcha atrás con un chirrido de ruedas saliendo disparado hacia Eramosa.

—¡Jesús! —dijo Tankard, y cuando Pam lo miró con aire inquisitivo, él se miró las manos que estaban empezando a temblar. Ella ya lo sabía: que a la mínima presión se iba a desmoronar. No confiaba en él para una persecución a toda velocidad, así que le gritó:

—Cambiémonos los asientos —mientras saltaba del coche y lo rodeaba a toda prisa hasta el asiento del conductor y prácticamente lo arrastraba fuera. Ella ya estaba dando marcha atrás cuando él saltó dentro del asiento del copiloto.

La furgoneta Toyota todavía no se había metido en la autopista donde podía ser fácilmente localizada por los helicópteros, perseguida por coches de caza o interceptada por barreras, sino que había retrocedido hacia los campos de cultivo.

Pam la estaba siguiendo ahora a casi veinte segundos de distancia. Un instante después, la furgoneta giró a la derecha para adentrarse en un camino estrecho y en desuso que atravesaba llanuras de prados empapados y estaba bordeado por árboles y matorrales. La siguió a lo largo de tres kilómetros, con la furgoneta alcanzando los 120 y bamboleándose un poco; el coche más pequeño, en cambio, era volátil y liviano, sobre la irregular superficie.

Tankard estrelló su mano rolliza contra el salpicadero.

—Nunca atraparás a ese capullo si conduces como una chica.

«Vaya momento ha elegido el Tankard de antes para hacer su aparición.» Pam siguió conduciendo con gesto torvo, animándose a sí misma a ignorarlo y a seguir actuando de acuerdo con lo establecido. Le ordenó que diera el parte por radio: fabricación, color, número de matrícula, posición actual, dirección, estado de la carretera y demás factores.

La voz del operador de la radio era tranquila y premiosa.

—El robo de ese vehículo fue denunciado ayer. ¿Descripción del conductor?

Tankard miró a Pam y ésta murmuró:

—Hombre joven, entre dieciocho y veintidós años, pelo moreno corto, gafas de sol, vaqueros y jersey negro de fútbol.

Tankard transmitió la información y miró inquisitivamente a Pam cuando el operador dijo:

—¿Pasajeros?

Ella se encogió de hombros, Tankard contestó:

—Sin confirmar por el momento.

—Voy a mandar coches de caza para que ellos se hagan cargo de la persecución —dijo el operador—. Mantengan contacto visual con el vehículo sospechoso, pero no lo asusten. Ya conocen las instrucciones.

—Eso es muy fácil de decir —murmuró Pam. Quería cazar al conductor de la furgoneta, pero no quería convertirse en el blanco de una caza de brujas interna, con los policías de alta graduación disgustados por otra historia en el telediario de las seis, tipo: «Persecución policial a alta velocidad acaba en tragedia».

El Toyota atravesó a toda velocidad el cruce del pequeño asentamiento de Moorooduc, esquivando por los pelos un camión cisterna LPG, y Tankard se apresuró a comunicar por radio que la furgoneta estaba circulando peligrosamente a alta velocidad.

—Solicitamos coches de Mornington y Waterloo que la intercepten.

—Mantengan la posición y sigan informando —dijo el

operador como si lo ignorara—. No intenten atraparla.

La furgoneta estaba aumentando su velocidad hasta alcanzar cerca de 130 km/h, dejando atrás el colegio de primaria y la estación de bomberos. Pam la seguía, atravesando corrales sin cercar y un mercado de verduras. Tomando una curva donde el paisaje se replegaba, atravesando viñedos, ganado esparcido en la hierba embarrada, y un centro de conferencias detrás de una fila de olmos. Kilómetro tras kilómetro sin rastros de un helicóptero y, ni que decir tiene, de ningún otro vehículo policial.

—Estamos solos, Tank.

Él protestó:

—¿Por qué no pasamos de todo e interceptamos a ese gilipollas?

El Toyota parecía arrastrarlos hacia un camino ancho de la ladera, tomando progresivamente la dirección del sudoeste y rodeando Waterloo, que estaba a varios kilómetros a su izquierda. La lluvia gris estaba amainando, y un sol débil y en retirada iluminó el mundo de las carreteras secundarias vacías y se posó en los ojos de Pam.

—¿Qué es eso que hay en la carretera? —dijo Tankard, señalando hacia delante.

Ella maniobró hábilmente para evitar un bache muy profundo y una maraña de tubos ennegrecidos un poco más adelante.

—Se ha cargado el tubo de escape.

Tankard movió la cabeza.

—¿Qué coño les pasa a los otros? Tenían que haberlo interceptado ya. Dale, pisa a fondo.

Pam se mordió el labio. El conductor de la furgoneta había aminorado la marcha y ella estaba consiguiendo mantenerla en su campo de visión. Eso era todo lo que, oficialmente, se requería de ella. Pero se moría de ganas de atrapar al chico. Había conducido coches de caza en su destino anterior; tenía el entrenamiento y la experiencia para atrapar la furgoneta en lugar de limitarse a ser su sombra. Pero había otros coches de policía en la zona, podía escuchar cómo intentaban localizar la furgoneta desde otros lugares.

—La oficina de correos dice que yo vivo en Bittern —estaba diciendo un conductor de coches de caza—, el condado dice que vivo en Balnarring, la comisión electoral dice que es el norte de Merricks. ¿Y encima pretenden que sepa dónde estoy?

—Cíñanse al protocolo de radio, por favor —ordenó el operador.

—Furgoneta robada —masculló Tankard—. Por eso huyó el tipo.

—¿Pudiste verlo bien?

—No lo vi en absoluto —dijo Tankard, y preso de un ataque de rabia golpeó con el puño la ventana del techo del Mazda.

»No puedo ver un carajo desde esta lata de sardinas. —Y luego —: Oh, Dios mío...

Pam lo vio también. Una mujer a caballo, la furgoneta a toda velocidad, la angostura de la carretera bordeada de árboles. La mujer tiró de las riendas, intentando llevar el caballo a un claro de hierba que había entre los árboles, pero el caballo estaba asustado por la erupción de velocidad y por el ruidoso tubo de escape. El Toyota golpeó al caballo y a su jinete, giró sobre sí mismo con las luces de los frenos iluminándose demasiado tarde, y salió disparado entre los árboles, atravesando una alambrada. No pudo superar tanta velocidad, el terreno, o el cambio de dirección, y a unos cien metros de la alambrada empezó a derrapar y luego dio una vuelta de campana quedándose patas arriba. Pam se paró, pero no hubiera sabido decir si era por el caballo y la jinete o para cazar al conductor que ahora se estaba encaramando para salir de la furgoneta volcada.

Capítulo 38

Ellen, con el estómago todavía encogido, vio cómo Challis se alejaba en el coche. Le hubiera gustado haber podido acompañarlo, ayudarlo a confrontar al súper, pero sabía que eso era imposible. Recobrando su compostura, se fue a recibir a los técnicos de las escenas del crimen.

Durante la hora siguiente supervisó la búsqueda de huellas, y luego los llevó a donde estaban las marcas de ruedas en el césped de la entrada de Challis, viendo cómo rociaban primero con una solución fijadora las huellas en el barro antes de verter la escayola.

—Quiero saber si se corresponden con las marcas encontradas en otras casas robadas de la localidad —dijo ella.

—Estamos en ello, sargento.

Nada más volver a la sala de reuniones, sonó su móvil.

—¿Sargento? Soy Pam Murphy.

—Hola. ¿Pasa algo?

Le habló sobre una furgoneta Toyota estrellada llena de objetos caros y de cómo el conductor la había volcado en un bosquecillo.

—Me he acordado de que usted y Scobie Sutton estuvieron trabajando en una serie de robos.

«Vaya si te has acordado», pensó Ellen. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, la explicación le habría parecido un poco pelotillera, pero Pam Murphy tenía una memoria increíble y la costumbre de conectar las cosas entre sí. Sería una gran detective.

—¿Estás segura de que son objetos robados?

—Bueno, si tenemos en cuenta que el conductor salió huyendo y que hay demasiadas cosas: TV, DVD, cámaras digitales, joyas, portátil.

Ellen se estremeció.

—¿Estáis buscando al conductor?

—Sí, sargento.

—No te muevas. Voy para allá.

Recogió a Scobie Sutton y un coche sin identificación y se dirigió a una esquina del mapa que nunca había visitado. La Península era interminablemente variable y allí estaba el pantano Devilbend con sus casas perdidas detrás de un sinuoso camino de tierra.

—No es como si fuera nueva —dijo Scobie Sutton mientras ella conducía.

Ellen intuyó que estaba hablando otra vez de su puñetera hija. Estaba al tanto del más mínimo corte, herida, movimiento de vientre, pesadilla o calificación del examen de ortografía. Roslyn Sutton ejercía una fascinación sin límites sobre su padre. Pero para Ellen, Challis, o cualquiera que hubiera trabajado con él, la hija se había convertido desde hacía tiempo en un ruido de fondo. Ellen intentó prestarle atención. Hoy era la clase de baile de la niña. ¿Baile tradicional irlandés? Ellen intentaba acordarse. ¿Bailes bucólicos? ¿Baile escocés? Algo parecido.

—Es igual de buena que cualquier otra niña, pero, año tras año, les dan las medallas y los certificados de honor a las niñas cuyas madres ayudan con los trajes y el maquillaje. No es justo y ella lo sabe. Intenta adoptar una actitud madura pero le duele y se nota. Le gustaría obtener un poco de reconocimiento aunque sólo fuera por una vez.

—Eso es importante —dijo Ellen, pensando en su propia hija, que ya tenía diecinueve años y compartía una casa con otros estudiantes de la universidad.

—Claro, Beth y yo estamos demasiado ocupados para poder ayudar con los disfraces y todo lo demás. ¿Y por qué tienen que penalizar a Ros por eso?

—Desde luego.

Un estruendo repentino y un helicóptero centelleando por encima suyo, muy bajo y en línea recta.

—No tienes más que seguir a la batidora —mascculló Scobie.

Cinco minutos después se encontraron con una auténtica carnicería. Ellen tragó saliva sintiéndose, en su fuero interno, fatal. Sangre, litros de sangre, formaban charcos oscuros, como si se tratase de aceite vertido en la carretera. Un veterinario le estaba poniendo una inyección letal a un caballo herido, mientras metían en una ambulancia a una mujer muerta con pantalones de montar, casco y botas. Había una alambrada rota y la superficie de barro de un claro de hierba con algunos manzanos —lo que quedaba de un viejo huerto— tenía marcas profundas de ruedas. Varios coches de policía estaban aparcados al borde, con las luces de la cubierta centelleando. Y ahí estaba el

helicóptero, revoloteando por encima de un grupo de frondosos árboles al final del claro. Más cerca, cien metros más allá dentro de la alambrada rota, había una furgoneta volcada.

Y estaba también su marido, interrogando a un John Tankard muy alterado que no paraba de mover la cabeza. Pam Murphy estaba de pie junto a ellos, mirándolos y mordiéndose el labio inferior.

Dejando a Scobie con Tankard y con Alan para que se enterara de los detalles, Ellen se puso unas botas de goma y se acercó a Pam, tocándola en el brazo para consolarla.

—No dejes que te preocupe mi marido. En estos casos siempre tiene que intervenir la Patrulla de Accidentes. Ha sido una persecución en toda regla, ¿no?

—Sí, sargento.

—Bien, entonces no tienes que preocuparte de nada. ¿Ha hablado contigo ya?

—No.

—Todo irá estupendamente. Ahora acompáñame para enseñármelo.

Vadearon por entre los helechos húmedos y Ellen oteó más allá del claro que trepaba suavemente hasta un bosquecillo. Había sobre todo eucaliptus muertos que extendían sus brazos secos de esqueleto por encima de pitosporos y zarzos más bajos y densos.

—¿Qué lugar es ése? —dijo ella, señalándolo.

—La reserva Myers, sargento.

El aire era húmedo, cargado con los olores de una naturaleza perturbada en su proceso de decadencia. Siguieron caminando.

—Sargento, tenga cuidado por dónde pisa.

Saltaron por encima de un pequeño arroyo, con el agua turbia brillando entre los juncos, y llegaron hasta el Toyota volcado. Las puertas traseras estaban abiertas y Ellen miró hacia dentro. Allí, tal y como Pam lo había descrito, había varios objetos que, a primera vista, se correspondían con los objetos robados enumerados por Challis aquella mañana y con los de la propiedad de la playa de Penzance del día anterior. Dio la vuelta hasta el morro de la furgoneta, se agachó delante del parabrisas roto y vio el portátil. Se puso sus guantes de látex, metió la mano dentro y lo sacó.

—¿Sargento?

El Toshiba de Challis, enterito y con sus iniciales rascadas en la tapa.

—Bingo.

—¿Sargento?

Era una situación delicada. Tenía que apoderarse del portátil y devolvérselo a Challis; lo último que necesitaba es que todos los polis de la Península se enteraran de que le habían robado el ordenador, con toda la información confidencial que contenía. Pero al mismo tiempo no quería mentirle a Pam Murphy, ni causarle ningún problema.

—Pam, te hago un recibo por esto, ¿vale? Si te hacen preguntas, me los mandas a mí.

—Sargento, de todas formas la UIC está al mando de este asunto, así que puede usted hacer lo que quiera.

Ellen asintió.

—Robaron el portátil esta mañana y contiene material delicado. —Sólo esperaba que Pam no se hubiera fijado en las iniciales o dedujera que pertenecían a Challis.

—Por supuesto, sargento. Lo que usted diga.

—Bien. Mientras tanto necesitamos que la gente de escenas del crimen rocíe la furgoneta para buscar huellas y que hagan moldes de las marcas de las ruedas.

—Sargento.

En ese preciso momento hicieron su aparición un par de coches patrulla, festoneados de colores chillones, con la sirena a todo trapo y con uno de ellos patinando al frenar.

—Sólo llevan media hora de retraso con respecto al resto de nosotros —masculló Pam.

—Voy a necesitar los detalles —dijo Ellen, mientras regresaban al camino.

Pam le describió el incidente en los Coolstores y cómo había sido la persecución.

—Respeté estrictamente las normas, sargento. Luego, el Toyota golpeó al caballo y atravesó la alambrada al derrapar en el giro. Dio una vuelta de campana y aterrizó al revés. No pudimos hacer nada. Tank se paró para ayudar a la mujer que montaba a caballo y yo intenté correr tras el conductor, pero él desapareció reserva adentro.

—¿Hace cuánto de eso?

—Casi una hora.

Ellen miró hacia arriba.

—Así que lo más probable es que esa batidora esté perdiendo el tiempo.

Se alejó diciendo:

—Tengo que hacer una llamada, vuelvo contigo dentro de un par de minutos, ¿vale?

—Sargento.

Ellen abrió su móvil con un chasquido y llamó a Challis

utilizando el modo rápido.

Cuando le entró la llamada, Challis estaba en el cuartel general regional de Frankston, muy tenso y agitado, dentro del despacho de McQuarrie del último piso. Se puso a rebuscar su móvil con torpeza mientras murmuraba:

—Perdón, señor, será mejor que lo coja.

McQuarrie no levantó la mirada, sino que siguió utilizando la vieja táctica de todos los jefes de ojear documentos con un bolígrafo mientras lo ignoraba.

—¿Sí?

—Soy yo. ¿Puedes hablar?

Sintió cómo se le levantaba el ánimo, no sólo por escuchar la voz de Ellen, sino también al darse cuenta de que su cambio de tono —grave y profundo— reflejaba lo que había sucedido esa tarde:

—No exactamente.

—¿Estás con el súper? Parpadea una vez si es que sí y dos si es que no.

No pudo evitar una sonrisa, aunque fuera consciente de que su carrera estaba a punto de hundirse. Probablemente, Ellen debía de sentir una extraña excitación al llamarlo de esta manera, sabiendo que estaba con McQuarrie.

—Sargento Destry —dijo él—. Si está realmente segura de que quiere que la transfiramos al Departamento de Tráfico, yo estaré encantado de recomendarla.

Ella pegó un bufido. El súper levantó la vista, frunció el ceño y volvió a su montaña de papeles.

—Buenas noticias —dijo ella. Y le contó el asunto sobre la furgoneta estrellada con objetos robados que incluían su portátil.

—No hay duda de que es el tuyo.

Su alivio era palpable.

—Eres una maga.

—¿Se lo has contado al súper?

—Todavía no.

—Pues no lo hagas, Hal. Ahora ya no hace ninguna falta.

—De acuerdo.

—Te doy un toque luego.

Challis se sintió eufórico: ya no tenía miedo y ya no le deprimía el ambiente de la última planta, donde el oficio de policía era algo enrarecido, insonorizado y muy alejado de las calles y de los juzgados. La profesión allí caminaba sobre alfombras, llevaba trajes y tenía títulos universitarios debajo de

sus nombres.

Estiró las piernas y miró a su alrededor. Había informes encuadernados en cuero en las estanterías. Fotos del súper estrechando manos importantes, una planta de caucho tan brillante y vigorosa como una falsa de plástico, y un racimo de pequeños marcos de plata en una esquina de la inmensa mesa de despacho, donde aparecían la señora súper, Robert y Georgia. La imagen de Georgia estaba recortada de una fotografía grande. Había estado sentada en el regazo de una mujer, ¿Janine?

Se dio cuenta de que el súper había soltado el bolígrafo y estaba mirándolo con cierta irritación y desprecio, la expresión de un hombre atareado con asuntos importantes.

—¿Le dijiste a mi secretaria que esto era una urgencia?

Challis dijo:

—Me temo que hay novedades, señor. Es algo delicado.

—Siga, inspector.

—Señor, encontramos el móvil que se había perdido.

—¿Y? Acaba de una vez.

—Tenía almacenadas ciertas fotografías —dijo Challis, mientras las sacaba de su maletín y las desplegaba en la mesa de McQuarrie.

McQuarrie se quedó inmóvil durante un largo rato, inclinándose ligeramente para ver las fotos, pero sin tocarlas. Finalmente levantó la vista y alcanzó a decir:

—¿Cuándo?

—Probablemente fueron tomadas el sábado anterior al de esta última semana. Por supuesto podría ser que...

McQuarrie gesticuló con impaciencia.

—No me refiero a eso. ¿Cuándo las encontrasteis?

—A última hora de la tarde de ayer.

—¿Y no pensaste en comunicármelo antes?

—No queríamos darle un disgusto innecesario.

McQuarrie lo contempló con manifiesta incredulidad, pero luego cambió de táctica.

—Me he enterado de la redada que hicisteis esta mañana.

Sus espías.

—Los hombres que salen en las fotos —dijo Challis.

—No incluisteis a Robert en la redada.

—Lo habíamos entrevistado anoche.

—¿Y?

—Cada uno recibió una copia de su foto en el correo del lunes.

—¿Janine les estaba haciendo chantaje? ¿Uno de ellos la mató? Supongo que fue ella la que hizo las fotos.

—No lo podríamos asegurar a ciencia cierta.

La fachada de McQuarrie se derrumbó. Parecía estar estupefacto y no paraba de pasarse los dedos por el pelo, mientras miraba a su alrededor con los ojos desorbitados, como si buscara una salida.

—Ella siempre tuvo un no sé qué que no acababa de cuadrar. Como si le faltara algo. Mi esposa y yo siempre hicimos lo mejor que pudimos para arroparla, para que se sintiera parte de la familia, pero, aun así, Janine parecía estar resentida con nosotros, como si nos despreciara. Además era muy crítica. No sé bien lo que era,: ¿envidia quizá? Tenía una lengua muy afilada que a veces conseguía hacer llorar a mi mujer. No tenía nunca nada bueno que decir de nadie.

Su mirada se posó en Challis, indefensa.

—Mi mujer no tiene que enterarse de nada de esto. Estas fotos no se le pueden enseñar a cualquiera. ¿Cuánta gente las ha visto hasta ahora?

—Sólo los miembros de mi equipo.

—¿Puedes responder por cada uno de ellos y por todos?

—Sí.

McQuarrie se volvió desagradable para autoprotegerse.

—Si nuestros amigos de los medios se enteran de que existen estas fotos, yo tendré muy claro dónde tengo que buscar.

Challis sabía cómo jugar ese juego.

—Señor —dijo mientras le daba unos golpecitos a la foto de Robert McQuarrie—, por lo visto esto no ha sido flor de un día.

McQuarrie se congestionó de rabia.

—Estoy seguro de que ella lo arrastró. Era una zorrita muy calculadora. Seguro que fue idea suya.

—¿Ni ella ni su hijo le dieron alguna indicación de que esto era parte de sus vidas privadas?

—Por supuesto que no.

«Pero tú tenías serias dudas sobre Janine —pensó Challis—, y cuando la asesinaron se convirtieron en sospechas. Tenías miedo de que las razones por las que fue asesinada arruinaran tu imagen y la de tu hijo y eso explica todos los obstáculos que pusiste y tu falta de empatía.»

—No sabemos por qué tomó las fotos o quién más podría estar implicado.

—¿Me estás diciendo que mi hijo está implicado? Estaba en Sídney cuando la asesinaron. Y él aparece en las malditas fotos, por el amor de Dios. ¿Estás sugiriendo que él y Janine eran cómplices y que sus fotos son una pantalla de humo? ¿Me estás diciendo que él es el siguiente?

—No —dijo Challis, acordándose de la reacción de Robert la

noche anterior.

Mientras tanto, McQuarrie se estaba acelerando.

—¿Me estás diciendo que yo ya sabía todo esto? ¿Que maté a Janine para salvar nuestras reputaciones?

—¿Lo hizo, señor? —preguntó Challis con suavidad.

—No seas ridículo —contestó McQuarrie mientras se removía en su silla—. Me hieren esas insinuaciones; ¿crees sinceramente que querría meterme en un lío así?

Challis no lo creía. De hecho, si el asesinato estaba relacionado con las fotos, entonces, ¿por qué el asesino no había registrado la casa y la oficina de Janine en busca de más copias?

—Señor, necesito preguntarle esto: ¿alguna vez Janine lo abordó a usted o a su mujer con amenazas, abiertas o veladas, o intentos de chantajearlos?

—Desde luego que no. Ella sabía que yo nunca iba a pagar y que le iba a poner las esposas sin contemplaciones y en un santiamén.

McQuarrie posiblemente nunca había llevado ni utilizado esposas.

—Y no hay ninguna indicación de que chantajeara a esos hombres —dijo Challis señalando las fotos—. No sabemos por qué los eligió a ellos o les sacó fotos o les mandó copias.

McQuarrie apuntó suavemente:

—Pero está claro que es un buen motivo para asesinar, Hal.

—Así es.

—Podría haber estado haciéndolo durante meses, años.

Challis había pensado en eso.

—En efecto.

—¿Estaba sola en esto? Quizá haya un amante que desconozcamos.

—Somos conscientes de eso, señor.

McQuarrie parecía querer mesarse de nuevo sus escasos pelos.

—¿Quién más lo sabe? ¿Cómo vamos a poder taparlo? Lo dejo todo en tus manos, Hal.

Capítulo 39

Entretanto, Andy Asche estaba de nuevo en Waterloo.

Cuando el Toyota había parado finalmente de dar vueltas, se encontró con que estaba al revés y medio estrangulado por el cinturón de seguridad. Logró liberarse, acordándose de Natalie, pero no pudo encontrarla en ninguna parte. Debía de haberse encamarado para salir y luego se habría escapado.

Así que había corrido como alma que lleva el diablo entre hierba, helechos y boñigas de vaca, esquivando manzanos, saltando vallas y adentrándose velozmente en el bosque. Allí había mucha humedad y probablemente sanguijuelas y mosquitos en el verano, troncos podridos, verdín por todas partes, árboles muertos macilentos y pitosporos rampantes. Luego salió al otro lado y dio con una carretera —cayendo en la cuenta de que era Penzance Beach Road— con bastante tráfico para la hora que era ya. Entonces volvió a meterse en el bosque para considerar las opciones que tenía.

«¿Autoestop?»

Demonios, no. Tardaría quizá una hora en conseguir que alguien parara y la poli podría acorralarlo antes. Se quedó en la sombra, bajo árboles empapados y finalmente vio a un niño de unos quince años pedaleando por un camino de barro que tenía enfrente. Observó cómo el niño aparcaba su bicicleta junto al seto de la entrada de la finca —una bodega, según ponía en el cartel de madera— y se quedaba esperando a un lado de la carretera con una bolsa de gimnasia. Un minuto después, una mujer en un Mitsubishi familiar lo recogió, y el niño se puso a saludar con palmadas a otros niños del asiento de atrás.

«Está yendo al entrenamiento de fútbol. Quizá tenga que enfrentarme a ese mismo chico el próximo sábado por la mañana», pensó Andy, mientras se arrastraba al otro lado nada más vaciarse la carretera, saltaba encima de la bici, se calaba el casco en la cabeza y se alejaba de allí pedaleando lo más rápido posible.

Además era una bici estupenda, ligera, con buenas marchas.

«Qué pena lo de la furgoneta y todo su contenido —pensó—, quizá debería dejar de robar casas y dedicarme a mangar bicis.»

Pedaleó vigorosamente durante treinta minutos hasta la playa de Penzance, donde se encontró con el camino de bicis que daba un rodeo hasta Waterloo. Allí siempre había ciclistas, así que no llamaría la atención. Veinte minutos después estaba en casa, pensando que quizá podría regalarles la bici a los hermanos de Natalie y ver la cara que ponían. En cuanto a Natalie, debía de haber hecho autoestop, abandonándolo a su suerte la muy zorra. Tenía que admirarla por ello. Es lo que él hubiera hecho.

Por otro lado, nada de eso habría sucedido si ella no hubiera insistido en dar otro palo. Se estaba convirtiendo rápidamente en un peligro. Si él no hubiera estado sometido a esa presión, quizá se habría dado cuenta de que estaban robando la casa de un poli. Fotos, felicitaciones, un viejo uniforme colgando en el vestidor.

Pensándolo bien, mejor borraba los archivos que había birlado del portátil del tipo. Andy encendió su ordenador.

En la escena del accidente, Pam Murphy estaba de pie junto a la alambrada rota, mirando cómo los técnicos de escenas del crimen rociaban la furgoneta para sacar las huellas y hacían moldes de las marcas de las ruedas, mientras la sargento, unos metros más allá, se metía el teléfono en el bolsillo después de haber llamado a Challis.

Alan Destry pegó un grito desde el otro lado de la carretera:

—Eh, agente Murphy, venga aquí, por favor.

Pam se puso rígida. Vio cómo él le dirigía una mirada de regodeo a su mujer y cómo giraba luego la cabeza y decía:

—Ahora mismo, agente, no tengo todo el día.

—Alan —dijo la sargento en señal de advertencia.

—No pasa nada, sargento —dijo Pam, que no quería estar en medio de una disputa conyugal.

—No te dejes intimidar —murmuró Ellen—. ¿Vale?

—Vale, sargento.

Pam cruzó la carretera para encontrarse con Alan Destry, que estaba de pie y con el trasero apoyado contra un coche de policía. Abrió su bloc.

—¿Y cómo está hoy la amiguita de mi mujer?

Pam lo miró cansinamente, pensando en las oscuras implicaciones que encerraban esas palabras. Además, ¿era ella amiga de Ellen? A duras penas. La sargento era quince años mayor que ella, casada y con hijos. Mentora sería una palabra

más apropiada.

¿Estaba esperando él una respuesta? ¿Debería llamarlo «señor»?, después de todo no era más que un agente de primera.

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Sabes en qué consiste mi trabajo?

—Patrulla de Investigación de Accidentes.

—Correcto. He trabajado en Tráfico durante años, he conducido coches de caza, dominado autobuses de borrachos, enseñado técnicas de defensa para conductores y he coordinado persecuciones de alta velocidad como controlador. No hay nada que no sepa sobre conducir un coche. Nada con lo que tú puedas liarme.

«Así que me está desafiando.» Pam frunció el ceño como si estuviera perpleja por las palabras que él había elegido.

—No lo entiendo.

—Oh, sí, claro que lo entiendes. ¿Eres consciente de que va a haber una investigación? Tendrá que intervenir el juez de primera instancia del estado y probablemente también el Departamento de Anticorrupción.

—¿Los de Anticorrupción? ¿Por qué ellos?

—Eso dependerá de ti, de cómo respondas a mis preguntas, de cómo tu compañero responda a mis preguntas y de lo que yo averigüe sobre tu conducta durante la persecución.

Pam se quedó muy quieta, miró y esperó. Quería tragar saliva. Quizá Lottie Mead había informado sobre el incidente de la piedra después de todo.

—Todo indica una velocidad excesiva —dijo Alan Destry.

—Del Toyota, que no de la policía —replicó Pam con rapidez.

Destry alzó la cabeza con incredulidad, un hombre fornido con aire arrogante y pelo rapado.

—Si el Toyota estaba conduciendo a una velocidad excesiva, hasta 130 kilómetros por hora según John Tankard, ¿cómo pudisteis ver el accidente?

—No estábamos persiguiéndolo —dijo Pam—. Estábamos siguiéndolo.

—Siguiéndolo a toda velocidad —dijo el marido de Ellen Destry—, y asustando al conductor.

—No fue así.

—Escríbelo y preséntalo antes de que finalice el día. Mañana tengo el día libre, así que ya puedes ir preparándote para una revisión formal el próximo lunes.

—Revisión formal.

—Sí, ¿qué esperabas?

Andy Asche tenía prisa. Necesitaba llegar a la oficina de correos antes de las cinco. Se había puesto guantes de látex para no dejar huellas, había cargado su impresora con papel recién sacado de un paquete nuevo; seleccionó con el cursor la serie de fotos que había transferido del portátil robado a su ordenador, pulsando en las cuatro pequeñas reproducciones que mostraban claramente la cara de cuatro hombres, luego le dio a «imprimir» e hizo muchas copias.

Las fotos se deslizaron fuera de la impresora. Él las cotejó e hizo cinco montones que fue metiendo en cinco sobres de correo urgente. Antes de cerrar los sobres tecleó una carta, utilizando letras de gran tamaño con mucha negrita, e imprimió copias para añadir a los cuatro sobres. Luego redactó una carta distinta para el quinto sobre. Finalmente condujo a toda pastilla por la autopista de Frankston, donde nadie lo conocía, y echó los sobres en la oficina central de correos.

Con la oscuridad cerniéndose sobre el complejo de viviendas del manglar junto a su casa y sintiéndose reconfortada por su chándal afelpado y el calor de su chimenea de combustión lenta, Tessa Kane siguió buscando en Internet con una copa de vino en la mano. La noche anterior, la búsqueda en Google había sido muy útil para reforzar la información de acceso rápido sobre Charlie Mead y ANZCOR —la imagen pública y melosa— pero ahora estaba afinando sus parámetros de búsqueda, concentrándose en el período anterior a la llegada de Mead y de su mujer a Australia. Desde el día anterior, también había realizado una docena de llamadas locales e internacionales y hablado con hombres y mujeres que en algún momento habían estudiado, enseñado, trabajado codo con codo o servido a alguno de los Mead.

Al principio los resultados parecían prometedores, pero cuanto más escarbaba, más se desdibujaban los contornos del perfil de los Mead. Se encontró con varios Charlie Mead o con variaciones del mismo. Hubo una época en los años setenta y ochenta —después de servir en las fuerzas de seguridad en Zimbabue y de su posterior trabajo de asesor de seguridad en Sudáfrica— en la que Mead cambiaba de direcciones con frecuencia, pero ella no alcanzaba a descubrir el motivo. ¿Para dar el esquinazo a los acreedores? También había un signo de interrogación en su expediente de servicio: estaba claro que había estado enrolado en el ejército de Sudáfrica. Pero ¿había

pertenecido alguna vez a un comando de élite conectado con la SAS como él pretendía? Más tarde había trabajado para una empresa de seguridad en el Reino Unido que estaba especializada en vigilancia, entrenamiento de armas, guardaespaldas para viajes de hombres de negocios, y negociaciones en situaciones con rehenes y secuestros. Fue expulsado en 1986 después de que las autoridades de Sudáfrica lo interrogaran en relación con un intento de aprovisionamiento de armas y mercenarios a insurgentes de las Seychelles. A principios de los noventa se había unido a ANZCOR y había ido ascendiendo de categoría.

Y exceptuando algunas referencias sobre un puesto que ocupó en la Administración sudafricana, no había encontrado casi nada acerca de Lottie Mead.

Tessa se sentía frustrada. Los datos eran escasos y, aunque había que escarbar un poco, figuraban en expedientes públicos y no indicaban nada que fuera obviamente criminal o corrupto. ¿Qué sentido tenía publicar una denuncia si no había nada que denunciar? No cabía la menor duda de que Mead había ido trampeando toda su vida y de que sus valores eran inexistentes o deplorables, pero en el ambiente político actual, que admiraba a los cowboys, Mead tendría muchos apoyos de gran influencia y sería percibido como un hombre resolutivo.

Sin embargo, todavía le quedaba una última estrategia que probar. Cogió el teléfono y empezó a contratar detectives privados en Sudáfrica, Inglaterra y Estados Unidos.

Ellen llegó a casa esa noche y se encontró a Alan viendo un DVD; una película de guerra, para variar. Estuvo a punto de salir por la puerta de nuevo.

—¿Has cenado?

Gesticuló con el mando de la tele y la vista clavada en la pantalla.

—Afirmativo.

Así que ella se calentó unas sobras y comió en la mesa de la cocina. Normalmente veían una película la noche del domingo, pero Alan tenía el día siguiente libre. Ellen había adorado los domingos cuando Larrayne todavía vivía en casa. Solían comer pizza o pescado con patatas fritas o queso fundido sobre una tostada, con los platos en el regazo, delante de la tele, viendo una buena película como Emma, Sentido y Sensibilidad o Love Actually.

A veces, Alan la veía con ellas, pero para que él se quedara tenía que ser una película de acción y las únicas que Ellen y

Larrayne soportaban eran las viejas de James Bond, las de Indiana Jones, o películas de acción con un poco de clase como Heat o Titánic que él aguantaba más por las tetas de Kate Winslet y el barco naufragando con la popa sobresaliendo que por los personajes o el argumento.

Y ahora con Larrayne viviendo en la ciudad, Ellen tenía un sentimiento de pérdida. Larrayne parecía estar acechando en los rincones de la casa, en los rincones de la mirada de Ellen. La madre viuda de Ellen había pasado por lo mismo. «Sigo vislumbrando a tu padre —decía ella—; no es que vea su fantasma, no me refiero a eso, sino a la manera especial en que cogía el periódico o entraba por la puerta o recogía los platos.» Pues bien, Ellen seguía vislumbrando a su hija, aquí y allá, e incluso echaba de menos sus peculiaridades, las mismas que la habían vuelto loca en la época, como esa manía que tenía de no quedarse quieta cuando se lavaba los dientes, paseándose por el vestíbulo de arriba abajo, entrando y saliendo de las habitaciones con el cepillo eléctrico zumbando en la comisura de sus labios.

Ellen picoteó su comida, mientras entreveía el caballo muerto y a su jinete, la furgoneta volcada. ¿Se sentiría muy indefensa Larrayne ahora?, lejos de casa por vez primera; con drogas por todas partes; clases nocturnas y un largo paseo hasta casa atravesando un campus sombrío y bajando por calles oscuras; encariñándose con el asesino del hacha disfrazado de Hombre Ideal o incluso dejándose romper el corazón, algo que tendría que pasar tarde o temprano.

Así que se puso a llamarla, varias veces. Nadie respondía. Larrayne y sus compañeras de piso debían de haber salido.

¿Para pasar la velada? ¿Toda la noche?

¿Dónde?

¿Haciendo qué?

¿Con quién?

Los viejos quién, qué, dónde, cuándo y por qué del oficio de policía.

Y durante todo ese rato se estaba diciendo a sí misma que iba a dejar a su marido por convicción propia y no porque existiese Challis.

Capítulo 40

Challis pasó la mayor parte de la mañana en la UIC. Estaba comprobando lo difícil que era obtener información rápida o certera por parte del Witsec o del servicio de prisiones de Nueva Gales del Sur. Mientras tanto, según las averiguaciones de los detectives transferidos temporalmente de Mornington, Hayden Coulter sólo era culpable de amañar un poco la contabilidad de sus clientes. Nada sólido lo relacionaba —a él o a cualquiera de los otros hombres de las fotos — con el asesinato de Janine McQuarrie. Varias personas, incluyendo el dueño de un hipódromo, un entrenador y un mozo de cuadras, confirmaban la coartada de Coulter y varias secretarias, recepcionistas y colegas del trabajo confirmaban la coartada de los otros hombres. Finalmente, la investigación no había desvelado ningún amante secreto para Janine, y Challis sólo podía suponer que parecía tan feliz a los ojos de Meg porque estaba pensando en joderle la vida a su marido. Por otro lado, el soplón de las llamadas anónimas no había vuelto a dar señales.

Fue a comprobar los progresos de Scobie Sutton, que estaba manipulando las imágenes almacenadas en el móvil de Janine, para convertirlas en simples instantáneas de cabezas y hombros de Coulter, el cirujano y el director financiero, que Challis enseñaría luego a Georgia McQuarrie. Scobie estaba encorvado frente a su monitor y todo su cuerpo mostraba el desagrado que le producía esa tarea, como si temiera mancharse. Challis se preguntó, como había hecho ya en otras ocasiones, si aquel hombre no era demasiado sensible o puritano para ese trabajo. No dijo nada y regresó a su cubículo preguntándose qué tal le iría a Ellen. Estaba fuera, siguiendo la pista de unas pruebas forenses encontradas en las escenas del crimen y del accidente y hablando con cualquier persona que hubiera podido conocer o ver a Christina Traynor.

Challis se sirvió otra taza de café y encendió la radio para oír las noticias de las diez de la mañana. La primera hablaba del

arresto de otro joven australiano que había intentando sacar heroína fuera de Indonesia, seguido de un resumen de la vista del día anterior, en la que un oficial de relaciones públicas de la Marina, respondiendo a unas preguntas relacionadas con cadetes y abuso de drogas, dijo que la posición de la Marina era de «tolerancia cero». La mente de Challis empezó a divagar: ¿qué pensarían sus padres de esa historia? Muchas veces se sorprendía a sí mismo midiendo al mundo con ellos de referencia. Era el hijo tardío de un padre que había luchado en la Segunda Guerra Mundial como piloto de la RAAF y de una madre que había sido enfermera del ejército. No se consumían muchas drogas entonces, al menos eso suponía él, aparte del alcohol y el tabaco, y un poco de cocaína y heroína entre los urbanitas bohemios. Las dos guerras mundiales habían establecido, asimismo, un sencillo conjunto de valores: a los australianos se los consideraba valientes, prácticos, igualitarios, llenos de recursos, de buenas costumbres, y leales para con sus compañeros. Los gobiernos conservadores y la prensa popular seguían apoyando ese punto de vista, pero Challis pensaba que las cosas habían cambiado. El valor, la lealtad, el igualitarismo, el patriotismo y una saludable mente joven en un saludable cuerpo joven eran imágenes de los medios diseñadas para agradar a los políticos de sesenta y cinco años, periodistas deportivos y presentadores de programas sensacionalistas de radio, que tenían un ojo puesto en sus audiencias y el otro, en los beneficios de sus patrocinadores. Conceptos anticuados e irrelevantes que mantenían una escasa relación con el mundo real. Las drogas ocupaban un espacio ahora, la vieja Australia ya no. Las drogas habían conseguido que el crimen fuera más frecuente, perverso e impredecible también, endureciendo mucho el trabajo de Challis, pero nadie quería enterarse de nada de eso.

Cuando las paredes parecían estar cayéndosele encima, regresó a la sala de reuniones con la carpeta del caso McQuarrie, se sentó y miró un mapa de la zona colgado en la pared. Los asesinos podían haber conducido a la casa de la señora Humphreys desde cualquier punto de la Península, o desde más lejos.

Sintiendo entonces la mirada sombría de Georgia posada en él, sacó los dibujos que ella había hecho y los colocó en fila, intentando meterse en su piel: su ángulo de visión, lo que había visto, lo que no podía haber visto, lo que se podía haber inventado. Sus representaciones de la escena del crimen parecían auténticas aunque fueran rudimentarias. No había dibujado al asesino como un monstruo, sino como un hombre con gafas

oscuras, un abrigo y rostro anguloso. El conductor tenía la cara redonda y la cabeza, rapada; y le había dibujado con el brazo colgando perezosamente por la ventanilla lateral del coche.

Challis observó ese brazo. El sentido de perspectiva de Georgia estaba un poco torcido, pero sus trazos de bolígrafo eran por lo general claros y precisos, lo que no acababa de explicar la apariencia deforme de la mano. Descolgó el teléfono.

A última hora de la mañana estaba llamando a la puerta de Robert McQuarrie en Mount Eliza. Le abrió el propio McQuarrie, preguntándole con la cara congestionada:

—¿Qué es lo que quiere?

Challis había dado por supuesto que el hombre estaría en el trabajo.

—Necesito hablar brevemente con Georgia. Ya le he pedido permiso a Meg.

—Pues tenía que habérmelo pedido a mí. Mi hija está de duelo, por si no lo sabe.

—Tengo que hablar con ella, Robert.

De nuevo el hombre dio un respingo al oírlo utilizar su nombre de pila y miró con furia a Challis.

—Usted cree que yo lo hice, ¿no es así?

—Rotundamente no.

Con una especie de gemido, Robert McQuarrie dijo:

—Le enseñó las fotos a mi padre, hijo de puta.

—No tenía otra opción.

—Es usted una mierda. ¿Lo sabe? ¿Voy a verme retratado en el Progress? ¿Ha ido enseñando copias por ahí?

—¿Papá?

Era Georgia mirando de arriba abajo a Challis desde detrás de las piernas de su padre. Llevaba un chándal rosa y su pelo estaba recién lavado.

Challis se puso las manos en las rodillas.

—Hola, mira quién está aquí.

—¿Has venido a verme?

—Claro que sí.

—Estoy en la cocina.

McQuarrie, con la cara contraída de furia, se apartó para dejar pasar a Challis. Éste siguió a Georgia hasta la cocina, donde ella enseguida se sentó a la mesa con un vaso de leche caliente y medio bizcocho de miel en una bandeja. Meg estaba de pie junto a ella, mirando nerviosamente por encima de Challis en dirección al vestíbulo. Challis volvió la cabeza: Robert McQuarrie

estaba plantado allí y el momento se hizo eterno, cargado de tensión. Luego, McQuarrie se dio la vuelta irritadamente y se fue a grandes zancadas hacia el vestíbulo.

Challis volvió a mirar a Meg y sonrío. Ella le devolvió la sonrisa mansamente y empezó a llenar de agua la tetera.

Georgia masticando lo que le quedaba de bizcocho dijo:

—Puede que vuelva al colegio la semana que viene, ¿crees que es una buena idea?

Challis miró a Meg con aire indefenso y luego le sonrío a Georgia.

—A mí me parece que es una muy buena idea. ¿Echas de menos a tus amigas?

—Claro —dijo Georgia ¿Te sientes capaz de poder responder a algunas preguntas más?

—Sí, ¿qué es lo que quieres saber?

Challis extendió las fotos de Coulter y de los otros hombres encima de la mesa. Scobie había hecho un buen trabajo, no había nada que pudiera indicar que esos hombres habían sido fotografiados desnudos.

—¿Reconoces a algunos de estos hombres?

Fue saltando con la mirada de una a otra.

—No.

—¿El hombre que le pegó un tiro a tu madre? ¿El hombre que conducía el coche viejo?

Negó con la cabeza enfáticamente.

—No.

Él recogió las fotos y las sustituyó por sus dibujos.

—¿Los recuerdas?

Georgia lo miró animadamente y con expresión seria.

—Mi nombre está escrito debajo, ¿lo ves?

—Sí.

—Esa es mi mamá, en el suelo.

Challis asintió.

—A mí el que me interesa, sobre todo, es el conductor del coche en el que vinieron los hombres malos.

—Tengo otros dibujos —dijo ella.

—¿De verdad?

La niña abandonó el cuarto dejando a Challis y a su tía intercambiando sonrisas circunstanciales y tristes. Meg le sirvió una taza de café instantáneo. La calefacción central empezó a funcionar y Challis sintió que lo envolvía una ráfaga de aire caliente proveniente de una rejilla en la pared. Le dio un trago a su café: era un café horrible, débil y añejo, y nada podría remediarlo nunca: ni azúcar, ni leche, ni una cucharada extra de

gránulos.

Georgia volvió con tres dibujos. La situación era potencialmente morbosa y enfermiza: una niña pequeña reviviendo el asesinato de su madre a través de unos dibujos y una charla, pero Challis se sintió reconfortado por el calor y la tranquilidad que reinaba en esa cocina, por el hecho de que Meg no estuviera reprendiendo a Georgia o revoloteando ansiosamente alrededor de ella, y por el propio aire de sabiduría y madurez que desprendía la cría.

—Son dibujos muy buenos —dijo.

Dos de los dibujos eran esencialmente el mismo, pero el tercero mostraba el coche del asesino de perfil. Carrocería color crema y puerta del conductor color amarillo, tal y como lo había descrito el día del asesinato.

Challis volvió a fijarse en los dibujos que mostraban al conductor, con su brazo colgando por fuera de la ventanilla. Era la pose típica de un matón joven. Y allí estaba la misma mano deforme en uno de los nuevos dibujos, con los contornos mal delineados.

Challis no quería someterla a un interrogatorio típico, así que lo señaló y dijo:

—Cuando era niño siempre me costaba mucho dibujar las manos.

Georgia frunció el ceño. ¿Estaba criticando Challis sus dibujos o simplemente admitiendo sus propios defectos?

—Al principio dibujé una mano normal pero luego me acordé y borré uno de los dedos.

—¿Borrarlo?

—¿Duele mucho? —dijo Georgia—, ¿si te cortan un dedo?

Challis se quedó muy quieto.

—Supongo que sí —dijo cautelosamente—. ¿Recuerdas qué dedo era?

Ella levantó su mano derecha y la miró críticamente.

—Éste —dijo finalmente señalando su dedo anular.

Era la hora de comer cuando llegó de vuelta a la oficina. Ellen y Scobie estaban allí. Y sus sonrisas tensas y esperanzadas le indicaron que había habido novedades.

Capítulo 41

La esposa de Raymond Lowry era una mujer bajita con aire cansado y rasgos tensos.

—Era algo más verbal que físico —dijo ella—. Ray no sabía manejar la ira.

Ella usó ese término de forma artificiosa.

—¿Fue ésa la manera en la que lo expresó McQuarrie? —preguntó Challis.

Deborah Lowry se removió en su silla en señal de asentimiento. Estaban en el cuarto de interrogatorios de la UIC con vistas al aparcamiento. Ellen se inclinó hacia delante y tocó la muñeca de la mujer.

—Dijo que era más verbal que físico. ¿Significa eso que a veces le pegaba?

—Sí.

—Así que acudió a un terapeuta.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

—¡No sabía que ella era así!

—¿Janine McQuarrie?

—Se puso como una pantera salvaje. Dijo que los hombres como Ray necesitaban un escarmiento, que un simple golpecito en los nudillos en el juzgado no era suficiente para que cambiara su actitud, ni mucho menos, que había que encararse con ellos.

—¿Y ella se encaró con su marido?

—¡Podía haber provocado una catástrofe al actuar así! Volvió a casa hecho una furia, me dio una paliza, dijo que me mataría y que la mataría a ella.

Challis se reclinó en la silla de plástico y cruzó los brazos.

—¿Es capaz de matar a alguien? ¿Cree que lo hizo él?

Deborah Lowry se encogió de hombros, parecía enfadada, como si su elección de marido afectara negativamente a su imagen.

—Usted estaba lo suficientemente preocupada como para

venir aquí y hacer una declaración —dijo Ellen para darle ánimos.

—Ray tiene un carácter terrible. ¿Quién sabe de lo que es capaz? Desde que dejó la Marina no ha levantado cabeza. Su negocio de teléfonos móviles está en la cuerda floja. Él... —acabó ella, gesticulando penosamente.

Cuando se marchó, Challis llamó a Dominic O'Brien del Gabinete de Psicología Bayside, que se negó a entregarle la carpeta de Janine McQuarrie sobre Deborah Lowry.

—La señora Lowry es cliente mía ahora, inspector.

—Ah.

O'Brien apuró aún más su ventaja con un tono de satisfacción altanera.

—Y no pienso revelar mi propia evaluación sobre ella.

Challis dio un suspiro irritado. La irritación aparentemente alcanzó a O'Brien que prosiguió diciendo:

—Sin embargo, a mi juicio, la señora Lowry no es una amenaza para ella, ni para nadie, ni para ninguna otra cosa. Busque a su asesino en otro lado, inspector.

A las dos en punto de esa misma tarde trajeron a Raymond Lowry para someterlo a un interrogatorio. Ellen empezó diciendo:

—Usted sirvió en la Marina, señor Lowry.

Lowry inspeccionó sus uñas, la estampa misma del aburrimiento.

—¿Y?

—Viajó por todas partes y acabó en la base que está cerca de Waterloo. Le gustó la zona y cuando dejó la Marina decidió instalarse aquí con su mujer.

—¿Y? —repitió Lowry mirando a Challis, como para decirle que sabía de dónde había sacado Ellen toda esa información.

—Un buen sitio para sacar adelante a una familia y empezar un negocio.

Lowry la miró.

—Pero su mujer ya no vive con usted, ¿no es así?

Challis, sentado en un lateral de la sala de interrogatorios, como si fuera sólo un observador mientras Ellen hacía las preguntas, vio cómo la mandíbula de Lowry se tensaba. Apreció la poderosa musculatura del hombre, sus enormes dientes expuestos por una sonrisa burlona y sus pequeñas orejas muy pegadas a la cabeza. Ex militar de la Marina y ahora un tendero que vendía móviles: ¿qué clase de decepciones le motivaban?

Challis desvió la vista a un lado para encontrarse con la de Hilen y le hizo un pequeño gesto de afirmación con la cabeza. Ha grabadora estaba funcionando. Y Lowry no había solicitado todavía un abogado.

—¿Usted y su mujer tuvieron problemas matrimoniales, señor Lowry? —preguntó Ellen.

Ellen se mostraba llena de falsa preocupación y Lowry no se lo estaba tragando.

—No hay nada raro en eso.

—Claro que no. Pero no todo el mundo va a ver a un psicólogo.

La pequeña sala estaba muy cargada y Lowry había colgado su forro polar en el respaldo de su silla. Llevaba vaqueros y un jersey de pico de algodón encima de una camiseta blanca. Debajo de todo ello estaba muy cachas gracias a los esteroides del gimnasio. Frunció el ceño.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Su mujer fue a ver a una psicóloga. ¿No estaba al corriente de eso?

Él se encogió de hombros.

—La Marina me destinó a tres bases distintas en dos años. Eso fue un descoloque. Además, ella tenía miedo de que me mandaran al Golfo y regresara en una bolsa. —Volvió a encogerse de hombros—. No hay nada de lo que avergonzarse. Por eso mismo tiene la Marina un servicio de psicólogos.

—No estoy hablando del pasado. Estoy hablando de ahora, del año pasado. Y tampoco estoy hablando de los psicólogos de la Marina. Estoy hablando de Janine McQuarrie.

Challis vio cómo Lowry daba un respingo.

—Supongo que mi mujer les habrá contado todo sobre ese asunto.

—No importa lo que sepamos. Lo que importa es su respuesta. Usted dijo, y me limito a citarle: «Podría matar a esa zorra». ¿Recuerda haberlo dicho, señor Lowry?

—Sí.

—Y bien, ¿cumplió su amenaza?

—No.

Era abrupto, indiferente, arrogante. Challis se inclinó hacia delante.

—Estabas enfadado. Nos hacemos cargo.

—Si fuera a matar a alguien, mataría a mi mujer.

—Le pegarías un tiro en la cabeza como se lo pegaste a Janine McQuarrie —dijo Challis — . Estamos registrando tu casa y tu negocio, Ray, ¿Vamos a encontrar la pistola que usaste?

—Usted me estaba interrogando el martes por la mañana, ¿cómo puedo estar en dos sitios a la vez?

—Entonces, ¿a quién contrataste?

—Oiga, ¿estoy arrestado?

—No.

—¿Necesito un abogado?

—No lo sé, ¿crees que lo necesitas?

Lowry siguió sentado sin inmutarse. Finalmente soltó:

—Les seguiré haciendo el juego por el momento.

Ellen se inclinó hacia delante y dijo:

—Janine McQuarrie intentó darle fuerzas a su mujer, ¿no es así? Y eso a usted no le gustó nada.

—Eso no significa que la matara.

—Pero fue algo más que eso, ¿no, Ray? —señaló Challis mientras jugaba con su bolígrafo—. Janine McQuarrie te contactó. Y se encaró contigo.

Raymond Lowry se encogió de hombros con indiferencia. Challis estrelló la palma de su mano contra la mesa.

—Ella se encaró contigo, Ray.

Lowry no se dejó impresionar.

—¿Y?

—¿Eso no te molestó?

—Claro que sí, pero yo no la maté y ustedes no pueden probar que lo hice.

Challis se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos.

—Somos los primeros en admitir que ella no era muy popular —dijo razonablemente—. De hecho, mucha gente la odiaba. Le encantaba provocar a la gente, especialmente si eran hombres. Podemos entender por qué querías castigarla, vengarte de ella. Cuéntanoslo, Ray, te sentirás mejor.

Lowry suspiró como si fueran un poco memos y necesitaran que se les mostrara lo que era obvio.

—Están describiendo a alguien que ha perdido la razón, ha flipado y ha actuado impulsivamente. Sí, yo reconozco que tengo muy mal carácter. Pero tengo entendido que a esa zorra la mataron asesinos contratados, eso no parece ser algo muy impulsivo.

Y les regaló su árida sonrisa.

—Quizá usted se calmó y contrató a esos asesinos, señor Lowry.

—¿Cómo me las iba a arreglar yo para hacer eso?

—Eres el dueño de una tienda de móviles —dijo Challis—. ¿Fue así como te mantuviste en contacto? ¿Usaste móviles copiados desechables para cubrirte las espaldas?

—Usted pensó además que se saldría con la suya —intervino Ellen—, pero recibimos una llamada anónima de alguien que sabía bastante sobre el asesinato.

Challis miró a Lowry con interés. Lowry se limitó a encogerse de hombros.

—¿Fue usted el que hizo esa llamada anónima, señor Lowry?

Lowry miró su reloj con indiferencia.

—Si la hubiera matado yo, ¿por qué habría de llamarles?

—Quizá sólo quería asustarla y las cosas se complicaron.

—A mí ella me daba igual, ¿vale?

—¿Está protegiendo a alguien?

—¿Como a quién?

—Contrató a un colega que le falló, pero ahora no quiere o tiene miedo de contárselo a la policía.

—¿Han acabado ya? —estaba diciendo Lowry—, ¿O debo solicitar un abogado de oficio? Quizá él les meta un poco de sentido común en la cabeza.

—¿Él? —preguntó Ellen, divertida—. ¿Y qué pasa si es una mujer? Oh, me olvidaba de que el relacionarse con mujeres es algo problemático para usted. ¿No es así, cabeza de chorlito?

—Puede creer eso si la hace feliz.

—En especial mujeres inteligentes, enteras y audaces como Janine McQuarrie.

—¿Por qué desperdiciar una buena bala? —dijo Lowry.

Capítulo 42

Challis no tenía otra opción que soltar a Lowry sin cargos. Luego, ese mismo viernes por la tarde, lo llamaron del taller para comunicarle que su Triumph ya estaba listo, así que lo cambió por su coche prestado y volvió a la comisaría, donde convocó la última sesión informativa previa al fin de semana.

Describiendo los resultados de la entrevista con Lowry, dijo:

—Necesitamos órdenes judiciales adicionales para los teléfonos de su casa y de su oficina, incluyendo cualquier teléfono de segunda mano que pueda tener en su almacén y teléfonos que le hayan entregado en reparación, y órdenes para registrar su casa, su tienda y su coche. Necesitamos un arma, municiones, o cualquier cosa que pueda relacionarlo con el asesinato. Por otra parte, el funeral es el viernes. Scobie, necesito que vayas y que fotografíes a los asistentes.

—De acuerdo.

Challis se frotó las manos.

—Volviendo a Lowry. Ellen, ¿es nuestro hombre?

Ellen se encogió de hombros.

—A Janine McQuarrie le encantaba confrontar a la gente, especialmente si eran hombres, si pensaba que éste podía estar cometiendo algún tipo de abuso. Le encantaba restregárselo en la cara. Fue demasiado lejos y se encaró con el hombre equivocado. Pero ¿era Lowry? Ella le ponía de los nervios, pero, como él bien dijo, Hal, tú lo estabas interrogando el martes por la mañana, justo antes de que asesinaran a Janine.

Challis asintió.

—Pero eso no lo exime del todo. Pudo haber contratado a alguien para hacer el trabajo.

Se quedaron pensativos. Scobie Sutton dijo:

—Ellen tiene razón sobre el patrón que seguía la conducta de Janine. Sabemos que se encaró con Lowry y mi mujer me ha hablado de incidentes parecidos. Al enviar esas fotos a su marido y a los otros, Janine estaba siguiendo el patrón a pies juntillas.

—Pero ¿con quién más se enfrentó? —dijo uno de los detectives de Mornington—. Y ¿por qué y de qué manera?

Challis se aclaró la garganta.

—Y ¿fueron las fotos el primer paso o eran la continuación de una confrontación anterior cara a cara?

—Sin embargo, cada uno de los cuatro hombres parecía sorprendido y perplejo, Hal —señaló Ellen.

—Muy cierto —asintió Challis mirando a la ventana sin cortinas. El día estaba llegando a su fin. Todos tendrían que conducir de vuelta a casa y adentrarse en la oscuridad. Dijo lentamente—: ¿Confrontó al súper? Quizá Robert se negó a dejarse intimidar por ella y ella entonces fue a ver a su padre.

Sólo de pensar que tenían que interrogar al súper, se removieron incómodamente en sus asientos.

Más tarde, Challis se referiría a esto como al hablando-del-rey-de-Roma. En ese momento apareció McQuarrie en la sala de reuniones. Echando humo por la nariz, fue dirigiendo una sonrisa dura y radiante a cada uno de ellos y dijo:

—Inspector, siéntese.

—¿Señor?

—Le he dicho que se siente —bramó McQuarrie.

Challis se encogió de hombros y obedeció. McQuarrie se quedó de pie presidiendo la larga mesa y dijo:

—Ahora quiero saber quién de vosotros, atajo de gilipollas pervertidos, ha enviado esto a mi hijo.

Y arrojó un sobre a la mesa. Tras de unos minutos, Challis lo cogió hábilmente por la esquina posterior y lo agitó, vertiendo su contenido. McQuarrie soltó con irritación:

—Puede tocarlas con sus manazas sucias, inspector: son copias, o copias de copias. El laboratorio tiene el material original que le han mandado a mi hijo.

Aun así, Challis manejó el contenido con un bolígrafo: las consabidas fotos de Robert McQuarrie, desnudo, con su cara adoptando un rictus de dolor o de éxtasis y una hoja de papel tamaño A4 con una solicitud de recompensa impresa en ella. Su mente empezó a acelerarse.

—Mi hijo se ha quedado en casa hoy —dijo McQuarrie— para estar con su hija, como cualquier padre decente y se ha encontrado con esta... con esta basura en el correo de la tarde. Vino a mí llorando, llorando, y me las enseñó.

El súper los fulminó con la mirada y esperó. Nadie habló.

—Puede que os interese saber —prosiguió— que Robert y yo hemos hablado ya acerca de este lamentable asunto, de su participación en la orgía y del hecho de que Janine hubiera

estado haciendo fotos ocultas y enviándoselas anónimamente a él y a otros hombres. Lo hablamos a fondo ayer. Pero ahora le han enviado otras fotos a mi hijo, con una petición de dinero, después del asesinato de Janine, así que no me queda más remedio que llegar a la conclusión de que alguien en este cuarto pensó que él, o ella, podían sacar unos cuantos dólares de la desgracia de mi hijo.

Hizo una pausa.

—¿Nadie tiene nada que decir? Vuestro pequeño complot os ha estallado en la cara de forma insospechada. Robert lo ha confesado todo. No me ha ocultado nada. Y por supuesto que está avergonzado y también sabe que su conducta fue más que dudosa, pero estas fiestas mal llamadas de intercambio son entre adultos responsables y libres. Todos cometemos errores y mi hijo es lo suficientemente hombre para confrontar esto. Me ha jurado que no volverá a hacerlo nunca más y yo lo creo. Entretanto acaba de perder a su mujer de la forma más terrible que cabe imaginar, y él la quería a pesar de la circunstancia de que ella estuviera haciendo esas fotos y tiene una hija que lo quiere y que depende de él. Por todos los santos, el funeral es mañana.

McQuarrie había conseguido llegar a un estado de rabia perfecta y lívida. Sus escupitajos moteaban la mesa.

—Nos aseguraron que no iba a trascender nada a los medios o al resto de la policía, así que alguien de este cuarto o un amigo de alguien de este cuarto ha debido de enviar la última carta. Pero si vosotros o vuestros amigos pensáis que vais a poder sacarnos un sólo céntimo, estáis muy equivocados.

Se quedaron callados.

—¿Y bien?

Finalmente, Ellen salió del estupor general.

—Señor, quizá lo envío Janine y se retrasó en el correo.

—Muy buen intento, sargento. Fue enviado por correo urgente, con la garantía de llegar al día siguiente, y echado al correo en Frankston ayer por la tarde.

Challis leyó la petición de chantaje de nuevo. Con una fuente en negrita de catorce puntos: «10.000 dólares o cuelgo esto en Internet. Espera una llamada».

—Señor, puedo responder por todas las personas de esta habitación.

—Y una mierda, caballero. El cuerpo está lleno de oficiales corruptos, ¿es que no lee los periódicos? Pienso elevar una queja formal a los de Anticorrupción contra cada uno de vosotros a no ser que obtenga una confesión en este mismo instante.

Challis miró a su alrededor, a todos ellos, a sus caras

ofendidas. No podía imaginarse a ninguno siendo el responsable de eso. Así que tenía que haber salido del robo de su portátil. Era su obligación hacer lo correcto para defenderlos.

Y lo odiarían en consecuencia.

—Señor, creo saber lo que ha pasado.

McQuarrie dobló el labio.

—Soy todo oídos.

—Hubo un robo en mi casa.

McQuarrie saltó:

—¿Te llevaste material confidencial a casa? ¿De una investigación en curso?

—En cierta manera —dijo Challis, y se lo expuso a todos, mirándolos uno por uno, excusándose pero sin pedir ningún tipo de absolución.

—¿Tu portátil?

—Tenías que haber informado de inmediato.

Ellen intervino:

—Sí que informó, señor. A mí. El agente Sutton y yo habíamos estado investigando una serie de robos y éste tenía las mismas características.

—Pero ni usted ni el inspector Challis consideraron necesario informarme.

—Señor, con todo el respeto, recobramos el material robado un par de horas después. Fue ese incidente de ayer con la furgoneta Toyota robada que golpeó a la mujer en el caballo.

—Estoy al tanto. —Un poco del fuego de McQuarrie pareció apagarse—. ¿Supuestamente el ladrón copió los archivos de su ordenador, inspector?

—Señor.

McQuarrie se lo quedó mirando un rato largo.

—Te sustituiría en un abrir y cerrar de ojos si no estuvieras tan avanzado en el caso. No quiero a todo un departamento metiendo las narices en esto, pero te la voy a armar si no estás a la altura de la tarea asignada.

«Te voy a sacar del caso —pensó Challis—. Otro tópico.»

—Estamos progresando bastante, señor —dijo, y tanto el tono de su voz como su expresión eran imposibles de descifrar.

—Pero después, inspector, después...

—Señor.

—Encuentre a esos ladrones —dijo McQuarrie, y se marchó. Challis, muy apenado, intentó excusarse. No lo dejaron.

—Olvídelo, jefe.

—No sería la primera vez que alguien se lleva material a casa.

Aliviado, Challis dijo:

—Es tarde. Marchaos a casa.

Capítulo 43

Scobie Sutton estaba preparándose para volver a casa cuando su teléfono sonó.

—Recepción, Scobe. Una mujer quiere verte.

—¿Nombre?

—Heather Cobb.

—Vale, dile que bajaré enseguida.

Cuando llegó allí, Heather se estaba retorciendo las manos. Llevaba un voluminoso anorak manchado sobre un chubasquero y unos vaqueros nuevos muy recios.

—Se trata de Natalie, señor Sutton. No he vuelto a verla desde que se fue al colegio ayer por la mañana.

Se la llevó a una sala de interrogatorios, le sirvió una taza de té y se enteró de los detalles. No, no había peleado ni discutido con Natalie. Presumía que Nat había ido al colegio: se suponía que iba a ir, se había puesto el uniforme. Pero ¿quién puede asegurar algo con los jóvenes de ahora? ¿Había llamado al colegio? No. ¿Podría usted hacerlo, por favor, señor Sutton? No les gustamos mucho allí. ¿Amigos? Bueno, Nat no tenía muchos en realidad. De hecho, los niños de su colegio le tenían un poco de envidia. ¿Se había escapado antes, quedándose a dormir con un pariente o una amiga? Bueno, a veces, pero no era su costumbre. ¿Novio? ¿Se refiere a Andy? A Heather no se le había ocurrido llamarlo. No es como si Nat se hubiera quedado a dormir en su casa alguna vez.

—Voy a preguntar por ahí —dijo Scobie—. No se preocupe, no debe de andar muy lejos. Llámeme cuando aparezca. ¿De acuerdo?

Cuando Heather se marchó, llamó a su mujer.

—Cariño, ¿puedes preguntar por Natalie Cobb entre la gente de su barrio? Está desaparecida. Los chicos del club juvenil o los otros chicos que viven allí podrían saber dónde está.

Luego contactó con los que cotejaban datos. ¿Andy Asche? Su nombre les era familiar. Hacía trabajillos para el condado, pero

no estaba fichado ni tenía amigos criminales que ellos supieran.

Scobie suspiró y miró el reloj. Eran casi las seis de la tarde y se moría de ganas de volver a casa, pero Natalie Cobb llevaba desaparecida casi treinta y seis horas. Cogió el teléfono de nuevo y llamó a la unidad de personas desaparecidas.

Ellen llevó en coche a Pam Murphy hasta la playa de Penzance, intentando que le contara algo sobre la actitud de Alan el día anterior, pero la joven estaba muy circunspecta, así que no la forzó.

Llegó a casa y se topó con fardos de espuma aislante en la terraza de delante con sus destellos rosas en la oscuridad de la noche, una escalera en el vestíbulo y la trampilla del techo abierta. Era el día libre de Alan y estaba claro que había estado muy atareado. Su voz en sordina le llegó desde el interior del techo.

—¿Eres tú, El?

Ella gritó «Sí» y entró en la cocina. Había papeles en la mesa: tres presupuestos para instalar la calefacción de agua caliente. Se quedó paralizada y la invadió un extraño cansancio. En absoluto triunfante, ni agradecida, ni eufórica, no hasta que lograra comprender sus motivos. ¿Y de dónde iba a salir el dinero?

Eran las seis y cuarto y no dijo nada. Se dio una ducha, se puso el chándal con el que le gustaba relajarse y se sirvió una copa de vino. Mientras tanto, su marido trajinaba de aquí para allá entre el sucinto espacio del techo y los fardos de espuma aislante amontonados en la terraza. Siguió sus movimientos por encima de su cabeza: las vigas que chirriaban, la fina capa de polvo y los trocitos de escayola que medían su progreso.

A las siete de la tarde puso la cena en el fuego y se retiró al salón mientras ésta se cocinaba. Miró las noticias de la ABC, sin apenas darse cuenta de cómo Alan recogía la escalera, barría la entrada, tiraba su polvorienta ropa en el cesto y se daba una ducha.

Ella no había vuelto a decir nada después de su saludo inicial y él tampoco.

Alan se le unió a la mitad de El informe de las 7.30. Se sentó junto a ella en el sofá y cogió su mano inerte.

—¿Estará pronto la cena? Me muero de hambre.

Ella sintió una hostilidad repentina e intentó retirar la mano. Él, herido, se apartó de ella.

—¿Qué es lo que te pasa?

—¿Qué es lo que te pasa a ti?

Él se encogió de hombros.

—Estuve pensando en lo que me dijiste, eso es todo.

—Dijiste que no nos lo podíamos permitir.

—Lo iremos haciendo por etapas. Además, he ahorrado un montón de dinero aislando yo mismo el techo.

Buscando alabanzas. Ellen no dijo nada. Y se encogió de hombros de tal manera que era casi un gesto de agradecimiento.

Él dijo como de pasada:

—¿Qué tal la joven Murphy?

Ahí lo tenía. Según lo que se rumoreaba en la cantina, él, en la escena del accidente el día anterior, había tratado a Pam Murphy con una dureza innecesaria y ahora se sentía mal por ello. A Ellen le hubiera gustado decirle que a la que tenía que compensar era a Pam, no a ella. Y aislar un techo no podía ni empezar a curar una brecha progresiva y probablemente permanente.

—En plena forma —contestó Ellen.

En la oficina del Progress en Waterloo, Tessa Kane estaba mirando su reloj. Como el incidente con Charlie Mead la había dejado un poco trastornada y para colmo se había encontrado el día anterior con los faros de su coche hechos añicos, estaba tomando taxis para ir y volver del trabajo. El taxi de esa noche ya llevaba cinco minutos de retraso. Bueno, era viernes.

Volvió a mirar las fotos que habían llegado en el correo. El remitente anónimo quería 5.000 dólares a cambio de nombres, direcciones y otras informaciones clave. El —o ella— estaba seguro de que Tessa estaría interesada, debido a su reciente artículo sobre las fiestas sexuales.

Reconoció el lugar por las fotos que Ellen Destry le había mostrado. ¿Había alguien corrupto en el equipo de Challis? ¿Debería avisarlo? No, no antes de sacar un buen artículo sobre ello. Y no antes de obtener una declaración de Robert McQuarrie.

Mientras tanto, también podía husmear una historia en Raymond Lowry. Según le había contado uno de sus contactos, lo habían llevado a la comisaría para interrogarlo y luego lo habían soltado. Cuando ella había ido a su casa esa tarde y le había pedido una entrevista, él le había cerrado la puerta en las narices.

Y justo cuando estaba a punto de llamar a la empresa de taxis de nuevo, Joseph Ovens entró en el vestíbulo vestido con pantalones oscuros y una chaqueta. Con más de sesenta años, lo habían despedido de un banco y había utilizado su indemnización para comprarse una licencia de taxi. Ella tenía

simpatía por Joe y normalmente pedía que fuera él. Si el trabajo la obligaba a viajar entre los estados, siempre miraba si Joe estaba libre para que la llevara al aeropuerto. Le daba las coordenadas de su vuelo de vuelta y él siempre estaba allí para recogerla. No era tan tonta como para coger un taxi de la parada del aeropuerto, no después de su dos primeras experiencias: los conductores se ponían nerviosos por abandonar los límites de la ciudad y adentrarse en el campo, al no haber conducido nunca sin semáforos o por caminos de tierra, o en carreteras sin iluminar de noche, ni estar familiarizados con tantos árboles o con tantas ausencias de cosas habituales. Su velocidad iba disminuyendo y disminuyendo y disminuyendo, acababan por conducir pisando huevos, muy encorvados en sus asientos, se ponían a sudar y adoptaban un aire entre hechizado y temeroso. Y ella luego incluso tenía que dibujarles mapas para que pudieran volver a la ciudad.

De manera que Joe era su conductor habitual siempre que necesitaba un taxi. Pero como había estado pescando desde el martes, ella había tenido otros conductores el día anterior y esa mañana. Lo observó durante unos instantes sin que él la viera: un hombre mayor, bien parecido, con el pelo gris, un poco de tripa, siempre ingenioso y culto e interesado en el mundo que lo rodeaba. Empezó a pasearse por el vestíbulo perezosamente, examinando los recortes de números anteriores que ella había enmarcado y colgado en la pared, entre las plantas de caucho y las sillas de las visitas.

—Pasa —dijo ella—. No tardo nada.

Entró a grandes zancadas y se quedó mirando las mesas de edición mientras ella recogía su bolso y su abrigo y apagaba el ordenador. De repente sufrió una especie de ataque, retrocedió llevándose la mano al corazón, se le desencajó la mandíbula y se puso blanco como una sábana.

—Joe —dijo ella corriendo hacía él—. ¿Qué te pasa?

Él señaló las pruebas de la portada del martes siguiente. Y finalmente logró decir:

—Yo estaba allí.

Capítulo 44

Llegó el fin de semana y el invierno pareció recrudecerse repentinamente, anunciando días grises, cortos, tranquilos y silenciosos, con apenas lluvia o viento, pero oscuros y fríos.

Challis sostuvo una sesión informal de trabajo con Ellen y Scobie, a primera hora de la mañana del sábado, para transmitirles las noticias del conductor de taxi. Scobie Sutton fue el primero en responder, con expresión lúgubre: un hombre en los huesos, hundido en su silla como un ramillete de juncos. Iba vestido para el funeral de Janine McQuarrie con traje oscuro, camisa blanca y corbata negra.

—¿Cómo es que no dimos con este hombre antes?

Una pregunta muy pertinente. Después de todo, ya habían encontrado a todas las personas que podían haber tenido una razón para pasar por delante de la casa de la señora Humphreys la mañana del asesinato: vecinos, el chico que repartía el Age y el Herald Sun, una mujer que distribuía folletos de su clínica de yoga y masajes, un herrero, tendedores de hilos de United Energy y Telstra, varios comerciales, recaderos, una furgoneta llena de camboyanos, con sombreros de paja en forma de cono, que habían sido contratados para podar los viñedos de una bodega cercana. Incluso otros taxistas.

Pero en ningún caso Joseph Ovens.

—Llevó a alguien al aeropuerto el martes pasado —dijo Challis—, y luego siguió conduciendo en dirección norte con sus aperos de pesca en el maletero del coche. No oyó las noticias en toda la semana y tampoco leyó los periódicos. Volvió ayer, leyó la noticia del asesinato y cayó en la cuenta de lo que había visto.

Explicó la visita de Joe Oven al Progress.

—Y la directora me avisó —añadió.

«La directora», dijo, para subrayar que su relación con Tessa Kane era formal ahora y lo llevaba siendo un tiempo. Sin embargo, Ellen lo estaba mirando fijamente con una expresión a la vez indescifrable y complicada, y él sintió cómo se le

calentaban las mejillas. Ella tenía un aspecto cansado e irritable, con su traje pantalón un poco arrugado y el pelo rebelde. Él buscó un poco de empatía pero ella lo cortó en seco, recuperando un poco de su antigua mala uva.

—¿Cómo puede ayudarnos esto si sus recuerdos son tan vagos?

—Utilizaremos un hipnotizador —explicó Challis.

Lo miraron asombrados, como si estuviera flipando.

—Nos estás tomando el pelo, ¿no?

—¿Cuándo?

—El lunes por la mañana, tan pronto como hemos podido.

Ellen estiró el cuello.

—Esto hará saltar el presupuesto por los aires. ¿Cómo has conseguido que el súper lo aprobara?

Challis le dirigió una sonrisa ensombrecida.

—No se lo he comunicado todavía.

Ellen lo miró.

—Deja que lo adivine. Tessa Kane, o mejor dicho, su periódico, lo paga.

—Correcto —afirmó Challis, un poco acaloradamente—. Pero antes de que empecéis a hacer bromas, quiero aclararos que hemos encontrado a un hipnotizador que ha colaborado con éxito con la policía en otras ocasiones y que la señora Kane ha aceptado no publicar detalles que pudieran comprometer la investigación policial. Pero, a cambio, tiene los derechos exclusivos para un artículo en la edición del martes sobre un testigo voluntario sometido a hipnosis.

Ellen lo miró con cara de querer asesinarlo. Mientras tanto, Scobie Sutton se removía en su silla como si intentara encontrar acomodo para sus piernas largas e impacientes, pero Challis interpretó esa incomodidad como algo psicológico. Y sintió que estaba harto de los dos.

—Jefe —dijo Scobie—, ¿y qué pasa si eso hace peligrar la vida del conductor del taxi?

—La señora Kane no va a nombrarlo ni va a decir qué profesión tiene.

—Sin ánimo de ofenderte, pero creo que a partir de ahora tendríamos que pensarnos dos veces lo que queremos que sepa la prensa —dijo Scobie mientras cruzaba los brazos con aire de dar por zanjado el asunto—. Eso opino yo al menos.

—¿Ellen? —dijo Challis.

Ellen había estado mirándolos con una sonrisa helada.

—¿Va a asistir la señora Kane a la sesión?

«No confían en ella —pensó Challis—, creen que va a publicar

todo lo que cuente Joe Ovens bajo los efectos de la hipnosis y que la policía se puede ir a hacer gárgaras.

»Piensan que todavía estoy liado con ella.»

Dijo tensamente:

—La señora Kane tiene todo el derecho de asistir. Ella es quien lo paga y me ha dado garantías.

Ellen se encogió de hombros.

—Pues que te aproveche. Te veo el lunes.

Challis apretó los puños, tenía ganas de montarles una buena a los dos, pero se dijo a sí mismo que debía contar hasta diez y apenas los miró cuando se marcharon de la sala de reuniones.

El funeral era a las once. Scobie Sutton tomó cincuenta fotos con la cámara digital de la UIC y luego volvió a la comisaría y las metió en el ordenador. Y harto finalmente de trabajar en el caso McQuarrie, se puso a buscar a Natalie Cobb.

—¿Andrew Asche? —dijo a la entrada de un piso en Salmón Sreet.

—Eh... sí —dijo el chico detrás de la puerta.

—No pareces estar muy seguro.

—Soy Andy Asche —dijo el chico.

Scobie hizo lo que siempre hacía: intentó descifrar el lenguaje corporal e intentó pillar señales incipientes de que Andy Asche estaba mintiendo o sintiéndose culpable. Ellen tenía ese talento, Challis también, pero de alguna manera a Scobie siempre se le había escapado. Él obtenía sus resultados gracias a su constancia y a su respeto por las reglas. De todas formas, tenía la sospecha de que podía entrenarse a sí mismo si seguía intentándolo.

Todo lo que vio fue a un chico joven de punta en blanco que estaba comprensiblemente nervioso por encontrar a un policía en su puerta. Y esto se podría decir también del noventa y nueve por ciento de la población: tanto de los culpables como de los inocentes. Era sólo al encontrarte con un individuo que no estaba nervioso cuando retrocedías, tirabas de tu pistola y pedías más ayuda.

—Natalie Cobb —dijo Scobie.

Un destello en los ojos del chico.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Tú eres su novio?

Se encogió de hombros como si no quisiera comprometerse.

—No exactamente. Solíamos salir a veces. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Que yo sepa no ha hecho nada —dijo Scobie, un poco

congelado por el frío que hacía allí fuera en el porche—. ¿Podemos entrar?

Asche se lo pensó y luego cedió.

—Si lo prefiere...

Scobie lo siguió hasta un salón donde nada pegaba con nada y todo era de segunda mano. Con fotos de coches muy llamativos en la pared.

—Te gustan los coches.

Andy se encogió de hombros.

—Sí.

—Y eres un as de la informática, ya veo.

El chico ahora sí que parecía muy nervioso. «Ha estado viendo películas porno», decidió Scobie. Había hojas rotas de papel impreso en una papelera de mimbre debajo de una mesa pegada contra la pared y un ordenador con una pinta impresionante encima de esa mesa. Un poli de distinta catadura ya habría unido los trozos de papel, revisado los contenidos del ordenador y registrado los cajones y la papelera. Y eso sólo para empezar a hablar.

Andy Asche dijo:

—¿Nat está herida o le pasa algo?

—No lo sé. ¿Lo está?

—Se lo estoy preguntando yo —dijo Asche, recuperando un poco de su compostura.

«Y no te culpo —pensó Scobie—. No se me da bien sacar a la gente de sus casillas.»

—Su madre no la ha vuelto a ver desde el jueves.

—Jueves —dijo el chico con tono neutro.

—Correcto. ¿La has visto tú desde entonces?

—No somos tan amigos.

—Pero ¿la has visto?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cuándo la viste por última vez?

Scobie observó a Asche con detenimiento. Era un chico muy guapo, atlético, de aspecto impecable, con un pendiente, eso era todo. ¿Iba a mentir?

—No la he visto desde hace un par de semanas.

Sí, iba a mentir.

—¿Así que no eras tú el que recogió a Natalie a las afueras de la Magistratura de Frankston el martes?

Se le encendió una bombilla al cabo de un tiempo.

—Oh, sí, es verdad. Se me había olvidado.

—¿Y a dónde la llevaste ese día?

—De vuelta al colegio.

—¿Y la has vuelto a ver desde entonces?

Andy Asche estaba más que seguro de que no había vuelto a ver a Natalie desde ese día.

—Últimamente tenía un humor un poco extraño —le explicó—. Todo ese rollo sobre el arresto de su madre, sus problemas en el colegio, ya sabe.

Scobie intentó otra vez tomar la medida de Asche.

—Si se pone en contacto contigo, dile que llame a su casa y que me llame a mí también. ¿Podrás hacer eso?

—Claro, no se preocupe.

El domingo fue otro de esos días tranquilos y grises. Tenía que haber sido un día de descanso para Pam Murphy —«descanso», en su caso, quería decir una oportunidad para entrenarse duramente en el triatlón— pero había recibido una notificación oficial de que tenía que presentarse el lunes para un interrogatorio formal, así que se pasó el día repasando sus notas e intentando hablar con Tank, que no estaba en casa ni contestaba al teléfono.

No podía tampoco llamar a la sargento. No podía llamar a nadie. Fue un domingo horrible.

Y también lo había sido para Vyner.

Cuando le llegó el siguiente mensaje, había estado escribiendo en su diario: «Deja que haya siempre un nexo común en todos tus sueños más exquisitos; tú eres el dueño de tu destino».

No se lo había inventado él, lo había aprendido en un seminario de dirige-tu-propia-vida al que había asistido cuando salió de la Marina, pero lo que uno tenía que hacer era adaptarse o seguir adelante a partir de lo que ya había ocurrido. Luego llegó el mensaje: «Tengo otro trabajo para ti». De repente se sentía de nuevo en forma y realmente obligado a ser el dueño de su destino.

Vyner disparó de vuelta: «OK».

Y de vuelta vinieron los detalles.

«30 mil —respondió Andy subiendo su tarifa—, la mitad x anticipado.»

Capítulo 45

Lunes por la mañana.

Tessa Kane, Joe Ovens y el hipnotizador fueron guiados a un cuarto llamado la suite de la víctima, apodado así porque se había llegado a la conclusión de que las víctimas de una violación, los niños perdidos o huérfanos recientes y los adultos angustiados necesitaban un cuarto donde sentirse a gusto mientras esperaban y se lamían las heridas. Iluminación suave, sillones cómodos, una caja de juguetes blandos en el rincón. Fanta y agua mineral en la nevera, bebidas alcohólicas en un armario empotrado cerrado con llave. Una mesa y sillas acolchadas, equipo de TV/VCR con cintas de Los Simpson, Los Wiggles y Notting Hill.

Joe Ovens era de la vieja escuela y se levantó corriendo con una sonrisa en su amplio y agradable rostro cuando Ellen entró en la habitación por delante de Challis y de Sutton. Gesticuló con un bastón mientras Challis presentaba a los otros.

—La pierna renquea un poco hoy.

—Debe de ser por la niebla o por pasarse el día vagando por los ríos con una caña de pescar —dijo Challis con una sonrisa. Él conocía a Joe. Tessa Kane se lo había recomendado. Joe muchas veces llevaba en taxi a Challis: a los congresos, al aeropuerto y al cuartel general de la policía en la ciudad.

Challis se volvió con aire inquisitivo hacia la hipnotizadora, una mujer baja y gordita de cabellos grises y sometidos a una severa permanente, que lanzaba rápidas miradas de apreciación a cada uno de los detectives de la UIC y que inmediatamente tomó las riendas de la situación.

—Mi nombre es Fran Lynch —dijo ella—, y quiero dejar claro desde el principio que sé muy poco sobre el caso, los testigos o los resultados de la investigación policial. Prefiero no saber nada. No quiero perder la objetividad por saber cosas de antemano, partir de unas bases, o intentar dirigir con mis sugerencias o con mis preguntas, por la sencilla razón de que no quiero exponer

pruebas potenciales fuera del juzgado, ¿les parece bien?

Challis se encogió de hombros.

—Desde luego.

—No tengo ni idea de lo que va a decir el señor Ovens en respuesta a mis preguntas. No sé si lo que pudiera decir va a ayudarlos o no, y ni siquiera sé si él va a ser un buen sujeto para una hipnosis profunda; sin ánimo de ofenderlo, señor Ovens.

—No me ofende en absoluto.

Ovens intercambió una sonrisa con Challis. Se estaba divirtiendo de lo lindo con eso.

—En cuanto a mis credenciales —prosiguió Lynch—, yo me he formado como psicóloga o terapeuta y he ido desarrollando paulatinamente un interés en la psicología forense y en la hipnosis. He vivido muchos años en la ciudad de Nueva York donde estudié con un experto al que recurrían regularmente tanto la policía como la oficina del fiscal del distrito. Aquí en Australia mi hipnosis ha abarcado casi todo, desde ayudar a que los niños dejaran de morderse las uñas, hasta lograr descripciones que han metido a los violadores y a los asesinos entre rejas.

Challis asintió. La voz de ella tenía un tono desafiante cuando todo lo que él quería es que tuviera lugar la sesión y se acabara lo antes posible.

Luego se cerraron las cortinas, dejando muy poca iluminación, y Challis, Tessa, Ellen y Scobie se sentaron en las sombras y vieron cómo Ovens se instalaba en un sillón profundo y envolvente con Fran Lynch sentada en frente de él en una silla de respaldo rígido. Empezó a hablar en un tono muy bajo y amable:

—Cierre los ojos y relájese, está soltando todos sus músculos, se siente muy cómodo, no hay tensión ni dolor...

»Ahora voy a contar hasta tres y cuando cuente tres sus brazos y tus manos se van a sentir agradablemente flojas y pesadas.

»Va a continuar relajándose, cayendo, cayendo, más y más profundamente, todas sus tensiones desaparecen, no hay nada que le importe, no tiene preocupaciones, ni miedos, ni ansiedad; sólo cae más y más profundamente.

La preparación le llevó doce minutos y, una vez transcurridos éstos, Lynch volvió a contar hasta tres otra vez y dijo:

—Y ahora se siente completamente relajado, maravillosamente en paz en cuerpo y mente y es hora de volver a una mañana en particular: usted está conduciendo por Lofty Ridge Road, una ruta familiar, y algo que ve se aloja en su cerebro. Hay una casa por la que ha pasado muchas veces antes,

un camino vertiginoso y un vehículo extraño. Quizá me lo podría describir.

En postura muy relajada y pronunciando borrosamente las palabras, Ovens dijo:

—Estaba allí conduciendo por la carretera en el tramo donde se eleva por encima del nivel de las viviendas que tiene a cada lado, y ahí estaba esa casa con su camino de entrada. Yo siempre me fijo porque la anciana que vive allí a veces me llama para que la lleve a las tiendas o al médico una o dos veces al mes, de hecho fui yo quien la condujo al hospital para su operación de cadera, así que no me esperaba ver un coche extraño en su entrada. Dos coches.

—¿Podría describir esos dos coches?

—Había una furgoneta Volvo familiar plateada casi nueva cerca de la casa y un coche más viejo subiendo por el camino en mi dirección.

—Descríbame el coche.

—Era un Holden Commodore antiguo de mediados de los ochenta.

—¿Está seguro?

—Mi hijo tuvo uno, fue su primer coche.

—¿Qué más puede decirme del Holden?

—Me fijé en la matrícula porque parecía ser mitad mis iniciales y mitad mi número de teléfono.

En este punto, los dedos de Ovens empezaron a escribir, trazando números y letras en el mullido reposabrazos de cuero de su sillón. Lynch le puso suavemente un bloc debajo de la mano y le cerró los dedos alrededor de un bolígrafo. Ovens escribió y luego paró.

—¿Qué más vio?

—El conductor tuvo que dar un frenazo porque de lo contrario se me habría tragado. Era un jovenzuelo, con el pelo rapado y cara regordeta.

—¿Algún rasgo más que lo pudiera describir?

Hubo una pausa muy larga y Challis se preguntó si Ovens no se habría quedado dormido. Luego, en tono lento y regular, añadió:

—Nada que yo recuerde.

Challis garabateó una rápida nota y se la pasó a Lynch: «Pregunte si se fijó en la mano derecha del conductor».

Lynch frunció el ceño, lo meditó durante unos instantes y dijo:

—¿Llevaba el conductor las dos manos en el volante?

Joe hizo una pausa y dijo lentamente:

—Sí.

—¿Sus manos le llamaron la atención por algo?

—No la entiendo.

Challis se dio cuenta de que Lynch estaba luchando para no dirigir a Joe. Finalmente perdió la batalla y dijo:

—¿Llevaba guantes o un reloj o un anillo?

Joe, obnubilado, dijo lentamente:

—No.

Challis suspiró, decepcionado.

—¿Y el otro hombre? —prosiguió Lynch—. ¿Dónde estaba sentado?

—En el asiento del copiloto.

—Descríbamelo, por favor.

—Su cara estaba ensombrecida por su brazo. Creo que se estaba poniendo o quitando su sombrero, una gorra negra. Pero me produjo inquietud —dijo el taxista—. Los dos me inquietaron.

—Y el coche, señor Ovens, ¿puedes darme más detalles sobre el coche?

Esta era la pregunta clavé y Challis se inclinó hacia delante para no perderse una palabra. No había querido interferir en el ritmo de la sesión u ofrecer material a Lynch para que lo dirigiese, pero necesitaba saber si la descripción de Ovens reforzaba la de Georgia McQuarrie.

Joe Ovens carraspeó, como si se encontrara en terreno familiar, y recitó:

—Holden Commodore, de principios a mediados de los ochenta, ruedas de magnesio, color blanco sucio, ventanas ahumadas, un trabajo de aficionados porque se podían ver las burbujas debajo de la película, y polvo en el reborde de la puerta trasera pero no en la del conductor. Ésta era de una especie de color amarillo pálido, como si la hubieran encontrado en un desguace.

Challis intercambió una sonrisa con Ellen y Scobie: sus disensiones quedaban temporalmente olvidadas.

—¿Viste bien el coche, señor Ovens?

Con su voz apagada, Joseph Ovens dijo:

—No hay nada que yo no sepa sobre coches. Y además vi el lado del conductor y luego la placa de la matrícula de delante cuando los adelanté.

Diez minutos después estaba claro que Lynch no iba a sacar en limpio nada más por parte de Ovens. Challis cogió la grabadora, que iba a ser transcrita de inmediato, y el bloc donde Ovens había escrito esas letras y números que recordaba haber visto en el Commodore: «OT? —había escrito—,?59».

Capítulo 46

A Ellen le había impresionado la sesión, muy a pesar suyo. Por otro lado, Tessa Kane había tenido una actitud muy fría con ella y, más tarde, cuando todos estaban saliendo de la suite de las víctimas, había escuchado por casualidad cómo Challis invitaba a Kane a cenar para darle las gracias. Vaya, fantástico.

No había podido oír la respuesta de Kane, pero la sola imagen de la parejita sentada en un restaurante la quemaba por dentro. Así que ahora, de vuelta en la sala de reuniones, fue muy dura con Challis.

—¿Este tipo, Joe, puede acordarse bien de las letras y de los números? ¿Siguen la secuencia correcta? ¿Qué pasa si la O era una Q y la T era una J o una I? ¿Y qué pasa si la matrícula fue robada de otro vehículo o de otro estado?

Challis se puso a la defensiva.

—Lo que dices es verdad —dijo—. Así que vamos a probar todas las combinaciones. También tendremos que comprobar el registro de coches robados y pedirles que contrasten los partes de matrículas robadas.

—Lo más probable es que tiraran o quemaran el coche después, pero no hemos recibido ningún parte.

—Sin embargo, a principios de esta semana no sabíamos ni la marca ni el modelo del coche que buscábamos —dijo Challis con impaciencia—, y sólo comprobamos los vehículos abandonados o quemados a nivel local.

—Podrían estar todavía conduciéndolo por ahí.

—La cuestión es poner en alerta todas las comisarías —dijo él acaloradamente.

—¡Apretaos los cinturones! La descripción del conductor podría darnos muchas pistas.

Miraron al rincón de la sala grande, donde Scobie Sutton estaba sentado con Joe Ovens delante de la pantalla de un portátil. A principios de año, Scobie había asistido a un cursillo cuyo objetivo era ayudar a la policía a generar perfiles

informáticos basados en las descripciones de los testigos. Y ésa era su primera oportunidad de utilizarlo.

—¿Está segura Georgia de que le faltaba un dedo?

Challis asintió con la cabeza enfáticamente.

—Absolutamente segura.

—Sólo es una niña, Hal —dijo Ellen, todavía irascible, pero también consciente de la ironía: hacer de abogada del diablo era a menudo lo que ella hacía cuando trabajaban juntos y trabajaban bien.

Challis la miró con cautela.

—Georgia muestra el dedo que falta en varios de sus dibujos. Estaba convencida y no tuve ni que sugerírselo ni que guiarla.

Hubo una incómoda pausa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dijo ella.

Challis empezó a moverse en dirección a su despacho, diciendo por encima del hombro:

—Voy a transcribir la cinta de la sesión de hipnosis en mi portátil. Y luego, cuando Scobie y Joe se hayan puesto de acuerdo sobre algún perfil, meteré también eso en mi ordenador.

—¿Y nunca volverás a perder de vista tu portátil?

—Y nunca volveré a perder de vista mi portátil — confirmó él.

Ellen volvió a su mesa de despacho y empezó a buscar en la base de datos. Había muchos criminales a los que les faltaba un dedo, pero ninguno se ajustaba a los otros parámetros de búsqueda, ninguno estaba relacionado con la Península, golpes organizados o conductores de huidas. A pesar de eso, pensó ella, mientras acomodaba mejor su espalda, había sido una suerte que Joe Ovens pasara por delante de la casa de Joy Humphreys justo cuando los asesinos se estaban marchando. Cualquier otra persona habría pasado por delante e incluso echado una ojeada al camino de entrada, pero el veterano taxista conocía a la anciana que vivía allí y sabía que estaba en el hospital. «Trazamos mapas personales sobre mapas normales —pensó Ellen—. Un taxista hace un mapa mental del terreno con los detalles de los clientes y de los puntos negros de tráfico; un policía, con las direcciones de arrestos sonados; los criminales, con las víctimas; y los crímenes y los ladrones, con rutas para escapar, alarmas de sensores y perros guardianes.»

Scobie tardó una hora en crear una cara que satisficiera a Joe Ovens, después introdujo los detalles en la base de datos, y ahora estaba pasando fotografías de criminales convictos cuyos rasgos se correspondían con el perfil generado por el ordenador,

mientras Ovens decía:

—Todos acaban pareciéndose después de un rato.

Scobie sabía a lo que se refería Ovens. Existía cierto parecido en la interminable cascada de caras. Hablando objetivamente: esos ladrones, estafadores, violadores, heroinómanos, asaltadores armados y asesinos poseían una interminable variedad de narices, barbillas, cicatrices, ojos, labios y frentes; pero todos tenían algo en común, algo muerto, algo carente de alma, en el fondo de los ojos.

Media hora después, Challis llevó la descripción del Commodore de Joe Ovens y el fotomontaje del conductor al oficial de prensa, que luego los enviaría a todos los periódicos, televisiones y emisoras de radio. Más tarde se ocupó de su bandeja de papeles pendientes durante unos minutos: actas de reuniones que apenas recordaba, agendas para reuniones que se pensaba fumar, correcciones de normativas en curso, tablas medidoras de organizaciones —el término «cascadas de información» no pudo por menos que llamarle la atención—, informes de evaluación de riesgos, informes del Ministerio sobre indicadores de eficacia en el servicio —que sólo Dios sabe lo que quiere decir—, informes de estrategias sobre pederastia y pornografía en la red, y otro informe sobre el alza progresiva de organizaciones secretas de extrema derecha con nombres como Australia Primero y Los Aduaneros...

Luego se abrió su puerta y McQuarrie ladró:

—Inspector, quiero hablar unos minutos contigo.

El hombre parecía estar al borde de una apoplejía. Challis lo siguió, sin apresurarse, murmurándole a Ellen al pasar por delante de su mesa:

—Me apuesto lo que quieras a que sus espías le han contado lo de la sesión de hipnosis.

Ella le dirigió una sonrisa contrita y le susurró:

—Buena suerte.

Se encontró a McQuarrie abriendo la sala de conferencias y ladrándoles un «fuera» a un grupo de aspirantes que estaban allí apiñados a la espera de unas pruebas.

Challis lo siguió y cerró la puerta. McQuarrie se dirigió a la ventana y empezó a pasearse con las manos detrás de su espalda erecta, poniéndose un poco de puntillas y volviéndose a bajar.

—¿Señor?

—Corrígeme si estoy equivocado pero he recibido un informe del sargento de primera Kellock. ¿Has hipnotizado a alguien esta

mañana? ¿Con la asistencia de tu novia?

Challis contó hasta diez.

—Correcto.

—Te avisé —dijo McQuarrie entre dientes— de que ocultaras los aspectos más delicados de la investigación. No quiero que la foto de mi hijo salga publicada en todos los medios. No quiero que su implicación en las fiestas sexuales se haga pública. ¿Y tú vas y contratas a un hipnotizador con la connivencia de Tessa Kane?

A Challis se le ocurrió que McQuarrie estaba bramando porque tenía miedo. Estaban sucediendo demasiadas cosas, demasiado rápidamente y él no podía controlar las consecuencias.

—Está usted muy bien informado, señor.

McQuarrie se alejó abruptamente de la ventana tirando una taza de café o de té al suelo. Moqueta industrial, peluda y de un siniestro color pardo grisáceo en el que no era probable que se viera una mancha.

—¿Cuál es el trato?

—¿Trato, señor?

—¿Tu novia logra publicar todos los detalles antes de que lo haga la prensa metropolitana? En otras palabras, ¿logra la exclusiva?

—La señora Kane no es mi novia. Y el testigo la contactó a ella primero. Me ha prometido que no iba a comprometer la investigación de ninguna manera. Y ha aceptado que se limitaría a publicar la sesión de hipnosis como artículo de fondo. Entretanto, he entregado el retrato robot del conductor y la descripción del coche a todos los medios de comunicación.

—Lo que hará que los asesinos se escondan más todavía. Mira lo que pasó después de esa historia que les facilitaste sobre la llamada anónima: un silencio ensordecedor.

—Esta vez nuestra información es más concreta y podrá avivar recuerdos.

—¿Confías en la señora Kane? ¿Confías en la prensa en general? No seas ingenuo, hijo.

McQuarrie se había convertido de repente en un amable tío de Challis. Challis se quedó muy quieto.

—De todas maneras —dijo McQuarrie mientras sacaba una silla y le indicaba a Challis que hiciera lo propio—, ¿qué tienen que ver los hipnotizadores, psicólogos o clarividentes con el buen oficio de un policía?

—Tienen su función.

Se hizo un silencio. McQuarrie se sacudió una pelusa de la

chaqueta.

—¿Qué es lo que sacasteis en limpio?

—Tenemos la marca y el modelo del coche, una matrícula a medias y la descripción del conductor.

—¿Y coincide con lo que te dijo mi nieta?

—Sí.

—Algo es algo.

Challis esperó.

—¿Te estás tomando en serio esta información?

—Me la estoy tomando como algo con potencial, señor —dijo Challis con cautela—. Y la voy a contrastar con los procedimientos habituales como haría con cualquier otra información.

La última frase sonaba un poco torpe en su boca, como si se hubiera tragado algún memorándum de McQuarrie.

—Bien. Cualquier otro método nos haría parecer unos ineptos. Como si estuviéramos apoyándonos en muletas de paja. —McQuarrie hizo una pausa—. Pero volviendo a ese trapo tuyo.

—¿Trapo?

—El Progress. Corren rumores.

Cuando McQuarrie no continuó con la explicación, Challis dijo:

—¿Qué rumores, señor, y qué tienen que ver conmigo?

McQuarrie se reclinó en su asiento y juntó las puntas de los dedos. «Todo en él es puro teatro, un tópico», pensó Challis, mientras McQuarrie decía:

—En ciertos ambientes se comenta que la señora Kane ha estado pasándose de la raya.

McQuarrie hizo una pausa, pero esta vez Challis no llenó el silencio. Se quedó mirando al superintendente obligándolo a proseguir:

—El material que ella decidió publicar incita a la discordia y en potencia puede ser objeto de una demanda por calumnia.

McQuarrie paró y Challis dijo:

—¿Desde cuándo eso es asunto de la policía? ¿Ha habido una queja formal o ha cometido algún agravio?

—Es asunto de la policía —McQuarrie dijo en tono de reprimenda— cuando un oficial de primera tiene una aventura con la directora y le pasa información confidencial.

Challis sintió una oleada de rabia, rápida y caliente, y debió de reflejarse en sus ojos porque McQuarrie tragó saliva y se agarró a su silla.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte luego, Hal.

La voz de Challis, cuando finalmente salió, era áspera, grave y

peligrosa:

—Mi vida privada es cosa mía y de nadie más. En cuanto a asuntos policiales, yo nunca haría peligrar una investigación. Nunca.

—Pero ella es tu novia. Tú le pasas cosas.

—No —dijo Challis — . ¿De qué estamos hablando exactamente, señor?

—El Progress no siempre ha sido muy amigo de la policía —dijo McQuarrie—, pero vamos a dejar eso a un lado. —Parecía esforzarse en buscar las palabras—. Me preguntaba si podrías mantener una discreta conversación con la señora Kane.

Algo había en la humedad de la boca y de los ojos de McQuarrie que insinuaba: «codazo codazo, guiño guiño», como si le estuviera ofreciendo su respaldo de machote por acostarse con Tessa, por lo que pudiera decirse en la cama antes y después de hacer el amor.

Challis se puso de pie.

—Con todos mis respetos, señor, pero no me está escuchando y tengo cosas mejores que hacer.

Su sien le estaba latiendo con fuerza cuando llegó al vestíbulo de la comisaría. Se sentía furioso, desazonado e impotente y no respondía de sí mismo si permanecía en el edificio. No había comido y su nivel de azúcar era bajo. Avanzó ciegamente entre la gente esperando a que lo atendieran en la mesa de recepción, con la idea de marcharse luego al café Laconic y sus espressos y focaccias, cuando oyó unos pasos y sintió cómo alguien lo tiraba de la manga.

—Hal —le suplicó el súper—, necesito tu ayuda.

Capítulo 47

Ese mismo lunes por la tarde, Pam Murphy estaba sentada alrededor de una mesa de la sala de interrogatorios enfrente de Alan Destry y un sargento del Departamento de Anticorrupción, y se imaginó a sí misma corriendo en un maratón y ganando a los que iban a la cabeza. Se trata de una carrera asesina: debiluchos abstenerse. Uno por uno, los corredores se van retirando agotados. Alcanza a Destry. Está jadeante, sediento, inmovilizado por un calambre, y con tremendas raspaduras de asfalto en rodillas y manos. «Ayúdame», resolla.

Ella sonríe sin ninguna simpatía y sigue corriendo.

—Agente Murphy —dijo él—. ¿Está con nosotros?

Pam parpadeó. Se sentó muy tiesa y esperó.

De repente, él abrió una carpeta y repartió doce fotografías sobre la mesa.

—La escena del accidente —dijo—. El siniestro.

«Dos siniestros —pensó Pam—, si incluyes al caballo.» Se inclinó hacia delante y observó las fotos una por una. Aparte del caballo, la jinete y la furgoneta Toyota volcada, había varias tomas de la carretera y de la franja de hierba que había entre ésta y la alambrada rota. Un montón de marcas de patinazos, rasgaduras de pintura y agujeros en la hierba.

Había una grabadora digital y un reproductor junto al codo de Destry. El dedo de él revoloteaba sobre un botón de forma distraída.

—Tengo aquí una grabación del D24, el centro de control y comunicaciones de la policía —dijo él—. Yo ya la he escuchado.

Parecía estar esperando a que ella se asustara, a que empezara a justificarse por el exceso de velocidad alcanzada o por las tácticas que había empleado en su pequeño Mazda deportivo. Lo miró con expresión neutra. El tipo de Anticorrupción, comprobó ella, no paraba de moverse nerviosamente y tenía el ceño fruncido.

—¿Y bien?

Pam se encogió de hombros.

—No tengo nada que temer. Seguí las reglas al pie de la letra.

«No dejes que te intimide», le había dicho Ellen.

—¿Por qué no me cuentas con tus propias palabras lo que pasó?

—Ya lo hice el jueves.

—Desde entonces —gruñó—, tú y el agente Tankard habéis tenido tiempo de enmendar vuestro relato, tiempo de blanquear lo que pasó.

—No es verdad —dijo Pam tranquilamente, mientras secaba sus manos sudorosas en los muslos. El tipo de Anticorrupción estaba irguiendo la cabeza ante Alan Destry.

Animada por eso, Pam dijo:

—Oigamos la cinta. Yo informé de la velocidad, las condiciones de tráfico y...

—Tu controlador de persecuciones te ordenó que dejaras de perseguirlo. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Y lo hiciste?

—Sí.

—Y, sin embargo, te plantaste en la escena en pocos segundos. De hecho, viste cómo pasó. Te repito lo que dice la cinta: «El ha tenido un accidente. Estamos con el vehículo, cerca del punto en el que la carretera de la playa de Penzance pasa por la reserva Myers». ¿Recuerdas haber dicho eso?

—Sí.

—Y seguiste diciendo: «Llamar a una ambu... no pinta bien». ¿Correcto?

—Sí.

—No pinta bien —repitió Alan Destry, mirándola—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que habías metido la pata?

—No, quiero decir que habíamos sido testigos de un posible siniestro.

—¿Llamaste a una ambulancia y al helicóptero?

—Sí.

—Pero no de inmediato.

—Perseguí primero al conductor del Toyota por el campo.

—Responde a las preguntas que se te hacen, no a las que te gustaría que te hicieran.

—No llamé de inmediato a la ambulancia, no.

—¿Examinaste al caballo o a la jinete antes o después de perseguir al conductor de la furgoneta?

Pam tragó saliva.

—Después.

—¿Cuánto tiempo después? ¿Un minuto? ¿Diez?

Pam no quería derivar la culpa ni meter a John Tankard en problemas innecesarios, pero él había estado allí.

—El agente Tankard se ocupó de la mujer que montaba a caballo, mientras yo intentaba atrapar al conductor a pie. Me di por vencida después de un minuto. El conductor llevaba mucha ventaja y había desaparecido dentro de la reserva natural.

—¿La jinete murió en la escena?

—Sí.

—¿Estabas intentando interceptar al Toyota?

Pam parpadeó ante ese cambio de tornas.

—No. Siempre nos mantuvimos a una distancia prudencial.

—Y, sin embargo, el Toyota golpeó al caballo y a la jinete, lo que hace pensar que el conductor iba a toda velocidad y estaba muerto de pánico.

—Siempre nos mantuvimos a distancia.

El oficial de Anticorrupción se inclinó hacia delante, repentinamente parcial y feroz.

—Tiene idea de lo que el abogado contratado por la familia de la mujer muerta va a alegar en la investigación, y más tarde, cuando le interpongan una demanda a la policía, ¿no? Que usted y el agente Tankard fueron negligentes, si no temerarios, al seguir persiguiendo esa furgoneta.

Pam tragó saliva. Después de todo, ese tío no era un amigo.

—La persecución había sido abandonada formalmente, señor. Nos limitábamos a vigilar la furgoneta, monitorizando sus movimientos, como nos habían ordenado.

—La familia de la mujer muerta ya está presionando para que la oficina del fiscal del estado considere interponer una demanda contra usted y el agente Tankard, además de demandar al cuerpo.

—¿Con qué cargos, si se puede saber?

—Conducción imprudente o conducta temeraria que hace peligrar vidas.

—El controlador de persecuciones abandonó la caza del sospechoso, señor. Nuestra presencia era necesaria en caso de que el vehículo diera la vuelta.

Alan Destry la miró con el labio ligeramente doblado.

—¿Lo consultasteis por radio con el controlador?

—No.

—No. Lo decidisteis vosotros solitos.

—Creí que la policía valoraba a la gente con iniciativa.

—No sea irónica, agente.

—No, señor.

La mirada que le dirigió entonces era personal y traslucía todos sus resentimientos y paranoias. En un nivel estaba cumpliendo con su trabajo, pero la razón principal era ganar puntos. «¿Con respecto a mí? —se preguntó ella—. ¿Con respecto a su mujer?» ¿Qué sabían del Toyota y sus ocupantes? —preguntó el de Anticorrupción.

—El vehículo había sido robado. Lo conducía un hombre joven, pero no sabemos quién más, si es que había alguien, estaba con él.

—Lo conducía un hombre joven. Los jóvenes suelen ser temerarios cuando conducen. ¿Tomasteis esto en consideración antes de empezar a perseguirlo?

—Una persecución muy breve, señor. Después de eso nos limitamos a seguirlo a una distancia prudencial.

—¿Está entrenada en persecuciones a alta velocidad? —preguntó el tipo de Anticorrupción.

—Sí, señor. Cuando estaba destinada en la ciudad.

—¿Ésta no fue su primera persecución a alta velocidad?

—No, señor.

—¿Alguna de las otras persecuciones en las que usted estuvo implicada acabaron en una desgracia?

—No, señor.

—¿Es usted temeraria?

Pam se lo pensó a fondo.

—Sólo hago todo lo que está en mi mano para atrapar a los delincuentes —dijo, mientras se preguntaba si no habría birlado esa frase de alguna película mala.

Luego sucedió algo inaudito después del ambiente que se había mascado en los últimos minutos: el tipo de Anticorrupción le hizo un saludo con la cabeza, le dirigió una breve sonrisa y cerró su carpeta.

—Yo también he escuchado la grabación D24. Creo que no necesitamos arrestar a la agente.

—Estabas persiguiendo al Toyota —le cortó Alan Destry, rojo como un tomate.

Parecía uno de los viejos discos de vinilo de su padre. Atrapado en un surco.

—Sí —dijo ella—, hasta que la persecución fue abandonada formalmente, cuando aminoré la marcha y me limité a conducir en la misma dirección que el Toyota. La cinta demostrará eso.

En todo caso, échele la culpa al conductor del Toyota. No me culpe a mí.

—Lo haríamos si lo pudiéramos encontrar —dijo el tipo de Anticorrupción.

—¿Huellas, señor?

—En abundancia, pero no están archivadas en ninguna parte.

¿Por qué no podía Alan Destry haberle dicho eso? Meditó sobre el asunto, casi olvidándose de que era una testigo en vez de una detective.

—Lamentablemente no pude verle bien la cara —le dijo al hombre de Anticorrupción—. Sin embargo, la sargento Ellen Destry y el detective Scobie Sutton han estado trabajando en una serie de robos de casas en la Península y...

—Bien, gracias, eso va a ser todo —dijo Alan Destry.

Algunas piezas estaban encajando en la cabeza de Scobie Sutton: el equipo informático de primera de Andy Asche, su trabajo con el consejo del condado, el aplomo de Natalie Cobb y, finalmente, su desaparición, después del accidente. Tras comunicarle a Ellen que estaba haciendo un seguimiento de los robos, y en particular del robo del portátil de Challis, condujo hasta el piso de Andy Asche a última hora de la tarde y golpeó la puerta con fuerza. No respondió nadie. Empezó a registrar el contenedor de basura de Asche y se llevó un par de botellas y latas y un trozo de envoltorio de celofán.

Mientras tanto, Vyner estaba escribiendo unas frases en su diario: «He vuelto a nacer inmerso en una luz blanca y una alegría perfecta. Estoy preparado para el momento de la Gran Catástrofe».

Después de seguir al taxi que había recogido a Tessa Kane en su casa esa mañana, estaba ahora aparcado en un lugar desde donde podía ver las oficinas de edición del Progress de Waterloo. Vaya ciudad de caballos. Sí, claro, había coches y edificios y farolas, pero podía sentir el campo abierto detrás. Un poco más de eso y podría sufrir un mono terrible por falta de entorno urbano.

Se revolvió en el asiento para ponerse cómodo. Esta vez estaba en un monovolumen Camry robado. El Camry era perfecto para ese sitio, el aparcamiento del Pizza Hut. Nadie iba a cuestionar su derecho de estar allí, y lo que es más, nadie se iba a fijar.

Se metió el cuaderno en el bolsillo, deseando que la tipa Kane se diera prisa y acabara de trabajar. La había observado salir andando con un hombre mayor esa mañana, la había seguido hasta la comisaría, que ya era el colmo, y luego también cuando regresó, sola en esta ocasión. Normalmente le hubiera gustado

seguirla unos pocos días más, hacerse una idea de sus movimientos, pero la orden era muy clara: «Acaba con ella, ya».

Capítulo 48

A las ocho de la tarde, Ellen estaba sentada sola en la UIC y no se sentía capaz de volver a casa. Había estado repasando algunas averiguaciones recientes sobre el historial del caso, y se había dado cuenta de que las finanzas de Janine McQuarrie no arrojaban deudas ni cantidades anormales que se ingresaran o sacaran en los últimos doce meses. De hecho, Janine había muerto siendo una mujer relativamente rica, con ahorros, acciones y depósitos de seguros por valor de 300.000 dólares. Pero Robert también era rico, así que el asesinato por dinero quedaba descartado. Además no había aparecido nada en sus ordenadores, en sus correos electrónicos o en su correo normal que indicara un amante, o alguien, o algo dudoso o secreto, exceptuando las fotos que había tomado con su móvil, por supuesto.

Finalmente, con la ayuda del marido de la mujer asesinada, de su hermana, sus colegas de trabajo y de la esposa del súper, Ellen había podido identificar a todos los asistentes al funeral de Janine como colegas de trabajo, amigos o parientes. Esto solamente quería decir que no había asistido ningún extraño, no que el asesino no estuviera allí. También le había enseñado fotos de Raymond Lowry a Georgia McQuarrie, que había movido la cabeza diciendo: «No lo he visto en mi vida».

Así que Ellen había aprovechado bien el día, pero a pesar de eso seguía sin querer regresar a casa todavía. Había dos razones para ello y la una, lamentablemente, estaba relacionada con la otra, pero también pesaba mucho más, al menos en su mente.

Primero, antes, ese mismo día, se había encontrado con su marido en la planta baja, acompañado del hombre del Departamento de Anticorrupción. Habían acabado de interrogar a Pam Murphy y a John Tankard, y Alan parecía estar muy ufano. Había tenido que aguantar que le diera un beso en la mejilla y luego la había invitado a un café en la cantina. Para entonces, ella ya había recobrado su compostura y había declinado la

invitación, a lo que Alan había respondido: «Hal te ha hecho correr mucho estos días, ¿no?», y la suspicacia y la frustración asomaban tras su aparente sonrisa.

Así que en aquellos momentos no se sentía con fuerzas para volver a verlo.

Segundo, Hal Challis invitaba a cenar esa noche a Tessa Kane.

En principio, se suponía que era para darle las gracias en nombre de la policía por haberles traído a Joe Ovens, pero Ellen veía más allá. Challis y Kane habían sido amantes antes —no había razón por la que no pudieran o quisieran volver a serlo, aunque sólo fuera una vez más, esa noche, por los viejos tiempos, o simplemente por lujuria. Al fin y al cabo, no tenían ninguna atadura. ¿No era cierto?—, «contrariamente a mí», pensó Ellen, mirando el pequeño despliegue de instantáneas familiares sobre su mesa de despacho: Larrayne cuando era un bebé y más tarde de adolescente, Alan cuando era joven y digno de ser amado.

Así que estaba un poco alterada esta noche, con la imaginación disparada. Era como volver a tener dieciocho o diecinueve años de nuevo, muriéndose por saber lo que estaba haciendo su novio en esos momentos. La embargaban sentimientos juveniles, pero también muy fuertes.

Tanto que la impulsaron a guardar la foto de Alan en el último cajón y luego a recorrer en su coche las calles oscuras.

—¿Qué pasa contigo? —dijo Tessa Kane mientras untaba de mantequilla el panecillo de la cena—. Creí que querías darme las gracias por haberte traído a Joe Ovens. Y en vez de eso pareces igual de agradecido que una semana de lluvia.

Challis había querido darle las gracias a Tessa con esa cena, había querido reequilibrar un poco el universo. Pero eso fue antes de su conversación con McQuarrie aquella tarde. Removió su comida con el tenedor preguntándose por dónde iba a empezar. Estaban en un bistrot de Mornington, uno de los pocos abiertos en aquella invernal y helada noche de lunes. Un puñado de comensales más, una decoración y un menú vagamente mediterráneos. Tessa parecía cansada por la presión de lograr que las pruebas estuvieran listas para la edición del día siguiente. Para Challis, todos los sonidos de la cocina eran irritantes, la tenue iluminación demasiado sombría, y la habitación no lograba resguardarlo de las noticias de McQuarrie, ni tampoco siquiera del viento de aguanieve ni de la oscuridad tras las ventanas.

—Te estás callando algo —dijo él.

Ella se quedó muy quieta.

—¿Quién, yo?
—Según me ha contado McQuarrie —dijo Challis—, posees ciertas fotografías.
—¿Te lo dijo Robert?
—Su padre.
—Ah, ¿y te ha enviado para darme un aviso?
—No se trata de él, se trata de tu relación profesional conmigo en concreto y con mis esforzados oficiales en general.
Ella lo miró ladeando la cabeza.
—Hal, ¡escúchate hablar! —Y luego entrecerró los ojos—. A Robert también le enviaron fotos, ¿no? ¿Una petición de chantaje?
Challis no pensaba confirmarlo ni negarlo.
—Necesito ver las copias que te han enviado. Necesitamos comprobarlas, y el sobre también, por las huellas. ¿Había también una carta?
—Sí, pero quienquiera que lo haya mandado no habrá dejado huellas.
—De todas formas —dijo Challis.
—¿Crees que fue el asesino? Pensé que podía haber sido un policía.
—No.
Tessa suspiró.
—Te haré copias.
—¿Qué decía la carta?
—Mencionaba el artículo de las orgías y añadía que por el precio de 5.000 dólares me enteraría de quiénes eran los hombres de las fotos y de las circunstancias en las que se encontraron éstas. Los otros ya han sido chantajeados, ¿no es cierto? El tipo quiere sacarle a las fotos el máximo partido.
—Normalmente no me importa lo que publicas —dijo Challis —, pero si sacas esas fotos, o incluso si sólo las mencionas, puedes hacer peligrar la investigación.
Tessa removió su comida con el tenedor.
—¿Participaba Janine McQuarrie en las orgías?
—Sabes muy bien que eso no puedo contártelo.
—A la familia no le va a gustar nada lo que he escrito de ella en la edición de mañana.
—¿Como qué?
—Janine era una terapeuta nefasta. No sabía tratar a la gente, le encantaba desafiar a los hombres, acusarlos de maltrato, y redactaba informes poco ortodoxos. En otras palabras, debía de tener enemigos.
Challis se encogió de hombros con aire contrito.
—No hay apenas nada que yo pueda añadir.

—Necesito publicar una buena historia —dijo ella—, antes de marcharme.

—¿Y qué pasa con Mead y el Centro de Detención?

Ella movió la cabeza y enroscó su tenedor en una maraña de tagliatellis.

—Eso me explotó en la cara. —Hizo una pausa—. Me advirtió de que debía darle el carpetazo, ya sabes, porque fui a ver a su mujer.

Challis le dirigió una sonrisa oblicua.

—Conocí a Lottie en una ceremonia hace tiempo. No parecía ser muy dicharachera.

—Correcto.

—Escucha, Tess, ¿vas a publicar las fotos, o vas a mencionarlas?

Ella frunció el ceño y dijo:

—Puede que sí. Cuando todo haya acabado.

Challis quería ayudarla. Pero no podía guiarla todavía en dirección de nadie, ni siquiera de Antón y Laura Wavell, no mientras ellos y los invitados a sus fiestas siguieran potencialmente implicados en el asesinato de Janine McQuarrie. Si Tessa hablara con ellos en aquel momento, lo más probable es que se cerraran en banda, con ella y con la policía, y que se sintieran traicionados. Así que murmuró algo que no quería decir nada, y a la media hora la estaba conduciendo de vuelta a Waterloo. La calefacción del Triumph dejó de funcionar y no se veía nada por el parabrisas, así que tuvo que poner el aire acondicionado para que se fuera la condensación del cristal, obligando a Tessa a refugiarse en su abrigo, su bufanda y sus guantes, y a mantener un silencio aterido.

—¿Qué tendrán las calefacciones de los coches antiguos ingleses que siempre se estropean? —dijo ella cuando llegaron al bordillo de la entrada de su casa.

Lo dijo con ligereza, para ocultar su dolor y liberarlo de todo remordimiento, supuso él. Decidió entonces tomarse la pregunta literalmente.

—Necesitan un tiempo para calentarse.

—Algunas nunca lo hacen —dijo ella con agudeza, saliendo del coche.

Contempló cómo ella cruzaba el camino y se acercaba a la puerta: el abrigo le daba un aspecto voluminoso y su pelo quedaba atrapado en pliegues oscuros por el cuello levantado. Él sabía que, cuando traspasara esa puerta y colgara el abrigo, volvería a ser una mujer estilizada y enérgica, pero ahora mismo parecía una persona congelada, agotada y corpulenta. No la vio

entrar, sino que pisó el acelerador y se marchó a toda prisa, con el tubo de escape de su coche atronando la calle.

Nada de pistolas esta vez, ésas eran las órdenes. Éste tenía que parecer un accidente. Así que Vyner había optado por ahogar a la víctima seleccionada en la ciénaga del manglar que había detrás de su casa. Una verdadera lástima: un tiro es algo rápido y relativamente limpio. Por otro lado, si le pegaba un tiro tendría que conseguir otra pistola y su proveedor de la Marina ya no le servía de nada.

Aunque llevaba consigo por si acaso su tercera y última Browning.

Las ocho y cuarenta y cinco, las nueve. A las nueve y veinte, Tessa Kane apareció bajo la luz exterior de la entrada del restaurante, con el abrigo puesto, el cuello levantado y los hombros encogidos, esperando al novio. Hola, ¿Hay problemas en el paraíso? El lenguaje corporal indicaba tensión. Vyner los observó meterse en la cafetera de coche del novio, y cinco minutos después los estaba siguiendo de vuelta a Waterloo.

Sí, definitivamente hay problemas en el paraíso. En vez de quedarse a pasar la noche, el novio la dejó en su casa y salió pitando. La víctima abrió la puerta de su casa y Vyner estaba allí mismo, detrás de ella.

Detrás de su bonito trasero.

Capítulo 49

La oscuridad se había instalado de pleno: una noche llena de niebla y de formas desdibujadas, con el aire gélido cargado de una mezcolanza de olores provenientes de la ciénaga. Tessa, mientras abría la puerta con la llave, sólo podía pensar en Hal Challis y en cómo debía acceder a su petición de no perseverar en la idea de publicar algo sobre Robert McQuarrie y las fiestas sexuales. Sacó la llave de la cerradura, entró en el vestíbulo y algo la golpeó con fuerza, haciéndola caer de rodillas. Oyó cómo se cerraba la puerta. Alguien se montó encima de ella, olía a la oscuridad helada de fuera y a agitación sudorosa. Sus dedos se retorcían cruelmente en su pelo, tirándole la cabeza hacia atrás. Luego la punta de algo largo y metálico, siniestramente caliente por el contacto corporal, rechinaba bajo la coyuntura de su mandíbula.

Una pistola, comprendió ella, con un silenciador ajustado.

—No hagas ningún ruido, zorra, ¿vale?

Ella asintió ahogadamente.

Siguió tirándole del pelo, echándola para atrás, poniéndola derecha, con el objeto del final del cañón de la pistola recorriendo su columna vertebral, y ahora, adentrándose entre sus nalgas.

—¿Quieres esto? Pues te lo voy a dar si me causas algún problema, ¿vale, zorra?

Las palabras eran banales, pero el fuego que había detrás, la agitación y el desorden del hombre la hicieron temblar.

—Ponte de pie.

Ella intentó estirar la espalda, reforzar sus rodillas. Y dijo lo que suponía que decía todo el mundo:

—Por favor, no me haga daño.

—Cierra el pico.

—¿Qué es lo que quiere?

Le hincó todavía más la pistola.

—¿Qué te acabo de decir? Cierra el pico.

Ella obedeció.

La mano que él tenía libre empezó a recorrer su estómago y exploró con indiferencia sus pechos y su pubis. Era una mano enguantada. Estaba haciendo una parodia de los gestos previos al coito, y ella sintió cómo empezaba a flotar, libre, observando las cosas desde una enorme distancia. Giró la cabeza y atisbo un abrigo oscuro, una gorra de lana oscura, y facciones angulosas, pero sus gruesos dedos de cuero agarraron con fuerza un mechón de pelo púbico y lo arrancaron.

—Mira hacia delante.

Ella apartó la vista y miró al suelo de su vestíbulo, frío y sin iluminar.

—Muévete.

—¿Adonde?

—Cierra el pico. La puerta de atrás.

La siguió, pisándole los talones, con una mano tirándole del pelo de la coronilla, y con la otra hundiéndole la pistola en el cóccix, empujándola hasta la puerta trasera.

—Ábrela.

Ella intentó asimilar y evaluar sus impresiones sobre él. Fibrado, cara angulosa, ropa oscura, más o menos de su altura, una voz áspera y llena de tensión. Nunca iba a poder identificarlo fuera de esta conjunción concreta de tiempo, lugar y circunstancias.

Luego, cuando ya habían cruzado la puerta trasera y estaban atravesando su embarrado césped en dirección a la puerta del fondo del jardín, su cabeza se puso a pensar rápidamente. Él iba a matarla en las dunas de barro y la iba a arrojar en una cloaca. Había piscinas malolientes allí cubiertas de espuma sucia. Nunca la iban a encontrar y los peces y los pájaros dejarían sólo sus huesos.

—¿Quién te ha contratado, Lowry o Robert McQuarrie?

—Cierra el pico.

Él la empujó y ella tropezó. Volvió a tirar de ella con fuerza, arrancándole el pelo con la mano.

La hierba y los helechos se adherían humedeciendo sus zapatos y sus pantalones.

Ella giró un poco la cabeza. Y recorrió de arriba abajo con la mirada el borde de la valla, donde estaban las paredes posteriores de sus vecinos: lavaderos, cocinas, porches, retretes. Pudo escuchar «Extreme Makeover: reconstrucción total» a todo volumen.

—¿Es algo que he publicado?

Esta vez la golpeó en la sien con la pistola y el dolor era

insoportable. Empezó a llorar. Había vencido sus defensas y tenía que llorar.

—Deja de gimotear.

Ahora habían llegado al camino sinuoso que atravesaba el manglar: el lecho alzado de gravilla, los pequeños puentes de madera de pino tratada, la propia pasarela de tablones. Tessa sabía que a Challis le gustaba pasear por aquí; ella, en cambio, nunca le había pillado el punto. Luego, curiosamente, alguien la estaba llamando. No era Challis, pero sí alguien muy cercano a él.

Capítulo 50

Ellen aparcó a dos manzanas del lugar y atajó por una bocacalle, que reconoció gracias a un robo del que se había ocupado un mes antes. Paró en la siguiente calle, con el vientre aflojándosele por los nervios y aflojándosele tanto que pensó que necesitaba agacharse detrás de un matorral para aliviarse. El aire estaba quieto y la noche, muy oscura. No podía ver el coche de Challis por ninguna parte: quizá no habían vuelto todavía o quizá habían ido a la casa de él. Los celos y la vergüenza la quemaban por dentro.

Cruzó hasta la casa de Tessa y oyó voces, pero no se veían luces dentro, así que se dirigió al lateral de la casa. Se sentía muy mezquina por los motivos que la impulsaban y estaba dispuesta a escabullirse rápidamente si Challis y Kane habían renovado su aventura.

Había un depósito de agua de lluvia y se golpeó las espinillas con la tapa. Empezó a cojear en círculos, gritando en silencio, y supo por la sensación de humedad que se había levantado la piel y tenía sangre. Rodeó la esquina, cojeando y un poco perturbada, a tiempo de escuchar el chirrido de la verja de Kane y luego de verla, una forma abultada bajo la luz que iluminaba los patios traseros de las casas vecinas. Kane se estaba dirigiendo a toda prisa hacia los manglares.

Algo no iba bien. La sombra de Kane se había partido en dos siluetas, recomponiéndose luego de nuevo, y Ellen notó la urgencia que desprendía. Más tarde escuchó un chasquido abruptamente abreviado.

¿La otra silueta era la de Challis? ¡No era muy probable que fueran a hacer el amor en los manglares!

Las siluetas se estaban apresurando ahora, envueltas por el ruido y el pánico, por lo que Ellen fue capaz de localizarlas.

—¿Hal? ¿Tessa? —gritó—. ¿Sois vosotros?

Las siluetas se pararon, hubo un destello y escuchó el tenue sonido de un disparo. Algo tiraba de la manga de su abrigo. La

habían disparado. El abrigo se había convertido en un fardo, de repente. Se desprendió de él, cogió su pistola y saltó hasta el reborde esponjoso del camino, entre juncos y manglares que silenciarían sus pisadas y desdibujarían su silueta en la oscuridad. Por si acaso, el pistolero disparó dos veces más y Ellen emitió un sucinto «oh» de dolor. Su cuello. Dos centímetros más a la izquierda y ahora estaría ahogándose en su propia sangre. Buscó su pañuelo a tientas. Sus manos le temblaban. Intentó encontrar su móvil y no podía recordar si lo había perdido u olvidado o si el shock la estaba obnubilando.

Luego, Tessa Kane gritó: «¡Ayúdame!», y el hombre que la acompañaba profirió un juramento como si ella hubiera logrado librarse de sus garras.

Ellen gritó: «¡Corre!». Pero ¿lo había gritado? Hubo otro disparo silenciado y ella empezó a caer, muy despacio ahora. Intentó volverse a incorporar y perseguir al pistolero pero en lugar de eso se desplomó lentamente en el barro donde se originaba un pequeño oleaje, esparciendo un hedor primitivo alrededor de ella. Empezó a chapotear como una niña en una bañera, buscando su pistola y su teléfono.

Y ahí estaba el asesino buscándola. Ellen estiró el cuello para poder distinguir la silueta del hombre, pero la noche estaba llena de formas vagas. Levantó la mano para decir basta o para pedir ayuda, y descubrió que su 38 estaba todavía allí. Disparó una vez y sus dedos quedaron entumecidos.

Capítulo 51

Challis apenas había puesto un pie en su casa cuando recibió la llamada. Espantado y obnubilado, volvió a Waterloo, examinó el cuerpo en la pasarela de tablones, sin poder ahogar del todo sus sentimientos, y luego actuó fría y rápidamente. Hacia la medianoche, él y Scobie Sutton tenían a Raymond Lowry y a Robert McQuarrie en dos salas distintas de interrogatorios. Los dos estaban adormilados, sorprendidos y ofendidos, y todavía no habían pensado en llamar a sus abogados pero eso iba a cambiar.

Lowry primero.

—¿Dónde estabas entre las nueve y las diez de esta noche?

Lowry bostezó y parpadeó.

—En casa.

—¿Podría confirmar alguien eso?

Lowry volvió a bostezar, un gran bostezo que hizo chasquear su mandíbula.

—Me trajeron una pizza a casa.

—¿Cuándo?

—Ni idea. En algún momento.

—¿Alguna llamada telefónica? ¿Visitantes? ¿Viajes a la bodega?

Lowry, sin afeitar y desprendiendo un fuerte olor a alcohol, negó con la cabeza.

—Debí de quedarme dormido delante de la tele.

Scobie Sutton hizo una pregunta típica de Scobie Sutton:

—¿Estabas bebiendo?

—Sí.

—¿Mucho?

—Supongo. Oiga, ¿de qué va esto? Me encuentro fatal, necesito dormir.

—Tessa Kane te hizo unas preguntas después de que te soltáramos el viernes —dijo Challis tensamente.

—Esa zorra, ¿qué está diciendo de mí ahora?

La deprimente y claustrofóbica atmósfera de una sala de interrogatorios en mitad de la noche tensaba los nervios de

Challis. Imágenes del cuerpo yerto de Tessa, y de su rostro, manchado de espuma sucia y de sangre, se apoderaron de su mente, y tuvo que hacer un esfuerzo para no subir el tono de voz.

—¿Llevas amenazándola una temporada?

La mirada de Lowry vaciló.

—No sé de qué me habla.

—Creo que sí lo sabes. Llamadas telefónicas, cartas insultantes, piedras rompiendo sus cristales, ruedas pinchadas.

—No, ése no he sido yo. Ni hablar.

Scobie se inclinó sobre la mesa rayada con iniciales, surcos y círculos de tazas: la caligrafía de la desesperación.

—Está resentido con la señora Kane desde hace ya un tiempo.

—Todo el mundo odia a esa zorra.

—No la llames zorra —ordenó Challis con un tono de voz peligroso. Sintió que estaba a punto de perder la cabeza.

Scobie le dirigió una mirada de advertencia y abrió una carpeta.

—A finales del año pasado, la señora Kane publicó un par de artículos sobre una organización llamada Padres Primero. ¿Es usted miembro, señor Lowry?

—¿Y qué si lo soy? No hay nada que me lo impida.

Challis intervino acaloradamente:

—Tu mujer va a ver a una terapeuta familiar para hablar sobre el estado de su matrimonio, su violento estado para ser más preciso, y enseguida te abandona, llevándose a los niños. Obtiene la custodia exclusiva sobre ellos. Tú te unes a Padres Primero, una vociferante pandilla de maltratadores que se dedica a amenazar a los jueces de familia. Tessa Kane publica un artículo sobre esto, sugiriendo que eres patético. Luego se entera de que has estado amenazando a Janine McQuarrie y te hace preguntas al respecto.

Challis se reclinó hacia atrás, separando mucho los brazos como para demostrar una obviedad.

—Dos mujeres fuertes te desafían y las dos acaban siendo asesinadas.

Lowry se quedó paralizado, los ojos se le salían de las órbitas. Esforzándose mucho logró tragar saliva y chillar:

—¿Las dos asesinadas? ¿La zorra del periódico también?

—No la llames así —bramó Challis—. Le pegaron un tiro esta noche y necesitamos saber cuál es tu implicación.

Se sentía todavía inerme. Tessa no merecía haber muerto de esa manera, no merecía haber muerto en absoluto, y, sobre todo, no merecía haber muerto cuando la relación entre ellos seguía tensa e inacabada. Sintió que le había fallado, de la misma forma

en que le había fallado a su mujer. No supo cuidarlas bien, y ellas murieron.

—He estado en casa toda la noche —escupió Lowry—. Y además puede que la odiara pero no deseaba su muerte. No es lo mismo, por Dios.

—Y una de mis detectives resultó herida, Ray —dijo Challis—. Ya sabes cómo protegemos a los nuestros. Podemos volvernos muy vengativos.

Lowry enseñó sus manos.

—Hágame pruebas de residuos de balas o lo que sea que hagan si no me cree.

—La cuestión es que tú estabas en casa. Pero ¿qué hay de tus compinches?

—Quiero un abogado —dijo Lowry.

Su turno con Robert McQuarry apenas duró unos minutos.

—Acosté a Georgia a las ocho, le leí un cuento en voz alta durante un rato, y luego me fui a mi estudio que es donde estaba cuando sus colegas de las botas me arrestaron.

—No está arrestado, Robert.

—Claro, claro —dijo McQuarrie con dureza—, sólo estoy ayudando con la investigación.

—¿Puede alguien confirmar su presencia esta noche?

—Mi cuñada.

—Que es alguien que los protege mucho, tanto a usted como a su hija.

—Puedo irme cuando quiera, ¿no? ¿No estoy arrestado?

—Bueno... —dijo Challis lenta y pesadamente.

—Eso mismo pensaba yo. Me niego a responder a más preguntas hasta que venga mi abogado.

—Tessa Kane había obtenido fotos de usted en una orgía, copias de las fotos que tomó su mujer, de hecho. Le dio miedo que las fuera a publicar e hizo que la mataran de un tiro esta noche.

Robert McQuarrie estaba sentado muy lejos de la mesa, como si quisiera evitar la suciedad y los gérmenes, pero ahora se inclinó hacia delante con un destello de interés y casi de esperanza y alivio. Pero ¿acababa de enterarse del asesinato de Tessa Kane o bien lo había ordenado y aquí tenía la confirmación que necesitaba?

—¿Asesinada? ¿Tessa Kane?

—¿Fue el mismo equipo, Robert?

—¿Qué mismo equipo?

—Que el que mató a su mujer.

McQuarrie se cruzó de brazos. Llevaba pantalones de traje, una camisa blanca de ejecutivo, un chaleco y un abrigo. Parecía lo suficientemente lavado y planchado como para empezar un nuevo día de trabajo, al contrario de Challis y Sutton que estaban acabando el suyo, lo que era evidente por sus barbillas sin afeitar, ojos inyectados en sangre y ropa arrugada.

—Mi abogado, inspector, ya conoce las normas.

De esta manera, Challis no pudo ir a ver a Ellen Destry hasta el mediodía del martes, y para entonces estaba ya hecho una piltrafa por el sufrimiento y la falta de sueño. Los periodistas tenían sitiada la entrada del pequeño hospital de Waterloo, formando un grupo compacto, porque uno de los suyos había sido asesinado en una ciénaga de los manglares, sólo una semana después de que hubieran matado a otra prominente figura local. Challis se abrió paso a codazos a través del grupo, ignorando sus preguntas a gritos y sus especulaciones y bramando:

—Sin comentarios.

Se encontró con la señora Humphreys en el aire caliente del pasillo. Había venido para hacer fisioterapia, le dijo.

—Si quiere, aparto de una patada a toda esa gentuza cuando usted tenga que irse.

—Me parece un buen plan —dijo Challis intentando devolverle la sonrisa—. ¿Tiene alguna noticia de su ahijada?

—Ni una línea.

Challis siguió andando. Se encontró a Ellen acostada, con la espalda apoyada en un montón de almohadas, charlando con su marido y con su hija. O mejor dicho no charlando, pensó Challis, porque parecían haber agotado ya todos los temas. Le dio la mano a Alan Destry después de unos incómodos segundos, y luego saludó con la cabeza a Larrayne, a quien no había visto desde hacía dieciocho meses. Ésta había superado su aspecto rollizo y desabrido de adolescente y, aunque nunca sería una belleza como Ellen —tenía la mandíbula abultada y el fornido tronco de su padre—, era, sin embargo, bastante guapa, grácil y, ahora mismo, resultaba una presencia atenta y protectora. Sostenía una botella de plástico con una mano y llevaba colgando del cuello un lápiz de memoria, como si hubiera acabado de abandonar la mesa de su ordenador. Vestía vaqueros y una voluminosa chaqueta sobre un sucinto top, y su ombligo le hizo un guiño cuando se levantó cautelosamente de la silla de al lado de la cama de su madre, obligando a Challis a rodear la cama para darle un beso en la mejilla a Ellen, con el marido y la hija

mirándolo muy de cerca.

—¡Uy! —soltó Ellen con expresión dolorida pero sonriéndole al mismo tiempo, mientras se llevaba una mano al cuello envuelto en una gruesa escayola. Parecía estar desencajada, avergonzada de estarlo, y preocupada por él.

—No quiero cansarte, Ells —dijo él —. Sólo he venido a ver cómo estás.

—Estoy bien. ¿Le habéis atrapado ya?

—Me temo que no.

Vio en su expresión que estaba intentando transmitir muchos mensajes difíciles.

—Hal, lo siento tanto...

Alan Destry intervino:

—Vamos, colega, dale un respiro. No está todavía para interrogatorios.

Challis asintió lentamente, sabiendo reconocer cuándo le habían ganado la partida.

—Cuídate. Date unos días de vacaciones.

Ellen se removió y la furia la animó débilmente.

—Estoy bien —insistió ella, mirando a su marido, luego a su hija y de nuevo a él—. Necesito un par de minutos con Hal, asuntos de la UIC, ¿vale? Id a tomar un té o algo.

—Ma-amá —protestó Lorraine.

—Ni hablar —dijo Alan.

Challis esperó intuyendo que Ellen iba a ganar. Cuando estuvieron a solas, dijo con suavidad:

—¿Puedes decirme por qué estabas allí esa noche?

Ella apartó la mirada y contestó:

—Estaba haciendo el seguimiento de un robo reciente en la calle de más arriba, buscando pistas que lo relacionaran con el robo de tu casa y pasé por allí de casualidad.

Challis sabía que estaba mintiendo. Lo dejó pasar porque él tampoco era inocente. Se atraían mutuamente y eso era algo ilícito y todavía continuaba, aunque no los llevara a ninguna parte.

—Vaya suerte que estuvieras allí —dijo él.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué? No pude salvarla. Todo lo que logré es que me pegaran un tiro a mí también.

—Podía haber sido peor.

Ella se tocó la escayola del cuello como para decir que no tenía importancia.

—No podía ver nada. Tenía que buscar el camino en la oscuridad. Le disparé pero supongo que fallé.

—No encontramos nada.

—¿Aparte de Tessa?

—Aparte de Tessa —repitió Challis.

Se hizo una pausa. Ellen dijo con suavidad:

—Hal, no te culpes.

—¿Quién dice que lo haga? —preguntó con más énfasis del que pretendía.

Ellen apartó la mirada y luego volvió a posar los ojos en él.

—¿Y qué hay de Lowry y de McQuarrie?

—Los dos están cubiertos. Coartadas.

Ella se reclinó hacia atrás.

—No podía ver nada pero no creo que fuera ninguno de ellos.

—Descansa un poco.

—Alan me ha traído el Progress de hoy. El artículo de Tessa sobre Janine era bastante certero.

Challis asintió. Lo había leído durante el desayuno y había escuchado la voz de Tessa en su cabeza. Esa ironía e intensidad tan especial que la caracterizaban quedaban muy claramente reflejadas. Se le humedecieron los ojos.

Ellen hizo como si no se hubiera dado cuenta.

—¿Hay una relación entre los dos asesinatos?

—Descansa un poco.

—Voy a ir mañana.

—No seas tonta.

—Voy a ir —dijo Ellen—. Y deja de sentir lástima por ti mismo.

Challis estuvo a punto de soltarle una impertinencia, pero en vez de eso se fue al aparcamiento, evitando las cámaras y los micrófonos. Detrás del volante se dijo a sí mismo que debía ponerse a respirar profunda y regularmente. No había forma de evitarlo: sentía lástima por sí mismo. Luego se acordó de algo que había dicho Tessa sobre él en una ocasión: que tendía a sentirse culpable cuando no había razón ni era necesario y que la culpa en la mayoría de las circunstancias era una emoción inútil y enfermiza. Ésa era la verdad. Ella le había regalado perlas de sabiduría y él había estado demasiado ensimismado para poder verlo.

Capítulo 52

A las cuatro en punto de ese martes por la tarde, Vyner escribió: «Los hombres son continentes, los hombres son islas, pero yo soy un banco rocoso bajo la superficie».

Acababa de embolsarse 500 dólares de una mujer en Glen Iris, la madre de un vigía del ejército que había tropezado en una mina en el lado iraquí de la frontera con Kuwait. Sí, un héroe, un gran hombre, que había salvado la vida de Vyner sin ayuda de nadie en una ocasión, pero demasiado modesto para atribuírselo. Los ojos de la madre chispearon. Los de Vyner chispearon. Era muy emocionante y mientras duró, Vyner se lo creyó a pies juntillas.

Se le estaba haciendo difícil recordar quién era, sin embargo. El Vyner personal, privado, y real era el chico de la Marina que se había negado a que le inyectaran la vacuna del ántrax, y que había sido expulsado por ello y por otras menudencias, y que luego había pasado un par de años en prisión aquí y allá. El Vyner falso era el compañero del ejército de algún pobre capullo que había muerto en suelo extranjero. El Vyner emergente era un asesino a sueldo, y un estafador a tiempo parcial.

En ese momento entró otro mensaje de texto en su móvil. Ninguna felicitación por un trabajo bien hecho al matar a Tessa Kane la noche anterior, sólo una pregunta furibunda, queriendo saber por qué se habían entregado a los periódicos las descripciones de Nathan Gent y del coche. «Xplica o no hay pago», concluía el SMS.

Cielos. Vyner no había leído el periódico bien esa mañana, pero ahora lo hizo. La portada estaba copada por el asesinato de la víspera, así que empezó a hojearlo y ahí estaba, en la página 5, una descripción muy precisa del coche y un fotomontaje bastante acertado de Nathan Gent. Con la boca seca, envío de vuelta un SMS: «Gent mrto, coche qmado».

«¿Quién pudo vernos? —se preguntó—. No hay ninguna descripción mía. ¿Eso significa que no me vieron con claridad o

que los polis tienen una descripción y hay algún tipo de truco?»

Esnifó una raya de coca para calmarse. Tendría que hacerse con otra pistola. Acababa de quedarse sin ninguna pistola Browning después de la noche anterior.

Esa misma tarde, Scobie Sutton recibió una llamada del laboratorio. Había muchas huellas que podían servirles en las botellas, latas y papel de celofán que él había recuperado en el cubo de basura de la casa de Andy Asche, y se correspondían con una huella que habían obtenido, no en la propia furgoneta Toyota, sino en los objetos robados que contenía. Eso ya era más que suficiente para Scobie.

—¿Estuvo alguna vez en tu casa un chico llamado Andy Asche? —le preguntó a Challis.

—No —dijo Challis, con aire melancólico y distraído.

—Entonces, él es definitivamente uno de nuestros ladrones. También posee un equipo informático de última generación.

Challis se frotó la cara.

—¿Crees que copió mis archivos e imprimió las fotos? Pide una orden judicial para su ordenador y tráelo aquí para que lo interroguemos.

Scobie se removió, incómodo.

—Me temo que ha huido.

—Búscalo entonces —ordenó Challis bruscamente.

—De acuerdo, jefe —contestó Scobie.

Según su experiencia, normalmente no se atrapaba a los delincuentes por medio de averiguaciones e investigación sino gracias a la casualidad y a la suerte. Los policías no son necesariamente inteligentes, creía él, pero los rufianes, en cambio, son a menudo bastante tontos. Los pillas con las manos en la masa o ellos mismos se entregan, o se quedan en la escena del crimen, o le pegan un puñetazo a un ser querido que los delata entonces, o se los arresta por un crimen distinto, o se hacen notar rompiendo los límites de velocidad con un cadáver en el maletero, por ejemplo.

Pero de vez en cuando, sin embargo, toca hacer averiguaciones y Scobie se puso a buscar a Andy Asche en las listas de pasajeros de las compañías aéreas. Partiendo de la base de que Andy no iba a viajar usando su nombre real, era un proceso de eliminación. Primero rechazó los femeninos y nombres estrambóticos como Aziz, Hernández y Nguyen. Luego rechazó reservas realizadas hacía tiempo (Andy se había marchado a toda prisa dejando la casa manga por hombro),

reservas de ida y vuelta, las pagadas con tarjetas de crédito, compras con tarjeta de Pasajero Habitual y requerimientos especiales (Scobie dudada mucho de que Andy fuera vegetariano y además estaría demasiado acelerado como para pedir una comida especial en el caso de que lo fuera). Scobie tampoco se imaginaba a Andy intentando abandonar el país —a no ser que tuviera un pasaporte falso y eso no era probable— o volando a un pequeño aeropuerto regional. Andy buscaría un lugar grande, un lugar donde poder perderse. Finalmente, Scobie se concentró en billetes reservados y utilizados recientemente.

Andy estaba en la playa, intentando broncearse, haciéndose invisible: otro marginado o mochilero entre miles de ellos en la Gold Coast, donde nunca se pone el sol. Sin embargo, ¿cuántos chicos de la playa de su edad se conectaban a la red para leer los periódicos de Melbourne?

¿Y cuántos tenían 12.000 billetes en su bolsillo? Doce de los grandes. Todos sus ahorros. Podría quizá estirarlos durante casi un año pero también despedirse de su sueño de comprar un BMW descapotable.

La forma en la que todo había conspirado contra él. Primero, ese policía, Scobie Sutton, preguntándole si era el novio de Natalie, diciéndole que había desaparecido, ¿desaparecida? Andy lo dudaba mucho —la buena de Nat estaría en algún sitio poniéndose ciega de cocaína—, pero le ponía de los nervios el tener a los polis husmeando alrededor. Y luego, un día después de haber enviado las peticiones de chantaje, había estado leyendo un viejo número del Progress en la cantina y ahí, en la portada, salía retratado el hombre que aparecía en una de las fotos que había encontrado en el portátil. Robert McQuarrie. El hijo de un policía. El hijo de un policía de primera. Y, según el artículo, el afligido esposo de la mujer que había sido asesinada.

Así que cualquiera que le enviara una petición de chantaje a ese hombre iba a ser considerado sospechoso del crimen, ¿no era cierto?

Un buen momento para esfumarse.

Había sido una huida más lenta que veloz. Andy había ido directamente a la calle principal y había sacado todos sus ahorros, los 12.000 enteritos. Pensó en volver a casa, pero ¿qué pasaría si la estaban vigilando? Se quedó en la acera intentando escanear la calle con discreción. El problema era que todo el mundo que había allí parecía un poli disfrazado con una misión.

Así que no había vuelto a casa. En vez de eso había ido a una

agencia de viajes y se había comprado un vuelo de ida Virgin Blue de 99 dólares con destino a la Gold Coast. Ése había sido el tramo ágil de la huida. Llegar al aeropuerto, en cambio, fue un proceso muy lento. Anduvo hasta la estación y esperó una hora a que llegara un tren para Franskton. Llegó a Frankston, caminó atravesando las tiendas hasta la autopista Nepean y esperó noventa minutos a que llegara el autobús del aeropuerto, viajó otros noventa minutos en el autobús y luego esperó otras dos horas a que saliera el vuelo. Merodeó por las tiendas del aeropuerto mientras esperaba, y estuvo a punto de comprarse una muda de ropa hasta que se dijo a sí mismo que no fuera estúpido, que en el aeropuerto no había nada barato. Se acercaría a un puesto de vaqueros y camisetas en la Gold Coast y se equiparía allí.

Se quedaría una semana en la Gold Coast y luego se dirigiría a algún lugar al norte de Cairns. Podría seguir viajando hacia el norte. No costaba un duro dormir en la playa.

Capítulo 53

Ellen apareció en la sala de reuniones justo después de la hora de comer del miércoles, con una escayola en el cuello y moviéndose con rigidez. Toda su grácil soltura al caminar había desaparecido y tenía la cara marcada por líneas de fatiga y mucha palidez. Pero estaba alegre y con ganas de trabajar, y deseando saber cómo estaba Challis. Sin embargo, no pudo descifrarlo. Él la puso a trabajar con Scobie Sutton en la comprobación de las respuestas de la gente a las descripciones de Joe Ovens del Commodore y del conductor. Y no tardó mucho tiempo en ponerse a suspirar. Muy pronto les quedó claro que —como solía pasar cada vez que los periódicos publicaban fotomontajes y descripciones de vehículos— la investigación había pasado de una situación en la que no los ayudaba la gente a otra en la que los ayudaba demasiado.

—Aquí hay una buena —dijo ella, leyendo un mensaje—. Te lo leo: «La hipnosis traslada al sujeto a otra dimensión, de manera que cualquier cosa que viera el señor Ovens está relacionada con otro tiempo y otro lugar».

Scobie gruñó. Como ella, había dividido los mensajes que habían entrado desde el lunes en dos montones: «Atención urgente» y «Quizá». Todos iban a ser revisados, sin embargo. Incluso los locos y los avariciosos dicen la verdad en algunas ocasiones.—La mitad de éstos quieren saber si hay una recompensa.

—Y la otra mitad quiere fastidiar a sus maridos, hermanos o ex novios —dijo Ellen e hizo una pausa—. Aquí hay otro, la llamada la hizo una mujer que no quiso dar su nombre: «El hombre de la foto es un conocido miembro de Al Qaeda. Se ha embadurnado de blanco para tapar su piel oscura». —Miró a Scobie esperando una risotada, pero Scobie sólo parecía estar triste, como si quisiera ayudar a toda la gente loca y solitaria del mundo. Ella deseó haber estado haciendo este trabajo con Challis. Con Challis sí que te podías reír. Puso el mensaje de la mujer en el montón de «Quizá», murmurando: «Tu tele te está volviendo a

hablar, cariño».

Miró a través de la sala a la oficina dividida de Challis. La puerta estaba abierta; él estaba revisando una lista de combinaciones de matrículas y contrastándolas con Holdens de los ochenta. Parecía estar muy concentrado.

Siguió separando mensajes y luego se paró.

—Ah —murmuró.

Scobie levantó la vista.

—¿Otra criatura triste?

Ella lo ignoró y se fue directamente a ver a Challis, golpeó la puerta y acercó la otra silla a su mesa. Él estaba hablando por teléfono, diciendo:

—Eso no es verdad. Ella era muy buena en su trabajo. —Colgó—. El súper —dijo él.

Ellen lo comprendió al instante.

—Ha leído el perfil de Janine que hizo Tessa.

Challis asintió cansinamente.

—¿Qué pasa?

—Algo muy prometedor. Una llamada que ha hecho esta mañana un mecánico de la playa de Safety. Hasta hace seis meses solía dar servicio a un Commodore de 1983, color blanco sucio y con una puerta amarillo pálido. De hecho, fue él quien le consiguió la puerta al dueño desmontándola de un coche siniestrado.

—¿Nombre del dueño?

—Norah Gent y una dirección en la playa de Safety —dijo Ellen.

Observó cómo Challis revisaba una lista y se sintió muy aliviada al verlo mejor de ánimo.

—Aquí está: Norah Gent, dueña registrada de un Holden Commodore de 1983, QQP-359. —Hizo una pausa—. El registro ha caducado. Tenía que haber sido renovado hace cuatro meses.

—¿Ella lo vendió? ¿Lo tiró? ¿Se lo robaron?

—¿Quién sabe? Pero tenemos que hablar con ella. —Agarró la guía de teléfonos y empezó a pasar las hojas murmurando—: Gent, Gent, Gent... no sale.

—¿Ella se fue? ¿Se casó y cambió de nombre?

—Las especulaciones son inútiles —dijo Challis—. Me llevaré a Scobie y hablaré con ella.

—No —dijo Ellen.

—¿No?

—Llévame a mí.

—Tu cuello...

—Estoy bien.

Él se encogió de hombros.

—Coge tu abrigo.

Challis condujo, con las luces de dirección encendidas, mientras se dirigía al otro lado de la Península. Era la media tarde de un día que a duras penas alcanzaría los 13 grados. Otra bruma marina, fulminada por el sol en su mayor parte, pero aún suspendida aquí y allá en pequeñas y tristes manchas sobre la autopista y en los surcos de los campos encharcados. Ellen se acurrucó un poco más dentro de su abrigo deseando que Challis dijera algo. El pasado reciente parecía llenar el espacio que separaba sus asientos, como si hubiera un pasajero intruso en el asiento de atrás. Y éste era una mezcla de culpa, vergüenza y deseo que ella sabía que era mutuo pero que no podía —y no debía— manifestarse.

«Ya es hora de que madure —se dijo a sí misma—. Estoy casada. Tengo responsabilidades. Y las aventuras de trabajo son un tópico además de sórdidas.

»No, ésta no lo hubiera sido —se corrigió un instante después—. Ésta hubiera sido especial. Equivocada pero especial.»

Sin sentirse por ello mejor respecto a la situación, tosió y dijo:

—Hal, siento lo de Tessa.

Él asintió.

—Hiciste todo cuanto pudiste. Siento que salieras herida.

Se preguntó cuál era mejor manera de decirlo.

—Debes de sentirte muy mal.

—Claro que me siento mal. Nadie merece morir así. Además, como sabes, estaba dejando ese trabajo.

—No lo sabía.

—Ellen, por decirlo sin ambages, yo la apreciaba y la voy a echar de menos, pero no había un futuro para nosotros.

«Ni para nosotros tampoco», se dijo Ellen a sí misma.

Veinte minutos después estaban en la playa de Safety. El viento de la bahía soplaba despiadadamente, así que el mecánico los llevó a su despacho, mientras se limpiaba las manos con un trapo grasiento. Podían verse huellas de grasa en todas partes, libros de facturas, cuentas, el Progress, calendarios antiguos, folletos de piezas. Ellen se guardó mucho de sentarse, pero en realidad no le importaba la mugre ni los olores a aceite, a grasa y a gasolina. Había algo sólido y reconfortante en el mecánico y su garaje.

—He revisado mis papeles —les dijo él—. Norah Gent vive aquí mismo, en la playa de Safety.

—¿Qué puede decirnos de ella?

—Alegre, bastante joven, ¿treinta o así?, siempre pagaba sus facturas a tiempo.

—¿Le ajustó una puerta amarilla a su coche?

—En efecto. La suya se había oxidado por culpa del imán de un policía, sin ánimo de ofender, así que le coloqué la de un coche siniestrado.

—¿Qué puerta era?

El mecánico se quedó mirando al techo y retrocedió unos meses en el tiempo.

—La del conductor —dijo finalmente.

—¿Qué más nos puede contar sobre ella?

—¿Como qué? No me la imagino pegándole un tiro a nadie si es a eso a lo que se refiere. Es una chica estupenda.

—Su trabajo —dijo Challis pacientemente—, novio, hermano, marido.

—Trabajaba para una agencia de viajes, eso sí me consta porque siempre estaba intentando que reservase un billete para mis vacaciones. «Te conseguiré un buen precio», me decía.

—¿Familia o amigos?

—No lo sé. Lo siento.

—Dice que dejó de venir hace seis meses, ¿sabe por qué?

—No tengo ni idea. Yo tengo clientes fijos y clientes temporales. Y no siempre me cuentan sus planes. Pero si me está pidiendo que lo adivine, supongo que vendió el coche y se marchó.

—¿O se marchó y se llevó el coche?

El mecánico movió la cabeza enérgicamente:

—El coche sigue circulando por ahí, pero ella ya no lo conduce.

Ellen se quedó muy erguida.

—¿Sigue circulando?

—Sí, lo veo aquí y allá, de vez en cuando.

—¿Pasando por delante? ¿Parándose para echar gasolina?

—Sólo aquí y allá.

—¿Quién lo conduce?

—Un tipo.

—¿Nombre? ¿Dirección?

—No tengo ni la más remota idea. Lo siento.

—¿Podría describirlo?

—Déjeme pensar... más bien joven, cabeza rapada, un poco desastrado y un poco gordo.

—¿Podría decirnos algo más?

—Eso es todo lo que sé, lo siento.

—Nos ha sido usted de gran ayuda —dijo Challis.

Entonces condujeron hasta la dirección de Norah Gent donde una mujer etíope muy alta les enseñó una tarjeta blanca. En ella,

escrito en letra gruesa y morada, estaba el nombre de Norah Gent y una dirección de Nueva Zelanda.

Capítulo 54

Challis los convocó para una sesión informativa a primera hora de la mañana del jueves, vestido con un traje negro y una corbata negra. El funeral de Tessa Kane era a las diez y él era uno de los que transportaban el ataúd. Se había colocado donde siempre, en el extremo de la mesa larga, y se sentía un tanto ajeno a la habitación, a sus detectives y a la investigación en sí. Las tazas de té y de café humeaban alrededor de la mesa y también había una cesta de cruasanes al alcance de la mano. No había niebla, sólo un viento gélido que empujaba a masas de nubes deshilachadas contra un sol bajo y débil.

—Norah Gent —empezó él—, veintisiete años de edad, ahora reside en Nueva Zelanda. Trabaja para Viajes Jet About y la mandaron a la oficina de Auckland hace seis meses. Ella poseía un Commodore de 1983 color crema con una puerta amarillo pálido, pero se lo vendió a su primo antes de abandonar el país. Nathan Gent, de veintitrés años, ex soldado de la Marina, sirvió en el golfo Pérsico en 2003, donde perdió un dedo en un accidente. Después de eso se volvió inestable y dejó la Marina. Se instaló en Dromana y no se ha sabido más de él. Por lo visto nunca se ocupó de registrar el coche a su nombre y, de hecho, dejó que se le pasara el plazo.

—Como bien dijo el súper —masculló Scobie—. No tenemos que vérnoslas con linces. ¿Vamos a ir a por él?

Challis asintió.

—Poseemos una orden de arresto y otra de registro para su casa y el coche.

—Esperemos que haya sido lo suficientemente estúpido como para quedarse con el coche.

Challis apoyó la mano en el respaldo de su silla y dijo:

—La cuestión es que puede que se haya escapado. La policía de Nueva Zelanda no ha podido contactar con Norah Gent hasta esta mañana. Yo hablé con ella por teléfono hace dos horas, obtuve la dirección de la casa de su primo y conduje hasta allí

para investigarla. No se veía el coche por ninguna parte, las cortinas estaban echadas y había una tonelada de correo basura amontonada en el buzón.

Ellen se acabó el café y estiró el brazo para coger un cruasán, pero el movimiento le provocó una punzada en la herida por lo que hizo un gesto de dolor y abandonó la idea.

—El coche me preocupa. No se le ha vuelto a ver desde el asesinato, no lo han abandonado ni tampoco lo han quemado. ¿Pudo haberlo utilizado para huir y llevarlo hasta el extremo norte de Queensland?

—Si es tan tonto como pensamos, definitivamente sí —dijo Scobie—. Quizá lo usara para huir el mismo día del crimen y luego lo abandonara o lo quemara al otro lado de Mount Isa.

—He dado la voz de alerta a nivel nacional —dijo Challis—. Pero tenéis razón, puede que nunca lo encontremos.

—O quizá viera la descripción en el periódico —dijo un detective de Mornington—, y le colocó unas placas de matrícula robadas y una puerta a juego con el color del coche.

—Eso también es posible —dijo Challis —. Pero primero tenemos que meternos en su casa para arrestarlo, si está escondido allí, y registrarla e investigar también su vida de cabo a rabo. —Hizo una pausa—. Además, la conexión con la Marina hay que investigarla más.

Lo miraron con cara de interrogación.

—Primero —dijo—, tanto Gent como Lowry sirvieron en la base de la Marina y puede que se conocieran. Segundo, han desaparecido varias pistolas de la armería de la Marina. Además, Lowry tenía motivos para matar a Janine McQuarrie y a Tessa Kane. ¿Contrató a Gent y al tirador? ¿Es también el tirador un ex soldado de la Marina? ¿Compró nuestro tirador alguna de las pistolas desaparecidas? ¿Arreglaron el trato Lowry o Gent? Vale la pena seguir sus huellas en la Marina y contrastarlas con el armero fallecido y con cualquiera que haya dejado el servicio en circunstancias dudosas.

—Robert McQuarrie también tenía motivos para asesinar a las dos mujeres —señaló Ellen—. Pero no hay conexión con la Marina.

—El sigue todavía bajo sospecha —dijo Challis—, pero hasta que no tengamos otras pruebas que lo incriminen, seguiremos escarbando en la vida de Nathan Gent. Al fin y al cabo, el tirador se asoció con él. —Hizo una pausa—. Lamentablemente ha vivido de una pensión desde que abandonó la Marina y eso significa que no tiene colegas de trabajo y que nadie sabe nada de su vida social.

Ellen se estaba golpeando los dientes con la punta de su bolígrafo.

—Parece que todo lo que estamos haciendo es responder al cómo —dijo ella—, cuando necesitamos responder al porqué. Todavía no sabemos por qué eligieron a Janine o incluso si era ella el blanco intencionado, y no sabemos si Tessa Kane fue asesinada por el mismo hombre o no.

Challis asintió.

—Volvamos a los principios básicos: investigar minuciosamente a Janine. Y al mismo tiempo escarbar en el período que pasó Gent en la Marina y también en sus actividades de civil, y ver si podemos encontrar una conexión con el armero muerto.

Capítulo 55

Y llegados a ese punto, las dos investigaciones se estancaron. El registro de la casa de Nathan Gent sólo reveló la vida tan anodina que llevaba. No había ningún diario, ni correspondencia personal, ni ordenador, y sus vecinos eran indiferentes y poco observadores. Gent tampoco parecía haber tenido ningún trabajo ni ningún amigo. Y él mismo parecía también haberse esfumado. Si realmente era el conductor y había huido —que era lo más probable en vista de la nevera vacía y de la acumulación de correo—, le llevaba una enorme e imbatible ventaja a la policía.

Había una foto reciente de él, pero mostraba a Gent con la cabeza cubierta de pelo, y, por lo tanto, Georgia McQuarrie no podía estar segura del todo de que se trataba del hombre que ella había visto detrás del volante del Commodore. En cambio, estaba mucho más segura con el parecido que habían confeccionado Scobie Sutton y Joseph Ovens.

Y una vez que hubieron transcurrido dos semanas, y luego tres, desde el asesinato de Janine McQuarrie, la investigación se concentró en los expedientes de la Marina de Gent y de Lowry.

Por otro lado, no había nada que relacionara a ninguno de los dos hombres con el asesinato de Tessa Kane.

Mientras tanto, no llegaron más peticiones de chantaje, y progresivamente el superintendente McQuarrie dejó de ser una espina clavada en el costado de Challis. Se les concedió al fin una orden judicial para investigar los archivos de Janine, pero no sonó ninguna campana de aviso cuando Challis los leyó. Dominic O’Brien, que ayudó lo justo, dijo:

—Janine era una auténtica profesional. Si alguno de sus clientes no pasaba la prueba de las tres amenazas, es decir, que o bien eran una amenaza para sí mismos, para otra persona o para el código penal, los denunciaba de inmediato.

Challis asintió, ignorándolo, mientras apuntaba nombres, fechas y direcciones.

Luego llegó la noticia de que a Blight lo habían apuñalado en

las duchas de la prisión de Long Bay y había muerto. Pero mientras continuara habiendo la más mínima probabilidad de que Blight hubiera ordenado la muerte de Christina Traynor y esta orden siguiera en activo, Challis pensaba que era mejor que ella permaneciese en el extranjero, y, en consecuencia, no le dijo nada a la señora Humphreys.

El único respiro que tuvo Challis fue cuando se pasó dos días en Shepparton con el Departamento de Homicidios, que andaba escaso de plantilla debido a una pequeña epidemia de gripe de Hong Kong. A un vendedor de verduras le habían pegado un tiro, como si se tratase de una ejecución. El hombre vendía sus productos en el mercado Victoria de Melbourne y eso apuntaba en la dirección del crimen organizado. O bien el hombre se había puesto del lado equivocado en una disputa o no había pagado protección o debía dinero o se había quedado con algo. El asesinato no parecía que fuera a resolverse, así que Challis fue liberado de la investigación.

Aparte de eso, se pasó las horas muertas revisando todo el material escrito que se había acumulado desde el asesinato: informes de los oficiales que acudieron; preliminares de la UIC e informe de la autopsia; hojas de trabajo de la investigación y de la escena del crimen; notas de campo; dibujos de la escena del crimen, fotos y vídeos, entrevistas grabadas; y la narrativa en curso de la investigación consistente en impecables puestas al día que hacían de vez en cuando él mismo, Ellen Destry, Scobie Sutton y otros oficiales. Había también una carpeta de recortes de lo que habían publicado los periódicos metropolitanos y finalmente los dibujos de Georgia McQuarrie y los registros del teléfono de Janine McQuarrie.

Nada de ello lo ayudó a aclararse las ideas y a la vez intentaba no pensar en Tessa Kane o en Ellen Destry. El Progress volvió a salir con un nuevo director y, como era de esperar, ya no tenía ningún carácter. Vio a sus padres en un par de ocasiones. Y logró quitarles la idea de invertir en una urbanización nueva de la costa de Queensland que ni siquiera habían visto.

Una noche sonó el teléfono. Era el hombre del museo de aviación de San Diego.

—Señor Challis —dijo gravemente cortés—, recibimos su correo electrónico. Me temo que en esta ocasión no podremos adquirir su magnífico avión. Pero ténganos en cuenta para otra vez, señor, ténganos en cuenta.

De repente, Challis ya no quiso venderlo. Sintió vagamente que para Tessa habría sido una decepción que lo hiciera.

Ellen Destry utilizó ese vacío intervalo de tiempo para dejar a su marido, cortando por lo sano; ¿de qué servía posponer lo inevitable con terapia matrimonial, interminables recriminaciones, golpes en el pecho y despliegue de culpas? Le dijo a Alan que se iba y se fue sin más.

Él se quedó de piedra, dolido, lleno de sospechas y sintiéndose muy mezquino.

—¿Es por Challis?

—No.

—No te creo.

—Cree lo que quieras. La respuesta es no.

Estaba claro que Challis había sido el catalizador, pero ella no estaba dejando a Alan para estar con Hal, o para que Hal pudiera estar con ella. Lo estaba dejando para estar con ella misma, por ella misma. Había esperado hasta estar muy segura de eso.

Su nueva residencia era una casa en Mornington, compartida con otra mujer, recientemente divorciada y detective del Departamento de Policía de la Comunidad. Cuando le dio a Challis la dirección y el teléfono, éste la miró inquisitivamente pero se limitó a asentir con la cabeza. Era su forma de decirle que entendía cómo iban a ser las cosas.

Larrayne estaba furiosa, ninguna solidaridad femenina en su caso.

—¿Estás teniendo una aventura o algo parecido?

—No.

—Papá lo está pasando realmente mal.

—Lo sé.

—A veces te comportas como una fresca egoísta, mamá.

La mano de Ellen se posó en su cuello, todavía un poco contraído donde le había alcanzado la bala.

Un día, Scobie Sutton volvió a casa y se encontró a su hija, Roslyn, muda y asustada delante de Los Simpson, y a su mujer en la cocina casi en penumbra y con la gabardina todavía puesta. Debía de llevar sentada así por lo menos dos horas.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Le entregó una hoja arrugada de papel. Era una copia impresa de un correo electrónico que le habían mandado en el trabajo. La escaneó rápidamente y luego le dijo horrorizado:

—¿Te han expulsado?

—Con un correo electrónico, Scobie —dijo Beth furiosa—. A siete de nosotros en la Península. Nos dirigen gerentes que son

demasiado miedicas o arrogantes o ignorantes para decírnoslo a la cara.

En ese momento, las opiniones políticas de Scobie se decantaron hacia la izquierda. El mundo cada vez se está volviendo más superficial, pensó. La buena voluntad ya no funciona. Las exigencias de las empresas pasan por encima de las necesidades ordinarias de la gente. Los héroes empresariales son aquellos que recortan gastos en lugar de aquellos que crean empleo y aumentan el bienestar. Recortar gastos significa recortar plantilla y es un ejercicio abstracto para esa gente sin rostro con sus doctorados en administración de empresas. Para ellos nada embarazoso ni humano, como el llevarse a alguien a un rincón para excusarse, explicarse, y deshacerse en alabanzas. Bastante malo ya era que el mundo de los negocios estuviera infectado, pero trasladar esa misma crueldad a los funcionarios y especialmente a aquellos que —como Beth— ayudaban a los desfavorecidos, era realmente asqueroso desde su punto de vista.

—Algún día todo esto se volverá en contra de esos hijos de puta —dijo él.

—Pero ¿qué voy a hacer yo? —gimió su mujer.

La abrazó, pensando en ello, y no pudo llegar muy lejos.

Un día a finales de julio, el sargento de primera Kellock convocó a Pam Murphy y al sargento Tankard en su oficina, y dijo, mientras los miraba por turnos y movía su inmensa cabeza de toro:

—Me complace comunicaros que los chicos de la investigación de accidentes han completado su misión y no tienen intención de tomar ninguna medida en contra vuestra.

Pam se sintió muy aliviada, su cuerpo parecía estar mucho más relajado de repente, y entonces se dio cuenta de la tensión que llevaba acumulada durante las últimas semanas. Incluso su entrenamiento diario y sus carreras le habían dolido. Quizá ahora podría volver a disfrutar de la flexibilidad de sus articulaciones y extremidades.

Tank preguntó:

—Señor, ¿y qué es lo que figurará en nuestras hojas de servicio?

—Nada —les aseguró Kellock—. Ninguna marca negra, ningún informe exhaustivo.

—La demanda civil, señor —dijo Pam—, la familia de la mujer muerta quiere llevarnos a juicio.

—La federación os brindará su apoyo, hay un fondo para

cubrir gastos legales.

Se alegraba de saber eso, pero lo que quería Pam es que la demanda no tuviera lugar.

—¿Nadie más ha presentado una queja contra nosotros? —preguntó ella, pensando en Lottie Mead.

—No, y, entretanto —dijo Kellock con una gran sonrisa, como si les estuviera haciendo un favor—, hay un coche deportivo de cuarenta mil dólares esperando en el aparcamiento.

—Señor, ¿ha conducido usted ese chisme? —protestó Tankard—. Es...

Kellock se ensombreció y se quedó muy quieto.

—Agente...

—Lo siento, señor.

—Poneos mano a la obra.

—Señor —dijeron los dos y volvieron a las carreteras de nuevo, en búsqueda de conductores amables, dos términos absolutamente contradictorios, como ellos bien sabían.

Vyner esperó y esperó y luego envió un SMS: «M debes 15 mil».

Un poco más tarde llegó la respuesta. Incluso escrito con símbolos y abreviaciones de SMS, el tono era muy hiriente. La había jodido. Le había pegado un tiro a Tessa Kane en lugar de simular un accidente, y, para colmo, había herido a una policía en el cuello. «Puedes esperar sentado a que te llegue el dinero» parecía ser el tema principal del mensaje.

Capítulo 56

El caso comenzó a esclarecerse un domingo de primeros de agosto, casi cuatro semanas después del asesinato de Janine McQuarrie. Todo empezó cuando Pam Murphy fue a la reserva Myers y aparcó cerca de la carretera. Se quedó un poco helada cuando se dio cuenta de que era el mismo lugar donde la furgoneta Toyota había matado a la jinete, pero esa mañana tocaban tareas de Ratas de la Selva, que andaban limpiando la reserva de nuevos brotes de pitosporos. Cerró el coche y caminó a lo largo de la alambrada que separaba la reserva de los restos de una huerta y de las vecinas tierras de labranza abandonadas. Soplaba un viento cortante con hilachos de nubes agrupándose en un cielo lívido y la tierra esponjosa bajo sus pies. Las diez en punto: las Ratas de la Selva trabajarían hasta las doce y luego se retirarían a su casa para una barbacoa, porque hoy le tocaba a ella invitarlos a todos comer.

Le parecía una experiencia curiosa la de comprometerse con la comunidad local, aunque se tratara de una minoría de sus componentes ligeramente obsesa. La mayoría de los miembros de la policía disfrutaba de sus horas ociosas al abrigo de la mirada del público, o con otros policías, por la sencilla razón de que solían poner nerviosos a los inocentes o atraían el odio de los culpables. Pero Pam se sentía acogida en las Ratas de la Selva. Para ellos no era importante que fuera una oficial de policía. Y era un antídoto poderoso contra la miseria y el sinsentido cotidiano del crimen, ver a gente normal valorando la apertura y la colaboración y beneficiando a la comunidad sin esperar nada a cambio.

El viernes anterior había asistido a una reunión pública, convocada para discutir la suerte de algunos bosquecillos y avenidas de pinos a las afueras de la playa de Penzance. Algunos de esos pinos eran enormes y proyectaban una sombra permanente en las casas vecinas. Otros se habían muerto o tenían muy mal aspecto. Y todos habían impedido el crecimiento

de hierbas y de árboles nativos. A varios residentes se les habían saltado las lágrimas de rabia y ultraje, sólo de pensar que alguien quería acabar con los pinos de Penzance, pero Pam se había unido a los que pensaban que había que talar esos pinos y reemplazarlos con plantas indígenas. Una comunidad dividida, no cabía duda, pero en la que las distintas facciones se hablaban y se escuchaban.

Al llegar a una valla de madera, se sentó encima y esperó a que llegaran las otras Ratas de la Selva. Sentía bajo sus muslos la humedad y el verdín de la madera, pero llevaba unos vaqueros viejos y no le importaba. Mientras estaba sentada miró en dirección a la huerta donde el Toyota robado se había parado definitivamente y luego contempló los alrededores de la reserva. El conductor del Toyota había huido hacia allí, pero luego podía haber retrocedido sin problemas escondiéndose entre los viejos manzanos. Su nombre era Andy Asche, según Scobie Sutton. ¿Adonde se dirigía con el material robado?

—¡Hola!

Una voz, hecha ráfagas de sonido por el viento. Pam giró la cabeza. Un compañero de las Ratas de la Selva caminaba trabajosamente por el campo en su dirección. Debía de haber aparcado un poco más allá de la carretera, probablemente tenía miedo de que le robaran, pensó ella. Tenía más de sesenta años y le estaba costando mucho trabajo llegar. En parte por el sobrepeso que arrastraba, y en parte por el terreno irregular, ya que la vieja huerta estaba llena de surcos y canales de riego. Agitó el brazo para saludarla. Ella le devolvió el saludo.

De repente se quedó paralizado. Incluso a una distancia de cincuenta metros, pudo ver cómo su mandíbula se desencajaba y su cara palidecía. Se miró los pies hundidos en hierbas muertas y matojos.

Su voz le falló la primera vez. Lo intentó de nuevo:

—Hay un cadáver en el canal.

Capítulo 57

Ellen Destry miró con tristeza al cadáver que estaba tumbado boca abajo en un canal de riego lleno de juncos. Sexo femenino a juzgar por la falda, muslos, pequeñas deportivas, lazo en el pelo y pulsera en el tobillo. Intuyó que la cara, sumergida en el agua, debía de estar demasiado descompuesta como para poderlo identificar de inmediato, sin embargo, pudo reconocer el uniforme del colegio de secundaria de Waterloo y además el pelo era rubio, de manera que lo más probable era que fuera Natalie Cobb, la adolescente desaparecida de Scobie Sutton. Scobie Sutton había relacionado a su novio, Andy Asche, con el material robado encontrado en el Toyota, por lo que era lógico deducir que ella lo había acompañado en el viaje. De ser así, debió de salir disparada cuando el Toyota volcó y luego debió de arrastrarse o caminar unos metros, antes de caer rendida en el canal que estaba parcialmente oculto por la hierba alta y los manzanos vecinos.

Ellen tragó saliva, sintiendo una punzada de pena y de culpa. ¿Habrían encontrado a Natalie si ella hubiera ordenado una búsqueda organizada? ¿Estaría ya muerta o se habría quedado tumbada en la hierba durante un rato antes de caer al canal? Ellen miró a Pam que estaba enfrente acordonando la escena con cintas. «Yo la creí cuando me dijo que sólo había una persona en el coche. Siempre tienes que comprobarlo todo —se advirtió a sí misma—. Siempre tienes que comprobarlo.»

Luego se puso a correr. Las Ratas de la Selva estaban entrando en la reserva.

—Lo siento —dijo jadeando—, tendrán que cortar pitosporos en otra parte esta mañana.

Había ocho de ellos, con ropa vieja y sonrisa bondadosa.

—No los molestaremos —dijeron amablemente.

—Me temo que sí —dijo ella—. Estoy sellando la reserva como secundaria escena del crimen.

Supo por la expresión en sus caras que lo comprendían, luego

empezaron a caminar obedientemente y una mujer le tocó el brazo y murmuró:

—Pobrecita, espero que no te mojes ni pases frío.

Ellen volvió junto al cadáver. Pam se unió a ella y esperaron juntas a que llegara la policía científica, Scobie Sutton y la ambulancia que retiraría el cadáver. No había necesidad de llamar a Challis, a no ser que la doctora Berg decretara que era una muerte sospechosa. Pero, tanto si era sospechosa como accidental, ¿qué pasaría si la muerte de la chica no estaba relacionada con el Toyota estrellado? ¿Qué pasaría si la hubieran asesinado y arrojado allí días más tarde? ¿O que hubiera acudido a una fiesta allí y hubiera muerto de sobredosis o algo parecido? Ellen se volvió hacia Pam.

—Vamos a dar una vuelta para ver si encontramos botellas vacías y latas, porros, o cualquier tipo de parafernalia que tenga que ver con drogas —dijo.

—Sargento —dijo Pam, alejándose y luego quedándose parada — , ¿es posible que ella estuviera en la furgoneta?

—¿Viste a algún pasajero?

—No. Tenía los cristales ahumados.

Buscaron durante algunos minutos y luego volvieron junto al cadáver.

—Quizá no llevaba puesto el cinturón de seguridad —dijo Ellen. Y tragó saliva pensando en la desolación de Heather Cobb y sintiéndose de repente muy vulnerable e indefensa. La última vez que había visto a su hija se habían peleado a muerte porque Larrayne estaba furiosa con ella por haber dejado a Alan. Hubiera querido buscar su móvil y llamar a Larrayne para ver si estaba a salvo retozando en su cama, en esa mañana de domingo, pero sabía que no iba a agradecérselo si lo hacía.

—Sargento —dijo Pam, interrumpiendo sus melancólicos pensamientos—. Mire sus manos.

La mano derecha estaba estirada y tocando el conducto del drenaje. Le faltaban dos dedos. La izquierda estaba flotando en el agua, con la piel parcialmente levantada, como si fuera un guante. Ellen hizo una mueca: sabía que el patólogo podía quitar el «guante», distenderlo y sacar de ahí las huellas digitales, pero esperaba que los dientes de la chica muerta sirvieran para obtener toda la identificación que necesitaban.

—No tienes por qué quedarte aquí, ya lo sabes.

El viento sopló, cargado de lluvia brumosa. Las dos tiritaron.

—Me gustaría quedarme —dijo Pam—. Para hacerle compañía, observar y aprender.

—Muy agradecida —murmuró Ellen. Se aclaró la garganta—.

Por cierto, me he alegrado mucho de que hayas salido indemne de la investigación.

Se hizo una incómoda pausa. Sabía con exactitud hasta qué punto su marido se había comportado como un capullo. «Al atacarte a ti —le hubiera gustado decir—, Alan me estaba atacando a mí. Mientras apuntaba a distancias más largas (a Challis, a la UIC y a la policía sin uniforme), me estaba atacando a mí.»

Pero no mencionó nada de eso y hablaron relajadamente de otras cosas. Treinta minutos después llegaron varios vehículos: Scobie Sutton, un fotógrafo de la policía científica, un operador de vídeo, un oficial de muestras, la patóloga y varios policías uniformados. Ellen colocó a dos de los uniformados en la carretera para apartar a los curiosos, dirigió a otra media docena de ellos para que registraran la huerta y todo el recorrido de la alambrada, y luego se volvió a reunir con Scobie y con Pam, que estaban observando cómo la patóloga y su ayudante trabajaban en el cadáver, que habían sacado fuera del agua y tumbado boca arriba en el borde recubierto de hierba. La cara era un amasijo de carne. Ellen apartó la mirada.

—Doctora —logró decir—, no quiero influenciarla pero esto puede estar relacionado con un incidente que ocurrió aquí hace tres semanas.

Freya Berg la miró con asombro.

Ellen precisó:

—Una furgoneta atravesó la alambrada, dio una vuelta de campana y volcó justo ahí.

—¿Hace tres semanas? Lo tendré en cuenta.

Se alejaron, dejando que la patóloga siguiera con su trabajo.

—Debía haber registrado la zona más minuciosamente, Scobe —dijo Ellen.

Estaba segura de que él venía de la iglesia: se había echado una chaqueta vieja de jardinero sobre un pantalón y una camisa impecables. Y tenía un aire todavía más tristón que de costumbre, era evidente que había encajado muy mal lo del despido de su mujer.

—Creo que es Natalie Cobb —dijo ella.

—Eso parece —dijo él.

—¿Y encontraste las huellas de su novio en el material robado?

Scobie asintió sombríamente.

—Ha huido, pero he logrado localizarlo en el quinto pino. Nada menos que en Queensland.

—Es un estado muy grande.

—Y que lo digas.

—¿Crees que sabía que ella había muerto?

Scobie se encogió de hombros.

—Es posible. Cuando lo interrogué no parecía estar enterado de que ella hubiera desaparecido, pero puede que sumara dos y dos y que viniera a buscarla.

Ellen miró a su alrededor, a los traicioneros surcos de la tierra, a las malas hierbas y a los viejos y descuidados manzanos.

—Un lugar horrible para morir.

Scobie asintió con su aire funerario habitual.

La doctora Berg levantó la vista para mirarlos.

—¿Os doy el parte preliminar?

—Claro —dijo Ellen.

—Encontré un carné de estudiante a nombre de Natalie Cobb, colegio de secundaria de Waterloo. Normalmente la inmersión en el agua le hace cosas terribles a la piel pasado un tiempo, pero su ropa la protegió hasta cierto punto. Asimismo, tiene marcas en el abdomen que parecen roces del cinturón de seguridad. He encontrado también las señales típicas de desgaste y putrefacción en las aéreas expuestas, como son la cara y las manos. Su mano derecha parece haber sido mordisqueada por un animal. En resumidas cuentas, yo diría que lleva en el agua dos semanas. Un cuerpo sumergido en el agua se descompone a la mitad de velocidad que un cuerpo al aire libre, dependiendo de las temperaturas, de los insectos, de la mayor o menor actividad animal y de la humedad, por supuesto. Aunque sabré más después de la autopsia.

—Pero ¿podría decirnos con seguridad que su muerte está relacionada con el accidente?

La doctora Berg encogió sus expresivos hombros con el humor asomando en sus ojos oscuros.

—Lo siento, Ellen. Tanto su presencia aquí como la forma en que murió podrían no guardar ninguna relación con ello.

—Más complicaciones —masculló Scobie.

—Sabré más en el laboratorio —prosiguió la patóloga—. Parece haber un traumatismo craneal y puede que también encuentre lesiones internas, y que éstas fueran las que la mataran. O bien, se ahogó.

Ellen vio cómo Scobie Sutton se contraía de angustia. Todas sus emociones estaban ahí, en la superficie. Él sentía las cosas demasiado intensamente y demasiado rápidamente. Se empezaba a imaginar el sufrimiento de todo el mundo. Entonces, durante unos instantes, Ellen simpatizó con él, imaginándose a su propia hija tirada en la hierba sucia y muerta.

—Pam —dijo— estás empapada. Vete yendo a casa. Todo está

bajo control aquí.

—Si está segura, sargento.

—Estoy más que segura.

Ellen la miró alejarse y luego la llamó:

—¿Cuando viste al conductor adentrándose en la reserva llevaba algo en la mano?

—No que yo me diera cuenta —gritó Pam de vuelta deslizándose a través de la valla hasta su coche.

Ellen se ensombreció. Le quedaba por registrar todavía la reserva. Al conductor —ese Andy Asche— podía habérsele caído algo en la reserva mientras huía, algo que lo relacionara con el Toyota, con Natalie y con los robos.

¿Y si había dos pasajeros y el otro yacía muerto en la reserva?

Ellen llamó a Scobie y a un par de agentes más para que la acompañasen, se dirigió a la valla de barrotes, se encaramó a ella y saltó dentro de la reserva. Una hora después, impaciente y frustrada, se encontró en un pequeño claro. Lo cruzó, agachándose de vez en cuando para arrancar brotes de pitosporos por simpatía hacia Pam Murphy y las Ratas de la Selva. Le dolían las manos y la espalda; una lluvia gris había caído sobre la reserva.

Pitosporos por todas partes. Pobres Ratas de la Selva. Ellen se estiró las vértebras de la espalda y luego volvió a agacharse para arrancar un brote de esa fértil tierra. Y una confluencia de circunstancias en ese momento —la luz, el ángulo de su cabeza agachada, la sensación de que algo había alterado el suelo y la hierba que la rodeaban, y, finalmente, su experiencia e instinto— le indicaron que estaba contemplando una tumba mal cavada.

Capítulo 58

Challis se encontró con vehículos que bajaban y subían a lo largo de la valla de la reserva Myers: fotógrafos, operador de vídeo, oficial de muestras, policías científicos y la patóloga forense. Un par de uniformados custodiaban el camino de acceso: uno para que firmaran los que estaban autorizados a entrar y el otro para mantener alejados a los curiosos. Varios uniformados estaban registrando el campo adyacente, siguiendo una pauta de red, supervisados por Ellen Destry. Challis se enfundó unas botas de goma y chapoteó por la hierba húmeda para reunirse con ellos.

—Aquí —dijo ella.

Lo guió hasta la reserva, la tierra estaba muy blanda bajo sus pies. Los helechos les rozaban los muslos y los pantalones de Challis no tardaron mucho en estar irremisiblemente empapados.

—¿Qué es lo que te hizo pensar que era una tumba?

Ellen sonrió, extrañamente satisfecha de sí misma.

—La tierra parecía distinta. La regularidad de la forma, rectangular, y una leve depresión en la superficie; además, la hierba y los hierbajos parecían, de alguna manera, más vigorosos.

Challis lanzó un resoplido. Llegaron a un claro donde había una tienda hinchable forense y debajo estaba Freya Berg limpiando un cadáver de hojarasca y barro. Un policía científico estaba peinando el terreno de alrededor buscando objetos que se le hubieran podido caer al cadáver o a quien lo hubiera enterrado.

—Vaya, vaya, Freya —dijo Challis —, dos por el precio de uno.

—Espera a recibir mi factura —contestó Freya—. Estaba a medio camino de la ciudad, soñando con una larga ducha caliente cuando la buena de tu sargento me llama y me dice: «¿Adivina lo que ha pasado?».

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó en su voz de CSI Miami.

Ella sonrío, hablando mientras trabajaba:

—Hombre más o menos joven, completamente vestido, es difícil saber cuánto tiempo lleva aquí.

—¿Aproximadamente?

—No hay adipocera, así que no podemos hablar de meses.

Challis tragó saliva involuntariamente. Conocía bien la adipocera, esa sustancia que se deshace y que parece estar hecha de cera, apareciendo en amplias zonas de la piel cuando las grasas corporales se convierten en ácidos grasos de cadena larga. Una vez la tocó. Nunca más.

—Hay factores que lo complican —prosiguió Freya—. El contacto con la tierra, el tipo de tierra, su grado de humedad; todo esto afecta los niveles de putrefacción.

Mientras Challis y Ellen miraban, Freya y el técnico forense subieron el cadáver a una camilla y luego el técnico escudriñó el interior de la fosa.

—Hay un grupo de hojas aplastadas aquí que todavía no se han deshecho. —Levantó la vista y señaló en silencio a un grupo de olmos cercanos en el lado de los huertos de la alambrada. Ahora estaban esqueléticos, pero habían perdido sus hojas tan sólo unas semanas atrás.

Challis asintió. Ahora el técnico estaba escarbando en la tierra consolidada, listo para empezar el proceso de extraer la materia suelta. Challis tocó el antebrazo de Ellen.

—¿Has peinado la zona de alrededor de la tumba?

—Por supuesto.

No tenía ni que habérselo preguntado.

—Gracias.

Ellen asintió.

—La ropa no se ha podrido —dijo Freya—, no hay brotes de raíces que atraviesen la caja torácica o la pelvis, nada interesante de hecho, sólo un hombre joven enterrado en una tumba poco profunda, en un período de tiempo que oscila entre el mes pasado y seis semanas atrás. Al menos eso es lo que intuyo.

—No se te paga para que intuyas, doctora —dijo Ellen, intentando ser graciosa.

—Hasta que lo lleve al laboratorio, sí —dijo Freya mientras escudriñaba el cadáver, una vaga forma humana cubierta de tierra húmeda y limo de hojarasca—. No veo ninguna actividad de insectos, así que lo debieron de enterrar en cuanto murió. Tampoco hay señales de que los zorros lo hayan encontrado. Lo hubieran hecho, finalmente.

—¿Cómo murió?

—Posiblemente le pegaron un tiro en el pecho —respondió Freya mirando al cadáver—. Hay un agujero en la ropa que cubre

el tronco y lo que parece ser sangre. De ser así, no hay herida de salida de la bala, pero todavía no puedo confirmar que fuera un tiro o no lo que lo mató.

Se volvió hacia Challis.

—Entrégame el cadáver. Le haré la autopsia mañana. —Miró a Ellen—. ¿Quién asistirá por parte de la policía?

—Iré yo —dijo él.

—¿Y la chica muerta?

Scobie Sutton abrió la boca para hablar pero Challis lo detuvo.

—Es absurdo que nos comprometamos dos, Scobie.

Scobie Sutton asintió, aliviado.

—Tengo que informar a su madre de todas formas —dijo él, mientras se alejaba de ellos en dirección al grupo de coches particulares y oficiales aparcados al lado de la carretera.

—No le he registrado los bolsillos para ver si lleva alguna identificación —dijo Freya mientras retrocedía y se quitaba los guantes.

—Lo haré yo ahora —dijo Ellen.

Se puso de cuclillas junto al cadáver, le palpó los bolsillos y le examinó las manos y las muñecas buscando anillos o un reloj.

—Nada —dijo ella transcurridos unos minutos, pero luego se incorporó con una excitación extraña en todo el cuerpo—. Excepto una cosa.

—Excepto el dedo que le falta —dijo Freya con sorna.

Challis dio un respingo. Sintiéndose vivo de repente, se agachó para mirar. El dedo anular de la mano derecha.

—¿Zorros, doctora?

Freya Berg movió la cabeza.

—El dedo fue arrancado hace tiempo. Años, más que semanas o meses.

Capítulo 59

El lunes, Challis condujo hasta la ciudad y llegó al Instituto Forense a la una. Soplaba un viento helado procedente de la bahía y sintió que también lo estaba acompañando dentro de la sala de exámenes del instituto, un pequeño espacio con cristaleras, que daba a un inmenso laboratorio. Era un laboratorio de ocho vanos que se ocupaba de todo tipo de fallecimientos en dudosas circunstancias: suicidios, accidentes, sobredosis de drogas y asesinatos. La luz natural se colaba a chorros por los altos ventanales que había encima de las mesas de disección, logrando dar una falsa impresión de calidez.

Freya y los técnicos del instituto trabajaban vestidos con pijamas azules de hospital, batas verdes de quirófano, botas blancas de goma y delantales desechables. Trabajaban alegre y eficientemente. Eran unos bromistas, al igual que los policías y los oficiales de las ambulancias, pero su humor era menos negro y defensivo, «quizá porque tienen que manejar cadáveres todos los días —pensó Challis—, cadáveres en toda clase de condiciones extremas». Ni siquiera los policías de la sección de homicidios tenían que enfrentarse con eso. Observó cómo le quitaban la ropa al cuerpo de la reserva Myers, le limpiaban con una esponja los residuos vegetales, le pelaban el cuero cabelludo para tener acceso al hueso y le abrían la cavidad pectoral con una incisión en forma de Y. Extraían, asimismo, los órganos y los pesaban; registraban la ropa; un biólogo molecular tomaba muestras de ADN; un toxicólogo se afanaba en encontrar muestras en condiciones de tejido hepático, fluido óptico, bilis, sangre y orina. Finalmente se hizo un registro dental, como ayuda posible para identificar al hombre fallecido, antes de volver a rellenar la cavidad corporal y de sellar con habilidad las distintas incisiones con hilo grueso y una aguja curvada.

Todavía quedaban impresos por rellenar, de manera que Freya se llevó a Challis a su despacho donde siguió hablando mientras etiquetaba, escribía y firmaba. Había estado sentado así

con ella en muchas otras ocasiones. Y no es que pensara que el oficio de ella era macabro, ya que su agradable y serena profesionalidad le quitaba el hipo, sin embargo, él siempre se complacía en observar los caprichos que ella se permitía en su vida, como sus pendientes de aro o su preciosa pluma estilográfica Mont Blanc.

—¿Puedes encontrar todavía tinta para eso?

—Oh, sí.

Finalmente le puso el capuchón a la pluma y se reclinó en su asiento.

—Así que ya lo tienes. Hasta que lleguen los análisis no puedo estar segura de cuándo murió. Nuestro hombre conservaba todos los dientes, excepto uno que debió de salírsele por un puñetazo ya que la encía está un poco dañada, lo que indica que era joven y no de mediana edad. Un análisis de contraste de los dientes nos puede informar de su edad, año menos o más. Además, el cráneo todavía no estaba cerrado del todo, otra señal de que era joven, aunque no adolescente, probablemente veinte y pocos. No puedo ser del todo precisa con la altura, debido a la contracción del cartílago y al desgaste de las plantas de los pies, pero era de altura mediana, un poco por debajo de las seis pulgadas si utilizamos la antigua medida imperial. La ausencia de capullos de gusanos nos indica que fue enterrado en cuanto murió. Y, para concluir, le pegaron un tiro en el corazón.

—Has dejado lo mejor para el final —dijo Challis.

—Hazles reír, hazles llorar, hazles esperar —dijo Freya. Y Challis la miró con aprecio—. En el centro del pecho, aquí —prosiguió poniéndose la mano entre sus senos—, he encontrado la bala y la he enviado a la sección de balística para que la analicen. A bote pronto dijeron que era una de 9 mm.

Challis asintió. Una bala intacta con sus marcas distintivas siempre podía contrastarse con la pistola en la que se ajustaba.

—¿Nada más?

—No puedo ver ninguna otra causa de fallecimiento. Los de toxicología pueden averiguar si también fue envenenado, pero estoy casi convencida de que fue la bala lo que lo mató.

—¿Objetos personales?

—Este recibo de dinero en metálico.

Challis lo examinó. No había nada que indicara la tienda o el servicio prestado, sólo había una fecha —dos días antes del asesinato de Janine McQuarrie— y la cantidad: 2,95 dólares. ¿Un sándwich de jamón de un autoservicio? ¿Una cinta de vídeo virgen de un «Todo a cien»? Era una pista inútil.

—Eso nos remite de nuevo al dedo que le falta —dijo Challis.

—Dedo anular de su mano derecha, para ser exactos —precisó Freya—. Como me olía ayer, no ha sido algo reciente, sino que debió de suceder poco después de su adolescencia. Y fue arrancado más que cortado de un tajo limpio. ¿Algún tipo de accidente? ¿Explosión? ¿Atrapado en alguna maquinaria? No puedo precisarlo más.

—Es algo que nos permite seguir investigando —dijo Challis—. Casa con el testimonio de una testigo en otro crimen. ¿Y la chica muerta?

Freya movió la cabeza con tristeza.

—Ahogada. Podría seguir con vida si alguien la hubiera sacado del agua antes.

—¿Ahogada?

En el extremo norte de Queensland, un par de días después, Andy Asche estaba leyendo el Age en la red. Silenció como pudo un sollozo y volvió a leerlo. Ahogada. Eso es lo que decía.

Salió tambaleándose a lo que suponía que era un día de invierno en el trópico. Probablemente, los juncos y el agua cenagosa ocultaran a Nat, pero, aun así, los polis no debían de haber buscado mucho. Se le saltaron las lágrimas. No debería haber huido. Tendría que haberse quedado y haberla sacado del agua, pero ¿habría llegado a tiempo de salvarle la vida? Se imaginó su cuerpo gélido, empapado, blando y pesado. No debería haberla abandonado.

Luego empezó a convencerse a sí mismo de que no había sido culpa suya. Cualquiera hubiera pensado que ella habría escapado o se habría puesto a correr en una dirección distinta.

Ahogada.

Si no hubiera huido, la habría podido salvar.

Vyner también había leído los periódicos y había visto las noticias en la tele. «Tumba poco profunda» no paraban de insistir en lo de la tumba poco profunda. Vale, bien, él desafiaba a cualquiera a que cavase una tumba profunda en esa reserva. Claro que el suelo era blando pero también estaba plagado de raíces entrelazadas.

Luego le entró un SMS: Si Vyner quería sus 15.000 machacantes, tenía que hacer otro trabajito gratis.

Vyner se puso furioso. No había que pensárselo mucho, pero, aun así, se puso furioso.

Ese mismo día, Challis obtuvo la confirmación por parte de los

registros dentales de que el hombre enterrado era Nathan Gent, y esa misma tarde a última hora se llevó a Ellen con él para confrontar a Robert McQuarrie. No llegaron más allá de los escalones de la entrada.

—¿Trató alguna vez su mujer a un hombre llamado Nathan Gent?

Ningún músculo se movió en el blando e irritado rostro de McQuarrie.

—No tengo ni idea.

—Joven, con la cabeza rapada, le faltaba un dedo en su mano derecha.

Puso cara de asco.

—Ella trataba con gente de todo tipo, incluyendo a los más tirados.

—¿Quizá era amigo suyo?

—¿Qué está sugiriendo? ¿Que lo contraté yo para matar a Janine?

—¿Lo hizo?

—No y ahora váyanse. No voy a repetirlo más, si desean interrogarme, tendrá que ser en presencia de mi abogado. ¿Pueden asimilar eso sus cabezas de serrín?

Mientras tanto, Scobie Sutton estaba conversando tranquilamente con su mujer. Beth estaba cortando cebolla y a veces estornudaba y se le llenaban los ojos de lágrimas, pero eso no le impedía seguir cortando de nuevo a gran velocidad. Tenía la lágrima fácil últimamente, pero él ya no sabía si eran las cebollas o la pena que sentía por su trabajo.

—¿Qué has hecho hoy?

Se había puesto a hacer voluntariado para la parroquia a la que asistían y él esperaba que eso le impidiera caer en una depresión o algo parecido.

—Fui a ver a Heather Cobb —dijo ella mientras seguía cortando.

—¿De verdad? Yo fui a visitarla esta mañana.

Beth soltó el cuchillo y se volvió hacia él con la sonrisa perpleja que adoptaba a menudo cada vez que se trataba de la gente de las viviendas protegidas locales.

—Scobie, a veces hacen que te preguntes cómo funcionan sus cabezas. Heather sabe que estamos casados pero no me dijo nada de tu visita. Lo que quiero decir es que la gente normal, en las mismas circunstancias, lo habría mencionado.

Éste era un tema que apasionaba a Beth y a Scobie. La mala

educación de la gente, su insensibilidad, absoluta indiferencia, ignorancia y falta de don de gentes.

Justo en ese momento entró Roslyn de puntillas y colocó una hoja de papel delante de Scobie: «Por favor, ¿puedo ver los Simpsons, sí o no?».

Cayéndosele la baba, le dio un beso y marcó el sí. Roslyn se deslizó fuera de la habitación.

Beth se volvió y vio su expresión babeante.

—¿Qué?

—Nada.

Sonó el timbre de la puerta, Scobie dijo: «Ya voy yo», y se encontró a dos figuras plantadas allí, penosamente encorvadas para resguardarse del frío.

—Ha aparecido en el entrenamiento de fútbol —dijo John Tankard.

Scobie los saludó con un gesto de cabeza.

—Hola, Andy, ¿qué tal en Queensland?

La mandíbula de Andy Asche se desencajó.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy detective, ¿recuerdas?

—No pude soportarlo, señor Sutton. Tenía que volver. Creí que iba a estallarme la cabeza...

—No hay ninguna prisa —dijo Scobie—. Pasad y calentaos.

Capítulo 60

El jueves, John Tankard dijo:

—Éste es un trabajo de mierda.

—Eso dices todo el rato.

Pam se concentró en la carretera que tenía delante, tratando de ignorar a Tank, que estaba agitándose en el asiento del copiloto, revolviendo los ajustes del sillón, intentando hacer espacio para sus gruesas piernas.

—Pedazo de carraca japonesa.

En realidad, no lo era. Pam había aprendido progresivamente a apreciar las virtudes del pequeño descapotable. Era el conducirlo con John Tankard al lado lo que arruinaba la experiencia. Pero ahora ya se empezaba a encontrar de maravilla, entrenando de nuevo para el triatlón y sin ninguna medida disciplinaria planeando sobre su cabeza.

Tank debería estar agradecido. Él también se había librado.

Coolart Road, zona de 90 km/h, varias rotondas, ondulaciones traicioneras aquí y allá. Ella se había instalado en 90 y el resto del tráfico iba a 100 o más y eso era frustrante. De todas maneras su trabajo era encontrar conductores amables y no iban dotados de cámaras de velocidad.

Rodeó Somerville, cruzó Eramosa Road para dirigirse al cruce en T en el extremo de Franskton de Coolart Road. Junto a ella, John Tankard lanzó un enorme suspiro y ella, finalmente, dijo:

—Escúpelo, Tank, ¿qué te pasa?

—Andy Asche se presentó anoche —dijo él—. Pobre chico.

—Mató a una mujer que montaba a caballo, mató al caballo y abandonó a su novia para que se muriera. Sí, realmente, pobrecito.

Tank se removió en su asiento y frunció el ceño.

—No es ningún malvado, al contrario de muchos con los que hemos tenido que lidiar a lo largo de los años. Es un buen futbolista. Un auténtico desperdicio de talento.

—Así que me estás diciendo que se le debería perdonar

porque es un buen futbolista —dijo Pam en tono monocorde.

Como ella misma era una forofa del deporte, había tardado tiempo y no le había resultado fácil darse cuenta de que el sistema permitía habitualmente a los futbolistas jóvenes y a los jugadores de cricket librarse de acusaciones de violaciones y de abusos sexuales. Cuando tanto policías como abogados, jueces y presidentes millonarios de clubs se derretían ante los héroes deportivos, ¿qué oportunidad tenía la demandante?, especialmente cuando la mayoría de la gente, sin distinción de sexos, se sacudía el asunto de encima con la frase: «Ella lo estaba pidiendo a gritos». Y ya podías empezar a encomendarte al cielo si eras la causa de la muerte accidental de algún deportista. En medio de la gigantesca oleada de duelo y furia que seguiría, te crucificaría la policía y te demonizarían los periódicos.

—Los futbolistas no pueden hacer nada mal. ¿No es eso, Tank?

—No estoy diciendo eso. Estoy diciendo que es un auténtico desperdicio, eso es todo. —Hizo una pausa—. A veces iba su chica.

—¿Para verlo entrenar?

—Sí, pobrecilla.

El nuevo John Tankard con su nueva sensibilidad. Pam frenó suavemente a causa del coche de delante, que a su vez había frenado por el Mitsubishi rojo que lo antecedía. Los tres se pararon del todo para dejar que un inmenso camión con media carga de postes de pino de viñedos echara marcha atrás en una entrada estrecha. Era evidente que el conductor había estado esperando un rato largo para tener la oportunidad de completar la maniobra, pero el tráfico era abundante y los conductores estaban impacientes y no estaban preparados para darle un respiro. Era una buena acción muy rara de encontrar, así que Pam siguió al tráfico hasta el cruce, y luego giró a la izquierda siguiendo la vía del tren. Ahora el Mitsubishi estaba justo delante de ellos.

—¿A dónde vas?

Pam dijo con impaciencia:

—Ese coche, Tank, ¿es que no lo has visto?

—¿Ver qué?

—Se paró para dejar que el camión diera marcha atrás.

—¡Oh!

Tankard se incorporó y pareció esforzarse.

—Mira a ese tío.

Un hombre atando un cartel en una cerca de palos: «Pantano Devilbend: Fuera».

—¿Y?

—Tácticas de guerrilla —dijo Tankard frotándose las manazas —. Vendré cuando oscurezca y lo arrancaré.

Pam pensó que él era muy capaz de hacerlo.

—Viva la libertad de expresión.

Tank hizo una mueca de enfado y refunfuñó, un hombre incoherente, lleno de impaciencia y cargas insoportables. Pam pensó que él probablemente representaba a la mayoría de la gente y que era una pérdida de tiempo discutirle nada.

—Allí —dijo, levantando la mano del volante para señalarlo.

El pueblo de Baxter les quedaba detrás. Estaban pasando de nuevo por tierras de labranza, pero a mitad de camino de una empinada colina que tenían delante había una valla contra los ciclones y un gran cementerio de coches. El Mitsubishi rojo aminoró, la luz del intermitente parpadeando, y se metió en el aparcamiento que había fuera de la verja. «Desguace Península», decía el borroso cartel.

Pam aparcó junto al coche rojo y se presentó al sorprendido conductor, un hombre muy agradable de unos sesenta años. Estaba encantado de recibir la bolsa de premios pero protestó diciendo que no la merecía.

—Mi espejo lateral —dijo él, señalándolo—. Se cayó cuando paré a echar gasolina.

Pam apreció la ironía: era un elemento básico en la carretera.

—Aun así, señor. Es usted un conductor cortés y sé perfectamente que va a reemplazar el espejo antes de marcharse de aquí.

Y los dos se sonrieron mutuamente.

Ella volvió al coche, pero Tank se había quedado de pie junto a la valla mirando todas las filas de vehículos: unos estaban estropeados, otros eran sólo un caparazón.

—¿No podríamos quedarnos unos minutos?

—¿Para qué?

—Tengo el parabrisas roto.

A Pam le vino la imagen de su renqueante furgoneta, que más bien parecía una barcaza, en la que transportaba a los jóvenes futbolistas con toda su parafernalia los sábados por la mañana.

—Claro, ¿por qué no?

Mientras Tank se informaba en la oficina, Pam empezó a vagar por ahí. El inmenso lote había sido clasificado según la marca y el tipo de vehículo y era el sueño de cualquier aprovechado. Bajó por una fila, subió por otra. Algunos eran simplemente añejos y no tenían ningún valor, salvo para piezas de segunda mano. El sol había acabado con la pintura; la lluvia, con el metal expuesto; y por eso, al principio, no se dio cuenta de

la importancia del Commodore blanco sucio de 1983, asentado sobre sus ejes en el barro y la hierba, en una fila de viejas y tristes cafeteras parecidas.

Challis se pasó la mañana del viernes sin pisar la sala de reuniones. Se estaban encadenando los hallazgos y se sentía impaciente. Fue a visitar el desguace y se quedó mirando un rato mientras los técnicos forenses buscaban huellas en el Commodore, que había encontrado Pam Murphy, y lo examinaban en busca de fibras, trazas de sangre y otros fluidos. Luego se pasó una hora muy frustrante hablando con los vecinos de Nathan Gent.

Cuando volvió a la comisaría de Waterloo se encontró con una escena caótica en la recepción. Al menos veinte personas estaban haciendo cola para que las atendieran.

Asomó la cabeza por la rendija de la puerta de Kellock.

—¿Qué está pasando?

El sargento de primera encogió sus inmensos hombros con aire cansino.

—Quizá esto no vaya con vosotros, estrellas de la UIC, pero la Asociación de Policías ha anunciado una huelga.

Era difícil adivinar cuál era la posición de Kellock en ese asunto.

—Ah —dijo Challis.

—Lo habitual: mejoras en el sueldo y en las condiciones de trabajo. Así que no hacemos horas extras gratis, no asistimos a los juzgados a no ser que haya un emplazamiento, prohibición de tareas administrativas, asignación de enfermeras de vigilancia en lugar de policías en los casos de prisioneros enfermos, y emitimos advertencias discrecionales para el juzgado en lugar de avisos de multas.

Parecía que Kellock estaba leyendo una nota de prensa. Challis simpatizaba con la Federación, siempre lo había hecho. Hizo un breve gesto con la cabeza y luego se dirigió a las escaleras, encontrándose con Pam Murphy en el pasillo.

—Señor —dijo, mientras proseguía su camino.

—Espera.

—¿Señor?

—Hiciste un buen trabajo localizando el Commodore. Enhorabuena.

Ella se ruborizó.

—Muchas gracias, señor.

Challis asintió y se dirigió al piso de arriba.

Una hora después, convocó una sesión informativa.

—Esto es lo que tenemos: el domingo, Ellen descubrió una fosa poco profunda en la reserva Myers. Estamos casi seguros de que el cuerpo que recuperamos en la reserva es el de Nathan Gent. La edad es la adecuada, la ropa, el dedo que falta en la mano derecha. La confirmación dental la tendremos pronto. Sabemos que Nathan Gent compró, pero no registró, el Holden Commodore de 1983 a su prima. Dos características de este coche coinciden con las del coche que vio el taxista Joe Ovens abandonando la escena del crimen de Janine McQuarrie: la puerta del conductor que no iba a juego y parte de la matrícula. Como sabéis, Georgia McQuarrie describió al conductor como a alguien a quien le faltaba un dedo en la mano derecha, pero no reconoció una foto que encontramos en la casa de Gent porque lo mostraba cuando era más joven, con el pelo largo. Los vecinos lo describen como una persona con sobrepeso y con la cabeza rapada. Desde entonces, su hermana nos ha enviado fotografías más recientes y tanto Georgia como Joe Ovens están seguros de que él es el hombre que conducía el Commodore.

Hizo una pausa. Una de las funcionarías civiles entró con un termo de café recién hecho. Challis le dio las gracias, esperó a que se marchara y prosiguió:

—Entretanto, tenemos el informe de balística. La doctora Berg recuperó un trozo de una bala de 9 mm alojado en el cuerpo.

Les enseñó las fotos. Scobie Sutton se irguió, alerta.

—¿No coinciden con los trozos recuperados de Janine McQuarrie o Tessa Kane por casualidad?

—No.

Scobie volvió a encogerse. Todos lo hicieron.

—Sin embargo —dijo Challis sonriéndoles a todos—, hay una anomalía que es común en los tres trozos: una ligera pero significativa raspadura. Nuestro tirador utilizaba un silenciador. O bien no lo ajustaba correctamente cada vez o bien tiene un defecto de diseño o de fabricación.

—Utilizó distintas pistolas pero el mismo silenciador —señaló Ellen.

—Esa es la teoría —dijo Challis.

—Así que los tres tiroteos están relacionados.

—Sí.

—Nuestro tirador se deshace de Janine —dijo un detective de Mornington—. ¿Y luego se deshace del tío que lo lleva, cubriéndose las espaldas?

Challis pilló la mirada compasiva de Ellen y le dedicó una breve sonrisa. Si no hubiera dejado que los periódicos publicaran lo de las llamadas anónimas, Nathan Gent podría seguir estando vivo. Pero ahora mismo no podía permitirse pensar en eso.

—Y luego mató a Tessa Kane —dijo—. Y lo más probable es que actuara solo esta vez. El motivo todavía no está claro, salvo que las fiestas sexuales relacionan a las dos mujeres y a los dos asesinatos.

Challis dejó que meditaran eso un poco y luego les habló de Nathan Gent.

—Cuando perdió el dedo, le ofrecieron un trabajo administrativo, pero él lo rechazó y decidió abandonar la Marina por esa época. Según uno de los psicólogos que lo evaluó entonces, estaba muy deprimido. Quizá eso se convirtiera en resentimiento. Abandona la Marina y se engancha con otros ex de la Marina resentidos, o al menos con otro, nuestro tirador.

Miró cómo absorbían esa información y prosiguió:

—Luego lo contratan para ser el conductor en un golpe y comete el error de utilizar su propio coche. Al comprender su error lo vende en el desguace que hay cerca de Baxter. No hay placas, pero el dueño se acordaba de Gent y lo describió muy bien. Hasta el momento —dijo, abarcando con la mirada la enorme mesa— no hay informes forenses útiles. Muchas huellas, demasiadas. Al coche le quitaron los asientos, el volante, la radio, los cinturones, el retrovisor, la guantera, casi todo en realidad. Pero el laboratorio está comprobando las huellas en estos momentos, así que espero que alguna coincida con alguien que esté en mi sistema.

—¿Estamos seguros de que es el coche?

—Sí, le quitaron las placas de la matrícula pero contrastamos el número del bastidor y los números del motor con el coche que poseía Norah Gent.

—Todo lo que necesitamos es una huella, jefe.

—Cierto, pero quizá a nuestro tirador nunca le han tomado las huellas. O quizá llevara guantes todo el rato. Y supongo que encontraremos huellas de Nathan.

Se quedaron unos instantes asimilando eso. Tenían medio oído puesto en los teléfonos de la sala. Era como esperar a que hirviera el agua en una olla. Y, de hecho, la llamada entró cuando ya estaban poniéndose de pie para salir en fila. Challis les hizo gesto de que se sentaran, luego colgó el teléfono y les sonrió.

—Ya tenemos nuestra única huella —dijo él—. Por lo visto nuestro hombre comprobó su aspecto en el espejo de la visera. —Hizo una pausa—. Trevor Vyner ha estado encarcelado por asalto

a mano armada. Y —añadió— es un ex militar naval.

Todos parecieron sentirse más cómodos en sus asientos ahora.

Capítulo 61

A última hora de la tarde ya tenían una dirección de Vyner, orden de registro y orden de arresto.

Cuatro oficiales del ejército armado irían primero. Challis supuso que eran necesarios, pero lo ponían nervioso. El país tenía casi un índice cero de posesión de armas. ¿A qué se dedicaban entonces un día tras otro más que a entrenarse y a fantasear? Estaban más entrenados de la cuenta y tenían muy poca experiencia, sin otras pautas de conducta a las que remitirse que las de las películas estadounidenses. Los contempló pavonearse en el vestíbulo del edificio de Vyner, hombres jóvenes de gatillo fácil, vestidos con el último modelo de uniforme de combate callejero. Sabían quién era Challis: el cornudo cuya mujer le tendió una emboscada para que lo matara otro compañero policía. Sabían quién era Ellen: policía también —policía femenina— que había dejado que le pegaran un tiro. Desde luego a ellos eso no les iba a pasar, parecían estar diciendo sus mandíbulas mascadoras de chicle.

Challis casi se alegró de que el piso de Vyner estuviera vacío. Había pedido que vigilaran el lugar mientras se tramitaban las órdenes judiciales, y no se había visto a nadie salir o entrar, pero eso no significaba que Vyner no fuera a estar allí, listo para disparar a matar. Traspasó el marco de la puerta abatida —el portero les había facilitado una llave pero ése no era el estilo del equipo de respuesta armada— y se dio una vuelta rápida por las cuatro descuidadas habitaciones de IKEA. Intuyó que Vyner acarreaba consigo los hábitos del reformatorio, de la vida en la Marina, y de la cárcel, y que, por lo tanto, no tenía ni afición ni necesidad de acumular muchas posesiones.

—Ya podéis marcharos —dijo, cansado de tener que aguantar a esos hombretones armados hasta los dientes.

—¿Y si vuelve?

—Coloca dos oficiales en el pasillo y dos en el vestíbulo.

Salieron en fila con sus uniformes y equipos crujiendo y

tintineando. Challis se quedó en la ventana y miró fuera la extensión de nuevos edificios de pisos que habían construido en los distritos de las antiguas fábricas cerca del río. Había perdido el contacto con la ciudad. Venía de caminar con Ellen ahora por el Southbank y se había preguntado quién era esa gente que comía en las terrazas, o caminaba por la ribera del río y miraba a los malabaristas. Intuyó que había mucho dinero disponible pululando por ahí en la actualidad. Eso no se veía en Waterloo.

—Hal —dijo Ellen, acercándose a él. El sol poniente caldeaba a través del cristal, provocando en él una especie de deseo amodorrado, estuvo a punto de rodearle los hombros con el brazo.

—¿Has encontrado algo?

—Esto.

Le enseñó un par de cuadernos. Challis empezó a hojearlos, parándose en frases clave aquí y allá.

—¿Algún tipo de demente antigobierno, fundamentalista y pro preeminencia de la raza aria? —propuso él.

Ellen sonrió.

—¿Podrías precisarlo más?

—Eso no lo hace menos peligroso.

—No.

—Aquí están —dijo una voz.

Se dieron la vuelta. McQuarrie estaba allí con aspecto enérgico, un abrigo, y chasqueando unos guantes de cuero fino contra la palma de su mano. «De camino a una cena del Rotary Club», pensó Challis con amargura.

—Señor.

—Tengo entendido que han identificado al hombre que asesinó a Janine.

—Sí, señor —dijo Ellen, adelantándose como para anticiparse a cualquier crítica que el hombre quisiera hacer. Empezó a describírselo todo, el pasado de Vyner y la posible importancia de la conexión de la Marina, pero muy pronto él comenzó a asentir con impaciencia y la interrumpió:

—Supongo que esto significa que mi hijo está libre ya de toda sospecha.

Lo había pronunciado en tono de desafío, no de pregunta. Ellen miró a Challis buscando ayuda, pero Challis en ese momento estaba sintiendo cómo la rabia se apoderaba de él, algo que le pasó completamente desapercibido a McQuarrie.

—Estabais bastante despistados, Hal, reconócelo. Un desperdicio de personal y tiempo. No hacía falta que...

La rabia atacó con más fuerza todavía a Challis: una secuela

de todas esas semanas de frustración y sufrimiento. Era una sensación ardiente y cegadora. Tuvo que parpadear. Y dijo tensamente:

—Nadie está fuera de sospecha y mucho menos su hijo. Él era y sigue siendo el sospechoso más lógico.

—¿Lógico? Tú no soportas a mi hijo. Aquí no hay lógica que valga.

Ellen carraspeó.

—Voy a seguir buscando —dijo ella, y se deslizó fuera del cuarto.

Los hombres la ignoraron. Estaban muy rígido?, frente a frente.

—¿Qué tienes en contra de Robert? ¿Es porque tiene éxito en lo que hace?

Challis se sintió aguijoneado. Y luchó contra esa sensación.

—Identificar y eliminar —dijo—. Eso es lo que hacemos. Y usted lo sabe de sobra.

McQuarrie se congestionó. Dobló el labio.

—Las estrategias de la envidia, Hal. Mi hijo me lo ha explicado. Son insidias que gente como Tessa Kane va propagando por ahí. Lo que no me esperaba es que tú te lo tragaras también.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había ido demasiado lejos.

—Sin ánimo de ofender —dijo, dando un paso atrás.

Challis se acercó a él y le clavó un dedo índice en el esternón bajo su mullida chaqueta.

—Ella era mejor persona de lo que usted o su hijo lo serán nunca.

—Tranquilízate.

—No pienso tranquilizarme. Usted ha estado obstaculizando este caso en todos y cada uno de los pasos que hemos dado. Déjenos en paz de una vez.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya te has explayado lo suficiente.

Los dos se habían saltado a la torera la diferencia de graduación, pero también habían soltado toda su furia. Con las emociones alborotadas, se quedaron mirándose unos instantes. Y los dos tragaron saliva. Finalmente, McQuarrie hizo un breve saludo con la cabeza y se marchó. Challis se quedó quieto unos minutos, intentando calmarse del todo. Unos minutos después, Ellen apareció, tocándole el codo, y su presencia lo reconfortó.

—¿Se acabó el concurso de meadas? —preguntó.

El soltó una carcajada y sintió un gran desahogo.

—Vamos a traernos a Lowry de nuevo.

Era tarde, estaba oscuro y hacía frío en Waterloo.

—Eran ex soldados de la Marina, Ray, igual que tú —dijo Challis.

Su voz resonó en una pequeña sala de interrogatorios del pasillo donde estaba la oficina de Kellock.

Ellen interpretó esto como la señal para empezar a sacar las fotos de la carpeta que tenía delante y las tiró sobre la mesa.

—Nathan Gent y Trevor Vyner.

—Nunca he oído hablar de ellos. Y nunca he tenido el placer de conocerlos.

—Hubo una época en la que los tres estabais sirviendo en la base de la Marina en Townsville.

—¿Y qué? Es una base enorme.

—De servicio o en los días de asueto tuviste un montón de oportunidades de conocerlos.

El abogado de oficio de Lowry, que tenía el aspecto de un crío de dieciocho años, se envalentonó lo suficiente como para decir:

—Mi cliente ya ha respondido a su pregunta, sargento Destry.

Ellen lo ignoró y dio unos golpecitos en las fotos.

—Asesinaron a Janine McQuarrie, Gent era el conductor; Vyner, el pistolero. Más tarde, Vyner le pegó un tiró a Gent pensando que era un cabo suelto, y, más tarde todavía, mató a Tessa Kane. —Levantó la vista—. Se la tenías jurada a las dos mujeres, Ray.

El abogado de Lowry dijo:

—A no ser que tengan pruebas suficientes que demuestren que mi cliente conocía a estos hombres o que conspiró con ellos para matar a alguien, les sugiero que lo dejen marchar.

—Trevor Vyner —dijo Challis —, ex soldado de la Marina, estuvo encarcelado seis meses por fraude y robo en el año 2003.

—¿Y?

—Varias pistolas desaparecieron de la armería de la Marina. El armero era amigo tuyo; ¿obtuvo Vyner esas pistolas directamente de él o tú hiciste de intermediario?

—Mi cliente no sabe nada de pistolas desaparecidas ni de esos asesinatos —dijo el abogado—, dejó la Marina hace tiempo y ahora es un empresario respetable.

Challis no dijo nada y se limitó a mirar a Lowry. Tenían las huellas de Vyner del coche, y también había enviado un par de deportivas de Vyner al laboratorio con la esperanza de que encontraran trazas de materia vegetal en la suela, que lo relacionaran con la tumba superficial de la reserva Myers. Pero intentar demostrar que Lowty había contratado a Vyner no iba a

ser fácil. No había correos electrónicos ni registros telefónicos que relacionaran a los tres hombres. Pero tampoco había que olvidar que Lowry tenía una tienda llena de teléfonos móviles.

Entonces fue cuando entró en la pequeña sala un sargento en uniforme y le indicó a Challis que se reuniera con él en el pasillo.

—Perdona, Hal, pero tenemos aquí a una mujer que pretende que fue su marido el que ordenó los asesinatos de McQuarrie y de Kane.

Capítulo 62

-¿Sigue él todavía en el Centro de Detención? —preguntó Challis.

Lottie Mead movió la cabeza.

—Seguramente está en casa —dijo ella—, Charlie siempre llega a casa sobre las seis.

—¿Sabe que está usted aquí?

—No y no deben decírselo hasta que esté encerrado.

Estaban en la suite de las víctimas porque la sala de interrogatorios estaba ocupada y no les estaba permitido interrogar a posibles testigos entre las carpetas y pizarras de la sala de reuniones. Challis estaba apoyado contra la pared con su pose habitual. Ellen estaba sentada en el borde de una silla de respaldo recto y Lottie Mead, nerviosa y torva, se había instalado en uno de los extremos del horrible sofá de la sala.

Ellen alargó la mano y tocó la rodilla de la otra mujer para reconfortarla.

—Aquí no corre ningún peligro, señora Mead.

Lottie Mead, vestida con vaqueros, botas y una chaqueta de aspecto muy caro, se miró los pies con aire sombrío y luego levantó la vista. Challis la estudió, acordándose de la ceremonia civil donde ella no dejó traslucir nada, permitiendo que Charlie acaparara toda la conversación. Tenía unas facciones angulosas, muy comprimidas, como si nunca hubiera revelado muchas emociones y hubiera perdido ya la costumbre ahora.

—No pueden imaginarse cómo es ese hombre. ¿Le pegaron un tiro por su culpa? —dijo, e hizo como si quisiera tocar a Ellen.

Challis observó y escuchó. El acento sudafricano de Lottie era muy marcado: era una sudafricana afrikáner, intuyó, no inglesa, no muy culta, insegura frente a la gente poderosa. Parecía estar completamente desmoralizada y se preguntó si Charlie Mead la había mantenido subyugada todo ese tiempo. Sin embargo, debió de haber encontrado un rescoldo de valor y de voluntad como

para ir a pedirle ayuda a Janine McQuarrie, quien, muy en su papel, le había aconsejado mal y le había insuflado una falsa valentía.

—¿Por qué no vino antes a nosotros? Otra mujer murió.

—Tenía miedo.

—Miedo —dijo Challis en tono neutro.

—Hal —dijo Ellen a modo de advertencia.

—Tenía mucho miedo —dijo Lottie Mead mirando al suelo de nuevo—. Pensé que iba a enterarse y a matarme —tenía las mejillas húmedas cuando levantó la cabeza—, pero al mismo tiempo es tan arrogante que cree que estoy demasiado asustada como para interponerme en su camino.

La mente de Challis no podía parar de pensar, imaginando la vida de la mujer con Mead, un hombre que dirigía todas las acciones y pensamientos de ella.

—Háblenos de nuevo de Janine McQuarrie. Su nombre no está en la lista de clientes.

—Utilicé mi nombre de soltera, Charlotte Strydom.

Challis lo comprobó. El nombre estaba ahí. Encontró las notas sobre el caso y las hojeó.

—¿Fue a verla sólo hace unas pocas semanas?

—Sí.

Las notas eran típicamente crípticas y con muchas tachaduras: abreviaciones, palabras y frases sencillas, seguidas de interrogaciones en una caligrafía prácticamente ilegible.

—¿Qué tipo de terapia buscaba con ella?

—Mi matrimonio era muy infeliz.

Como hacía a menudo con sus entrevistados, Challis dejó que la ironía y la duda se reflejaran en su cara. Esperó. Lottie Mead dijo:

—A Charlie lo han destinado a Canadá para dirigir una prisión. Yo quiero quedarme aquí.

Challis siguió mirándola preguntándose adonde iba a llevarlos todo eso.

Lottie Mead se removió en el sofá.

—Yo tenía miedo.

—¿Miedo de su reacción cuando le dijera que no quería ir a Canadá?

La mujer de Mead lo miró, asombrada de que pudiera ser tan ingenuo.

—Miedo de que me matara.

—Matarla —dijo Challis con incredulidad. No sería la primera vez que alguien fuera a utilizar una investigación importante para acusar en falso a un cónyuge.

—¡No se imaginan de lo que es capaz! Tiene que conseguir siempre lo que quiere. Odia que le lleven la contraria. Ya era bastante malo que estuviera viendo a Janine, pero decirle que no iba a ir con él a Canadá, en fin, no es la clase de hombre que pueda tomarse eso a la ligera. —Hizo una pausa—. Lo haría parecer un accidente.

Challis y Ellen intercambiaron miradas de duda.

—Así que fue a ver a Janine McQuarrie para que la aconsejara ¿Le habló de sus miedos específicos con respecto a su marido?

—Algunos.

—Algunos. ¿Le aconsejó que lo dejara?

—Sí.

Challis se quedó observando a Lottie Mead un instante. La siguiente pregunta era obvia.

—¿Se encaró luego la señora McQuarrie con su marido?

—Sí.

—¿Se lo pidió usted?

—¡Dios mío, no! Eso hubiera sido desearle la muerte.

Challis asintió. Janine había actuado como siempre hacía.

Pero ¿iba a responder un hombre razonable contratando a un asesino para matarla? ¿Lo haría incluso un hombre no razonable? Hasta el momento todo lo que Ellen y él tenían era otra situación parecida a la de Raymond Lowry y no dudaba de que iban a aparecer otras.

—¿Así que piensa que mató a Janine porque usted acudió a ella y ella le plantó cara?

—Sí.

—¿Le hizo o le dijo algo a usted?

—Me pegó.

—¿Eso es todo?

—Me dijo que dejara de ver a Janine.

—¿Y usted lo hizo?

Lottie Mead adoptó una expresión displicente. Era una mujer muy poco atractiva.

—No se imagina de lo que es capaz mi marido. Por supuesto que lo hice y ella murió unos días después.

—¿Le dijo que iba a hacer que la mataran?

—No tenía por qué. No le importaba lo que yo pensara o supiera. Sabe que le tengo miedo.

—Y, sin embargo, tuvo el valor de ir a ver a Janine, y ahora ha venido a vernos a nosotros.

Lottie Mead se encogió de hombros. Ellen se inclinó en el espacio que los separaba.

—Necesitamos más, señora Mead. No parece algo muy

convincente. —Hizo una pausa—. Perdóneme por hacerle esta pregunta pero ¿han asistido usted y su marido a alguna orgía?

Lottie Mead se irguió horrorizada y el horror se transformó luego en ultraje.

—¿Cómo se atreve? Por supuesto que no.

—Janine McQuarrie y Tessa Kane fueron asesinadas por el mismo hombre; usted dice que obedeciendo las órdenes de su marido. Y lo único que hemos podido encontrar que relacione a las dos mujeres son las orgías.

—No, rotundamente no —dijo Lottie Mead moviendo la cabeza con violencia—. Charlie ordenó que fueran asesinadas pero no a causa de eso.

—¿El qué entonces? Suéltelo de una vez, por el amor de Dios.

Lottie se puso colorada. Se miró sus huesudas manos con irritación.

—Las dos sabían cosas —murmuró—, o Charlie pensó que las sabían. —Levantó la vista—. ¿Es que no lo entienden? Yo fui a ver a Janine para hablar de mis sentimientos. Charlie pensó que iba a hablarle de hechos. Esa es la razón por la que la mató. Y por la que mató a Tessa Kane.

—¿Qué hechos?

Lottie Mead estaba de nuevo absorta con sus manos.

—No importa.

—Creo que sí importa —dijo Ellen con brusquedad—. Hablaremos con su marido tarde o temprano, tendremos que hacerlo, pero también hemos hablado con otros maridos parecidos a él a los que Janine McQuarrie también desafió. ¿Qué es lo que hace que su marido sea tan especial?

Lottie Mead siguió tozudamente sin soltar prenda y Challis, examinándola muy de cerca, comprendió que ella, más que miedosa o aturdida, era sobre todo calculadora, como si tuviera cosas que ocultar. El asesinato de Tessa Kane de repente cobró sentido. Se acordó del informe que tenía sobre los Mead; tenía muchas interrogaciones y lagunas. ¿Habría descubierto información que todavía no había puesto al día?

—Tessa Kane estaba escribiendo un artículo sobre usted y su marido —dijo—. ¿Hay algo que no nos esté diciendo?

Lottie Mead estaba callada con aire sombrío. Esperaron, sin dejar de mirarla. La pequeña nevera del minibar se puso en marcha y ronroneó suavemente. La habitación se volvió empalagosa de repente.

—Sucedió hace tiempo en Sudáfrica.

La miraron impávidos.

—En la época del apartheid —dijo ella lentamente.

—¿Y?

—Charlie y yo trabajábamos para el gobierno.

Lo explicó a trompicones. Era una historia de interrogatorios, torturas y ejecuciones sumarias de líderes negros, en las que su marido había mostrado una rara eficacia. Estuvo a punto de ser expulsado durante las vistas de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, pero sus amigos lo encubrieron.

—Fue hace mucho tiempo. Todos han cambiado ahora, pero, aun así, no quería que se hiciera público.

—¿Qué papel jugó usted en esa época?

—Yo trabajaba en otra sección —dijo Lottie Mead evitando mirarlos a los ojos.

—¿Le habló a Janine McQuarrie del pasado de su marido?

—No lo recuerdo.

Challis se estaba cansando de sus escaqueos.

—¿Se lo contó a Tessa Kane?

—No. No la dejé entrar.

—¿Confrontó la señora Kane a su marido?

—Puede que lo hiciera. El nunca me cuenta nada —dijo Lottie —. ¿Van a arrestarlo?

—Vamos a hablar con él —dijo Challis cautelosamente.

—Se va a librar de ésta. Siempre lo hace.

—Conocemos la identidad de los asesinos. ¿Le dicen algo los nombres de Trevor Vyner y Nathan Gent?

—Nunca he oído hablar de ellos, pero Charlie estaba al mando de una prisión antes de esto. Debió de conocer a toda clase de sujetos, asesinos a sueldo incluidos.

—Podemos comprobarlo —dijo Challis, y le mostró las fotos de Vyner y Gent—. Puede que no conozca sus nombres, pero quizá conozca sus caras.

Se quedó congelada al ver la foto de Vyner.

—¡Vino a casa esta tarde y estaba buscando a Charlie! —Sus ojos empezaron a bailar con excitación y alarma—. Parecía estar muy enfadado.

—¿Qué le dijo?

Lottie Mead se tapó la boca, horrorizada de sí misma.

—¡Le dije que volviera a las seis!

Capítulo 63

Vyner había llegado allí hacia las cuatro de la tarde, la hora acordada, en parte curioso y en parte aprensivo, pero también excitado e impaciente por ejecutar su siguiente trabajo y obtener sus 15.000 dólares. Curioso porque Lottie era normalmente muy cauta y evitaba el contacto cara a cara, y aprensivo porque ella estaba loca y era peligrosa y no quería que se enfadara con él.

Una casa muy grande con árboles, amplio vallado y un camino de gravilla. Las ruedas de su Magna robado al chirriar denotaban estatus, aislamiento y éxito. La casa de Brisbane, donde vivía cuando él le podaba las rosas, el día que podía salir de la prisión de su marido —rehabilitación a través de la jardinería— tenía un aspecto mucho más modesto. Era muy ambiciosa la buena de Lottie. Charlie Mead quizá nunca habría pasado de director adjunto de la prisión, si el director no se hubiera encontrado una noche con un «ladrón» armado. Vyner había conseguido cinco billetes de los grandes por ese golpe. Luego no volvió a saber de ella durante tres años y de repente volvió a necesitarlo.

Aparcó el Magna y golpeó con los nudillos la voluminosa puerta, una puerta con un claro sentido, como la gravilla fresca, limpia y pimpante de la entrada. Lottie le abrió, él le dedicó una sonrisa de «por los viejos tiempos» pero ella no se la tragó.

—Has llegado tarde.

—Hay que conducir mucho para llegar hasta aquí. Sin hablar del tráfico.

Miró por encima de la figura de él al Magna, abrió la boca, se lo pensó mejor y lo acompañó dentro.

—No pueden relacionarlo conmigo —le aseguró.

—Trevor, es amarillo chillón.

La siguió hasta un salón, con enormes sofás de cuero enfrentados, encima de una gastada alfombra turca sobre tarima encerada. Había una chimenea encendida que humeaba un poco. Máscaras africanas, escudos, lanzas y cuadros en todas las

paredes. Vyner había estado preso la mayor parte de su vida y odió la habitación nada más verla.

—¿Quién es el blanco esta vez?

—Mi marido.

Él se quedó horrorizado.

—¿Charlie?

Vaya, ya la había provocado. Su cara se transformó en un santiamén de ratón tímido a gato feroz, y empezó a caminar y a gruñir con sus pequeños puños bien apretados.

—Después de todo lo que he hecho por él.

—Lo sé —dijo Vyner compasivamente, pero sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

Empezó a girar alrededor de él.

—No sería nadie sin mí, ¿y cómo me lo paga? Me dice que va a dejarme por otra.

Las piezas empezaban a encajar ahora.

—¿Janine McQuarrie? —preguntó Vyner para estar seguro.

—¿Quién crees si no? —dijo Lottie—. Y ni siquiera era una buena terapeuta.

—¿Charlie necesitaba terapia? —preguntó Vyner. La sola idea lo dejaba perplejo.

—No seas estúpido. Quería saber cómo era.

—Ah. ¿Y cómo fue que Charlie...?

—La conoció en el Centro de Detención hace un par de meses. Era el relevo de otro terapeuta que había cogido la gripe.

Vyner asintió. El que una pandilla de tipejos con trapos en la cabeza y negratas del desierto necesitara terapia lo dejaba asombrado.

—He vivido veinte años con él. ¡Y me quiere dejar por alguien que ha conocido hace unas semanas! —Hizo una pausa—. Cinco minutos con ella me bastaron para darme cuenta de que era una incompetente, pero el amor es ciego. ¿No es cierto, Trevor?

—Cierto —dijo Vyner con firmeza, mientras miraba a su alrededor para localizar todas las armas potenciales: hurgón, lanzas, jarrones, lámparas y la silla de madera del escritorio.

—Y para colmo ha estado muy apesadumbrado al morir ella, como si no le importara nada que eso me fuera a afectar.

Charlie había traicionado a Lottie. Vyner hasta ahí llegaba.

—¿Y no sospechó de ti?

—Imposible.

Y delante de sus narices volvió a transformarse de nuevo en el pequeño ratoncillo pardo.

—Ya —dijo él, luego, lo más suavemente que pudo, prosiguió —: Podías haberte divorciado de él, haberlo dejado, conseguirte

un buen abogado y dejarlo sin blanca para joderlo bien.

—Pero la hubiera tenido a ella y eso no lo podía consentir. Tenía que actuar rápido.

—Ya. —Miró cómo daba vueltas de nuevo—. ¿Cómo quieres que maneje esto? —preguntó con precaución—. ¿Accidente? ¿Allanamiento de morada? ¿Cómo?

Se volvió hacia él hecha una furia:

—¿Accidente? ¿Como hiciste con Tessa Kane?

Volvió a calmarse y se quedó refunfuñando.

Vyner necesitaba saberlo.

—Kane me hizo muchas preguntas —empezó a decir con mucha cautela— del tipo: ¿es algo que he publicado? o ¿para quién trabajas?

—Zorra entrometida.

Vyner esperó. Se sentía inquieto. Una copa no le vendría nada mal.

—Estaba acercándose demasiado —dijo Lottie, pegándose a él, gritándole a la cara y mojándole con su saliva.

—Ya.

—Me llamaron desde Johannesburgo —gritó Lottie—, en plena noche.

Se quedó pensativa con aire sombrío, el maquillaje deshecho, y los puños apretados.

—Vaya —dijo Vyner para animarla a hablar.

Lottie parpadeó.

—Alguien con quien yo solía trabajar. Ahora es detective.

Vyner asintió para que siguiera hablando.

—Quería avisarme. Por lo visto, Tessa Kane lo había contratado para que escarbara en mi pasado, el mío y el de Charlie. Y eso yo no lo podía tolerar.

«Con la de trapos sucios que hay en tu pasado», pensó Vyner, mientras miraba a Lottie.

—Volviendo a Charlie, ¿qué te parece si me pagas por adelantado la mitad de los 15.000 que me debes?

—No creo —dijo Lottie, y, de repente, tenía en la mano una pequeña pistola automática, no mayor que una 25, muy silenciosa. No era muy probable que los vecinos la oyeran, teniendo en cuenta tanto el grosor de las paredes como la manta de árboles que se interponía afuera. Y le disparó en la cara con ella.

Vyner se tambaleó durante unos instantes, agarrándose la mandíbula destrozada y echando espumarajos. Y ella volvió a dispararle de nuevo. Una sensación punzante entre las clavículas. Cayó casi agradecido, encorvado sobre la alfombra, que había

sido almacenada con cinta adhesiva no hacía mucho, a no ser que sus sentidos lo estuvieran engañando. Ella disparó otra vez a la pared.

Pasó el tiempo, él se desangraba mientras su corazón y sus pulmones aún trabajaban. Era vagamente consciente de que había alguien —tenía que ser Lottie— rebuscando en los bolsillos de su anorak y encontrando su nueva pistola, que le había costado 650 dólares en una callejuela de detrás de un pub de Collingwood.

Luego, más tarde, mientras él seguía desangrándose, oyó voces. Vyner reconoció la de Charlie Mead discutiendo con Lottie, que parecía estar fuera de sí. ¿Quién disparó a quién entonces? Había habido más de un disparo. El empezó a soñar. Cuando volvió a recuperar la conciencia, de rodillas, tenía su pistola en la mano derecha. ¿Cómo había pasado eso? Giró su dolorida cabeza y vio a Charlie Mead tumbado boca arriba y con un dedo atrapado en el seguro del gatillo de la pequeña pistola de Lottie. Ella se había evaporado.

Vyner se arrastró hasta su coche, emitiendo espantosos sonidos con su boca destrozada y pensando en residuos de pólvora.

Capítulo 64

No fueron los primeros en llegar a la escena. Los primeros fueron dos agentes uniformados de Rosebud que Challis había pedido de refuerzo. Apareció con Ellen y se encontró a los dos oficiales agachados detrás de su coche patrulla con las armas empuñadas. Challis comprendió muy pronto la razón: al fondo de la entrada cubierta por densos setos de Mead vio una escena que no anunciaba nada bueno: un Magna amarillo parado en la pequeña rotonda de gravilla, con el motor encendido, la puerta del conductor abierta y una figura sentada detrás del volante; la puerta de la casa también estaba abierta; y los focos de seguridad proyectaban una luz implacable sobre todo ello.

—Vete a la parte de atrás —le dijo Challis a uno de los oficiales —, cruzando el jardín vecino. Compruébalo todo, infórmanos por radio, pero quédate ahí. Y arresta a cualquiera que quiera huir.

—Señor.

Esperaron. Dos minutos más tarde la radio anunció: «Las puertas están cerradas. No hay luces. No veo ni oigo a nadie».

Challis le dio las gracias. Justo entonces, el coche que estaba en la entrada de Mead empezó a temblequear, el motor tosió, se agitó sincopadamente y se paró.

—Mal arrancado o se ha quedado sin gasolina —dijo el oficial de Rosebud. El olor a combustible mal quemado empezó a alcanzarlos.

—¿Has comprobado la matrícula?

—Lo robaron en Southbank esta tarde.

—Vyner —dijo Challis.

Pasó un minuto.

—Señor, el hombre lleva sentado un rato sin moverse.

—Podría estar herido —dijo Challis—, muerto o esperando a que aparezcamos.

La figura pareció moverse entonces, su nebulosa forma resbalando y de repente sonó el claxon y no paró.

—Ellen, ven conmigo. Agente, quédese ahí. No deje que nadie

entre ni salga.
—Señor.
Corrieron agachados hasta el coche que esperaba. El hombre que estaba en el asiento del conductor había caído de bruces encima del volante. Había sangre en el suelo, en el asiento, en la espalda y en el cuello del cuerpo del hombre. Challis no quería, por principio, manejar un cadáver en una escena del crimen, pero el claxon era muy insistente y agobiante. Además, el hombre podía seguir con vida. Lo agarró del cuello y tiró. El estruendo afortunadamente cesó y el ensangrentado móvil cayó en la alfombrilla del coche. Había una pistola en el asiento del copiloto. Contempló la cara destrozada del hombre e intuyó que estaba mirando a Vyner.
—Le han disparado dos veces. En la espalda y en los omoplatos.
Ellen se adelantó y tocó el cuello de Vyner.
—Late todavía.
—Pide ayuda.
Luego se dirigieron a la casa, cada uno por un lado distinto de la puerta abierta, y entraron juntos, efectuando un rápido y silencioso registro de todos los cuartos. Challis se sintió un poco ridículo, como si estuviera viéndose a sí mismo en un vídeo de entrenamiento. No había ninguna persona viva, sólo el reguero de sangre en el vestíbulo que llegaba hasta la puerta de la entrada, un charco de sangre en la alfombra del salón y un cadáver. Charlie Mead, con un tiro en el pecho. Pero Mead también había hecho unos cuantos disparos: a Vyner, aparentemente, y a la pared del salón. Una pistola de pequeño calibre estaba tirada junto a su mano.
Challis y Ellen, con sus corazones latiendo con fuerza, se quedaron ahí un rato buscando un poco de tranquilidad. Se arrimaron el uno al otro. Era algo inconsciente. Lentamente, Ellen murmuró:
—¿Por qué iba a querer matar Vyner al hombre que lo contrató?
Los nudillos de la pistola de Challis habían rozado su muslo. El enfundó su pistola, incapaz de apartarse de ella.
—Venganza, miedo a ser descubierto, dinero, lo habitual —dijo él.
Afuera, muriéndose detrás del volante del coche que había robado en Southbank esa tarde, Vyner quería que volviera la mujer de la voz dulce, la mujer que había posado sus dedos fríos en su cuello y le había encontrado el pulso, que volviera para que pudiera pedirle perdón por haberse dejado llevar por el pánico

en la pasarela de tablones, por haber estado a punto de matarla. Ya no se sentía un banco de roca, ni una avanzadilla del juicio final, ni un custodio de los códigos, ni nada tan fascinante. Se sentía como un simple mortal y bastante tonto además.

Pero Lottie siempre había ido varias jugadas por delante de todo el mundo, se recordó a sí mismo mientras moría.

Siempre varias jugadas por delante.

Él también tenía que mover algunas fichas. Sus últimas jugadas antes de morir. No había podido manejar bien las teclas de su teléfono móvil, no había podido deletrearlo bien para la policía de las manos suaves, porque sus propias manos estaban muy resbaladizas con el último chorro de sangre que le quedaba.

Pero lo suficientemente bien.

Fin

Notas

1. Por ser similar a «bullok»: buey. [Esta nota, como todas las siguientes, son de la traductora.] ↑
2. En inglés «peste, plaga». ↑
3. En inglés tonel, jarra de cerveza. ↑

ADVERTENCIA

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.

En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...

RECOMENDACIÓN

Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

Usando este buscador:

http://www.recbib.es/book/buscadores

encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.

Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:

http://libros.wf/BibliotecasNacionales

AGRADECIMIENTO A ESCRITORES

Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.

PETICIÓN